



Charli Farinha Toni

Vidas Paralelas

¿Pueden influir los orígenes
en la manera de encarar la homosexualidad?

direct publishing amazon

Vidas Paralelas

¿Pueden influir los orígenes en la manera de encarar la homosexualidad?

Vidas Paralelas

¿Pueden influir los orígenes en la
manera de encarar la homosexualidad?

Charli Farinha Toni

Independently Published

Independently Published

ISBN: 9781981048632

Edición: 1

Correcciones y Diseño: Charli Farinha Toni

Portada: Aintzane Amaro

www.elbolsotricolor.com

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios) sin autorización previa y por escrito del titular de *copyright*. La infracción de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual

Comunidad de Madrid

Nº de Expediente: 12/RTPI-004587/2012

Nº de Solicitud: M-004461/2012

Ref. Documento: 12/015444.0/12

08/06/2012

A la Comunidad LGTBIQ+

para que algunas de las historias que narro en esta obra de ficción no se den en ningún caso y otras que se hagan tan habituales como el aire que respiramos.

Prólogo

1 - Ignacio era un chico solitario, tímido e inseguro que nació en el seno de una de las mejores familias de la región del MERCOSUR. Los deseos frustrados y la incertidumbre fueron gran parte de su vida, y eso condicionó toda su existencia.

Él no se aceptaba como era y tampoco su madre. Cuando ella se dio cuenta de su error era tarde, a pesar de que sus huellas quedarán marcadas para siempre.

2 - Alan es un chico marginado que, por casualidad, apareció en el barrio Borro donde, todo lo que tenía en la vida, era lo puesto. Ahí conoció a doña Clotilde y, gracias a ella, pasó a tener nombre, fecha de cumpleaños y emprendió su vida.

No temió entregarse al cien por ciento a las personas y arriesgar todo con tal de conseguir lo que deseó.

3 - Andrés, de toda la vida, supo su orientación de homosexual y su familia lo aceptó. Él quiso vivir su sexualidad libre y plenamente, pero se dio cuenta de que en su tierra natal es imposible.

4 - Agustín, hasta que tuvo siete años, era un niño más del montón. Luego, la soledad y la falta de comunicación fueron gran parte de su vida. Por sugerencia de sus padres se vino a España. Al principio no se adaptó y en Madrid se encerró en sí mismo.

5 - Rafael es un chico que todo lo que ha logrado, fue por esfuerzo propio. Desde pequeño tuvo una intensa vida sexual y la homosexualidad nunca fue un problema, aunque nadie, en realidad, terminó de conocerlo.

Nota del autor: la novela está escrita en español “rioplatense” (a menos que se trate de personajes extranjeros) por lo que las acentuaciones y acepciones pueden variar, aunque se aclaran al pie de página.

Esta es una obra de ficción íntegramente producto de mi imaginación; si bien hay un escenario histórico de fondo, no está contrastado ni investigado.

Los nombres, hechos, marcas e historias son exclusivamente el resultado de mi inventiva y sólo existen en mi mente y en este libro.

El parecido con la realidad es pura coincidencia.

1 – Ignacio

Ignacio era un chico que, desde su más tierna infancia, negó su verdadera orientación homosexual. Fue así que luchó, constantemente, entre sus deseos y todo lo que la sociedad pretendía que hiciese.

Él nació en Punta del Este, Maldonado, en el seno de una familia acaudalada, en el año mil novecientos ochenta, en una mansión cerca de José Ignacio y, más por ingenuidad que por necesidad, no sabía realmente el significado de ganarse la vida.

Sus padres, inmigrantes alemanes e ingleses respectivamente, se habían instalado en el Uruguay en el año mil novecientos cincuenta, y han hecho verdadera fortuna en el país, donde actualmente los apellidos Schultz-Parker son nombrados y renombrados como los más pudientes del país y de la región del MERCOSUR.

Cuando estaban amasando dicha fortuna, Nacho no estaba ni siquiera en proyectos, es más, sus padres ya tenían dos hijas y él nació como dicen, de *penalti*, a última hora.

Al ser el más pequeño de la familia y el único varón de esa generación, ha recibido todos los caprichos habidos y por haber, y muchos más de los que un niño puede recibir a lo largo de toda su vida.

Sus padres y sus hermanas, más que cuidarlo, lo que hacían era consentirlo y sobre protegerlo, y todos los excesos causaron dependencia en el joven e inseguridad en todos los aspectos de su vida.

Al ser una mansión tan grande, todo el mundo se perdía en el interior. Más de una vez sus hermanas lo encontraron llorando en algún rincón, completamente vulnerable ante la soledad que lo aquejaba.

Cuando éste hecho se reiteró más de una vez, sus hermanas decidieron que jugase con ellas, a sus mismos juegos, claro.

Ambas tenían buenas intenciones y, como futuras mujeres, jugaban a ser madres con sus muñecas: les cambiaban los pañales, las maquillaban, les cortaban algún pelo, las enseñaban a sentarse, las peinaban y toda esa actuación donde ellas simulaban ser las mamás de sus muñecas.

Cuando Ignacio se sumó a ellas, se sintió mejor consigo mismo. Al ser los tres hermanos no hubo ningún grito de alarma que alterase a la familia.

De todas maneras, sus hermanas estaban a punto de convertirse en señoritas y

los cambios hormonales ya se hacían visibles en sus cuerpos.

A pesar de eso, sus padres no dejaban de comprarle los típicos juguetes de niño: la pelota, las armas de fuego, espadas, soldaditos... pero Ignacio nunca le dio valor y los abandonaba sin haberlos estrenado incluso.

Estaba claro que eso no le apetecía y ese detalle nadie quiso verlo en la mansión Schultz-Parker, hasta que hechos más evidentes fueron necesarios para que la familia abriese los ojos.

Ignacio no era afeminado. Sólo le gustaba estar con sus hermanas, jugar con ellas a sus mismos juegos y todo el mundo femenino.

Muchas veces se había puesto sus zapatos e intentaba caminar. Alguna vez, lo sorprendieron y se lo tomaron a broma.

Ellas, ante la inocencia e ignorancia, luego de la segunda vez que lo descubrieron usando sus zapatos, lo vistieron de mujer.

Nacho, cuando lo estaban travistiendo por primera vez en su vida, nunca se resistió, sino que sólo se limitó a mirarse en el espejo.

En sus ojos azules podía ver un futuro que le fascinaba tanto como lo aterraba, pero sabía que en algún momento iba a venir.

Cuando llegó el día de empezar el jardín, para el niño fue un golpe de aire frío. Muchas cosas se le juntaron y, sobre todo, lo separaron casi totalmente de sus hermanas.

De la noche a la mañana pasó de estar todos los días con ellas, a verlas sólo los sábados y domingos, y él no estaba preparado para ese cambio.

Empezó la educación inicial en el colegio^[1] de los Padres Emprendedores que estaba ubicado en La Foret y Pascual Gattás, y allí había sólo niños. Ese lugar tenía sus pros y sus contras.

Al principio Nacho no se adiestraba a estar en dicho sitio donde todo era desconocido, por lo que pasaba casi todo el día llorando.

Había cosas que no le cuadraban y la única manera que encontró de protestar fue ésa. Sus padres fueron inflexibles ante la angustiada vida de su hijo varón.

Los dos determinaron que ya era el momento de comenzar a estudiar y así empezar a formarse para lo que sería en el futuro.

La educación preescolar la empezó a los cuatro años y, el primer año, fue básicamente de llanto y nadie le dio importancia a sus lamentos.

Cuando comenzó el primer año de la primaria, en el mismo colegio, las cosas estuvieron mejor, o eso le pareció.

Para esa altura se había acostumbrado a ese lugar, a sus compañeritos, y era un mundo en el que, aunque no con todo, ni con todos, se sentía bien.

Nacho sólo tenía seis años y ya se daba cuenta de cuando algo no era correcto y, de ese colegio había cosas que no le cerraban y, una de ellas, era que, cada vez que iba al baño, nunca lo hacía solo.

Uno de los curas, el padre Antonio, un veterano que observaba a los niños con una fascinación inocultable, que les daba clases de piano e inglés, dejaba lo que fuese de lo que estuviese haciendo y acompañaba a los chicos.

El cura siempre le decía a cada estudiante que no debían mirarse ni tocarse el pene nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia. Que eso era un acto impuro y un pecado.

Y, para evitar que los chicos pecasen o hiciesen un acto impuro, él se sacrificaba por ellos y era quien se ocupaba de bajarles la cremallera y manipular el órgano genital para que hiciesen sus necesidades.

Antonio también les tenía dicho que ese sacrificio era un secreto que debían compartir entre ellos y solamente con *Diostodopoderoso*, pero con nadie más, ni siquiera con los padres, ya que ellos no sabrían entenderle.

Ignacio, entre dudas y confusiones, entre la soledad y el vacío que lo atosigaba, no se cuestionó nada más por ello, hasta que fue una persona adulta.

Él creía tanto en los curas que nunca se hubiese imaginado una doble intención en esas situaciones que se repetía con cada estudiante.

Además, dentro de lo que cabía, el niño se sentía cómodo. Era un gran logro que alguien se sacrificase por él.

Los fines de semana eran muy esperados por Nacho, pero ahora sus hermanas estaban grandes y no jugaban a casi nada con él, ni entre ellas mismas.

Él no podía entender por qué cambiaba tanto la gente y, mucho menos, sus hermanas que siempre habían jugado.

Ante el aburrimiento al que se sometía en la mansión, pasaba horas recostado en su cama, mirando hacia la pared, sumido en sus pensamientos en un profundo y constante diálogo interior.

Sus padres atribuyeron esa actitud al cansancio acumulado durante la semana. Ahora tenía siete años y medio y pasaba horas en una quietud casi absoluta.

Allí pensaba y pensaba. Y recordaba las veces que iba al baño del colegio de los Padres Emprendedores, siempre acompañado por el padre Antonio, y le gustaba como el cura le tocaba por la zona genital.

Una tarde de agosto, donde el invierno no quería dar tregua, y mucho menos en esa parte del país, a la familia le gustaba reunirse en uno de los salones con la chimenea encendida, mientras las cortinas de los ventanales estaban

abiertas y miraban el exterior.

A sus padres les gustaba quedarse en esa parte de la mansión tomando una copa, mientras que sus hijas miraban alguna novela e Ignacio deambulaba. De repente, Nacho se acercó a sus padres y les preguntó:

—¿Por qué los hombres tienen barba y las mujeres no?

Sus padres, que no se esperaban una pregunta así, sólo se limitaron a mirarse entre sí. Como el niño no se daba por vencido ante la cuestión, el padre dijo:

—Los hombres tenemos barba porque Dios nos hizo así. Y, para diferenciar a los hombres de las mujeres, ellas no la tienen.

El niño, al escuchar la respuesta, dirigió la atención a las llamas, las cuales hacían figuras irregulares de todo tipo y sus padres intercalaron la vista entre ellos y el pequeño.

Reflexionando permaneció varios minutos, donde parecía que se hubiese detenido hasta el tiempo. De pronto, los miró y dijo:

—¡Yo no quiero tener barba porque a mí no me gusta la barba! Yo quiero tener la cara limpia.

El padre suspiró y dijo:

—Vos podés tener barba y mantener la cara limpia. Es por eso que yo me afeito. Todos los hombres tenemos que afeitarnos.

—¿Por qué? Yo no quiero. No me gusta, dijo enojado.

—No se trata de que te guste o no... A todos los hombres nos crece la barba y tenemos que afeitarnos. Es parte de la vida.

Así como los hombres nos afeitamos la cara, las mujeres se depilan las piernas, los brazos... ¿Me entendés lo que te quiero decir?

Luego de unos minutos de silencio, Nacho anunció:

—Voy a mi cuarto.

Una vez ahí se puso a mirar en el espejo como si nunca lo hubiese hecho antes. Allí se alejó y se acercó, y se exploró el rostro con meticulosidad.

Había cosas que no le convencían por lo que se recostó en la cama. Una vez más, parecía haberse detenido hasta el tiempo y quedaba en una actitud completa de quietud.

Alguien ingresó en su habitación y no se dio cuenta. Lo sorprendió una mano que le tocaba con cuidado el pelo. Él miró y su madre le sonrió.

—¿Qué te pasa mi cielo? ¿Qué querés saber? Hace tiempo que te noto raro y me gustaría saber lo que te pasa.

Nacho no contestó, sino que sólo se decidió a corresponderle la mirada. La madre insistió:

—Nacho, ¿qué te pasa? ¿Por qué no querés jugar más con tus juguetes?

Él bajó la vista.

—Mami, yo no quiero tener barba. No me gusta.

La madre enarcó las cejas y preguntó:

—¿Y por qué mi cielo?

—Porque tengo miedo. Porque eso duele.

La madre sonrió y suspiró:

—No digas eso, Nacho. ¡Cómo que va a doler la barba! Todos los hombres la tienen y es parte de la naturaleza que la tengan.

Esa noche no durmió casi. Pasó la mayor parte del tiempo tocándose el rostro e imaginándose cómo sería él con barba, y no lograba tener una visión clara de su futuro.

2 – Alan

Alan es un chico que tomó real conciencia de su existencia una tarde helada de julio, en el año mil novecientos ochenta y seis, cuando tenía seis años.

Él no recordaba a su madre, a su padre, ni a nadie de su familia. No sabía absolutamente nada de su vida personal.

Una vecina, doña Clotilde, a veces le daba comida y le dijo que su nombre es Alan Calero Grande y que había nacido el dieciocho de abril de mil novecientos ochenta, en el *Sant Bois*.

Alan no sabía por qué había tenido que pasar una vida tan dura y no entendía por qué Dios se había olvidado de él.

Nunca creyó en la iglesia, en Dios, en los ángeles, príncipes, ni en nadie, más que en sí mismo y en doña Clotilde, quien más de una vez compartió su comida con él.

También, gracias a esa mujer, pudo estudiar en la escuela número trescientos veintiséis y así obtener el desayuno y el almuerzo de lunes a viernes, donde veía eso como un verdadero lujo.

Él, por vueltas de la vida, no entendía por qué no tenía una casa como todo el mundo y, muchas veces, cuando hacía mucho frío, se iba a refugiar al cementerio del Norte, ya que estaba al lado de la casa de doña Clotilde.

Y ella, aunque era una mujer muy buena, no tenía espacio para todos y su

marido le decía a Alan que no lo quería ver por ahí cerca ni en figuritas. El gran entretenimiento de Alan era acompañar a desconocidos en su último destino en el cementerio del Norte.

Fue así que vivió siempre, entre la tristeza, el llanto y el dolor ajeno, por lo que el suyo se veía mayormente menguado.

Clotilde se apiadó del niño y siempre le alcanzó algún abrigo o algo para comer, procurando que su marido no se enterase, ni sus hijos, ni nadie.

Era mejor que nadie supiera que ella ayudaba a ese niño tan inofensivo que había aparecido en el barrio Borro de la noche a la mañana.

Alan ingresó en el INAME^[2] a los siete años de edad, porque esa mujer lo inscribió. Nunca supo cómo lo hizo, pero al final al chico lo aceptaron.

De tener absolutamente nada, tuvo un techo, tres comidas diarias, empezó a estudiar y, en el poco tiempo que le quedaba libre, trabajaba una huerta de la cual obtenían las verduras y hortalizas con las que luego harían las comidas que tanto le gustaban.

Alan no era el único que estaba en esa situación y ahora no veía casi a doña Clotilde, y esa situación le dolía muchísimo.

A pesar de todo se daba cuenta de que valía la pena el sacrificio con tal de obtener todos los lujos de los que ahora disponía.

Una mañana de setiembre^[3], donde la primavera ya se había impuesto con énfasis, Alan interceptó al chofer de la combi que los llevaba a la escuela, ya que quiso sacarse muchas dudas.

Era el año mil novecientos ochenta y nueve y el hombre quedó completamente sorprendido por las palabras del niño.

—Escuche, ¿puedo hablar con usted?

El hombre asintió.

—Extraño mucho a doña Clotilde y quiero hablarle... ¿Usted me puede ayudar a encontrarme con ella?

—No sé quién es esa mujer. No te puedo ayudar, pibe.

—Sí que la conoce. Es la mujer que me llevó a la escuela y usted nos vio...

El hombre, al escucharle, se abstraigo de la realidad. El niño no le apartaba la vista de encima en ningún instante. Cuando el hombre lo volvió a mirar, preguntó:

—¿Por qué querés hablar con ella?

—¿Usted tiene mamá?

El hombre, que no esperaba oír algo así, lo miró extrañado.

—Porque ella es lo más parecido a una mamá que yo no tengo.
El tipo, una vez más, bajó los ojos. El niño le estaba dando una lección.
Había cosas que lo estaban superando.

—Veré qué es lo que puedo hacer.

—Haga lo que haga, pero que el resultado sea que la pueda ver.

El niño le dio una última mirada y siguió su camino. Esa noche Alan no pudo dormir. Pasó dando vueltas en la cama.

Había muchas cosas que se estaba preguntando y no tenía ninguna explicación para todo lo que se venía interrogando.

Tenía nueve años y había tenido más vivencias que una persona nonagenaria, ya que en la calle se había criado y había estado ahí hasta los siete años.

Cuando al fin pudo ver a doña Clotilde, la abrazó tan fuerte que se sorprendió a sí mismo. Ella estaba vieja, fue como que, ahora que no la veía seguido, la hallaba más chiquita y cansada que antes.

—Doña... Yo necesito saber quiénes son mis padres y si tengo familia.
La mujer lo miró con pena y luego dirigió la vista hacia el suelo.

—Doña... Usted es la única que me puede ayudar en esto. Usted es la única persona que tengo en la vida y... Y me quiere de verdad.

Ella lo observó e hizo una mueca que Alan no supo interpretar.

—Nene, no sé cómo yo te puedo ayudar. No sé nada de tu familia ni nada de...

—Pero doña, usted me conoce desde chiquito, de toda la vida...
¿Cómo llegué al Borro?

—Alan, no sé, ya sabés cómo es el Borro, ¿no? Yo, cuando te vi por primera vez, pensé que eras el hijo de alguien que se había mudado...

Después, hablando con la gente, me decían que nadie te conocía de nada. Vos apareciste creo que en el ochenta y cuatro, ochenta y cinco... No sé qué decirte...

Alan la miró.

—Pero doña, ¿por qué usted me dijo que mi nombre es Alan Calero Grande?

Ella negó con la cabeza.

—No, nene. Lo que yo quise fue que tuvieses un nombre. Nada más. Me gustaba ése nombre y te dije eso. Tampoco tu fecha de nacimiento es real.

Créeme, no sé nada de tu vida. Yo sólo quería que fueras alguien, que tuvieses un nombre como todo el mundo, una fecha de cumpleaños para

celebrarlo y un documento de identidad.

Y cuando te llevé al asilo les dije la verdad. Ahí no me hicieron ningún problema, por suerte. A partir de ese día te pasaste a llamar oficialmente así. Hubo un momento de silencio en el que el niño se sintió más desamparado todavía y la anciana lo miraba entristecida.

—Lo siento, nene. Nunca quise hacerte daño. Sólo quería que fueras alguien en esta vida.

Alan no la escuchaba, se había abstraído de la realidad. No entendía cómo alguien podía estar tan solo en la vida.

No sólo estaba indefenso de un techo y de una familia, sino que, de no ser por doña Clotilde, tampoco tendría ni siquiera nombre.

Sabía que Dios se había olvidado de él, lo que nunca pensó fue que se hubiese olvidado tanto, así, de esa manera.

De repente, se vio a sí mismo en los brazos de la anciana, quien le secaba el llanto. Ahora nada le importaba, en los brazos de esa mujer se sentía protegido.

En ella encontraba todo lo que no tenía y eso le alentaba a continuar su camino. Esa noche no quería dormir, necesitaba pensar.

Por más que intentase recordar a su madre, a su padre, a alguien de su familia, no lo lograba, y la desesperación lo vencía a cada instante.

A la mañana siguiente anduvo todo el día como un sonámbulo. Esa actitud no pasó desapercibida para sus tutores pero, de momento, no quisieron decirle nada.

Éste comportamiento se continuó extendiendo en el tiempo, lo que potenció la alarma. Sus tutores recordaron que el niño quedó así luego del encuentro con la anciana.

Entonces decidieron hablar con ella. El director del INAME fue al Borro y, luego de dar vueltas y preguntar a varios vecinos, al fin encontró la casa de Clotilde.

Dentro de lo que cabía, para la zona en la que estaba, su casa era una de las mejores. Ella lo reconoció de inmediato.

La mujer le sonrió y le hizo pasar a lo que sería el *living*, aunque también hacía las veces de cocina y de dormitorio.

Le hizo sentar en una vieja silla que reclamaba de forma urgente que la reemplazasen por una nueva y el hombre, a regañadientes, aceptó.

Él rechazó el mate^[4] que le ofreció aduciendo que no se sentía bien. Ella sólo se limitó a sonreírle, era una mujer experimentada y no la engañaban

fácilmente.

—¿Qué fue lo que le dijo a Alan que, desde que estuvo con usted, el pibe es diferente?

Ella lo miró y dijo:

—Le dije la verdad, solamente la verdad y, a veces, la verdad duele... Duele más de lo que usted puede creer, y fue lo que le pasó a Alan.

—¿Cuál es esa verdad? ¿De qué está hablando?

—Alan está solo en el mundo, totalmente solo y, de no ser por mí, tampoco tendría nombre ni fecha de nacimiento, nada. Ahora la tiene... aunque sea inventada por mí, la tiene.

—No sabía nada, murmuró él.

3 – Andrés

Andrés nació en un apartamento de reciente construcción del Buceo, en el seno de una familia acomodada.

Su padre, un político frustrado, repartía su tiempo entre la militancia política en la derecha y clases en el colegio y liceo América, era un retrógrado en cuanto a ideas y avances que se iban teniendo en la nación.

Su madre, una mujer que nunca trabajó porque no lo necesitó, heredó una cuantiosa fortuna al ser hija única de un ganadero próspero de Lavalleja.

Ella, para no aburrirse, decidió ser madre sin atender a sus hijos en realidad, ya que, quienes los criaban eran las niñeras.

Andrés es el mayor de cuatro hijos, tres varones y una mujer. A él nunca le faltó nada a nivel material y sus caprichos se convertían en realidad al instante.

Él siempre ha sido una persona con una sensibilidad superior al estándar, pero ese detalle fue percibido sólo por él mismo.

Desde muy pequeño sintió una gran admiración por el mundo femenino y por como las mujeres, poco a poco, iban ganando terreno en una sociedad mayormente dominada por hombres.

En su habitación tenía un enorme póster de Marilyn Monroe y otro de Rita Hayworth, a las cuales admira persistentemente.

Andrés, siempre evitó salir a jugar con los chicos del barrio. Él, ante esa posibilidad, se inventaba las excusas más inverosímiles y las niñeras que iban pasando por su casa, al fin y al cabo, lo complacían.

El nació en el verano de mil novecientos ochenta y lo que recuerda de los primeros años de sus progenitores, no es alentador.

Sus padres siempre discutían de puertas para adentro y, cuando salían a la calle, eran un modelo de familia a imitar.

Él no entendía por qué hacían semejante atrocidad. Siempre se preguntó por qué habían decidido tener hijos si iban a hacer eso.

De todas maneras, luego se dio cuenta de que, con el paso de los años, ellos seguían juntos. O sea, algo debían de quererse.

Él no recuerda que, a pesar de tantas discusiones que tenían a puertas cerradas, hubiese habido intento de separación.

Continuamente con sus niñeras se llevó muy bien. Con ellas empatizaba y lo escuchaban. De esa manera se sacó dudas, las cuales no eran pocas.

De toda la vida fue adepto a la lectura. Al principio, leía cuentos infantiles y todo lo que pudiera estar relacionado con su edad.

Pronto se dio cuenta de que eso no le bastaba y empezó a leer las novelas que sus nodrizas le prestaban a escondidas de sus padres.

Cuando tenía siete años, mientras que iba con la niñera a comprar unos artículos escolares que el mismo Andrés necesitaba, preguntó:

—¿Qué es lo que sentís cuándo estás con un hombre?

La niñera, sorprendidísima ante la pregunta, tardó varios minutos en recuperarse, por lo que no le apartó la mirada de encima, sin saber qué hacer.

—No entiendo, al fin murmuró. No sé lo que querés saber, Andy.

—Claro, quiero saber qué es lo que sentís, qué es lo que te produce cuando estás con un hombre...

La aclaración del chico no hizo más que acrecentar las dudas en la joven, donde se tomó los minutos necesarios para reflexionar mientras disimulaba su respirar profundo. Finalmente se detuvo frente a él.

—A ver, Andy. Podés confiar en mí tranquilamente. Yo no soy solamente tu niñera, sino que soy tu amiga.

O sea, todo lo que quieras saber me lo podés preguntar a mí. Quedate tranquilo porque no les voy a decir nada a los señores. ¿Me entendés?

Hubo un momento de silencio en el que el chico trataba de encontrar las palabras adecuadas y ella no le apartaba la vista.

—Yo quiero saber qué es lo que sentís cuando estás con tu novio porque a mí, cuando sea más grande, me gustaría estar con un hombre.

La chica, ante la confesión, se sintió desbordada por ese escenario. Ahora era el niño quien no le apartaba los ojos en ningún instante.

—A ver, Andy. ¿Vos estás seguro de lo que me estás diciendo?

—Mirá, cuando yo voy a la escuela, a mí no me gusta jugar con los otros gürises^[5]. Pero sí me gusta ir al baño y verlos mear...

Ya sé que eso no está bien, pero es lo que me gusta. Y eso me gusta de toda la vida. Y por eso te digo que a mí me gustaría estar con un hombre cuando sea grande.

La joven se mordió el labio inferior mientras cavilaba las palabras que diría.

—No se le digas a papá ni a mamá, por favor.

Ella le buscó la mirada y vio pánico en la misma.

—Andy, no te preocupes. Ellos no van a saber nada. De todas formas, sos muy chico todavía. Aún tenés toda la vida por delante y no creo que ya sepas realmente lo que quieras para tu sexualidad.

—Sí. Yo sé lo que me gusta... Y a mí me gusta ver a los gürises cuando mean... También me gusta el profesor de gimnasia, sobre todo cuando va con el deportivo^[6] blanco...

La niñera sólo se limitaba a mirar el suelo y los nervios en el pequeño se fueron acrecentando hasta que empezó a correr.

Andrés compartía la habitación con sus hermanos varones y los roces que existían con ellos, cada vez, eran más grandes.

Discutían por idioteces, pero a Andrés le molestaba mucho. Con el paso de los años se dio cuenta de que, en la mayoría de las familias pasaba lo mismo.

O sea, dejó de darle importancia a determinadas cosas y a mirar otras que verdaderamente eran relevantes y que le podrían ayudar en el futuro.

Él dormía en la cama de arriba de la cucheta^[7] y pasaba horas observando sus pósters mientras que sus hermanos pasaban el tiempo mirando los dibujos animados donde sólo había violencia.

Una tarde helada de julio, donde el frío que hacía era excesivo, estaba toda la familia reunida en el *living* de la vivienda.

Sus padres estaban tomando mates frente al fuego, su hermana jugaba con un rompecabezas, sus hermanos jugueteaban a las luchas y él no dejaba de dar vueltas de una punta a la otra en la estancia.

Sus progenitores, al principio, no se dieron cuenta de su actitud, pero el hombre luego de una hora se dedicó a observar a su hijo mayor.

El chico no percibió que estaba siendo observado. El padre le hizo el comentario a la madre y ahora ambos no le apartaban la vista. Luego el padre llamó:

—Andy.

Andrés ni se enteró.

—¡Andy!

El chico les miró.

—¡Andy! ¿Qué te pasa?

El niño se les acercó y se sentó entre ambos.

—Creo que voy a tener problemas cuando sea grande...

Sus padres se buscaron la mirada.

—¿Por qué decís eso, Andy?, preguntó la madre.

—Porque yo soy diferente...

—¿Cómo que sos diferente? ¿Qué querés decir con eso?, insistió la madre.

Hubo un momento de silencio en el que el niño se sumergió en su mundo interior.

—¡Ustedes no me entienden ni me van a entender nunca! Eso es lo que pasa.

—Andy, ¿qué te pasa? ¿Por qué decís eso?, dijo el padre.

Andrés se puso de pie y fue al dormitorio. Los adultos no pudieron ni quisieron comprender lo que era evidente, pues les resultaba más cómodo.

Andrés se recostó en la cama y se dedicó a observar los pósters de Marilyn y de Rita. De repente, se le cruzó la imagen del profesor de gimnasia y su mano fue a los genitales.

La voz de su profesor, grave y sensual, empezó a rebotar en su interior. Esa noche no pudo dormir casi. Pasó toda la noche dando vueltas.

Cada vez tenía más preguntas y no había nadie que se las respondiese. Al día siguiente, camino al colegio, decidió que la niñera era la única que lo podría ayudar.

—Decime, ¿por qué me pasa esto a mí?

—Andy, sos muy chico aún. No es posible que ya sepas lo que quieras para tu futuro en cuanto a la sexualidad se refiere...

Tenés que desarrollarte y todavía tus hormonas están dormidas como para que sepas eso... Cuando seas más grande vas a tener las cosas más claras.

—Yo sé lo que siento... Y a mí me gusta el profe de gimnasia... No me gusta ninguna de las profesoras, ni siquiera la *teacher*. ¿Me entendés lo que te quiero decir?

Soy distinto a mis hermanos y yo sé que voy a tener problemas porque me gusta el profe de gimnasia. Decime, ¿desde cuándo te gustan los hombres a vos?

Ella, cuando escuchó la cuestión, supo que era de toda la vida, y no lo dijo. Sin embargo, Andrés no le apartaba la mirada. Ante el silencio de la niñera, él supo la respuesta.

—A mí también, murmuró.

4 – Agustín

Agustín es un chico que nació en Salto, en la avenida General Manuel Oribe y avenida Rodó, en el seno de una familia de clase media.

Su padre, un abogado prometedor, se hizo un lugar en su sector con mucho esfuerzo, mientras que su madre, profesora de francés, continuó estudiando profesorado por tradición familiar.

Agustín es el hijo del medio, donde también está su hermana mayor y su hermano menor. Él siempre ha vivido despreocupado por todo.

La vida siempre ha sido sencilla. Sólo se ocupaba de ir a la escuela, de jugar a la pelota con los otros gürises del barrio y de nada más.

Nunca ha sido un chico problemático. Se llevaba bien con sus hermanos y con sus padres. Nunca le interesó el mundo del arte y nada hacía presagiar en lo que se convertiría luego.

Agustín, como todo chico de clase media, sin ser consciente a qué nivel social pertenecía realmente, ni de lo que aspiraban sus padres para él, se vinculaba tanto con ricos como con pobres.

Le encantaba las tardes veraniegas en las que iban a la laguna a bañarse. Allí pasaban horas y horas. Hablaban de todo.

Él tenía solamente siete años y algunos de los menores ya estaban pisando los quince y se atrevían a hacer otras cosas.

Una de las cosas que se atrevían, según oía, era a estar con mujeres. Agustín sentía seria curiosidad por esos temas y no se atrevía a preguntar.

Él temía que se lo fuera a tomar por un ignorante en la materia. Lo que el chico no sabía era que los otros sabían mucho menos de lo que presumían.

Una tarde de enero de mil novecientos ochenta y siete, donde el calor era agobiante en cada rincón de la ciudad, fueron, como casi todos los días, a la laguna.

Todo estaba saliendo como siempre, por lo que no había motivos para preocuparse. De pronto, se dio cuenta que el Toto y el Flaco estaban dándoles la vuelta a algo que sostenían con la mano.

Luego todos estaban dentro del agua. Resultó que los chicos se habían desnudado y agitaban sus prendas celebrando lo que se atrevían a hacer.

Agustín se retrajo mucho, por lo que no hizo ningún comentario. No era el único de esa edad y eso lo hacía sentir protegido.

Sin embargo, se moría de ganas por ver los genitales a los chicos, sobre todos porque le doblaban la edad y tenía deseos de verlos.

Cuando al fin salieron del agua no perdió tiempo y enseguida se puso a mirar los cuerpos desnudos de los jóvenes.

Para variar, ellos fueron por sus prendas y no se vistieron, si no que quedaron con los *short* a un lado y se sentaron en círculo.

Eran como diez chicos en total que estaban en ese instante y sólo ellos dos estaban completamente desnudos, indiferentes a todo.

Agustín no podía creer que ellos fueran así: tan robustos, con tantos pelos en todas partes y los penes tan grandes.

No le desagradaba contemplarles, pero él sabía que no debía de ser indiscreto. De igual modo, siempre que tenía la oportunidad, los observaba.

A eso de la media hora, luego de hablar vanidades y exagerar alguna que otra mentira, los chicos que estaban desnudos empezaron a tocarse los genitales.

Agustín no podía creer cómo se tocaban, ni mucho menos, por qué cambiaban tanto sus expresiones faciales.

Ahora se les veía como agitados, donde, incluso, parecía que tuviesen dificultades para respirar. Ellos hacían iguales movimientos que vio al principio de la tarde con esos mismos chicos.

A los pocos segundos Agustín se dio cuenta de que los penes se habían endurecido como nunca lo hubiese creído.

Los penes ahora eran enormes, gruesos y las manos se movían, cada vez, más rápido, y se mezclaban con los pelos. Él se preguntaba si haría eso cuando fuese más grande.

—No, se decía.

Él no tenía pelos y no encontraba una razón para tocarse el pito así, y más para quedar de esa manera, que parecía que estuviesen corriendo una maratón.

Y, lo que más le sorprendió, fue cuando vio que las manos de los chicos se detuvieron casi en seco y quedaron manchadas por esa especie de leche que le causó repulsión.

Agustín les buscó las miradas a los chicos y éstos estaban respirando hondo, con las manos manchadas por esa especie de leche y de la punta del pito

había gotas de no sabía qué.

Agustín se moría de ganas de saber lo que era. Él quería preguntar miles de cosas, pero no se atrevía a decir nada.

Los otros chicos tampoco se animaban a preguntar y sólo se limitaban a mirar a los más grandes. A los pocos minutos los que estaban desnudos se dieron un chapuzón y luego se vistieron.

Agustín se sentía extraño. No sabía definirse cómo se sentía en esos momentos, era algo que nunca antes había sentido.

Esa noche no pudo dormir y no dejaba de pensar en su futuro. Tampoco podía sacarse la imagen de la cabeza mientras los chicos se masturbaban.

Quizás, su padre, le podría aclarar muchas dudas, pero era mejor que nadie supiese nada de lo que había pasado en la laguna porque no lo dejarían ir más y el objetivo no era ese, más bien lo contrario.

A partir de ese día su mundo cambió. Ahora tenía dudas, preguntas y quería saber todo lo que le pasaba a una persona cuando crecía, cuando se hacía grande.

Era verdad que su padre era un hombre de treinta y pocos años de edad, muy apuesto y lo había visto varias veces en calzoncillo.

Y una vez, en el vestuario de las termas, lo había visto desnudo, pero no prestó atención a detalles que ahora le llamaban la atención.

Su padre tenía vellos en el pecho, no muchos, pero sí eran visibles. Además, sus piernas eran musculosas y peludas, siempre que podía jugaba a la pelota con sus amigos.

Ahora, pensándolo mejor, cuando lo veía en calzoncillo, sobre todo en las noches de verano, notaba que tenía mucho bulto debajo de la tela.

Agustín se preguntaba si él quedaría así cuando fuese grande. Entonces, se tocó los genitales y negó deprisa, puesto que no podía ser posible que él, que no tenía más pelos que en la cabeza, fuera a ser como su padre.

Pero también era consciente de que tenía sólo siete años de edad, mientras que su padre tenía más de cuatro veces edad que él.

También se miró el pecho, las piernas, debajo de los brazos y no... No había nada. No podía ser verdad que su cuerpo fuese a cambiar tanto.

Las preguntas, cada vez, se le aparecían en mayor frecuencia y ya no quería más preguntas, sino que necesitaba sus respuestas.

Quizás, si se lo preguntaba a su padre, él le pudiese aclarar algo. Pero había algo que no le permitía expresarse libremente ante los mayores.

El domingo siguiente el calor que hizo fue histórico. Desde la mañana su

padre había desnudado su torso y vestía solamente *short*.

Ese día, a pesar de que le apetecía, no fue con los chicos. Agustín ahora miraba a su padre con cierta particularidad.

El hombre tenía un cuerpo favorecido. Era alto, tenía unas piernas que le gustaban y en ellas y en el pecho tenía pelos. Su padre trajinaba indiferente por la casa.

Su madre, siempre que podía, aprovechaba para darle alguna palmada a su padre y después un beso, siempre que los chicos estaban ausentes.

Agustín se preguntaba por qué hacían eso. Eran muchas cosas que no le cuadraban y ahora se había vuelto más observador de lo que podría haber imaginado.

Con el paso de los años se dio cuenta de que su padre era uno de los hombres más apuestos que había visto a lo largo de su vida.

Luego del almuerzo, se suponía que los chicos iban a echar la siesta. Sus padres se acostaban en el suelo sin vestir del *living*.

A Agustín le gustaba observarlo con esa respiración constante y relajada que tenía. Era todo un universo cada vez que lo miraba y que lo tenía fascinado.

5 – Rafael

Rafael nació en la calle 6 de Abril, frente al parque Solari, en una modesta casa hecha de ladrillos desnudos y de toscas aberturas.

Desde siempre fue consciente de su precaria condición económica y todo lo que ello significaba, lo que no le hacía ni pizca de gracia.

Nació en el otoño de mil novecientos ochenta y era el menor de cuatro hermanas por lo que vivió, básicamente, rodeado de mujeres.

A pesar del humilde contexto económico que vivía, tenían televisión, la cual era una gran válvula de escape para el niño.

Su madre se ocupaba de la educación de sus hijos y su padre debía trabajar.

Al ser el menor, era el más consentido y a su padre no le hacía gracia.

Rafael, junto a su madre, miraba todas las telenovelas que podía. Se enganchaba tanto en las historias que parecía vivirlas en carne propia.

Siempre estaba atento a cada detalle de los actores y actrices, los cuales, al poco tiempo, no pasaron desapercibidos para su madre, quien lo empezó a observar con otros ojos.

Ella no le contaba todas las cosas a su marido, temiendo la reacción de éste.

Había cosas que no estaban bien y ella estaba segura de eso.

A pesar de todo, protegía Rafael. Siempre había deseado tener un varoncito y, al fin, el cuarto fue el varoncito tan deseado.

Al pasar tantas horas junto a su hijo menor mirando televisión, empezó a hacerle preguntas estratégicas, tratando de probar sus teorías.

—Rafa, ¿por qué te gustan tanto las novelas?

—Mami, por lo menos con la tele, yo me olvido de toda esta pobreza...

—Pero nene, ¿no te gustaría ir a jugar a la pelota con los gürises del barrio?

—Mami, a mí me gusta estar con vos. A mí me gustan las cosas que hacés...

—Pero nene, sos muy chico como para que te gusten las cosas que yo hago. ¿No te parece que deberías salir un poco a jugar con los gürises?

—No, mami. Yo me aburro con ellos. Con vos yo me siento bien. Además, ya estoy aprendiendo a cocinar, ¿no? Y si no, vos te vas a aburrir sola...

—Nene y, ¿qué es lo que más te gusta de las novelas que miramos?

—Mami, ¡ahí son todos lindos! Mirá que linda que es Natalia Di Salvo, la que hace de Silvia. ¡Y mirá que lindo que es el personaje de Leonardo Sbaraglia, el que hace de Diego!

Mami, cuando yo sea grande me gustaría ser como el personaje de Pablo Rago, como Lucho. ¡Oh, sí!, me gustaría tanto...

La madre lo escuchaba en silencio y, desde ese mismo instante, estaba confirmando lo que sería el futuro de su hijo.

A partir de ese día, fue una mujer diferente. Se sentía culpable y ya daba por hecho los peores augurios, lo que la estremecía hasta el alma.

Noches enteras pasaba en velas pensando en la tragedia que se avecinaba. Y durante el día trataba de encontrar palabras y hechos que le demostrasen lo contrario.

Su marido, siempre ocupado en el trabajo, a pesar de que la plata nunca alcanzaba, trabajaba de sol a sol, y no se había dado cuenta de nada extraño en su único hijo varón.

Los domingos, como no pasaban ninguna novela, el niño optaba por revisar sus cuadernos de la escuela. De esa manera se pasaba horas y no molestaba a nadie.

Su padre, generalmente los domingos, compraba vino y se ponía a beber.

Pero, enseguida que le empezaba a afectar la bebida, iba a dormir.

A Rafael no le gustaba el vino, pensaba que esa bebida era de los pobres. Y él no quería ser pobre ni hacer nada de lo que hiciesen los necesitados.

Por eso no jugaba a la pelota, no compartía nada con los gürises del barrio, no le gustaba el vino y era el mejor estudiante de su escuela.

Además, no importaba el tiempo que hiciese, siempre se las arreglaba y asistía a la escuela número ochenta y uno, en la avenida Blandengues.

Sus padres, ante eso, nunca pusieron objeción. Es más, lo alentaban ya que alguien, al menos, podría ser algo en la vida.

Y ese alguien los podría sacar de la pobreza extrema en la que estaban hundidos y, hasta hoy, no veían ninguna posibilidad.

Un sábado helado de las vacaciones de julio, su padre había trabajado sólo hasta el mediodía, y luego de la siesta se puso a mirar televisión.

Rafael, como siempre, estaba con sus cuadernos desparramados sobre su cama. El *living* de la casa hacía también de cocina y de dormitorio.

—¿Qué es lo que te gustaría ser cuando seas grande, Rafa?

El niño ni lo dudó y dijo:

—Quiero ser médico, papá. Todos los médicos que conozco siempre andan limpios y tienen una casa linda.

El padre, cuando lo escuchó, le buscó la mirada a su mujer, quien acababa de dejar una bandeja de tortas fritas^[8] en la mesa que usaban para todo.

—Pero, ¿no crees que deberías seguir estudiando algo que realmente te guste?

—A mí me gustaría ser médico por eso... Quiero comprarme una casa como la que mostró Pancho Ibáñez el otro día en la tele... Te das cuenta de cuál es, ¿no mami?

Su marido la fulminó con la vista y ella lo ignoró. De todas maneras, el padre siguió mirando la tele, ya sabía que algo no encajaba bien.

El padre debía tomarse el tiempo necesario para pensar. Las sospechas que tenía eran infundadas y su hijo era pequeño todavía.

Rafael era sólo un niño, ahora que se daba cuenta, era muy casero. No se había dado cuenta hasta ese instante lo casero que había sido toda la vida.

En cambio, a sus hermanas había que atarlas a la pata de la cama para que no salieran. Debería de estar todo más equilibrado.

Pensándolo bien, su padre se dio cuenta que su hijo era muy delicadito y temía que el hecho de estar todo el día metido entre las polleras^[9] de su madre lo hiciera raro.

Pero, ¿qué podría hacer él? Eran muchas cosas las que estaban pasando esa tarde y no estaba preparado para tanto.

Quería hablar con su hijo abiertamente y sabía que ése no era el momento. Además, no tenía la menor idea de cómo encarar una conversación así.

Esa noche fue él el que no durmió. No por la siesta que había hecho, sino por las dudas que lo acosaban continuamente.

Él sospechaba que un tío suyo era maricón. Ese hombre nunca se casó. No se le conocía amiga, novia, ni nada. Ni siquiera amigos.

Y de ese tío nunca se hablaba de su vida privada con nadie. Pero él sabía que, a veces, salía a la medianoche y volvía antes del amanecer.

Y mientras que las salidas de los otros familiares, eran comentadas y re-comentadas por toda la prole familiar, nunca se decía nada acerca de él.

Quizás se estaba apresurando a los sucesos y su hijo, en realidad, no era más que un materialista que pretendía ser rico estudiando medicina.

Los días siguientes y las semanas posteriores no se pudo quitar la idea de que su hijo fuera rarito. Quería comprobarlo y no sabía cómo.

Vaciló más de un momento, adquirió coraje de donde no lo tenía y se decidió hablar con su hijo antes de que fuese tarde.

Cuando creyó que estaba listo para la charla, la concretó. Fue así que, a pesar de que estaba fresquito, una tarde de domingo fue con Rafael al parque Solari.

Solamente debía pasar la calle, pero al niño le hacía ilusión salir con su padre. La madre estaba intrigada por la actitud de su marido.

Sabía que algo estaba tramando, pero no tenía la menor idea de lo que era. Fue prudente y no dijo ni insinuó nada.

Fueron a las hamacas^[10] y Rafael se sentó en una y el padre en otra. Luego de permanecer varios minutos en silencio, el padre le buscó la mirada a su hijo y éste se había distraído mirando a unos chicos.

—Rafa...

No recibió respuesta.

—Rafa...

Continuó sin recibir respuesta.

—¡Rafa!

El niño lo miró sorprendido.

—Estabas distraído. ¿Qué estabas mirando?

—No, nada, dijo el pequeño.

—Rafa, decime, ¿por qué vos nunca salís a jugar con los gürises del

barrio?

—No sé.

El niño bajó la mirada. Luego de varios minutos de silencio, el padre volvió a preguntar:

—Rafa, ¿vos te sentís diferente al resto de los gürises?

El chico no dudó en subir y bajar la vista. Luego de varios segundos de silencio, dijo:

—No sé lo que me querés decir, papá. No te entiendo.

—Nene, quiero que sepas que yo te quiero mucho y que siempre podés confiar en mí. Hagas lo que hagas yo siempre te voy a querer.

—Papi, no te entiendo. No sé lo que me querés decir con eso.

—Ya me vas a entender... Sí. Ya me vas a entender, murmuró el padre.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¿Pasa algo?

—Quedate tranquilo porque todo está bien y lo seguirá estando.

En ese instante los ojos de Rafael se habían abierto desorbitadamente y miraba a su padre como si fuese un fantasma.

1 – Ignacio

Ignacio llegó a la pubertad con miedos e incertidumbres, muchos más de los que podría haber imaginado.

Era un mundo inexplorado el cual enfrentaba, cada vez, más aterrorizado. Y había cosas que ya no podía seguir ignorando.

Era un adolescente recién en el verano de mil novecientos noventa y cinco y, cuando se duchaba, evitaba mirarse desnudo.

No le gustaba el cambio que estaba teniendo su cuerpo, ahora con pelos; se estaba quedando más robusto y la voz se le estaba volviendo grave.

Le daba vergüenza hablar con todo el mundo y continuamente estaba con un mal humor de mil demonios.

A pesar de todo, iba a la playa con su madre y sus hermanas. Su padre les acompañaba solo los fines de semana.

En la playa pasaba horas abstraído en su propio mundo, realmente paralelo a la realidad en un incesante diálogo interior.

Parecía que, cada vez, tuviese más preguntas que respuestas y eso sí que no se podía entender. Tampoco hacía nada para responderlas.

A veces dirigía la mirada a las chicas, las cuales eran muy lindas. Pero su atención siempre concluía en los torsos desnudos masculinos, los cuales parecían modelos profesionales.

Más de una vez su familia lo sorprendió con la vista perdida en algún hombre, pero nadie le dijo ni le insinuó nada.

Una tarde de diciembre, luego de haber acabado el ciclo lectivo liceal, fue a la playa pero, esa vez, hizo la excepción y fue solo.

Al ser día de semana, no había tanta gente en la playa, y él, al estar solo, sin la compañía de su familia, se tomó más libertad a la hora de mirar a los desconocidos que exhibían sus cuerpos favorecidos en la playa.

Ahora sí, no lo podía negar. A él le gustaba más ver a los hombres que a las mujeres. Nacho sabía lo que significaba y le daba temor reconocerse así.

Su mente empezó a volar e imaginarse un futuro donde se veía teniendo una vida gay y, lo que veía, no le daba satisfacción.

Se imaginó la reacción de sus padres ante la noticia, si es que ya no lo sabían. Pensó en los chicos del club, todos lindos, parecían modelos de las revistas argentinas que tanto lo desvelaban.

Pensó en los actores argentinos que invadían la Costa Esteña los veranos y sus órganos genitales no tardaron en reaccionar.

Las horas fueron pasando hasta que llegó el atardecer. Ya era tarde y, a pesar de que hacía calor, y el crepúsculo era para soñar, decidió regresar a la mansión.

No era frecuente que se ausentara por tantas horas y no quería que su familia se preocupara. Cuando llegó sus padres estaban en el patio de adelante tomando vino blanco.

Él les quiso ignorar, pero su padre lo llamó. Nacho, sin ganas, se acercó. Su padre le indicó que se sentase en una de las sillas libres y así lo hizo.

El joven les buscó la mirada y ambos aparentaban estar distantes. Sin pronunciar palabras perduraron durante varios minutos.

Nacho seguía con la mente en la playa, en los cuerpos trabajados de esos hombres que le hacían sentir vértigo, y que le gustaban demasiado como para ignorarlos.

Era prácticamente una tarea imposible de realizar. Había cosas que no estaba controlando y eso le preocupaba y lo asustaba.

—Nacho.

Ignacio se había abstraído tanto en su mundo que no se dio cuenta de que le habían hablado.

—Nacho.

Ignacio los miró y enarcó las cejas.

—Nacho, tu madre y yo hemos estado hablando y... Y hay cosas que no nos cuadran de tu actitud.

Ignacio se hizo el desentendido y optó por poner una actitud de suspicacia. No quería ponerles las cosas fáciles. Luego de unos minutos, dijo:

—No sé a qué se refieren...

—Nacho, ya sos grande y hay cosas de vos que no nos terminan de cerrar. No sé... Eeemmm. Bueno, hay gestos y ciertos gustos que no son propios de un chico... ¿No sé si me entendés lo que te quiero decir?

—Papá, estoy cansado. Quiero acostarme... Estoy confuso con algunas cosas. Necesito pensar...

Y, al decir eso, se paró y se retiró a su morada. Sus padres ni se inmutaron por lo que acababa de suceder y acabaron el vino.

La noche había llegado y sus progenitores seguían en el frescor del final del día mientras el joven se había recostado en su cama y se sorprendió a sí mismo llorando.

Trató de encontrar una explicación y la misma no afloró. Nacho, cada vez, se sentía más endeble y no podía aceptar lo que le estaba pasando.

Más sorprendido quedó cuando se dio cuenta de que su madre le estaba secando las lágrimas. Ella le halló la mirada y se asombró al ver tanta tristeza.

—Mamá... Tengo miedo. Tengo miedo, mamá. Creo que voy a necesitar ayuda de alguien... Sí, mami... De alguien... Por favor.

—Nacho, no te preocupes porque va a estar todo bien. Mañana vamos a ir a un psicólogo y él te va a ayudar en todo lo que necesites.

Ahora quedate tranquilo, nene. No te preocupes por nada. De verdad te lo digo, va a estar todo bien. Tratá de tranquilizarte.

—Mamá, ¿por qué me pasa esto? No entiendo...

—Nacho, sos muy joven todavía. Aún tenés toda la vida por delante. No temas porque va a estar todo bien.

—No, mami. No va a estar todo bien. Ojalá que fuese así, pero... Pero yo sé que no será así.

—No te preocupes, nene. Sé lo que te digo y va a estar todo bien. Ahora date una ducha. Yo te espero en el *living*.

Esa noche Nacho, a pesar del cansancio y estrés que tenía, no pudo dormir. A

la mañana siguiente estaba ojeroso y desganado.

Se dio una ducha con agua fría y fue un rato al patio sin desayunar. Su madre, cuando se dio cuenta de que el joven estaba afuera, se le acercó y se sentó a su lado.

Permanecieron unos minutos en silencio donde ella, de vez en cuando, le echaba una detenida mirada. Luego preguntó:

—¿Estás dispuesto a enfrentarte a tus temores, mi cielo?

Nacho le buscó la vista lentamente.

—Sí. Quiero ir ahora mismo. Por favor. No me dejes solo... No sabría qué hacer...

—Vamos, dijo ella.

Llegaron a la avenida Gorlero. Era un edificio individual, sin mucha ostentación, y por eso, precisamente, llamaba la atención.

Uno de los dormitorios de la vivienda hacía de sala de trabajo. El psicólogo era hombre entrado en años y tenía una expresión impasible.

No se sabría decir qué es lo que pensaba, o lo que sentía. Era como una máquina programada. Ignacio se recostó en un diván y el profesional se sentó a un lado, donde no se veían de frente.

—Decime, Nacho, ¿cómo te sentís hoy?

—No sé, doctor.

—Nacho, ¿cómo te sentís? Intentá describirme con palabras qué estás sintiendo ahora.

Hubo un extenso silencio donde Nacho trató de mirarlo aunque no encontró su mirada.

—Doctor, estoy confuso. Quiero gritar. ¡Quiero gritar a los cuatro vientos que me siento fatal!

—¿Por qué?

—No sé. Sólo sé que estoy confuso, doctor. Sí... Estoy muy confuso con todo, doctor. Ya no sé qué hacer. Mi vida es una tortura continua...

Ahora el joven no podía controlar el llanto y las palabras se les atragantaban unas a otras. Los minutos fueron pasando hasta que Nacho recuperó la compostura.

—Doctor, hay veces que lo veo todo tan claro... Pero hay otras veces que lo veo todo tan oscuro que ya no sé qué hacer. Pienso en la muerte, ¡en mí propia muerte!

Nacho hizo silencio y se escuchaba solamente su respiración.

—¿Qué más, Nacho?

—Pienso... Em, no sé. Es duro para... papá... mamá... Ellos no se merecen tenerme como hijo. ¡Soy una vergüenza para ellos!... y para todo el mundo...

—Nacho, sos muy joven todavía. Tenés toda la vida por delante. No has hecho nada de lo que te puedas arrepentir. Contame, ¿qué es lo que deseás hacer?

—Doctor, no me hace bien hablar de esto...

—Nacho, debés contarme lo que no te gusta, todo lo que te asusta... Debés desahogarte conmigo porque estoy para escucharte. Debés contarme absolutamente todo, no importa lo que sea... Yo necesito saberlo todo para poder orientarte y aconsejarte mejor.

—¿De verdad?

—Sí. Yo necesito saber eso... Saber lo que te pasa... Estás desorientado, Nacho, sólo desorientado.

—Un poco.

—No sos el único que está en ésa situación y, vas a ver que, cuando me lo cuentes, no es tan grave como te lo estás imaginando ahora.

—¿Seguro?

—Sí. Vamos. Intentalo. Vas a ver que te vas a sentir mejor.

—Doctor, no hay día en que no desee ser otra persona. Hay días que miro a mis hermanas y no siento más que envidia por ellas.

¡A ellas se les hace todo tan fácil! Tan fácil doctor que yo las envidio. No sé por qué me pasa esto a mí, pero me pasa...

Y... Y siempre sueño con lo mismo y tengo miedo por eso. Veo hombres desnudos. Imagino a hombres desnudos que se meten en mi cama.

¡Deseo estar con hombres, pero...! ¡Y me pregunto por qué mierda no me pasa eso con las mujeres! Yo por las mujeres no siento nada... doctor.

Ignacio se cubrió el rostro y agregó:

—Sé que estoy enfermo y que no está bien lo que me pasa. Por favor, quiero que me ayude... Yo quiero que me cure, doctor.

Yo no puedo seguir así. Esto ya no es vida. No... Esto ya no es vida. Y siento que cada vez tengo menos fuerzas para luchar.

Nacho había comenzado a llorar dolorosamente otra vez, mientras el psicólogo lo miraba impasible y sacaba, de vez en cuando, apuntes.

—Hay veces que planeo mi propia muerte. Quizás, si muero... Sí, con la muerte se me acabarán todos los problemas.

—¿Estás seguro?

—Sí. Esa es la solución que estaba buscando. Esa es la única solución que hay para mí. Nada más que mi propia muerte, doctor. Va a ser mejor para todos.

2 – Alan

Alan había empezado a sentir cosas extrañas que lo comenzaban a incomodar. Por eso ahora elegía ducharse solo, hacerlo primero o último que sus compañeros del Instituto Nacional del Menor.

En las duchas del asilo se aseaban tandas de diez chicos, pero se excitaba, y esa situación se le había empezado a repetir casi a diario.

El primer día que le pasó recibió bromas de sus compañeros y de inmediato se dio cuenta de que ahora, con sólo con recordar a los chicos desnudos, se excitaba, y esto le preocupaba.

—Si él no era marica, ¿por qué le estaba pasando eso?

Además, con todo lo que se trabajaba en el asilo, siempre andaba cansado pero, a pesar de todo, a la hora de la ducha, su aparato reproductor tomaba vida propia y Alan no sabía cómo controlarlo.

También compartía la habitación con varios chicos y eso tampoco lo favorecía. Los chicos vestían calzoncillos para dormir y, más de una vez, se descubrió a sí mismo observándolos.

Sus confusiones, dudas, temores y desconfianza aumentaban día a día. Además, su cuerpo estaba sufriendo unos cambios que lo dejaban sin aliento. Ahora se afeitaba, tenía la voz aflautada; a veces era más grave que otras. Y esa cantidad de pelos en las piernas y en los genitales que parecía que nunca dejaban de salirle.

Los cambios hormonales eran para todo el mundo. Y más de una vez se despertó tenso y se dio cuenta de que su calzoncillo estaba empapado.

Él estaba totalmente seguro de que no se había orinado, pero le daba miedo responderse lo que ahora era tan evidente.

Y constantemente se preguntaba si a los otros chicos les pasaría igual, pero no se atrevía a preguntar nada a nadie.

Temía que lo tomaran por loco o, lo que sería peor, por maricón. Desde siempre había tenido una vida difícil y ahora parecía que todo se le estaba complicando más.

Si bien antes no tenía nombre, ni siquiera fecha de nacimiento, sino solamente lo puesto, no tenía esas dudas que ahora lo atormentaban a cada

minuto.

Si no era con la compañía de alguien de la seguridad del Instituto nunca estaban solos, porque si no habrían hecho mucho más cosas.

Los sábados de tarde y los domingos eran días de descanso, pero no se les permitía salir del Instituto y la vigilancia que tenían era mínima.

Los chicos sabían que si se portaban mal les castigarían sin piedad. Esa era la ley y había que respetarla costase lo que costase.

Todos los que estaban en ese lugar sabían lo que era pasar hambre, no tener un refugio donde pasar las noches, ni tener a nadie a quien recurrir, por lo que siempre procuraban obedecer y no meter la pata.

Sea como sea, ahí tenían techo, comida, estudiaban y trabajaban, aunque era mínima la paga, la plata era para ellos por lo que podían ahorrar.

Cuando estaba libre de las tareas, prefería quedarse reclinado en su cama, independientemente del clima que estuviese haciendo.

Esa era la decisión de Alan y el personal la respetaba. Cuando estaba así se dedicaba a analizar su vida, paso a paso, y la comparaba con vidas ajenas.

Quizás, si le decía a un guardia que necesitaba hablar con alguien que le pudiese ayudar, pero tampoco era el objetivo de explicar nada al guardia ni a cada intermediario lo que le sucedía.

No conocía ningún referente homosexual y eso lo desalentaba. De todas maneras, era virgen y quizás, cuando estuviese con una mujer, se le fuesen esas incertidumbres.

Pero él se acordaba bien de la revista porno que tenía uno de sus compañeros. Cuando la vio, donde sólo aparecían mujeres, no le produjo nada.

Sin embargo, sólo con recordar a sus compañeros en las duchas, su verga reaccionaba con una fuerza y una presión que lo asustaban.

Había demasiadas cosas que no le cuadraban y se preguntaba qué sería de su vida cuando cumpliera los dieciocho años.

Dentro de lo que cabía, no faltaba mucho y, sí o sí, a partir de ahí, debía empezar completamente de cero en otro lugar.

Una tarde de lunes no se sentía bien, y no dijo nada. De igual forma el guardia se dio cuenta de su palidez y de su desgana que nunca habían sido parte de su persona.

Alan insistió que sólo era cansancio, pero el guardia no le creyó. El hombre lo llevó a un médico y le hicieron análisis. Cuando estaba vistiéndose, le buscó la mirada al profesional y éste le sonrió.

—¿Cómo te sentís ahora, Alan?

—Doctor, necesito hablar con alguien...

—No te entiendo. ¿Con quién querés hablar?

—No sé, doctor. Pero estoy confuso con algunas cosas y quiero saber con quién puedo hablar...

El médico se le acercó, sin apartarle la vista, y el joven tampoco apartó la atención de ese hombre entrado en años y carnes.

—Decime, Alan, ¿de qué querés hablar?

—Doctor, estoy confuso con algunas cosas y ahora me estaba preguntando con quién podría hablar... Ahí, en el asilo, no puedo hablar con nadie.

Mis compañeros están en la misma situación que yo y con los guardias no se puede hablar... Yo quiero saber si hay alguien que me pueda escuchar y que me pueda aclarar dudas y cosas...

El médico asintió.

—Alan, ¿las dudas que tenés están relacionadas con alguna pollera?

Él bajó la mirada. Hubo un extenso silencio hasta que le volvió a buscar la mirada al médico.

—¿Puede ayudarme?

El médico suspiró.

—Sí. Voy a ver qué es lo que puedo hacer.

Esa noche no pudo dormir. Dio vueltas en la cama y no podía conciliar el sueño. Se preguntaba cómo podría encarar la plática que tendría con ese desconocido.

Le daba pánico lo que pudiera pasar, lo que esa persona pudiera pensar, pero, a su vez, quería que llegase ese momento cuanto antes.

Era una carga la que estaba soportando y quería una solución cuanto antes. Al día siguiente no estaba recuperado y no asistió a clases ni fue a trabajar.

Sin embargo, a eso de las cinco de la tarde, el guardia de turno le indicó que le acompañase. Llegó a la clínica del asilo y le hicieron sentar en un diván.

Habían puesto música suave y se sintió a gusto a partir de ese instante. A los pocos minutos entró un hombre joven, bastante apuesto, y se sentó a un lado.

—¿Cómo te sentís, Alan?

Alan sólo se limitó a mirarlo y no dijo nada.

—Mi nombre es Alonso Valero y soy psicólogo.

Alan no se inmutó.

—A mí me podés contar todo lo que te está pasando. Lo que me cuentas a mí va a quedar solamente entre vos y yo. Entre nadie más.

Quedate tranquilo porque cada palabra que me digas no va a salir de esta sala. Podés estar tranquilo y hablar en confianza porque yo estoy para escuchar a la gente.

Hubo unos minutos de silencio, pero ahora Alan no se atrevía a romper esa atmósfera que se había creado y vio que el hombre estaba leyendo unos papeles.

—Alan, no tengas miedo. Sé que no nos conocemos de nada, pero es verdad lo que te digo. Hace tres años acabé la carrera y a mí me asignaron asistir a los chicos de este centro...

—No sé cómo empezar, murmuró.

—Y se supone que deberías de empezar por el principio, pero vos hacelo como te quede más cómodo.

—No es fácil... Siento... Siento vergüenza por lo que me está pasando...

—Contame, ¿cómo te sentís ahora?

—Me siento confuso... Hay cosas en mi vida que no están bien y me da miedo lo que siento... Todo lo que me pasa...

—Contame, Alan. No tengas miedo. Vas a ver que te vas a sentir mejor.

—No sé. Yo creo... Yo creo que soy rarito. Algo me está pasando y ese algo me tiene mal.

—Y, ¿desde cuándo sentís que te está pasando algo raro?

—Yo creo que... Ahora, pensándolo bien, creo que de toda la vida. Sí, yo creo que sí.

—¿Por qué decís eso?

—Porque es así.

—Te escucho, Alan.

—No me es fácil hablar de esto. De hecho nunca lo hablé con nadie.

—Tomate el tiempo que necesites.

3 – Andrés

Andrés, cada día, tenía un estado de humor diferente lo que desconcertaba a todo el mundo, incluso a sí mismo.

Le gustaba mirar las telenovelas y series argentinas y, sobre todo, los actores que aparecían. Para esa altura no le importaba ni le preocupaba lo que

pensaran o dijese de él.

A pesar de que el cura de la iglesia a la que iba su madre habitualmente siempre condenó la homosexualidad, a él no le afectaba.

Él siempre decía que no era un monstruo. Que si Dios no hubiese querido que fuese marica, Él mismo habría hecho hasta lo imposible para que no lo fuese.

Sus progenitores, en los últimos años, se estaban llevando mejor, y no sólo de puertas para afuera, sino en todo momento.

Eso fue un alivio para todo el mundo. No sabe lo que pasó en realidad entre ellos para que se diese semejante cambio.

Andrés se dio cuenta de que el cambio vino después de que murió una hermana de su padre, la cual era muy joven y querida.

A Andrés le gustaba ir a natación y a las clases de inglés. Y nunca se cortó ni medio pelo delante de nadie cuando era la hora de piropear a un hombre o destacar que le gustaba.

Su madre y su padre, por separado y juntos, más de una vez le habían hablado del tema. Y su respuesta fue siempre la misma:

—Que desde siempre le gustaban los chicos más que las chicas.

Y que en un mañana no se veía casado ni, mucho menos, con hijos. Es más, no se veía en una ciudad como Montevideo.

Él quería hacer lo que realmente deseaba. O sea, ser un transeúnte más, llevando una vida junto a otro chico sin que lo juzgasen por ello.

Sus padres, para esa altura, estaban resignados. Sabían que su hijo era invertido y que hiciesen lo que hiciesen, sería inútil.

De todas maneras, el cambio que había habido entre la pareja ayudó a enfrentar la homosexualidad de Andrés mucho mejor.

A pesar de la gran apertura mental que poseía el joven, las cosas no eran tan sencillas como las creía o las deseaba.

Había situaciones y momentos que le dolían, pero él continuaba como si no le importara. Tenía quince años y los desafíos a los que se estaba enfrentando eran muchos.

Observaba a sus hermanos y veía que para ellos todo era sencillo, más fácil. El que le seguía en edad ya estaba de novio hacía casi un año.

A pesar de que sabía de esa diferencia entre su hermano, no quería estar con ninguna chica. A él le gustaban los chicos y quería estar con un chico.

Cuando iba a natación se deleitaba con esos cuerpos esculturales que se desnudaban en las duchas para ponerse esos trajes de baño ceñidos.

Andrés creía que solamente uno de los chicos de natación podría ser de su

mismo bando, y no se animaba a dar el siguiente paso.

Una tarde de noviembre fue a la playa a despejarse y, en gran medida, lo logró. De todas maneras, eran tantos los chicos que le gustaban de ahí, que no le daba la vista para mirar tanto.

Decidió cerrar los ojos y respirar hondo para tranquilizarse. No lo logró. Era más fuerte que él. Andrés necesitaba ver esos cuerpos semidesnudos que jugaban a la pelota, se bañaban, se refregaban a sus novias o tomaban el sol.

Era muy joven todavía, pero ya era el momento de ir planeando su futuro. Sus padres, dentro de lo que cabía, lo aceptaban casi incondicionalmente.

Y uso el término casi ya que, hasta esa fecha, nunca presentó un novio a su familia. Se imaginaba esa secuencia y veía todo gris, o sea que no sabría imaginarse si saldría todo bien o todo mal.

Cuando estaba por cumplir quince años casi por accidente descubrió el arte de la masturbación, lo que fue un gran alivio para su cuerpo.

Ahora tenía su propio dormitorio y les había pedido a sus padres que quería tener mayor intimidad, por lo que les convenció para que el mismo tuviese llaves.

No es que pasara todo el día encerrado, pero había momentos en los que le apetecía estar solo y tener la certeza de que no sería interrumpido por nadie.

A sus padres les dijo las cosas tal cual eran, que a veces le gustaba estar desnudo y no le apetecía ser sorprendido por nadie, sobre todo porque lo hacía en su aposento.

Sus padres, ante la sorpresa y el temor de que su hijo siendo gay se les fuera de la casa quién sabe a dónde, aceptaban casi cualquier cosa.

Resultó que una tarde de verano estaba en ropa interior reclinado en la cama mirando una película. Le gustaba el protagonista y empezó a tocarse los genitales por encima del calzoncillo.

Enseguida se dio cuenta de que eso le gustaba, pero necesitaba algo más. De inmediato su pene se puso tieso, lo liberó y empezó a subir y a bajar la piel que cubre el glande.

Eso lo hacía sentir bien y, a medida que aumentaba la velocidad de los movimientos con su mano, se sentía mejor.

De pronto se dio cuenta de que el placer era soberano, nunca antes había sentido algo así consciente, sí en sus sueños.

Ahora era él quien estaba provocando eso. Fue así que eyaculó y se vio con la mano atiborrada de esperma. Ése fue el hallazgo de la masturbación, que lo acompañaría años, incluso estando en pareja.

Luego de haber concluido, nuevas preguntas empezaron a azotarlo, pero no quería preguntarles nada a sus padres ni a sus hermanos.

La solución que encontró, en parte, estaba en la biblioteca, aunque ésta no tenía lo que efectivamente estaba buscando.

Un día que salió del colegio de la Libertad regresó al apartamento, como siempre, por voluntad propia, caminando, y se detuvo en un kiosko a mirar las revistas.

Sobre todo quería ver si en portada aparecía alguno de los actores argentinos que tanto lo desvelaban. Y, para su sorpresa, encontró una nueva revista, Tema Privado.

Ahí aparecía un torso masculino desnudo y unos titulares que le llamaron poderosamente la atención. No lo dudó y compró la revista.

De pronto los nervios lo atosigaron y estaba ansioso por explorarla, pero quería hacerlo en la tranquilidad de su habitación.

Llegó al apartamento y se encerró en su cuarto. Le dijo a su madre que tenía que hacer un trabajo para el día siguiente y que no quería ser interrumpido por nadie.

Cuando al fin pudo abrir su tesoro, suspiró aliviado, mientras que las ansias y los deseos lo hicieron esbozar una sonrisa.

A partir de ese día no se perdió ningún número de esa revista e hizo hasta lo imposible para hacerse con los números atrasados.

Muchas cosas estaba aprendiendo a través de la misma, la cual también trataba sobre la homosexualidad y la adolescencia.

Al atardecer, sobre todo en el verano, le encantaba pasear por la rambla. Muchas veces lo hacía solo y, a veces, también salía con su hermana.

En esos viajes aprovechaba para mirar a cuanto chico podía, sin ser indiscreto pero, si alguien le correspondía, no se cohibía.

Su hermana ni se enteraba lo que hacía él en realidad. Era pequeña todavía y le gustaba salir con su hermano mayor.

Siempre que salía Andrés, su hermana quería ir con él, donde el joven nunca se negaba. Sus padres estaban de acuerdo, al menos, nunca manifestaron lo contrario.

Muchas veces fueron al parque Rodó y Andrés siempre que tenía la oportunidad, miraba a algún chico que le gustase.

Había veces que se desconcertaba tanto que no daba crédito de que Montevideo fuera así, sobre todo en la zona en la que nació y residía, pues se suponía que era uno de los mejores barrios de la capital.

Las mentes eran retrógradas en más de un sentido y, cada vez, tenía más claro que debía desaparecer de esa ciudad que se le estaba convirtiendo en enana.

Sin embargo, sabía que no era el momento para dar ese paso aún. Fuese como fuese sus padres le estaban dando toda la libertad que puede desear un chico de su edad.

Y no le hacían problemas por nada. Aún no era la hora de dar un paso tan trascendental como ése, primero debía estudiar.

4 – Agustín

Agustín estaba en un estado de confusión tan grande aunque lo disimulaba bien por el constante estado de mal humor.

Nadie le podía decir nada, absolutamente nada, porque era seguro que contestaría alguna de esas barbaridades que tanto molestaban a su familia.

Había días que tenía tan claro cómo sería su futuro que no había ninguna objeción para hacer. En cambio, a veces, veía todo lo contrario.

Y eso sucedía, generalmente, cuando alguno de sus conocidos se echaba novia. Aún era joven y no le faltaban oportunidades para conocer gente.

Sin embargo, él no estaba seguro de querer estar con una chica, sí de novio, pero no con una chica necesariamente.

Muchas veces se encerraba en su dormitorio con la excusa que debía estudiar cuando, en realidad, lo que hacía era desahogarse en el llanto que, poco a poco, se le hacía más fácil, más frecuente.

Se sentía vulnerable en ese contexto. Otras veces optaba por salir a dar vueltas en su motocicleta sin rumbo predeterminado.

Esto lo hacía muy seguido y no solucionaba nada. No le gustaba ir a las discotecas, ni a ningún sitio de aglomeración de gente donde abundase el público mayormente heterosexual.

Muchas veces iba a la Costanera Norte y se ponía alejado a mirar todo el movimiento de gente que había en la zona.

Después de torturarse, se sentaba sobre el suelo durante horas, cerca de las aguas del río Uruguay, mirando la costa de Concordia y soñaba despierto.

Al día siguiente, cuando le preguntasen qué es lo que había hecho la noche anterior, sólo diría que fue a dar una vuelta.

No le gustaba mentir y tampoco podía decir la verdad. Con las primeras luces del nuevo día asomándose en el reflejo del río, emprendía su regreso.

Procuraba hacer los más mínimos ruidos en la casa, aunque su madre tenía un oído tan fino que nada se le pasaba por alto.

Había días que se sentía tan afeminado, con tantas ganas de compañía masculina que necesitaba, por lo menos, mirar a los hombres desnudos.

Se compraba revistas porno heterosexuales, ya que no encontraba las gays y tampoco podía arriesgarse a comprar unas donde sólo hubiese varones sin vestir.

En esas revistas miraba solamente a los hombres. Así se dio cuenta de que el sexo masculino le producía un sentimiento muy intenso, mucho más de lo que hubiese creído.

Poco a poco comenzó a conocer su propio cuerpo y, especialmente, sus zonas erógenas. Ahora se masturbaba y, cada vez más, iba perfeccionando más sus técnicas.

La autosatisfacción no le complacía plenamente, pero le daba para bajar tensiones. Muchas veces soñaba despierto, sobre todo en las tardes de verano. Se imaginaba casarse, tener hijos y lo infeliz que sería si lo hiciese. Y su familia era muy difícil que permitiese otra cosa.

Él quería hacer vida gay y no ser señalado por eso. El hecho de que alguien lo señalase por eso en alguna parte era lo que verdaderamente lo aterraba.

Su madre, más de una vez, lo sorprendió llorando. Ella sabía lo que le pasaba a su hijo, pero no lo podía admitir abiertamente.

Eso debía salir del propio Agustín, quien veía su condición de homosexual como gran tragedia. No había solución.

Aún debía conocer y explorar el mundo y eso lo aterraba. Tenía tantas ganas de conocer el mundo como miedo de hacerlo.

Si él hubiese tenido un referente, todo se le habría hecho más fácil. Y así las semanas se convirtieron en meses, y éstos en años.

A veces observaba a su padre y lo veía tan despreocupado que lo admiraba. Si hubiese sido heterosexual, no estaría pasando por todo lo que ahora le estaba ocurriendo.

Se preguntaba cómo sería besar a un hombre. El hecho de pensar en el contacto de su rostro con otro, sobre todo que tuviese barba, le aterraba y le excitaba muchísimo.

Muchas veces se preguntaba e imaginaba cómo sería la sensación de estar debajo de hombre que le gustara de verdad.

Estar prisionero, sin posibilidad de huir, sin querer huir y gozar del momento como si fuese acabar el mundo en el siguiente segundo.

También vislumbraba cómo sería dormir en los brazos de un varón. Vivía tanto de ilusiones y de deseos que se formó una vida paralela a la real, virtual, que era lo que le hacía realmente existir.

Agustín sabía que eso no estaba bien. Pero era lo único que le daba vida y siguió de esa manera mientras pasaban los años.

Cuando se miraba en el espejo se exploraba hasta el alma, y un poco más. Sus ojos eran expresivos, siempre confesaban lo que pensaba, lo que deseaba, y eso no le importaba.

Muchas veces, sobre todo en verano, le encantaba pasearse desnudo en su dormitorio, mientras se miraba en el espejo.

Ahí imaginaba que le sacaban fotografías, que era muy anhelado, que los hombres y las mujeres lo deseaban y se sentía muy atractivo.

Y lo que más le gustaba, era estar de *jeans*^[11], con el botón desabrochado, descalzo y sin camisa y, caminar por todas partes.

Le erotizaba que le viesen el torso desnudo y, como tenía buen cuerpo, pero no era consciente real de ello, le daba morbo al asunto.

Una tarde de diciembre se había recostado en el suelo del cuarto, a pesar de que tuviese ventilador y aire acondicionado, le gustaba estar ahí, su madre llegó y se sentó a su lado.

Él estaba cómodamente con las manos debajo de la nuca haciendo de almohada y, como casi siempre, esquivaba la mirada.

Ella se sentó a su lado y no lo miró, y él supo que de algo importante le gustaría hablar. No estaba seguro de querer hablar de algo.

Permanecieron unos minutos en silencio donde, esa quietud era el resultado de un intenso diálogo sin palabras que se estaba produciendo entre ellos.

—¿Querías algo, mami?, al fin murmuró.

Ella sonrió.

—Eso es lo que debería de preguntar yo.

Nadie dijo nada durante los siguientes minutos.

—¿Qué es lo que te pasa, Agus?

Sonrió sin ganas y cerró los ojos.

—Agus, te conozco de toda la vida. Hay algo en vos que no está bien. Y quiero que sepas que siempre podés contar conmigo. Yo soy tu madre, sí, y también puedo ser tu amiga.

—Estoy bien. No te preocupes por mí, porque estoy bien.

—Me gustaría que al menos vos te creyeras esas palabras.

Agustín abrió la boca y ningún sonido emitió.

—La verdad es que no sé... ¡Qué más da!

—Agus, pase lo que te pase, hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, podés contar conmigo. Yo siempre voy a estar con vos.

Sé que hay cosas que no son fáciles. Y que algunas cosas son más difíciles de lo que uno se podría imaginar, pero... Pero la vida en sí no es fácil.

Nunca lo fue para nadie. Eso lo sé muy bien. De hecho mi vida no ha sido fácil y vos ya sabés por todo lo que he pasado...

Ella lo miró largamente y siguió:

—Lo que quiero que sepas es que, si yo, si tu padre y yo podemos hacer algo para simplificarte la vida, para ayudarte, para que estés mejor, quiero que sepas que siempre podés contar con nosotros.

Hemos estado hablando tu padre y yo y sí... Los dos sabemos que nosotros hemos decidido que ustedes estén en este mundo y, como lo hemos decidido, tenemos la responsabilidad de ayudarlos...

Agustín miró fijamente a su madre y ella no lo rechazó.

—De apoyarlos y de protegerlos siempre, a cada instante, pase lo que pase. Pero nosotros no podemos hacer nada si ustedes no quieren ser ayudados. ¿Me entendés lo que te quiero decir?

—Mami, no sé lo que me está pasando...

—¿Por qué?

—Muchas veces siento miedo.

—¿Por qué?

—Le temo a la incertidumbre, al futuro que ya llega, a todos los cambios que pueden haber en mi vida y me da pánico dar un paso más... La verdad es que no sé.

—Agus, a todo el mundo le pasa algo más o menos igual. Yo, sin ir mas lejos, cuando quedé embarazada por primera vez, no te hacés idea de cómo me asusté.

Tenía que enfrentar a papá y a mamá... Era muy joven todavía y tus abuelos no estaban de acuerdo con tu padre...

Fueron momentos muy duros los que hemos pasado juntos tu padre y yo. Pero la tragedia, en realidad, era yo misma quien la hacía.

Y si no, mirame a mí. Ahora estoy bien, tranquila, ustedes están grandes y todo es parte de la vida. Nada es tan trágico como la muerte, que con ella nada tiene solución.

Él hizo una mueca.

—Todo... Y escuchame bien, Agus, todo el resto tiene solución. Nada

es tan trágico como lo estás pensando. ¿Me entendés lo que te quiero decir?

—Quizás, mami. Quizás, murmuró.

—Sé lo que te digo. Todo tiene solución. No temas a las estupideces porque todo tiene solución y eso te lo digo por experiencia propia.

—Ojalá.

5 – Rafael

Rafael fue muy prematuro en sus acciones y decisiones en el amplio sentido de la expresión. Y la sexualidad no fue una excepción.

Al ser tan consciente de su real situación económica y haberse aceptado desde siempre como gay, vivió desde el principio su homosexualidad naturalmente.

Él se desplazaba siempre, sin excepciones, por toda la ciudad y alrededores, para ir a todas partes, en bicicleta, su único bien mueble.

Eso le dio un gran margen de acción y de libertad. Le dio una gran confianza y fortaleció mucho más su personalidad.

A pesar de todo, con los escasos recursos que disponía, decidía hasta qué hora quedarse o no en determinado lugar y hasta dónde podría llegar en un medio de transporte así.

Se dio cuenta, realmente, de que era gay y de que siempre lo sería, en el año mil novecientos noventa, una tarde calurosa de enero.

En ese momento él tenía doce años y ocurrió un día que fue a las termas con unos primos. Era pequeño, y supo que, a partir de ese día, su vida cambiaría.

No se equivocó. Allí, en las termas, a pesar de que lo disimuló, cuando vio a tantos hombres desnudos en los vestuarios, supo lo que desearía para el resto de su vida.

A partir de ese instante, miraba con otros ojos a los hombres, sobre todo a los que oscilaban entre los veinte y treinta años, quizás con unos años más también.

Una tarde de febrero donde el calor se había empeinado con la zona norte del país, se decidió y emprendió marcha hacia las termas en su bicicleta.

Era la primera vez que iba en su medio de transporte personal y quería saber si su físico estaba preparado para pedalear tantos kilómetros a altas temperaturas.

Sus deseos eran tan grandes de ir que, en realidad, el viaje se le hizo breve y

supo que, si podía llegar en su bicicleta ahí, no habría límites para desplazarse de un lado hacia otro de la ciudad.

Estaba ansioso por llegar, pero no quería demostrar esas ansias a nadie ya que, se suponía, la mayor cantidad de gente que iba, era heterosexual.

Al fin llegó a los vestuarios, se desnudó y se sentó sobre el suelo mientras un chorro de agua caliente le caía por la espalda.

No había mucha gente a las dos de la tarde, y más con el calor que estaba haciendo, pero fue perseverante y mantuvo la cabeza fría.

A la media hora, más o menos, cuando su espalda estaba irritada por el golpe de tanta agua caliente, llegó alguien.

Él, sin que lo vieran, se puso de pie e hizo como que recién se empezaba a duchar. A los pocos segundos apareció un chico desnudo.

Tendría veinte y pocos años y se puso en la ducha de enfrente. Los dos eran conscientes de que eran los únicos en las dependencias, aunque, en cualquier instante, podría llegar alguien más.

Rafael no quiso perder tiempo y empezó a observar al chico mientras se masturbaba. El chico fue estoico y se puso de espaldas.

Rafael tenía una erección como pocas veces y en ese instante llegó un hombre de unos cuarenta años con dos niños.

Rafael se molestó consigo mismo, ya que no sabía cómo ocultar su erección. Se puso de espalda, mirando la pared, y respiró hondo, hasta que logró que bajara en gran medida.

Luego regresó a sus cosas, se puso el *short*, agarró su mochila y emprendió camino hacia las piscinas. Cuando iba saliendo, vio que el chico que estaba en la ducha se había sentado en el banco de salida y lo miró.

Había mucha gente, por lo que debía ser discreto y rápido. Después de mirarse recíprocamente a los ojos, Rafael se acercó a la puerta de entrada/salida y quedó observando el cartel de precios y horarios.

El chico salió y, mientras lo hizo, le echó un vistazo. El salteño no se quería dar por enterado y, cuando lo vio que se puso a mirar las revistas del kiosco mientras, de vez en cuando, le echaba una mirada, no lo pensó más y salió del perímetro.

Pasó por su lado sin mirarle y se dirigió hacia el lado del río Daymán. Ahí buscó un lugar en la sombra para sentarse.

Por suerte no había nadie en esa parte a esa hora, a pesar de que el río estaba muy bajo y el calor era más que agobiante.

A los pocos minutos apareció el chico y Rafael fue impasible. Era su primera

vez y no sabía qué hacer. El chico se sentó a su lado y persistieron en silencio.

—¿Qué estás buscando?, preguntó el chico.

Rafael lo miró y sonrió.

—¿Solo por acá?, insistió.

Rafael asintió. De repente, el chico se le acercó y le empezó a tocar la pierna. Rafael le buscó la mirada y el chico empezó a tocarse el paquete.

A continuación, el chico se paró y emprendió camino hacia el puente, y de ahí a una especie de cueva. Rafael lo siguió ansioso.

Cuando el uruguayo llegó, el chico no perdió tiempo, le mostró sus genitales y le bajó la cabeza para que Rafa se agachase.

Era la primera vez que chupaba una pija^[12] y trató de esforzarse. Luego el individuo lo quiso penetrar y lo hizo sin condón.

Rafael sangró y no le importó. A pesar de que se asustó y de que le dolió, quiso que el chico lo siguiera penetrando.

Eso le gustaba y, en algún momento, debía pasar. Luego de su primera vez, caminaba diferente, o al menos, lo creyó así.

Al andar tanto en bicicleta y ser tan observador en las actitudes de la gente, no tardó en darse cuenta de que la ciudad, de vez en cuando, se inundaba de argentinos.

Y eran argentinos pudientes, al menos era lo que decían sus vehículos. El problema era que no les veía las caras, siempre tenían los coches con vidrios polarizados.

También había argentinos en las termas, en la zona del puerto, en la costanera Norte y en todas partes. Sólo debía observar para ver cuál le cuadraba y cuál no.

No tardó en caer uno en la plazoleta de los Recuerdos. Rafael estaba sentado en el muro, al lado de su bicicleta, y se dio cuenta de que la mirada de un nene de mamá lo observaba.

El salteño hizo como si no se hubiese enterado. El joven le levantó la lata de cerveza que estaba bebiendo y sonrió. Rafael se hizo el pasmado y, a los pocos minutos se acercó junto a su vehículo.

—¿Qué tal?, preguntó el chico.

—En la vuelta. ¿Y vos?

—Acá, viendo qué aparece...

Rafael sonrió y paseó los ojos por los alrededores.

—Eso depende más de vos...

—¿Estás seguro?, preguntó el chico.

—Yo creo que sí.

El chico le alcanzó su lata de cerveza y Rafael bebió.

—¿Siempre compartís la cerveza con todo el mundo?

—No. Sólo lo hago con la persona que me gusta.

El argentino le buscó la vista, hasta que la encontró.

—Y vos me gustás. ¿Querés que vayamos a un lugar más cómodo?

—Mirá que no tengo un sope^[13].

—Vamos a un telo^[14]. Pago yo.

—¿Y la bici? ¿Dónde la dejo?

—La ponemos en el baúl.

Fueron al hotel alojamiento Mediterráneo y, una vez allí, cosa de locos, Rafael tenía más miedo que la primera vez.

Se sentaron sobre la cama y ninguno de los dos se atrevía a mirar al otro. Así pasaron unos largos segundos. De repente el chico preguntó:

—¿Cuántos años tenés?

—Trece... ¿y vos?

—¡Soy un corrupto de menores! Veinte... Mi nombre es Diego.

—Yo soy Mauro.

Rafael empezó a quitarse la ropa hasta quedar sólo de calzoncillo. Diego sólo se limitaba a mirarlo. En ese instante pidió una botella de cerveza Pilsen y la misma no tardó en venir.

Diego también quedó en ropa interior y se pusieron a tomar cerveza. De todas maneras, enseguida que la acabaron, el argentino pidió otra.

—¿De dónde sos?

—De Colón.

—Y de allá te venís... ¡Estás loco!

—Acá nadie me conoce y... Y, por ahora, prefiero seguir haciendo esto...

—O sea que tu familia no sabe nada.

—Creo que no. ¿Y la tuya?

—Creo que lo saben. Nunca lo he hablado, pero creo que lo saben. Es mí vida y con ella hago lo que me da la gana.

—¿Activo o pasivo?

Diego sonrió y dirigió una mirada al paquete de Rafael. El uruguayo suspiró y se quitó el calzoncillo mientras empezaba a masturbarse.

El argentino no tardó en empezar a chuparle la pija y, para Rafael, era una

nueva experiencia, la cual le agradaba mucho.

Era la primera vez que le practicaban sexo oral. De todas maneras, Rafael quiso devolverle el placer y Diego no se hizo de rogar.

A esa altura, aún no controlaba la eyaculación por lo que, en un momento, para no acabar, se la sacó de la boca y se puso a respirar profundamente.

Diego comprendió qué pasaba. Cuando reanudaron el acto, Rafael se acostó boca arriba y Diego se sentó sobre su verga.

Era la primera vez que penetraba a alguien y le gustó más de lo que hubiese querido. Así fueron sus comienzos sexuales.

1 – Ignacio

El nuevo milenio trajo varios desafíos para Ignacio. Fue así que hubo cambios muy importantes en su vida.

Ahora tenía novia a la que decía amar con toda su alma. También se había hecho practicante de la religión católica y todos los domingos iba a misa.

Además, se confesaba una vez al mes y llevaba una vida sosegada y ordenada, ahora sin pecados, según sus propias palabras.

Decía que ahora se sentía pleno, feliz y hacía planes con su enamorada para formar su propia familia. Su novia lo amaba.

La familia Schultz-Parker, al principio, no la aceptó, ya que sus orígenes humildes hacían que no encajase en esa familia tan adinerada.

De todas maneras, la sencillez que tenía, honradez que acreditaba y humildad ante todo el mundo hizo que la vieran de forma diferente.

Pero debió pagar un precio alto para hacerse con el verdadero lugar que le incumbía al ser la pareja de Ignacio.

A ella, de a poco, la fueron aceptando y los padres, luego de tantas sesiones de psicólogo con su hijo, vieron que ella podría ser la candidata que le sacara las dudas y que por fin sentara cabeza.

Hacía tres años que se conocían y, por mutuo acuerdo, recién al año empezaron a mantener relaciones sexuales.

Ambos eran vírgenes al momento del primer encuentro íntimo. Y la inexperiencia mutua hizo que la relación fuera de confianza y mutuo respeto.

Ignacio, pasado un par de meses, le insistió a su chica para practicar el sexo anal. La negativa de Macarena hacía que fuese más persistente aun.

Ella siempre se negó, pues decía que era sucio, que no estaba bien y que,

sobre todo, le dolería. Tenía miedo ante esa posibilidad.

Una noche de junio, donde hacía un frío excesivo, pero ni se enteraban en el interior de la mansión, luego de beber vodka con naranja y limón, ella cedió e Ignacio al fin pudo penetrarla por detrás.

Para él fue una experiencia especial. Sabía que sería buena; nunca pensó que realmente sería tan buena, tan gratificante como había sido.

Para él no se comparaba en lo más mínimo que cuando tenían sexo vaginal. Él cerró los ojos y empezó a acariciar su espalda como una obra de arte.

Una vez que había eyaculado se sentía tan pleno y feliz, que quería transmitirle a ella lo bien que había sido la experiencia, y no sabía cómo hacerlo.

A Macarena le había dolido aunque él había sido cuidadoso. Durmieron desnudos en su habitación con la calefacción encendida.

Nacho despertó a eso de las once de la mañana y se sentía tan bien y relajado como si estuviese en un estado de permanente nirvana.

Él miraba a su chica como si estuviese extasiado y no sabía cómo agradecerle por haberle permitido que la penetrara por ese lado.

Era tan linda y especial, que creía haber encontrado el gran amor de su vida.

A la joven le pasaba igual. Fue por eso que hizo más de un sacrificio por él.

Nacho quedó observándola como media hora hasta que se despertó y lo sorprendió mirándola. Ella le sonrió y le acarició el pelo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, murmuró él. Creo... Creo que me he enamorado y... Y me gustaría pasar el resto de mi vida junto a vos. ¿Qué te parece?

Ante estas palabras terminó de despertar.

—No te entiendo, Nacho. ¿Qué querés decir?

—Macu, ¿querés casarte conmigo?

Ella se sentó en la cama sorprendida, sin saber qué hacer. De igual forma él no le apartaba la mirada a la espera de una respuesta.

—¿Qué me decís, Macu?

—¿No crees que seamos un poco jóvenes como para pensar en el matrimonio? ¿No te parece que primero deberíamos de terminar la facu?

—Macu, yo te quiero y... Y vamos a seguir estudiando los dos. No nos va a faltar nada. De eso podés estar tranquila y segura.

Sólo quiero que seas mí mujer ante Dios y ante la ley. De momento no vamos a tener hijos. A ellos sí los vamos a dejar para más adelante.

Nacho le dio un beso en los labios.

—Nada de esto fue planificado. Sólo le estoy obedeciendo a mi

corazón. Y me gustaría pasar el resto de mi vida a tu lado. ¿Qué te parece, Macu?

—Nacho, yo te quiero... Yo te amo. Y por vos iría hasta el fin del mundo y más allá... Yo, con tal de hacerte feliz, hago lo que sea.

No importa qué. Hago lo que sea. Y si crees que ya es el momento de formalizar nuestra relación vamos a hacerlo.

Al escucharla, no dudó en abrazarla tan fuerte como pudo. Ella estaba consternada y él no quiso ver nada de eso.

—¡Vamos a ser muy felices! Vamos a ser el matrimonio más feliz del mundo, te lo prometo, murmuró.

—Lo sé, Nacho. De todas maneras, tengo que decirte que tengo miedo... Es un paso muy importante el que vamos a dar.

—Sí, Macu. Pero vos apareciste y me sacaste todos los problemas y dudas que yo tenía. Y eso sí que no tiene precio.

Hasta que llegaste, mi vida era un caos y lo sabés bien. Sólo psicólogos y más psicólogos sin darme ninguna solución. Sólo me estaban sacando la plata.

En cambio, desde que empecé a salir con vos mi vida cambió. Ahora sí le encuentro un motivo a la vida. Ahora sí tengo un motivo para vivir... Y ese motivo sos vos, Macu.

Ambos volvieron a acostarse sobre las sábanas claras y se pusieron a mirar el techo. Él tenía una expresión de felicidad y ella seguía en estado de conmoción.

Los dos estaban desnudos. Él cerró los ojos un instante y recordó cuando la noche anterior penetró a su novia por detrás.

De inmediato se le cruzó la imagen de un rostro masculino, con una barba de más de dos días, y abrió de inmediato los ojos.

Volvió a mirar a Macarena y sonrió. Luego se levantó, se puso un pantalón y abrió la persiana donde tenía todo el Atlántico en esa visual.

Ella también se levantó, se puso una remera^[15] de él y comenzó a contemplar el océano junto a su novio mientras lo abrazaba desde atrás.

—Yo pensé que nunca me iba a casar en mi vida. He sufrido tanto hasta que apareciste vos que no te hacés idea... Hoy...

Ahora, me doy cuenta de que cada cosa pasa por algo. Vos sos la persona que llena mi vacío, Macu. Vamos a hacer un crucero de luna de miel. ¿Qué te parece?

—Nacho. Yo no tengo nada para darte. Yo te amo a vos como persona. No por lo que tenés. Y antes de casarnos quiero hacer separación de bienes.

No quiero que la gente piense que me caso por tu plata ni, mucho menos, que lo haga tu familia. No lo soportaría.

Él no dudó en buscarle la vista y ella no la rechazó.

—Macu, por favor. Escuchame bien. Yo nunca lo insinué... No. Nada de eso... Nada que ver. Sé que vos no te querés aprovechar de la fortuna de mi familia.

Y yo quiero casarme con vos asumiendo todo el riesgo que ello implica. No me importa lo que vaya a pasar en el futuro.

Yo sé que siempre vamos a ser felices. No hay nada para temer. Nada. Y a mí no me da la gana hacer la capitulación de bienes.

Vos vas a ser la madre de mis hijos porque vos sos la mujer que elegí para pasar el resto de mi vida, y eso quiero que te quede claro.

—Nacho, ponete en mi lugar. Yo no tengo ni dónde caerme muerta. Ya sabés de qué barrio vengo y, de hecho, conocés mi casa.

—Macu, vos tenés algo que no se puede pagar ni con todo el oro del mundo. Vos tenés un corazón verdadero que no teme entregarse para amar y yo, gracias a vos, vuelvo a tener vida propia.

Ignacio suspiró y le volvió a buscar la vista a su chica.

—A mí me gustaría que la boda fuese en verano. ¿Qué te parece?
Ella quedó pensativa.

—Son muchas cosas que habría que organizar, Nacho.

—De eso no te preocupés. Vos ocupate de elegir el vestido... Pero eso hacelo con mamá o con la tuya y después lo compramos.

Lo que estoy pensando es en el viaje de la luna de miel. Sí, tiene que ser inolvidable. ¿Qué lugar te hace más ilusión conocer?

El joven cerró los ojos para soñar despierto.

—¿Cómo crees que se lo va a tomar tu madre?

—¡A mamá le va a encantar! ¡Te lo aseguro!

Hizo una pausa y agregó en un murmullo: Ella siempre ha querido que me case...

—Yo no estoy tan segura de que vaya a pasar eso.

—Quedate tranquila porque mamá va a estar encantada ante la noticia.

—Si vos lo decís...

—Sí, no te preocupes porque será así.

Alan había perdido la virginidad hacía dos años con una puta de la Ciudad Vieja y no conservaba un buen recuerdo de ese encuentro.

Él, enseguida que salió del INAME, decidió explotar su sexualidad sin miedo. Primero recurrió a esa chica y luego, leyendo los clasificados de El País, decidió llamar a un hombre también.

Como la mujer lo había dejado más confuso de lo que ya estaba, también recurrió a un varón. Con él se sintió extraño.

Ese era el término adecuado para definir ese encuentro. Si bien el chico fue complaciente, era el propio Alan que, de repente, se había bloqueado.

Era temor y fascinación a la vez el hecho de que un tipo tan apuesto como el que había recurrido, lo tocara, lo acariciara y le sonriera estando desnudos.

Y se avergonzaba de sí mismo de que tuviera que pagar. Finalmente alejó sus miedos y se entregó a disfrutar ese momento que tanta plata le estaba costando.

Después que estuvo con el tipo pasó a masturbarse a diario. Esa práctica se le había convertido casi en una obsesión. Siempre que tenía la oportunidad, lo hacía.

En realidad, como era consciente de su real situación económica, había ahorrado en el tiempo que estuvo trabajando de interno en el asilo, y ahora lo seguía haciendo.

Y los caprichos que se dio con la mujer y el hombre justificaban tantos años de esfuerzo. Aunque una parte de sus ahorros se llevaron.

Ahora vivía en una pensión de la calle Paysandú y Minas y, como no tenía a nadie en la vida, ni siquiera amigos, había decidido ahorrar para cambiar su hogar de forma definitiva.

Él supo desde siempre que si se quedaba en Montevideo nunca obtendría nada. Y ese no era el objetivo. Tenía muchos sueños y los quería cumplir.

También, casi sin querer, se estaba haciendo adepto a las bebidas alcohólicas, sobre todo las blancas que tenían un importante grado de alcohol.

Ellas eran un alivio en sus eternas noches de soledad, cuando la misma aparecía con todo su peso y recordaba lo solo que estaba en este mundo.

Al menos un vaso de vodka, ron, *whisky* o tequila bebía cada noche. No era barato, pero era lo único que lo calmaba y amortiguaba tanto pesar.

La vida era injusta y Dios sólo se ocupaba de los ricos, no de los marginados como él, que hasta que tuvo casi siete años, no tenía nada, ni siquiera nombre.

Alan trabajaba de carpintero en la zona del puerto porque no había querido seguir estudiando en la universidad, a pesar de que había aprobado el bachiller con buenas notas.

Él trabajaba de lunes a sábados y se desocupaba a las cinco de la tarde, pues hacía horario seguido y eso le brindaba más horas libres.

Él, para matar el tiempo, iba a la rambla a caminar. Allí miraba a todo el mundo, aunque, en realidad, sin ver nada en concreto.

Era consciente que necesitaba la compañía de alguien, pero era muy difícil entablar una amistad verdadera en la capital uruguaya, mucho más una relación. O eso creía.

No salía a la noche ya que en ningún lugar se sentía cómodo. No iba a los lugares donde se aglomeraba la gente y, a medida que pasaba el tiempo, le encontraba más defectos a la ciudad y al país en conjunto.

Cuando en el noventa y nueve volvió a ganar el partido Colorado puso fecha real para su partida, ya que con ellos, estaba seguro, el país iba a ir de mal en peor.

No se equivocó, al contrario, quedó corto en sus previsiones. Cambió sus ahorros a dólares y éstos sumaban nada más que dos mil quinientos dólares. ¡Solamente dos mil quinientos dólares!

Eran los ahorros de toda su vida. No tenía idea de cómo sería vivir en el extranjero y ya estaba cansado de trabajar y nunca tener nada.

Que los ahorros de más de doce años de trabajo sólo sumen eso era, verdaderamente, vergonzoso. Y, lo que más le molestaba de sí mismo, era que no tenía ningún amigo, ni nadie en quien confiar.

Los chicos del INAME, cada uno había seguido su rumbo y la mayoría tenía algún familiar que lo iba a ver durante el tiempo de internamiento.

Y lo más importante de todo, era que a ellos no quería seguir viéndolos, pues le recordaban los años que pasó en el asilo.

Además, todos tenían un historial muy pesado a pesar de la poca edad que tenían y Alan realmente quería empezar una nueva vida, incluso ignorando el pasado.

En la pensión, la mayoría de los inquilinos eran del interior y había que tener sumo cuidado con los artículos personales, porque a la primera que uno se descuidara, empezaban a faltar cosas.

Alan odiaba la Navidad y el Año Nuevo. Como no tenía a nadie con quien compartir esos días, le gustaba ir a la Rambla y tomar cervezas sentado a la mesa de un carrito^[16].

Así era como recibía las fiestas de fin de año. De ésta manera hacía tiempo hasta pasada la una de la madrugada y luego regresaba a la pensión. Y esa rutina le estaba matando.

En enero empezó a recorrer los consulados para obtener la mayor cantidad de información de los posibles destinos en los que le apetecería vivir.

No entendía nada de economía ni de política. Lo único que tenía claro era que, con los Colorados en el poder, no iban a estar bien.

Estuvo muy tentado para ir a los Estados Unidos, ya que no necesitaba visado ni nada especial para entrar a ese país.

Había que tener en cuenta que, en las películas que había visto procedentes de allí, sabía que ahí sí se podría cumplir su sueño.

También lo sedujo Italia pero, irónicamente, a medida que fue obteniendo más información de su posible destino, se hizo más exigente.

Empezó a mirar la cultura de cada país, la calidad de vida, la convertibilidad de la moneda respecto al dólar, la religión, la idiosincrasia, el clima, las típicas aspiraciones de la gente de esos lugares.

En fin, vio todo lo que le podría interesar. De esa manera fue descartando países. En primer lugar desechó a América Latina, ya que deseaba un cambio brusco.

Al fin compró un pasaje ida y vuelta tal cual lo exigían, para Madrid. Tenía fecha para el veintidós de abril del dos mil.

Tenía miedo de subirse al avión. Pero sabía que ese sería el paso trascendental que cambiaría su vida para siempre.

A decir verdad, nunca había pensado, hasta que ganó de nuevo ese partido político en el país, en emigrar y abandonar definitivamente su tierra.

Y ahora estaba en el aeropuerto de Carrasco, sin que nadie lo fuese a despedir, sin que nadie supiese a dónde ni por qué se iba.

Estaba solo y eso le dolía. Deseaba fervorosamente que en España las cosas le fuesen mejor. Y aunque le fuesen mal, ya estaría él mismo para consolarse o torturarse.

Había leído mucho de este país y diversas cosas lo intrigaban. Sobre todo la variedad de climas y de paisajes que tiene esta nación.

También lo maravillaba la cultura de bares, al igual que las aspiraciones del típico ciudadano español. Era todo nuevo para él y Alan quería ser parte de España.

En una de las revistas que había conseguido en el consulado se hablaba de la gran cultura gay que hay en este territorio.

Eran muchas cosas que quería conocer y no sabía cómo empezar. De todas maneras, era consciente de que no tenía casi plata, pues había gastado casi mil dólares solamente en el pasaje.

Y cuando llegara debía empezar a manejarse en otra moneda de la que hacía sólo unos días se había enterado de su existencia.

Era joven y estaba dispuesto a experimentar. Una vez que el avión emprendió vuelo, cerró los ojos y empezó a respirar profundamente, una y otra vez. Se dijo:

—Este es el comienzo de un nuevo principio. Así como antes tenía nada, literalmente nada, ahora, en mi nuevo país, el que realmente elegí para vivir, voy a ser alguien muy importante.

Sabía que, en la Madre Patria, las cosas le irían mejor que en su país. Peor de lo que le fue en su Uruguay natal no le podría ir, porque hasta que conoció a doña Clotilde era un cero a la izquierda.

Alan no existía ni como persona en términos legales y ese era un golpe bajo que lo acompañaría el resto de la vida y, paradójicamente, le daría estímulos para que no se rindiera nunca. Jamás.

Cuando estuvo asentado en la Madre Patria, se dio cuenta de lo acertado de su decisión, fue como si hubiese vislumbrado el futuro inmediato.

A partir de su partida de las tierras uruguayas, empezó a materializarse la mayor crisis social, política y económica que sufrió su tierra a lo largo de su historia.

Eran muchas cosas juntas las que estaban pasando. Era consciente que, aunque creyese que Dios sólo ayudaba a los ricos, a él lo había auxiliado algún ángel por lo acertado de su decisión.

3 – Andrés

Andrés había asumido su sexualidad de manera natural. Él, desde que supo que es así, no hizo nada para ocultarlo ni impedirlo.

Si bien siempre estuvo al corriente de ello, ahora que se estaba haciendo adulto, las decisiones que tomara lo iban a marcar y, en cuanto a su sexualidad, marcó una línea clara.

El hecho de que leyese mucho acerca del tema lo ayudó bastante. Y todo lo que le pasó fue parte del proceso que su mundo inmediato debía asimilarlo.

Si bien hablaba con su gente acerca del tema, ellos nunca terminaban de

creérselo y guardaban la vaga ilusión de que el chico fuese hetero o bisexual. Se lo contó definitivamente a su madre cuando tenía diecisiete años y enseguida a su padre, quienes le preguntaron si estaba seguro y si estaba dispuesto a vivir en una ciudad como Montevideo.

—¡Soy gay, marica, no un extraterrestre!, dijo.

Los padres no tardaron en comprenderlo. Luego habló con sus hermanos por separado y todos, finalmente, acabaron aceptándolo.

Ahora a nadie le cabía duda de que Andrés era gay. Él no tenía pluma, a menos que la quisiera tener, y no se cortaba ni medio pelo a la hora de decir que fulano o mengano le gustaba.

Era su vida y se acabó. Al fin y al cabo siempre se había expresado libremente, o sea, nada cambió en ese sentido.

Con su hermana, con la que siempre se había llevado bien, ahora hablaba mucho de hombres. Ella era menor y se hicieron amigos.

Se complementaban con esmero. Ella se enteraba lo que le gustaba a un hombre y le decía a su hermano qué estrategias funcionan con los chicos.

Su hermano, al que Andrés le llevaba dos años, tiempo después le confesó que le había visto besarse con un novio en la rambla una tardecita de invierno.

Y esa imagen lo oprimió durante meses como una sombra. Luego fue comprendiendo que era eso lo que hacía feliz a Andrés, pero temía por lo que se decía de los homosexuales.

Al principio Andrés no llevaba a nadie a la casa a quien pretendía como novio, solamente a amigos. Sus hermanos sí lo hacían.

Sus padres nunca hicieron problemas y la madre se dio cuenta de que las personas que llevaba Andrés no eran más que amigos. Fue así que un día lo encaró en el *living*.

—Andy, quiero hablar con vos.

Andrés le buscó la mirada y ella le correspondió.

—Sí, sentate ahí.

Lo dijo mientras señalaba el sofá grande. Él se sentó y ella a su lado. Su madre, a pesar de todo, estaba nerviosa.

Por más que le doliera, seguía siendo una mujer conservadora y hacía esfuerzos sobre humanos para parecer natural en todo momento.

Después, a paso de tortuga, fue viendo la sexualidad de su hijo como un proceso natural y no como una enfermedad ni, mucho menos, como una dificultad.

—¿Qué pasa?

—Andy, todos en casa sabemos que a vos te gustan los chicos, ¿no? Pues... Bueno, para mí, para tu padre y para mí todos ustedes son iguales y eso quiero que te quede muy claro.

—No te entiendo qué me querés decir.

—Andy, quiero que sepas que vos no sos menos que nadie. Todos ustedes son nuestros hijos y no quiero que te sientas inferior.

Si tus hermanos, y tu hermana, traen sus parejas acá, no entendemos por qué no lo hacés vos. ¿Ahora me entendés lo que te quiero decir?

—Mamá, te agradezco por la intención... Pero, a pesar de todo, creo que me daría corte...

—Andy, es tu vida. Si ya tuviste los huevos para decirnos que a vos te gustan los hombres, ¿por qué no vas a tener ahora los huevos para presentarnos a tú pareja también?

Quiero que sepas que si no traés a tu novio acá es porque no querés vos, no por nosotros. Estás a punto de cumplir veinte años y nunca has traído a ninguno.

Andy, si tus hermanos lo hacen, quiero que vos también lo hagas. ¿Te queda claro? ¿Vas, al menos, a planteártelo?

Al oírla, quedó sumido en sí mismo. No podía creer lo que estaba pasando. Sabía que sus padres eran bastante liberales, y ya no discutían por tonterías, pero nunca se hubiese esperado algo así.

A los pocos minutos la madre le pasó la mano por la espalda y lo aferró contra sí, donde el joven no se negó y dejó que huyese el tiempo.

Esa noche durmió mejor que nunca. Ahora sí estaba seguro que, al menos ante las personas más importantes de su vida, era aceptado plenamente. Y eso sí era un gran paso ganado.

Andrés hacía un año había conocido un chico de Florida con el que se veían solamente en los telos. En realidad, era una relación que se desarrollaba solamente dentro de cuatro paredes.

Había luchado mucho para conquistarlo, ya que, Sebastián, al ser del interior y con una escasa apertura mental, tenía muchísimos miedos y complejos.

El montevideano, poco a poco, le fue abriendo los ojos y así, el chico se fue aceptando. Sin embargo, su novio estaba a años luz de confesarle a su familia su verdadera orientación sexual.

Con Sebastián se sentía bien y estaba seguro de que no estaban enamorados ninguno del otro. Sólo lo habían unido las respectivas soledades y el placer

de apreciar una relación con otro hombre.

Andrés, después de haber hablado con su madre, le contó la conversación a su novio, quien se negó rotundamente a ir a su casa.

Él ya sabía la respuesta que le daría de antemano, de todas maneras, lo quiso intentar. Tal vez guardaba una ligera esperanza, pero sabía que todo sería en vano.

Cuando miraba los ojos de su novio, llenos de miedos e incertidumbres, de tan baja autoestima y con tantos complejos, veía muchas cosas.

En ellos podía ver los chicos que no se atrevían a salir del armario o, lo que era peor, los que llevaban una vida hetero, incluso teniendo hijos, reprimiendo hasta la muerte sus deseos homosexuales.

Eso le daba pena y, sobre todo, gran impotencia. El mundo era así y Andrés no se creía capaz de cambiar las reglas del juego.

A Sebastián lo conoció enseguida que empezó la facultad y, lo que más lo atrajo, fue su deseo permanente de querer estar solo.

Se sintió intrigado ante esa actitud y, en la primera vez que hablaron, le dijo que era gay. Sebastián sólo se limitaba a escuchar, no decía nada de su vida privada.

Y, de una manera u otra, Andrés se ingeniaba para sacarle alguna palabra. Le hacía ilusión ir a su casa acompañado por su novio, pero tampoco podía forzarlo.

A partir de la charla que mantuvo con su madre se planteó otras cosas para su vida. Ya tenía casi veinte años y quería tener su propio espacio, a pesar de que sus padres no le hacían problemas para nada.

Él, aunque no estaba convencido de lo que quería ser, estudiaba enfermería y aún le faltaba tres años para acabar la carrera.

Era consciente que, cuando ejerciese su profesión, ganaría poca plata para todo lo que haría, a pesar de las horas de estudio que estaba invirtiendo.

El veintiséis de enero del dos mil Andrés cumplió los veinte años. Reunió, como siempre en su casa, a los más íntimos amigos que se quedaron hasta pasadas las cuatro de la mañana.

Sebastián, por miedo, no quiso acompañarlo. Era un golpe bajo y ahora se estaba planteando otras cosas para su vida, y no estaba seguro de si quería que alguien como el floridense continuase a su lado.

El último de los invitados se fue del apartamento a las cuatro y media de la madrugada. Su padre hacía una media hora que se había ido a acostar.

A esa altura todos estaban alcoholizados, algunos más que otros, el calor no

daba tregua y no querían encender el aire acondicionado. Cuando se fue el último invitado, Andrés dijo:

—Necesito un cambio para mi vida...

Sus hermanos y su madre lo miraron.

—¿Qué quieres decir con eso, Andy?, preguntó su madre.

—Quiero mudarme... No es que no esté bien acá, pero... Pero creo que ya necesito un cambio así para mi vida.

—Andy, ya estuvimos hablando... Si es por...

—No, no, no. No es eso, mami. Esto, en realidad, hace pocos días que se me ocurrió. Y he pensado mucho estos días y... no creo que Montevideo me pueda ofrecer lo que necesito como ciudad.

Sus palabras calaron hondo en cada uno de los presentes.

—Creo que me gustaría cambiar de ciudad y... Y también de país. No lo tengo decidido, pero es una posibilidad.

—¿A dónde quieres irte, Andy?, preguntó uno de sus hermanos.

—La verdad es que no sé. Pero acá, en esta ciudad, no me siento bien haciendo algunas cosas por mi orientación sexual y no quiero ser un bicho raro.

Las miradas se cruzaron unas a otras, pues sabían que ese día llegaría, y no habría forma de hacerlo cambiar de opinión, sobre todo, porque tenía razón.

4 – Agustín

Agustín prefirió ir a estudiar Derecho a Montevideo, a pesar de que la carrera también estaba instaurada en Salto.

Pero él necesitaba un cambio general en su vida y encontró la excusa perfecta para cambiar de espacio físico a través de sus estudios.

En Montevideo encontró gran parte de lo que fue buscando, sobre todo, intimidad. Y también se encontró consigo mismo.

Sus padres le habían alquilado un mono-ambiente^[17] en Mercedes y Yaguarón y, por primera vez en la vida, encontró la privacidad que tanto deseaba.

Fue duro al principio, pero era necesario que tomase esa distancia respecto a todo lo que lo había acompañado desde su nacimiento.

Estaba estudiando Derecho y, a decir verdad, ni él sabía por qué. A sus padres les hacía ilusión que su hijo estudiase, aunque nunca lo condicionaron

con nada.

Él, por un motivo u otro, seguía siendo esquivo para la vida nocturna, a pesar de que había ido un par de veces a alguna discoteca.

Las discos de Montevideo eran diferentes y, casi por casualidad, se enteró de que habían dos locales de ambiente gay, pero tampoco quería exponerse.

No por el temor a que alguien lo viese, sino porque prefería mantener un perfil bajo respecto a su vida privada.

En las vacaciones de julio del noventa y nueve se planteó, realmente, si él quería ser abogado o no, con lo desprestigiados que estaban, a pesar de que era una carrera casi inacabable.

Estuvo varios días reflexionando sobre eso hasta que llegó a la conclusión que se había equivocado de elección.

Le daba bronca reconocer su error, ya que sus padres habían hecho mucho esfuerzo para que él estudiase en la capital. No importaba eso ahora.

Entonces, en ese momento, también decidió que empezaría a trabajar, ya que no le hacía gracia volver a su Salto natal.

Primero conseguiría un trabajo y ya vería cómo se organizaría con sus gastos. No le gustaba seguir siendo un mantenido y no quería que sus padres se agobiasen por su culpa a nivel económico.

En agosto encontró trabajo en un supermercado. No era bien pagado, pero, como estaba en el centro, le servía, ya que no pagaba el transporte.

Pensaba mudarse en setiembre a una pensión de la zona y así reduciría gastos. En cuanto consiguió trabajo, llamó por teléfono a su casa y comunicó la noticia a su familia.

Sus padres estaban desilusionados y le confesaron que era más conveniente que hubiese abandonado la carrera al principio, que más adelante.

También les anunció que quedaría en Montevideo, al menos por un tiempo, ya que no tenía claro lo que quería en su futuro.

En la primavera, efectivamente, se mudó a una pensión y se encontró con un mundo que le era absolutamente desconocido.

Era duro, pero debía hacer frente a su vida como un verdadero hombre. Había gran diferencia con lo que estaba acostumbrado, aunque sabía que era pasajero.

Ahí conoció a gente de varias partes del país y cada uno andaba en su mundo, era preferible no profundizar amistad con nadie.

A pesar de que vivía en la capital uruguaya desde principios de marzo, no se había hecho de ningún amigo.

Ahora quería conocer a alguien a nivel sentimental.

No era virgen, pero había tenido pocas relaciones sexuales. Quiso experimentarse sexualmente con una amiga que le hizo el favor y ya había estado con dos chicos en Salto.

Uno argentino y otro montevideano donde, con los que estuvo, como en la zona norte uruguaya nadie los conocía, se animaban a salir con hombres.

En la pensión había varios jóvenes que le gustaban, aunque ninguno le inspiraba confianza como ser amigos ni, mucho menos, algo más.

Las Navidades no tardaron en llegar y con ella el calor del verano, y fue a pasar las fiestas con su familia al litoral uruguayo.

En su casa hicieron lo mismo de siempre, aunque su mente no estaba ahí, ni en la pensión. En realidad ni él sabía dónde estaba.

Se sentía perturbado y no sabía por qué. Era otro año que se iba. Su familia hacía años que sabía que a él le atraían los hombres, o sea que no era la razón de su aislamiento.

Luego del brindis sus hermanos se fueron a la costa y, aunque lo invitaron, no aceptó. Se quedó con sus padres sentado en el patio.

A la medianoche había una agradable brisa que menguaba el calor sofocante que hacía desde hacía varias semanas.

Allí, solamente ellos tres, mientras tomaban tranquilamente cerveza Pilsen, pasaron las horas sin que se diesen cuenta.

Desde que había llegado a la ciudad, no había tenido espacio para tener intimidad con sus padres. Llegó a Salto el veintitrés de diciembre a la noche y no se arrepintió.

Ahora, en la tranquilidad de la madrugada, veía las cosas diferentes. Al principio charlaron de trivialidades. Y, de repente, dijo:

—No sé, yo sabía que necesitaba un cambio en mi vida y... Pero me di cuenta de que... De que Montevideo no es lo que yo estaba buscando.

No sé... A pesar de que hay más gente y todo eso tal cual quería, no es lo que estaba buscando. Sólo hay dos discotecas de ambiente...

Bueno, en realidad, hay alguna otra... No... No es lo que yo busco. Además, no hay ningún *pub* decente donde me pueda sentir cómodo.

—Agus, ¿lo que estás diciendo es que te vas del país?, preguntó la madre luego que se tomó el tiempo suficiente para pensar.

Le buscó la mirada en la penumbra de la noche y ella le correspondió. Él, ligeramente, empezó a asentir y ella bajó la vista.

—Mami, hace un par de meses que estoy trabajando y... Y ya me di

cuenta de que, por más que uno se rompa el traste en un laburo^[18], no se puede conseguir nada.

Soy joven todavía y tengo la vida por delante. Ya sé que ustedes han luchado para lograr lo que tienen, pero yo no estoy dispuesto a ser tan constante...

Y ahora, que ganaron los Colorados, no veo ninguna salida para la que se viene... Creo que lo mejor es que me vaya...

—Y, ¿dónde tenés pensado irte?, preguntó el padre.

—Eeeemmmm. He pensado mucho y quiero un país donde haya libertad sexual... Sobre todo que exista libertad sexual, sí.

Bueno, ustedes me entienden, ¿no? Creo que, si puedo, me voy a ir a Holanda. Pienso que no está mal ese país para vivir.

—¿Necesitás visado para ir ahí?, preguntó la madre.

—No. No sé. Cuando vuelva a Montevideo lo voy a averiguar. Y si tengo la posibilidad de irme ahí, me voy. O sino, ya veré. Destinos hay varios. O sea que tampoco me preocupa.

—¿Estás seguro del cambio que querés hacer? Mirá que el otro lado del Atlántico no tiene nada que ver con la distancia del río Negro.

—Papá, si no lo hago ahora yo sé que, en un futuro, me voy a arrepentir. Y prefiero dar un paso tan importante ahora, que tengo casi veinte años, a hacerlo con cuarenta.

El padre asintió y acabó la cerveza. La madre fue a buscar otra botella y Agustín fue al baño. La madre lo esperó en el pasillo y él se dio cuenta de que tenía los ojos empapados.

—Mami, por favor. No me hagas esto.

—Agus, no me pidas que no haga nada. Yo... Yo no te voy a poner ninguna traba como nunca lo hice. Pero no me pidas que no me desahogue...

—Mami, el hecho de que me vaya no significa que nunca más me vayas a ver.

Él la abrazó tan fuerte como pudo y ella le correspondió. Regresaron al patio y el padre sólo se limitó a mirarlos, las palabras estaban de más.

—Lo siento. Pero debo pensar en mi vida y creo que lo mejor para mi futuro está en otro país.

—No te disculpes por nada. Los hijos no son hijos de los padres, sino de la vida misma. Es ley de vida que, cuando tienen alas, emprendan el vuelo. No importa que sea enfrente de la casa de toda la vida o irse del otro lado del océano, pero vuelan. No te preocupes, Agus. Está bien.

Está bien que pienses en un futuro mejor para vos. Me alegra de que seas

valiente y te animes hacerlo sin que nadie te obligue, dijo el padre. Y el silencio se apoderó de la noche haciéndolo más intenso aún. Agustín optó por terminar la cerveza, mientras que sus padres lo miraban, de vez en cuando, desolados.

5 – Rafael

Rafael tenía una vida sexual muy activa. A pesar de que era muy joven ya había experimentado incontables cosas.

Tenía varios amantes, sobre todo buscaba a los argentinos o a los de la capital uruguaya. Como solía decir él, estaba el titular y una lista interminable de suplentes, la cual no acababa nunca.

Seguía desplazándose en su bicicleta, lo que daba una imagen de vulnerabilidad e ignorancia. Y eso producía confianza en sus amantes.

Enseguida que empezaban a hablar con él se daban cuenta de su error y, para esa altura, ya les había seducido y llevado a la cama.

Para él era lo más normal del mundo acostarse con uno y otro. Esa era su vida y quería vivirla a su manera. No le importaba ni le preocupaba ser promiscuo. Eso sí, tenía un gusto exquisito y nunca se salía de sus parámetros, sin ninguna excepción. Siempre se dio el lujo de ser él el que elija.

Le gustaban los argentinos de Colón y Paraná que, continuamente, estaban pasando al lado uruguayo y con él, al tener una imagen inofensiva e inocente, se desahogaban como pocas veces lo hacían.

Rafael seguía viviendo con sus padres y cada vez se estaba haciendo más receloso de su privacidad, y en ningún segundo había descuidado sus estudios.

El joven nunca hablaba de sexualidad con su familia, ni con los que podrían denominarse amigos. Era muy reservado.

Desde un principio se había dicho que, mientras tuviera la oportunidad de liberarse de pagar un alquiler y la comida, invertiría sus energías en su futuro. Sus padres, a pesar de que tenían lo justo y necesario para vivir el día, dentro de sus medios, le daban lo que podían.

Rafa también tenía claro de que estaba en su ciudad natal transitoriamente. Ahora había ganado una beca económica, la cual gestionaba de forma admirable.

Él guardaba la mitad de la plata porque sabía que la necesitaría en un futuro

y, con la otra mitad, costeaba los gastos de la universidad y personales. También, siempre que podía, hacía algún trabajo extra y su familia nunca fue consciente de que se buscara la vida de esa manera también. Estudiaba arquitectura aunque la carrera estaba instaurada en Salto sólo hasta el segundo año, lo que implicaba que si quería continuar, debería mudarse a la capital. Era muy independiente en sus acciones y decisiones, por lo que no le asustaba el cambio que tarde o temprano llegaría. Había ido un par de veces a Montevideo y, lo que conoció de la ciudad en esas visitas fugaces, no le disgustó. En marzo del nuevo milenio se trasladó a la capital y, a partir de ese día, movió cielo y tierra para que le diesen la beca de alojamiento y que la económica fuese total. Lo consiguió. A pesar de que ahora tenía otros gastos, también pudo ahorrar más. Montevideo, para vivir, no era lo que buscaba y quiso acabar la carrera para luego ver qué rumbo tomar. Eran muchas cosas las que le habían pasado en poco tiempo y tampoco pudo asimilar cada una al tiempo que sucedían. No tardó en enterarse de cómo eran los entresijos de la vida gay en la metrópolis y, por un lado, era más liberal que en su ciudad nativa y, a su vez, no le gustaba tanto. Ahora no podía andar en bicicleta ya que hacerlo era un suicido asegurado. Debió trasladarse en ómnibus^[19] y acostumbrarse a esa dependencia. No estaban las termas, aunque sí las saunas. No sabía dónde se concentraban los argentinos, pero estaban los cines porno, con pleno público gay. Y ahí sí se sorprendió la primera vez que fue a uno. Eran caros, por lo que no era el objetivo de ir semanalmente ni, mucho menos, a diario. No estaba la costanera Norte, aunque sí la rambla. Y la proximidad con Punta del Este y todo lo que ello implicaba le gustaba mucho. La noche capitalina era cargada de excesos. Nada que ver con lo que estaba acostumbrado y las excepciones de lo que sucedía en Salto ahora se convirtieron en la regla. Por primera vez en su vida probó un porro y empezó a fumar cigarrillos de forma habitual. Eso no estaba entre sus planes, aunque tampoco lo alarmaba. También probó un par de veces la cocaína y la heroína. Y no tardó en darse cuenta de que si seguía por ese camino las cosas no irían bien. Lo que nunca pensó que haría, ahora se había convertido en cosas frecuentes

y, en cierta medida, lo empezó a perturbar.

La primera vez que fue a un cine porno participó en un trío y quedó con uno de los chicos para verse en otro lugar.

La siguiente vez que fue a otro participó en una orgía y, cada vez, estaba más sorprendido ante su actitud la cual era más promiscua y desenfadada de lo que había sido hasta ahora.

Había cosas que ya no estaba controlando y le estaba costando mantener el nivel de estudios que venía llevando hasta que llegó a la capital.

Con uno de los chicos que quedó, cuando lo vio a plena luz del día, resultó que le gustaba más de la cuenta, y que de él se podría enamorar.

Pero el salteño no quería enamorarse. Rafael se preguntó cómo alguien tan lindo como el chico con el que quedó luego de la orgía podría ir a un cine porno en busca de sexo, donde él tendría a todo el mundo a sus pies.

Con el chico salieron un par de veces a distintos lugares. Nunca más fue a un cine porno, al menos, mientras salía con él.

De pronto, el paradigma que tenía de la vida se desmoronó a una velocidad vertiginosa y todo se le descontroló.

En las vacaciones de julio del dos mil tenía suficientes ahorros y los estudios bastante bien apañados de nuevo, o sea que tenía la oportunidad de ir a ver a su familia.

En ese momento se dio cuenta de lo que significaba su novio, el chico que conoció en el cine. No fue a ver a su gente porque no quería dejar sola a su pareja, el cual ocupaba un lugar muy importante.

Rafael se había enamorado por primera vez en la vida y eso lo condicionaba en cada cosa que haría a continuación.

Ese joven, el argentino, fue su primer y verdadero amor. Con él compartían muchas cosas y en él encontró lo que pensó que no existiría en ninguna persona.

A Rafael le costó reconocer lo que le pasaba y lo que sentía. Era la primera vez en la vida que le sucedía y no quería confundir sus sentimientos.

El salteño se enteró de que su novio era argentino por casualidad. Rafael no entendía por qué no le había dicho la verdad.

Una vez, en medio de un ataque de pasión, sacó un condón de su billetera y vio el documento de identidad de su pareja.

En ese instante no dijo nada aunque lo condicionó para seguir el acto sexual. Y su novio, cuando también se dio cuenta de su descuido, era tarde.

Luego, con el paso de los días, encaró la situación y ese fue el principio del

fin de la relación. A partir de la ruptura, Rafael quedaría marcado para siempre y con grandes prejuicios hacia los argentinos.

Muchas veces, aún teniendo tiempo libre para verlo, sobre todo los domingos, prefería no hacerlo, aduciendo que tenía que estudiar y que no quería perder la beca.

En realidad se estaba mintiendo a sí mismo. Quería quitarse la dependencia que tenía de él y eso estaba resultando más difícil de lo que había pensado.

No había minuto en que no pensara en él. En cada cosa, en cada palabra, en cada rostro, en cada mirada, en cada gesto, siempre estaba él.

Lo comparaba. Lo idolatraba. Lo amaba. Se había enamorado y eso estaba alterando toda su vida y Rafa nunca se había visto tan indefenso como esa vez.

Cuando hablaba por teléfono con su familia, ahora le preguntaban si estaba saliendo con alguien. Él nunca ocultó nada de lo que sentía ni deseaba.

Ahora decía que había alguien en su vida con quien se sentía bien. En ningún momento decía el género de la persona.

Cuando les viera personalmente, otra vez, les diría la verdad. Su chico no había salido del armario y quizás ese era el motivo por el que le había mentado.

Contra todo pronóstico, a pesar de que toda la vida del salteño esté vinculada a la homosexualidad, a Rafael le parecía sentir las miradas que volteaban hacia él cuando lo veían.

Luego pensó mucho en lo que sucedía y se dio cuenta de que, lo que le pasaba en realidad, era temor propio. La revelación lo impactó.

Y era que el mismo Rafael no había acabado de “salir del armario”. Era una situación que debería superar a la menor brevedad posible.

1 – Ignacio

Finalmente Ignacio se casó el viernes primero de febrero de dos mil dos, meses previos a la mayor crisis social, política y económica que sufrió el país en su historia desde que retornó la Democracia.

La boda la celebraron en el salón principal del *Cantegril Country Club*, uno de los clubes más exclusivos del país, sino el más.

Asistieron invitados de gala incluso llegados de Europa y de los Estados Unidos, y de varios países de la región del MERCOSUR.

Era un gran acontecimiento para la familia Schultz-Parker y ellos no

repararon en gastos a la hora de anunciarles al mundo de que su hijo se casaría, con una chica, claro.

No obstante, se quería tapar la boca a las malas lenguas que decían que su nene era rarito y dejar claro que él era macho.

Ignacio no dejaba de sonreír, una y otra vez, o sea que en todo momento se estuvo auto-engañando, pues resultaba más fácil y cómodo para todo el mundo.

Nacho simulaba sentirse tan feliz que no cabía en su ser de tanto gozo. Algo parecido le pasaba a su novia, sin embargo, ella realmente se sentía feliz.

De todas maneras el instinto femenino de Macarena le decía que no todo sería color rosa como se lo había prometido el fernandino^[20].

Ella calló esos rumores que tanto la estaban castigando y decidió disfrutar de ese día que le estaba regalando la vida.

El vestido se lo hizo Mariano Ferrari y el mismo no fue expuesto al mundo hasta que lo lució la misma jornada de la boda.

No quisieron vender la exclusiva y los fotógrafos eran solamente los contratados por ellos. Así se aseguraron que todas las imágenes quedaran dentro de la familia.

Y a los profesionales que inmortalizaron el evento se les hizo firmar contratos de compromisos de fidelidad para que nada se filtrara.

El momento de la ceremonia, en la iglesia de la zona la cual estaba decorada con flores blancas y rojas, fue muy emotivo para todo el mundo.

Nacho irradiaba tanta luz que no podía creer lo que estaba viviendo. Además, su novia y él eran muy jóvenes y apuestos.

Tenían veintiuno y veintidós años y, hasta que acabaran la carrera universitaria, vivirían en la mansión, lo que no hacía gracia a su chica.

Pero como le aseguraron de que eso sería hasta que ambos acabasen sus estudios tampoco le importó demasiado.

En un momento de la fiesta Nacho fue al baño, pues el alcohol estaba haciendo efecto en su cuerpo y quería lavarse la cara con agua fría.

Entró en el que estaba reservado para Macarena y él no llamó; se suponía que era privado y la gente del club le había asegurado que era exclusivo para el matrimonio.

De hecho en la puerta se leía un cartel que anunciaba que estaba únicamente reservado para el matrimonio Schultz-Villalba .

Nacho, al abrir la puerta quedó petrificado, sin reaccionar de ninguna manera, sin saber qué hacer y en estado de *shock*.

Allí vio a los que se suponen eran sus mejores amigos, hijos de Spencer y Ferrari, también millonarios, donde uno le practicaba sexo oral al otro.

Nacho, al haber quedado tan perturbado tampoco podía pensar y no apartaba la vista de los genitales, de ese pene erecto que estaba a la altura del rostro de su otro amigo.

No sabía si el alcohol le estaba jugando una mala pasada o qué, pero se dio cuenta de que las cosas no estaban bien.

Sin embargo, él, de repente, se había despabilado mucho más que si se hubiese lavado la cara con agua fría.

Permanecieron unos minutos en silencio y nadie se animaba a decir ni a hacer nada. Era muy fuerte para todos.

A pesar de todo, Ignacio no apartaba la atención de esos genitales que se exhibían en todo su esplendor y la transpiración en sus amigos y en él empezó a manifestarse.

Los ojos de sus amigos se habían perdido en algún punto de la pared, mientras que los del recién casado rotaba entre ellos, por cada lugar de sus cuerpos.

Al fin juntó fuerzas y regresó por donde había venido. Su actitud, ahora temerosa y cuidadosa, lo delataba, y su chica se dio cuenta de que algo había ocurrido.

Ella supo que no era por efecto del alcohol. No quería llamar la atención ante todos los presentes ni hacer una escena justo en esa noche.

De la forma más discreta que pudo lo sacó por una puerta de servicio y llegaron al patio. El aire, ahora fresco de la noche, los envolvió.

A pesar de todo, Ignacio aún seguía estando perturbado y su chica no encontraba las palabras exactas para sacar el tema.

Permanecieron varios minutos en silencio y, de vez en cuando, miraban hacia el salón principal y veían que la fiesta seguía su rumbo. No había motivos para inquietarse.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me trajiste acá?

Ella le buscó la mirada y no la encontró, a pesar de que insistió.

—No sé... Te vi raro en la fiesta y pensé que te había pasado algo...

Él la miró un segundo y dirigió su vista, de nuevo, hacia el salón.

—No, murmuró.

—¿Seguro, Nacho?

Hubo un momento de silencio a pesar de que la música se escuchaba.

—Estoy bien. Creo que la mezcla de alcoholes me mareó un poco,

pero nada más.

Nacho cerró los ojos y volvió a revivir la escena de sexo que acababa de contemplar. No era buen actor y ella se dio cuenta de que estaba recordando algo que no sabía.

Y ese algo la preocupaba. Los minutos fueron pasando sin que él se percatara de ello. Macarena no le apartaba la vista en ningún instante.

Cuando al fin volvió de su viaje virtual, se dio cuenta de que lo había estado observado y no supo qué hacer. Permanecieron unos segundos mirándose a los ojos.

—Nacho, de verdad te lo digo. Ahora soy tu mujer y no me gustaría que arranquemos con mal pie, por favor.

—Estoy bien. Estoy bien y va a seguir estando todo bien. No te preocupes porque no hay nada para preocuparse. Vamos al salón.

Al decir esto, la agarró de la mano y emprendieron camino hacia esa enorme estancia que ahora estaba siendo el escenario de la fiesta de su boda.

Ambos caminaban juntos, a pesar de que cada uno iba en su propio mundo, y eso era tan evidente que varias miradas se apoderaron de ellos.

Al estar en la sala, vio a los chicos que estaban practicando sexo en el baño y su chica descubrió que el cruce de miradas entre ellos no era el habitual.

Macarena supo que había mucho más de lo que hubiese deseado en esos ojos pero, en ese instante, no supo descifrarlo.

Aunque ella estuvo atenta a todos los movimientos de cada uno, no pudo sacar nada en limpio y, a medida que pasó el tiempo, más segura estuvo que algo escondían.

La fiesta siguió su curso tal cual estaba previsto y no hubo más cosas para destacar. La noche de bodas, cuando ya era el amanecer del dos de febrero, la pareja se retiró.

Ignacio, al principio, no respondió como hombre y su mujer no quiso presionarlo, ya tendría tiempo para estar con él infinitas veces aunque en ese momento no le gustaba lo que ocurría.

Macarena sabía que, luego de la plática que tuvieron, la cual fue cerca de las tres de la mañana, no había ingerido ninguna gota de alcohol, o sea que no era por la borrachera.

Algo más estaba sucediendo y eso la inquietaba, pero fue prudente y no dijo nada. Sólo se ocupó de observar al que ahora era su marido.

Despertaron pasado el mediodía y, a pesar de que hacía calor, ni se enteraron, pues estaban con el aire acondicionado encendido.

Ella despertó antes y tomó el tiempo necesario para observar a su marido que dormía. Macarena, cada vez, lo veía más lindo.

Por momentos le parecía más joven de lo que era y estaba fascinada de haberse casado con él. Le gustaba su rostro, su cuerpo, sus ojos, incluso las inseguridades que lo azotaban.

Ahora era la señora Schultz y ese era un sueño realizado, sobre todo después de lo que había tenido que aguantar.

Independientemente de eso, ella estaba enamorada de Ignacio desde la primera vez que lo vio en la portada de la revista *Lattino*.

En ese instante se dio cuenta de que él la observaba y tenía la mirada tan ausente que la conmovió. No supo interpretar la misma, miró a un lado y regresó la atención a su marido.

2 – Alan

Alan había llegado a Madrid con más miedos e incertidumbres de los que hubiese imaginado en otros momentos.

Pero ya estaba en su nuevo destino y, pasase lo que pasase, nunca estuvo entre sus planes la idea del arrepentimiento y regresar a su tierra de origen.

Esta era una ciudad completamente nueva en todo sentido. Madrid no era ni la sombra de lo que estaba habituado.

Enseguida que llegó, fue a un hotel en la zona del Retiro que le habían dicho que era muy buen lugar, que había reservado desde Montevideo con el pasaje.

Arribó al mediodía, y a pesar de que no había comido nada durante el vuelo, pues el viaje de tantas horas le había dado más problemas de lo deseado, no sentía hambre.

Tenía una extraña sensación. Sabía que estaba en un gran comienzo, pero no sabía lo que vendría a continuación.

Luego de hacerse con un plano de la ciudad y de asegurarse de indicar en el mismo el sitio del hotel, salió a caminar, a conocer la ciudad que lo acogía.

Trató de mantener la mente en blanco, pero no lo logró. En cada persona veía a un autómeta, cada uno iba inmerso en su mundo sin siquiera percatar su

presencia.

Así no era Montevideo y las comparaciones eran inevitables. Caminó, dio vueltas y no tenía un punto dónde ir.

Alan sabía que debía trabajar, pues sus ahorros eran limitadísimos y el hotel era caro. O sea que tampoco podía darse caprichos.

Entre una cosa y otra, llegó a la zona de plaza Castilla, pues le llamaron la atención, desde lejos, la altura de las torres.

Enseguida se dio cuenta de que no sabría regresar al hotel caminando, por lo que debería tomar un taxi. Se odió por ser tan poco previsor.

De igual modo todo tiene su recompensa. Allí se dio cuenta de que alquilaban habitaciones a precios accesibles comparado con lo que se pagaba en el hotel. No hubo dudas que, ese mismo día se hizo con un celular y empezó a llamar a los números que había recogido.

A los tres días de haber pisado la Madre Patria, se podría decir que ya estaba instalado. Ahora debía conseguir trabajo.

Sabía que en cuanto a documentación sólo contaba con el pasaporte y la experiencia de sus trabajos anteriores no creía que le fuera útil.

La habitación que alquiló era interior y tenía una enorme ventana que daba a un amplio patio, y eso le daba gran luminosidad natural.

Además le había gustado la zona y quería, de una vez por todas, dejar de pensar en el día a día en cuanto al alquiler se refiriese.

Le dijo a la dueña del apartamento, a Haydee, que quería ir al centro y ella le indicó cómo hacerlo en el metro.

Ella se mostró en todo momento amable y dispuesta a ayudarlo. Sus ansias por orientar a ese uruguayo que había confundido con argentino eran grandes. De inmediato encontró la lógica del metro, pues no importaba en qué parada estuviese, siempre podría llegar al punto de partida, y eso era algo sin precedentes para él.

El transporte suburbano era una nueva experiencia. Efectivamente, no se perdió y quedó encantado con el centro de Madrid.

Caminó por la Gran Vía y vías aledañas. Entraba y salía en distintas calles, siempre atraído por la novedad de lo que se encontraría en el siguiente punto.

Así llegó, por casualidad, por el metro Chueca y muchas cosas le llamaron la atención de esa zona y de la gente que había.

Entre las cosas que captaron su atención estuvo la gran cantidad de chicos que se exhibían sin pudor con otros chicos. Lo mismo hacían las chicas.

Observó banderas del Orgullo Gay en las ventanas y dedujo que se trataba de

una zona frecuentada mayormente por el público homosexual.

La noche había llegado y miraba tan fascinado todo el panorama que no podía creerlo. Mirase por donde mirase siempre descubría algo.

De pronto, se dio cuenta de nuevo, que estaba solo, no sólo en España, sino en su vida, en el mundo entero y ese fue un duro recordatorio.

Alan estaba comenzando una nueva etapa en su vida y ese era un buen momento para hacerse, al menos, con algún amigo.

Fue así que empezó a observar a un grupo de chicos que estaban cerca, tomando unas latas de cervezas. Uno de los chicos, Alejo, no tardó en corresponderle la mirada y sonreírle.

No podía creer que las cosas fueran tan fáciles en Madrid, aunque Alan no se atrevió a dar ningún paso más.

Alejo fue insistente y se acercó a Alan; le ofreció su lata de cerveza, mientras que no le apartaba la vista. Alan la aceptó. Alejo se quedó a un lado.

—Oye, tío, nunca te he visto por aquí... Y eso que me conozco a toda la gente de Chueca.

Alan sonrió mientras le retumbaba el nombre *Chueca, Chueca, Chueca...*

—¿De dónde eres?, preguntó Alejo.

—Acabo de llegar a España.

Alejo no dudó en buscarle la mirada, pues el acento lo había dejado embelesado. Los segundos en los que se miraban se hicieron eternos, hasta que Alejo volvió a sonreír.

—¿De dónde eres? Tu acento no es de aquí.

Alan sonrió.

—De Montevideo, Uruguay.

Alejo asintió y esbozó una sonrisa.

—No conozco a nadie de tu tierra. Y, ¿a qué has venido a Madrid?

—Necesitaba un cambio y... Y acá llegué.

—Pero eres del ambiente, ¿no?

Alan bajó la vista y se sumió en sus pensamientos. Cuando volvió a levantar la mirada la misma se dirigió a las banderas que se exhibían en las ventanas. Alejo no le apartó la atención.

—¿Conoces a alguien en España?

Alan continuaba sumido en sí mismo hasta que lo miró y negó con la cabeza, muy lentamente. Pasaron unos segundos en silencio.

—O sea, supongo, no sabes que éste es el barrio de Chueca, el barrio de los gay.

Alan no dudó en buscarle la vista y Alejo asintió. Muchas cosas estaban pasando por la cabeza y trató de asimilar la mayor cantidad de información en el menor tiempo posible.

—Oye, tío, no me conoces. No conoces a nadie aquí, ¿por qué no te unes a mi grupo de amigos?

Al decir eso, señaló al grupo del cual había salido. Se buscaron la mirada y, en la misma, se vieron más allá del alma.

Alejo emprendió la marcha y Alan lo siguió. Una vez que llegó, hubo un instante de silencio y de sonrisas contenidas.

—Él es mi nuevo amigo. Es uruguayo y acaba de llegar a España. No conoce nada ni a nadie aquí. Por cierto, ¿cuál es tu nombre, tío?

—Alan. Mi nombre es Alan.

—Bonito nombre tienes.

Uno de los chicos se agachó y, de una mochila, sacó una lata de cerveza y le alcanzó a Alan. El uruguayo estaba atónito por la hospitalidad española. Nunca hubiese imaginado tener una acogida así.

—Oye, Alan, eres del ambiente, ¿no?, preguntó el chico que le dio la cerveza.

Alan asintió mansamente y tomó un trago de cerveza. Alejo fulminó con la mirada al que le preguntó eso, quien bajó la vista.

De pronto descubrió que hablaron de todo un poco, intercambiaron números de teléfonos y Alan seguía impresionado en todo sentido.

De todas maneras, estaba atento a cada cosa, a cada movimiento, a cada acontecimiento que ocurría a su alrededor.

A pesar de todo, su prioridad absoluta era conseguir trabajo, y no quería decir nada al grupo al que se había incorporado.

Esa noche no pudo dormir. Su cabeza no dejaba de dar vueltas. Además, con el cambio de horario y de estación, aún no estaba habituado a este ritmo de vida.

En el apartamento donde vivía no se sentía mal. No tardó en darse cuenta de cómo eran las normas y, contrariamente a lo que había imaginado, ese sitio era seguro y tranquilo para vivir.

Se había anexado a una familia española que tenía un niño de unos dos años. Él, básicamente, andaba en su mundo y nadie le preguntaba nada acerca de su vida privada.

Sólo que, al principio, lo confundieron con argentino y lo desmintió. Aunque, a decir verdad, ni él estaba seguro de dónde provenía.

Consciente e inconscientemente comparaba las cosas y la convivencia de esa vivienda con la pensión de Montevideo no tenían punto en común.

Eran polos opuestos en todo sentido y eso lo reconfortaba, puesto que había cambiado, al menos en ese aspecto, para bien.

Muchas cosas debió de saber y, poco a poco, se fue asesorando con la dueña del apartamento, quien resultó ser una excelente cocinera.

Y para deslumbrar a su inquilino con la cocina española, no había días en que no lo invitara a alguna de las delicias que preparaba.

3 - Andrés

Andrés acabó la carrera de enfermería en el año dos mil tres y también la relación con su novio Sebastián.

La inexistente reciprocidad le estaba dando más problemas que satisfacciones y como el floridense no quería aceptar lo que era, Andrés no pudo seguir aguantando ni aceptar vivir en una mentira.

No fue planificado por ninguno de los dos. Sabía que en cualquier momento llegaría a su fin, pero no sabía cuándo.

Un día de febrero de dos mil tres, cuando el verano seguía azotando sin piedad, estaban sentados a una mesa de un carrito tomando cervezas y el tema salió.

Andrés, al principio, no le dio valor a las palabras que armaron determinadas frases, pero las mismas se repitieron en más de una ocasión.

—Estoy confuso. No sé... Nunca me había sentido así... Yo creo que también me gustan las mujeres.

Cuando dijo eso, el silencio se interpuso entre ambos. Andrés no dijo nada, sólo se limitó a mirar el Río de la Plata, y bebía de vez en cuando cerveza.

—Creo que me gustaría estar con una mujer.

Andrés hizo como si no lo escuchara, aunque su cabeza viajaba a la velocidad de la luz. Ése era el fin. Como Sebastián vio que Andrés no decía nada, le buscó la mirada y él se la correspondió.

—¿No vas a decir nada?, preguntó Sebastián.

Andrés bajó la vista con cuidado, sonrió y miró el horizonte. El desconcierto era terrible por parte de Sebastián.

—Hace años que nos conocemos, ¿no, Seba? Hace años que sabés que soy gay, que lo tengo más que asumido y que he tenido una paciencia de mil

demonios con vos, ¿no? Pues...

Pues, como han pasado todas esas cosas entre los dos... No sé... No me parece justo para mí que me vengas a decir esto ahora.

¿Me entendés lo que te quiero decir? No... Yo no quiero ser segundo plato de nadie ni, mucho menos, que vos te vayas a revolcar con una mina^[21] mientras que yo me convierto en el otro.

Si vos, a esta altura del partido, seguís teniendo dudas respecto a tu sexualidad después de todo lo que hemos vivido, bueno... Es mejor que lo dejemos acá. Va a ser mejor para vos, para mí..., para los dos.

Sebastián, a pesar de todo, no se esperaba escuchar éstas palabras, las cuales actuaron como puñales y no supo qué hacer.

Su desconcierto era tan evidente que el tiempo pareció detenerse. Ahora sí, cuando volvió a ver los ojos de Andrés, supo que no habría marcha atrás.

Estaba todo perdido y se odió por ser tan inseguro respecto a su sexualidad. El silencio se interpuso. Había dos botellas vacías de Pilsen sobre la mesa y la otra por la mitad.

Andrés acabó la cerveza que tenía en su vaso, dejó cincuenta pesos sobre la mesa y se fue, sin mirar a Sebastián.

El floridense lo vio retirarse y se arrepintió de las palabras que acababa de decir. De todas maneras, sabía que era tarde.

Él, aunque quisiera, no iba a dar ese paso que tanto deseaba su ex-novio. Ya no. Sebastián acabó el vaso de cerveza y comenzó a beber de la botella. Era la primera vez en la vida que cortaban con él.

Y, a decir verdad, Andrés había sido su único novio. El montevideano se fue caminando por la rambla, indiferente a todo.

Aunque no quería, se le escapaban las lágrimas y los mocos, siempre delatantes y presentes, pero no le importaba.

Iba en su mundo e ignoraba las miradas de los curiosos que lo pudieran acechar. Cuando llegó a su casa seguía llorando.

La única que estaba era su madre quien, al verle, se detuvo a observarlo. Él también le correspondió la vista y así se detuvo el tiempo.

A continuación se lanzó a sus brazos como si estuviese aterrado. Las palabras no aparecieron. Tampoco eran necesarias. Ese era sólo el comienzo.

Esa noche Andrés estaba apenado más que nunca y quería seguir sufriendo, así se aliviaría y Sebastián pasaría a estar definitivamente ausente de su vida.

Empezó a tomar vodka con limón mientras escuchaba canciones de Rudy la Scala. Nadie le interrumpió en su familia.

A la mañana siguiente despertó cerca del mediodía. Le dolía la cabeza, estaba mareado, con hambre y la confusión se apoderaba de su ser como no recordaba sentirse así antes.

Se dio una ducha de agua fría y, mientras le caía el agua sobre el cuerpo, tomó una decisión que venía postergando años tras año.

Era ahora o nunca y prefería que fuera cuanto antes, mejor. Luego que se vistió, fue al *living* y su madre estaba quitando el polvo de unos cuadros.

—Mami, llamó Andrés.

Ella lo miró y él estaba mirando hacia el suelo.

—Mami, volvió a decir.

Ella se le acercó y se sentó a su lado. Andrés tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Su madre le tocó una pierna y le buscó la vista.

—Mami, creo que es mejor que empiece de cero...

Ella, cuando lo escuchó, sintió un escalofrío.

—Mami, si lo hago ahora va a ser mejor para todos.

—Andy, ¿estás seguro?

El joven bajó la mirada.

—Mami, si me voy también me va a ayudar a superar lo de Sebastián. Necesito... Quiero conocer otros mundos y... Y creo que... Y creo que éste es el momento adecuado para hacerlo...

—Andy y, ¿ya pensaste para cuándo?

Negó con la cabeza.

—Voy a ordenar todas las cosas pendientes que tengo acá y luego sí... Ya... Ya no puedo más. Me cansé. Me harté.

Y ahora, como ya ves, todo se juntó. Creo que si pongo la distancia de un océano en mi vida, todo se me va a hacer más fácil.

En ese instante quedó sumido en sus pensamientos. Era un intenso diálogo interior donde, en más de un momento, las palabras de Sebastián tronaban cansinas.

—Mami, lo tengo que hacer. Va a ser mejor para todos. Y... Y cuanto antes, mejor. No me quiero volver a cruzar con Seba ni por equivocación y no quiero que sepa nada de mí.

O sea que si me llama por teléfono o, si por esas casualidades, se atreve a venir, no le digan nada. Yo estoy sufriendo, sí.

Pero... si es una lección para que aprenda, está bien... Pero él tiene que aprender más que yo. En una ruptura ninguno tiene razón, pero yo me siento un perdedor.

—Andy, no debés ser tan cruel con vos. Por favor... A todos nos pasó alguna vez sufrir por amor. Ya vas a conocer a alguien que te mueva el piso y... Y bueno, Andy, la vida sigue.

Él le buscó la mirada, se paró y emprendió la marcha hacia el ventanal. A través del mismo se puso a mirar gran parte de la ciudad, pues el apartamento era una planta diez.

La madre lo miraba incapaz. Le daba pena ver a su hijo así y, lo que más le dolía, era que ahora sí se iría como lo había anunciado más de una vez. Era la ley de la vida y había que respetarla.

4 – Agustín

Agustín pasaba por unos momentos muy especiales de su vida puesto que, como había asumido vivir una vida gay en su tierra natal, eso le había traído más molestias de lo que habría supuesto.

Ahora, cada vez que salía a la calle, sentía por todos lados los ojos indiscretos de las personas que no viven ni dejan vivir.

Eso le molestaba en exceso, ya que la hipocresía y falsa moral que había en su Salto natal era chocante. Él no aceptaba nada de eso.

Y como no estaba dispuesto a que eso siguiera afectando también la vida de su familia, decidió empezar de cero y radicarse en otro país.

Tal como lo venía imaginando año a año, ahora su idea la quería materializada. La decisión no tomó de sorpresa a su estirpe.

Y aunque les dolía la distancia que crearía entre ellos, todos sabían que era lo mejor para el joven y no le podían cortar las alas.

Mientras preparó su viaje, había vuelto temporalmente a su ciudad, decidió vengarse de la gente que tenía más de una cara que exhibía al mundo.

Fue así que empezó a seducir a hombres, sobre todo de clase media y alto nivel social, y se asombró de la gran cantidad que estaban dispuestos a acostarse con él.

Agustín no podía creer que el porcentaje fuera tan alto, por lo que disfrutó mucho de esos momentos. No se acostó con ninguno y se divirtió como nunca.

En Montevideo hizo algo parecido. Pero ahí, al haber tanta gente y ser todo más anónimo que en el interior del país, las cosas se tomaban de otra manera. En la madrugada del veinticinco de diciembre de dos mil tres, como era frecuente, decidió compartir esos momentos con sus padres y quedó tomando cerveza en el patio de la casa de la avenida Rodó.

El calor había menguado y acababa de darse otra ducha de agua fría. Primero hablaron de vanidades y de las evidencias.

Y pasadas las tres de la mañana, cuando el aire empezaba a refrescar más, intercaló agudas miradas con sus padres.

—El año que viene me iré definitivamente del país.

Al pronunciar éstas palabras, fue como un puñal que les dio en el centro del corazón, sin embargo, esto le dolió más a él que a ellos.

—Es tu vida, Agus, dijo su madre, supuestamente imposible. No queremos cortarte las alas y, aunque lo podemos hacer, sabés que no lo vamos a hacer.

Ella quedó asintiendo y él trató de deducir qué pensaba.

—Y, ¿dónde vas?, agregó ella.

Agustín bebió un trago de cerveza.

—¡Me encantaría irme a Holanda! Sí, sigo con la idea de Holanda como ya les había dicho, pero... no sé... Sé que la vida gay ahí es distinta y, como quiero evitar San Francisco, escojo Holanda.

—Y, ¿cómo vas a hacer con el tema de la documentación?, preguntó el padre.

—No sé... Creo que me permiten entrar sólo con el pasaporte, pero... No sé... Además, espero que me salga, al fin, la ciudadanía italiana.

—Y, ¿por qué en vez de irte a Holanda, vas a un país latino donde se te haga más fácil tu adaptación? ¿Qué te parece?

Mirá que en Europa yo creo que hay otros lados donde la homosexualidad no es mal vista... No sé, yo te digo lo que me parece, Agus, comentó la madre.

Agustín le buscó la vista y ella estaba afirmando. Él acabó la cerveza y quedó sumido en sus pensamientos. Era un intenso diálogo interior que lo volvía a acosar sin autorización.

Sus padres no le quitaron los ojos y él ni se enteró de que lo estaban observando. Cuando volvió de su viaje virtual, sirvió más cerveza.

—No sé... Ya veré lo que se me ocurre.

Continuaron hablando hasta que fueron las cinco de la mañana y sus padres, cansados de aguantar el sueño, se fueron a acostar.

Agustín se quedó en el mismo lugar. Los primeros colores de la aurora ya se visualizaban en el horizonte y su mente permanecía en un mundo aparte.

Él deseaba enamorarse y lo más extraño de todo, quería sufrir por amor. Quería comprobar todo lo que se decía acerca del amor.

Si el mismo era ese sentimiento tan intenso que decían que se siente. Su mente iba de un tema al otro. No concluía de pensar en uno que surgía otro.

De pronto, su cabeza, su mente y su corazón eran una batalla campal y no había forma de combatir todos los temas que se querían imponer en su interior como el mejor postor.

A eso de las seis de la mañana fue a su cuarto y se acostó luego que se quitó la ropa. En su habitación tenía un planisferio enorme y se puso a observarlo.

Su mirada rotaba, continuamente, de un color a otro. Pasaba de América Latina a Europa y se iba hasta Oceanía.

—Quizás su madre tuviese razón en lo que le había sugerido pero, ¿dónde estaba ese destino? Por más que lo pensaba no se daba cuenta.

El día de Navidad y los siguientes, las semanas posteriores y así sucesivamente, ése fue el único tema que ocupaba su tiempo.

Debía encontrar su próximo destino cuanto antes y el tiempo seguía pasando. Una de las grandes contras de no tener amigos, era ésa.

Cuando necesitaba algo sólo podía recurrir a su familia y ellos, aunque lo quisiesen y aceptasen, nunca iban a decirle algo que le hiciera daño, al menos, era lo que creía.

Eran varias cosas las que se aglomeraban en su vida como nunca antes y su desbarajuste iba en aumento a cada segundo.

Un día de enero se fue a bañar a la playa de las Cavas. El día era caluroso y la sequía en esa región era muy grande, por lo que el río estaba bajo y había más gente de lo que hubiese previsto.

Luego de actuar como un autómatas, donde parecía estar durmiendo en la orilla del río, se dedicó a echar una mirada por sus alrededores.

Había gente de todo tipo, y lo que le llamó la atención, fue la presencia de dos hombres de unos treinta años que se estaban poniendo bronceador y tenían una actitud parecida a la de él, distante.

Agustín los miró en reiteradas oportunidades y ellos continuaban en sus mundos sin reparar en su indiscreción en ningún instante.

El atardecer estaba llegando, se puso de pie y arrancó hacia esos hombres, lentamente, como si fuera contando los pasos.

Ahora no había casi nadie en la zona, con la excepción de dos chicas que

estaban recogiendo sus cosas, sólo eran ellos tres que quedaban.

Cuando se acercó a unos diez metros, se detuvo, y se puso a observar la costa argentina. Enseguida volvió a mirar a los hombres.

Uno de ellos miró atrás y comprobó que las chicas ya se iban, le dirigió la vista a Agustín y le sonrió de forma amistosa.

Agustín, que no se esperaba un gesto así, quedó confuso un minuto, bajó la mirada y sintió que eran los dos tipos quienes lo miraban ahora.

—Pensé que no te animarías a venir, dijo el castaño.

Agustín hizo una mueca.

—¿Estás perdido?, agregó.

Agustín volvió a mirar la costa argentina.

—Nosotros somos de ahí..., dijo el morocho^[22] blanco mientras Agustín miraba al otro lado del río.

El joven no dudó en buscarles los ojos y ellos no le rechazaron. Se sintió desnudo mientras intercalaba la atención entre uno y otro.

—Sentate, dijo el castaño.

Agustín así lo hizo y, mientras no apartaba la mirada del agua, suspiró discretamente.

—Y, ¿qué hacen por acá?

—Vinimos un par de días con unos amigos uruguayos. Anoche fuimos a El Símbolo.

Agustín volvió a sentir sus miradas y el nombre de *El Símbolo*, sabía que, en realidad, significaba más de lo que decía,

Lo que le molestaba de sí mismo era que no pudo saber el significado justo en el instante en el que fue pronunciado el nombre.

Como ambos vieron que Agustín se mostraba en aparente impasibilidad, ni hacía nada que revelara sus sentimientos, los chicos se miraron.

—¿Has ido a El Símbolo?, dijo el morocho.

—No. No me gusta salir.

—Bueno, a nosotros tampoco, pero al menos así, conocemos a alguien del ambiente. Entonces, ¿qué te gusta? ¿Las termas?

Agustín no hizo acotación y siguió con la vista en el horizonte mientras los hombres dirigieron los ojos en la misma dirección que el uruguayo.

5 – Rafael

Rafael acababa de cortar con su novio, al menos él lo llamaba así. En realidad eran amantes. Se veían cada quince días, o una vez al mes, cuando él podía viajar a la capital uruguaya.

El novio era argentino y estaba casado y con hijos, y Rafael se había enamorado por primera vez en su vida y esto había alterado cada aspecto de su existencia.

Al principio no le temió al escenario, era nueva la experiencia que estaba viviendo y se atrevió a enfrentarlo.

Pero ahora habían roto y el salteño lo extrañaba demasiado. El argentino ocupaba cada espacio de sus deseos, de sus pensamientos y de su corazón. Cortar fue un proceso duro, profundo y dificultoso que el contexto se le había escapado totalmente de las manos y no tenía ningún control sobre el mismo. Sin embargo había acabado su carrera de arquitecto y, aunque lo logró con las mínimas calificaciones, el título universitario ya estaba en su poder. Necesitaba un cambio en su vida. Con la plata que recibía de la beca, la cual ahorrraba estrictamente, había conseguido reservas suficientes a lo largo de cinco años de esfuerzos.

Poner distancia de por medio le haría superar mejor el panorama. Ya tenía el título en su haber y ahora que estaba sin pareja a todo descubriría defectos. Nada le atraía de su ciudad natal y tampoco le seducía radicarse definitivamente en Montevideo. O sea que debía salir de las fronteras nacionales.

Sus padres, a pesar de todo, lo comprendían. Ellos eran personas mayores y enfrentaron su orientación homosexual de la mejor manera. Ese tema se habló a la manera del salteño. No era que lo avergonzara, sino que no era lo que hubiesen querido para su hijo varón.

Y sus padres confirmaron que es gay por boca de él mismo, pero tiempo después, ya que no quería que se ilusionasen con que llevaría a la casa en algún momento una novia.

Cuando faltaba un año para acabar la carrera y Rafael estuvo seguro de lo que quería para el resto de su vida en cuanto a la sexualidad se refiere, les dijo que a él le gustaba salir con hombres.

Que lo decía para que se enterasen por boca de él ya que no se escondía ante la sociedad si estaba saliendo con alguien.

Los padres sospechaban respecto a la sexualidad de su hijo aunque se reservaban las cosas para ellos y los íntimos, y eso lo comprobó tiempo después que se los dijo.

Su padre le había preguntado a un primo, con el cual Rafa hablaba mucho y tenía confianza, si sabía algo acerca de sus preferencias amoratorias.

Ese primo tampoco lo sabía, sí sospechaba, y Rafael ante los rumores y las insinuaciones que le hicieron en algún momento, hizo oídos sordos.

En el año dos mil cuatro, cuando España decía que necesitaba gente para trabajar y estaba facilitando la documentación a todo el mundo, no lo pensó más y emprendió vuelo hacia el Viejo Mundo.

Se instaló en Madrid, los dos primeros días en un hotel que venía incluido

con los pasajes, pues tuvo que comprar de ida y vuelta.

Y luego alquiló una habitación en la zona de Tetuán, en la calle Naranjo, casi Bravo Murillo. No se esperaba que Madrid fuese así.

En primer lugar se sintió frustrado, pues se encontró una ciudad baja, sin grandes ni altos rascacielos y todo lo que veía era de vieja construcción.

Él pensaba sinceramente que Madrid sería como *New York* en varios aspectos y la realidad se le presentaba muy distinta.

Los primeros días en España y las primeras semanas, fueron duras. A pesar de todo, extrañaba la rutina que tenía: andar en bicicleta y conocer realmente el lugar en el que estaba.

Muchas cosas descubrió por azar. Madrid le ofrecía todo lo que en su ciudad natal no había y enseguida se dio cuenta de que este era un mundo a descubrir.

España era verdaderamente distinta al *New York* que mostraban en las películas y había cosas que le gustaban mucho.

Entre las cosas que le gustaban existía un barrio gay. Ni en su imaginación podría imaginar que España tuviese un espacio oficial para los homosexuales. Además, le encantó la gran cantidad de vida que hay en la capital española, en el lugar que sea, sin importar la hora ni la época del año.

La noche no le costó explorarla. Había gente de todo el mundo y una mezcla de culturas tan adaptadas que no dejaba de impactarlo.

No sintió discriminación por parte de los españoles, en cambio, sí se sintió defraudado por varios sudamericanos, entre ellos, sus compatriotas.

No podía creer ni entender por qué la gente de su tierra era tan hija de puta cuando está con un conciudadano fuera de su territorio.

Casi desde la entrada en su nueva ciudad procuró tener contacto sólo con españoles y, si por casualidad se filtraba algún extranjero, lo exploraba con lupa para no arrepentirse luego.

Con su familia hablaba por teléfono una vez a la semana, siempre a distinta hora, pues no quería que se mal acostumbrasen a esperar una llamada a determinada hora.

La espera los convertiría en dependientes y sabía que si la misma no llegara, su gente se preocuparía, y el salteño no quería darles disgustos.

Rafael era y hablaba como todos los ciudadanos de su Salto natal y se sorprendió que, cada vez que abría la boca, lo confundiesen por argentino.

Al principio empezó a trabajar en negro en un restorán de Chueca: su aspecto y acento no pasaban indiferentes y fue por eso que le dieron el puesto.

Sabía que ahora debía enfrentarse a nuevos retos, entre ellos pagar el alquiler de su habitación y sabía que en España no era más que un forastero.

Desde el comienzo trató de minimizar gastos, pues quería estar prevenido ante cualquier emergencia que se le pudiese presentar.

Al mes de vivir en Madrid se sentía como si hubiese vivido toda la vida en Chueca, pasaba más tiempo en ese barrio que en su habitación.

No tardó en conocer determinados códigos de conducta de los asiduos de ese barrio, ni de explorar lugares que va mayor cantidad de determinado tipo de gente.

Rafael nunca había ido a una sauna de Europa y conoció una el amanecer de un domingo, luego de una noche de cervezas y de algún beso que robó o le robaron.

Era un amanecer de domingo y estaba excitado. Cuando iba frente a una sauna vio a un chico que le gustó que ingresó en The Cielo y decidió seguirlo.

Otros chicos también entraron y Rafa quedó atrás evaluando el panorama. No quería precipitarse y mal interpretar las cosas.

Pocos minutos después estaba desnudo con una toalla en la cintura, e iba camino a las duchas, sin dejar de mirar a cuanto chico apuesto se le cruzaba por el camino.

1 – Ignacio

A Ignacio no se le hizo bien la convivencia con su joven esposa. Él también era joven y, cada vez, tenía más deseos homosexuales que no sabía cómo reprimir.

Las noches pasaron a ser grandes odiseas. En todas soñaba que estaba con hombres y así llegaba hasta eyacular.

Su mujer, más de una vez, se dio cuenta de que algo raro pasaba, pero no quiso decir, insinuar ni preguntar nada, aunque le dolía lo que tenía que soportar.

En cambio, ahora se hizo más observadora. Ignacio, muchas veces, se encerraba en alguno de los baños y ahí pasaba horas sin dar señales de vida.

Cada vez tenía más certeza de lo que le acontecía y, cuando reaparecía, se comportaba como un auténtico caballero, y era tan tierno que se le quitaban las dudas.

Luego mantenían relaciones sexuales, aunque él siempre quería practicar el sexo anal y, si era con la luz encendida, o a la luz del día, nunca abría los ojos.

Le encantaba acariciarle la espalda; besarle el cuello, la nuca y morderle el labio inferior. En cambio, se negaba a practicarle el sexo oral, y a él le fascinaba que se lo practicasen.

A partir del mes de la boda sólo mantenían relaciones si miraban una película porno, donde hubiese, al menos, un hombre desnudo.

Por el contrario, si faltaba el *film*, como más de una vez la mujer se negó, no le respondían los órganos sexuales y la frustración terminaba de hundirlo.

Macarena no veía las horas para que viviesen solos, para ver si esa situación se revertía. A pesar de que sus suegros no se metían en la vida conyugal, ella quería tener su propio espacio.

Las veces que mantuvieron relaciones sexuales vaginales fueron pocas y, cada vez, este número se iba reduciendo más.

A los seis meses del matrimonio ella quedó encinta. No fue deseado ni planificado, ya que aún vivía con los suegros y no había acabado la carrera, pero era un hijo y no podía echarse atrás.

A Ignacio le cautivó la noticia desde el principio. Desde que se enteró que sería padre, irradiaba tanta felicidad y luz, que no pasó desapercibido para ninguno de los habitantes de la mansión.

Poco a poco se persuadía de que él era heterosexual y que los temores homosexuales que, en algún momento lo castigaron, no eran más que historias del pasado, ahora superadas.

Sin embargo, un sábado de tarde, cuando se estaba por duchar, descubrió otra afición. Nacho se estaba quitando la ropa y, como en todos los baños de la casa, había espejos grandes.

Se miró en el instante en el que quedó en ropa interior y le gustó lo que vio proyectado. Al principio no cayó en la cuenta de nada extraño.

Luego observó meticulosamente cada parte de su cuerpo que agradeció por el físico que tenía y cómo lucía el calzoncillo.

A continuación se mojó y esa imagen le gustó más, sobre todo porque la ropa interior era blanca. No podía apartar la mirada del espejo.

Era otro día en el que se detenía el tiempo en el baño y no se quería dar cuenta de que algo extraño estaba pasando.

Ahora, a escondidas de su mujer, compraba revistas porno, siempre de parejas heterosexuales, aunque su mirada se detuviese en los hombres.

Observaba las imágenes mientras se masturbaba y ese era uno de los momentos más gratos de su vida, pues su mente iba a un universo mágico, lleno de deseos y de fantasías.

A las revistas las guardaba detrás de uno de los espejos del baño y su mujer no era consciente de la existencia de ese lugar.

Los meses seguían pasando y a su mujer, cada vez más, a medida que avanzaba el embarazo, le apetecía mantener más relaciones sexuales.

Y ella quería ser penetrada por la vagina sin mirar películas porno. El hombre, aunque ponía todo el esfuerzo, no podía.

Se bloqueaba tanto y la impotencia lo frustraba. Muchas veces empezaban el acto y, cuando él ponía la película, ella se ponía histérica, decía que era su mujer la que le debía excitar, no una peli.

Entonces, la apagaba y seguía el acto, sólo que no le respondían sus órganos genitales, y ella quedaba en un estado de tensión impresionante.

Además tampoco quería practicarle sexo oral y él optó, en esos momentos, por desahogarse en el llanto. La desilusión de Macarena crecía.

A pesar de todo ella tenía paciencia. Lo consolaba. Sacaba más fuerza de voluntad de lo que hubiese querido aunque ésa no era la solución.

El embarazo siguió avanzando hasta que optó por abstenerse del sexo. Cada vez que tenía ganas de estar con su marido, optaba por comer dulce de leche y chocolate.

Macarena empezó a consumir estos productos de forma desproporcionaba, aunque aún estaba dentro de los límites y quizás menos, de lo que el médico le dijo que podría engordar.

El quince de mayo de dos mil tres nació Fabricio en un parto natural. El bebé dio otro clima a la mansión que se extendió por cada uno de los habitantes de la vivienda.

Nacho se dedicó a ser padre a tiempo completo. Ahora se había propuesto que su mujer acabara la carrera y él pasó a ocuparse del pequeño.

Se dedicó a pleno a su hijo y no quiso contratar los servicios de una persona para que lo ayudara. Muchas veces observaba al niño como tomaba la mamadera^[23] y le fascinaba.

El fernandino no podía creer que el crío hubiese sido hecho con su esperma. Se preguntaba diversas cosas de la vida.

Muchas dudas lo azotaban continuamente y ante su hijo, se daba cuenta de que podría enfrentar al mundo solo, pasase lo que pasase.

Nunca se había sentido tan seguro en su vida con algo y eso le encantaba. Su

hijo le daba la poca seguridad de la que podría presumir.

Sus hermanas y sus padres no daban crédito de la gran dedicación que le estaba brindando a Fabricio y lo vieron como un padre ejemplar.

De todas maneras, se dieron cuenta de que algo más había, pero no quisieron decir ni insinuar nada. Era mejor ignorar las evidencias.

A medida que el pequeño fue creciendo y a valerse por sí mismo, más le gustaba presumir que ese bebé era suyo y, a medida que pasó el tiempo, más se pareció a su padre.

Muchas veces, cuando iba a la rambla de tardecita en días del verano, cuando el pequeño daba los primeros pasos, la gente, al verlo solo, no podía evitar hablarle y preguntarle si el niño era su hijo o su hermanito.

Él, orgulloso y sonriente, les decía que era su primogénito recién y que ya estaba pensando en darle una hermanita.

Nacho, de esa manera, ocultaba y camuflaba sus grandes deseos homosexuales, los que estaban, cada vez, más presentes.

Más de una vez, aun estando con el niño en la playa, su mirada, inconscientemente, se detenía en algún pectoral o paquete masculino.

Y, cuando se daba cuenta de lo que estaba haciendo, se ponía a jugar con su hijo, alejando, de inmediato, los malos pensamientos que tanto mal le habían hecho.

Al haberse dedicado Nacho a tiempo completo a su hijo, había dejado su carrera por la mitad mientras que su mujer se acababa de recibir de Contadora.

Él se alegró por ella, pues ahora tendría otra cosa para hacer y Nacho podría seguir ocupando el tiempo con su hijo.

De todas maneras se moría de ganas de darle a Fabricio una hermanita, pero no estaba seguro de si Macarena aceptaría.

Ahora, cada vez que mantenían relaciones sexuales, no ponía las películas porno, aunque en su mente siempre había imágenes de hombres.

Y, aunque le costaba, la penetraba por la vagina, siempre sin condón, por si ella se embarazaba. No quería preguntarle si se cuidaba o no.

Cuando pasaron los meses y se dio cuenta de que no quedaba embarazada, le preguntó si estaba usando anticonceptivos.

Cuando la respuesta fue afirmativa, Nacho le dijo que usaría condón, pues las pastillas le cambiaban el humor muy a menudo y eso no le gustaba.

Ignacio, efectivamente, empezó a usar condones, pero a todos los había pinchado. La hermanita de Fabricio debía llegar y no importó el camino.

2 – Alan

Alan, cada vez, sentía cosas más fuertes por su chico. Su pareja, Alejo, se hacía querer y Alan, a pesar de todo lo sufrido, pensó que nunca surgiría ni la sombra de alguien como Alejo.

Seguía viviendo en su habitación de la calle Torrijos, continuaba trabajando en el restorán de Chueca y había acabado la zafra de la obra del edificio donde también trabajaba.

Alan era feliz. El uruguayo estaba perdidamente enamorado. La vida le sonreía y le hubiese gustado compartir sus emociones con su gente y, una vez más, recordó que no tenía a nadie en este mundo.

Además, si no hubiese venido a España, no tendría a Alejo, ni a ningún amigo y eso le dolía más de lo que podría reconocer.

Ahora se empezaba a hablar de legalizar las nupcias entre personas del mismo sexo, equiparando los derechos con el de las parejas heterosexuales, y su cabeza viajaba a la velocidad de la luz.

Uno o dos sábados al mes iba con su chico a algún garito y, estuviesen donde estuviesen, no pasaban desapercibidos.

Y siempre sentía que las miradas iban dirigidas a ellos. Alejo lo tranquilizaba y lo besaba para hacerlo cambiar de parecer.

Los fines de semana que no salían a ninguna parte se quedaban en el apartamento de Alejo aunque no salían casi de la alcoba.

Su novio, más de una vez, le dijo para vivir juntos, pues se querían mucho y no había motivos para estar viviendo cada uno en una punta de Madrid.

Alan le dijo las vicisitudes tal cual eran: no quería acelerar las cosas ni estropear nada de lo que ya habían logrado.

Algunos de los amigos de su novio lo miraban con cierta particularidad y, más de una vez, lo cargaron^[24] insolentemente.

Fueron momentos que pusieron a prueba los sentimientos de Alan, el cual no cayó en la trampa, es más, ni siquiera pensó en engañarlo.

Las cartas estaban echadas y no podía ni quería luchar contra sus sentimientos. Alan solamente se dejaba llevar sin reprimir lo que Alejo le

hacía sentir.

Ahora dormía abrazado a una almohada y había comprado el perfume *Adventure* de Davidoff, el cual usaba Alejo, así se imaginaba estar con su novio a cada instante.

Muchas veces, su cabeza volvía en el tiempo, a sus años en el asilo e, incluso, en la misma calle. Habían pasado muchas cosas desde ese momento y todo se lo debía a doña Clotilde.

En el apartamento le preguntaron si tenía novia y respondió sin temor que novia no, que no pensaba tenerla en su vida, pero sí estaba saliendo con un chico.

La familia con la que vivía no se esperaba escuchar algo así, de todas maneras, trató de disimular bien el incordio que les estaba obligando a pasar Alan.

En realidad lo dijo porque no tenía motivo para vivir en medio de una mentira. Y Alejo no hacía más que enorgullecerlo.

Por una vez que alguien amaba a Alan, que se sentía bien con esa persona que se preocupaba y ocupaba de él, no había ninguna razón para esconderlo.

A la semana siguiente, para sorpresa de Alejo incluso, y de todo aquel con el que se encontró en el camino, lo llevó por primera vez a su domicilio.

En el pasillo se encontró con la dueña del apartamento, con Haydee. Ella dedujo de inmediato de quien se trataba. Alan no dudó en decir:

—Él es Alejo, mi novio.

La sorpresa no fue solamente para la dueña, sino también para Alejo, quien no creyó que fuese capaz de ir tan lejos.

Ella les sonrió y continuó hacia la cocina. Una vez que estuvieron en la estancia, Alejo no se aguantó más y lo comenzó a besar.

Alan no se resistió y, una vez más, se dejó llevar por el entorno. Luego de haber mantenido relaciones sexuales, mientras Alan descansaba sobre el pecho desnudo de su pareja, murmuró:

—Creí que nunca en mi vida conocería el amor. Creí que nadie en mi vida aparecería... Alguien tan especial como vos, Ale.

Alejo, que sabía que Alan era difícil que expresara sus sentimientos, estaba sorprendido, y si lo decía era porque ya no sabía cómo ocultar los mismos.

—A mí me pasa igual, Alan. Yo creí que, hasta que apareciste tú en mi vida, nunca conocería a alguien así... como tú.

El silencio se apoderó del ambiente y no eran necesarias las palabras. El tiempo disparó veloz sin que se diesen cuenta.

Estar en su espacio significaba más de lo que nadie se pudiese imaginar, pues Alan, al ser tan cuidadoso de su intimidad se estaba abriendo plenamente al español.

A los minutos Alan se paró y musicalizó su cuarto con el grupo Air Supplay, y regresó a su lugar. Pasados unos segundos Alejo preguntó:

—¿Por qué pusiste justo esta canción?

—Porque quiero que la escuches... Esto es lo que siento por vos.

Pasaron unos segundos y Alejo comentó:

—O sea que *Lost in love*... Perdido en el amor...

Nadie dijo nada hasta que empezó la siguiente canción, *Making love out of nothing at all*.

—Alan, quiero que nos casemos. ¿Qué te parece?

La música de Air Supplay los castigaba, los hería, los unía. Nadie podía creer lo que estaba pasando.

—¡No podemos casarnos, Ale! Aún no se aprobó la ley...

—Alan, quiero que nos casemos en Holanda. Allá está aprobada la ley desde el dos mil uno y quiero que nos casemos ahí. ¿Qué te parece?

Al escuchar esto, no dudó en buscarle la vista, y Alejo estaba asintiendo. Ambos se fundieron en sus miradas, las cuales vieron más allá del alma.

—De verdad, murmuró Alejo.

El uruguayo bajó los ojos y se sumió en sí mismo. No podía creer lo que estaba pasando. La realidad, una vez más, lo estaba superando y se sentía desnudo, sin protección, en medio de la multitud. Alejo no le apartaba la atención.

—Ale, si esto es un sueño, no quiero despertar. Por favor, no me dejes despertar, musitó.

—Alan, no es un sueño, y sí quiero que el resto de nuestras vidas sea así, un sueño. Yo te amo y por eso quiero casarme contigo. ¿Me entiendes?

Alan abrazó a su novio tan fuerte como pudo, Alejo le correspondió, pero su debilidad y necesidad crecían de una forma sin precedentes.

—¿Tengo que respondértelo ahora?

—Quiero que me respondas cuando estés completamente seguro de la decisión que vayas a tomar.

—Yo no tengo más que pensar...

A continuación lo comenzó a besar y Alejo supo lo que significaba ese beso. Alan decía muchas cosas sin necesidad de vocalizar nada.

A partir de ese instante la alegría, la emoción y la felicidad de Alan eran tan

grandes que no cabía de tanto gozo.

Sólo compartió la noticia con sus allegados más íntimos, la gente que fue conociendo desde que vivía en Madrid, aunque aún no tenían la fecha prevista.

Alejo quería presentarle a su familia. El español ya le había invitado a ir a la casa de sus padres, y esta visita, por un motivo u otro, se fue postergando.

Sólo iba cuando sabía que ellos estarían ausentes, por lo que todo el apartamento de Alejo era para ellos aunque Alan permaneciese, sobre todo, en la alcoba de su chico.

Ahora sí debía ir y estaba muerto de curiosidad por saber con lo que se encontraría. Su novio nunca había dicho nada concreto de su familia.

El domingo sucesivo, a eso de la una de tarde, aparecieron Alan y el madrileño en el apartamento de este último.

La vivienda era mejor de lo que el rioplatense se habría imaginado. Ésta era una planta diez ubicada en la avenida del Ferrol, casi Ginzo de Lima.

Era como que, ahora sí miraba detalles que antes, en sus visitas clandestinas junto a Alejo, pasaban desapercibidos.

La madre, una mujer gorda, rozando la obesidad, era tranquila, observadora y hablaba lo justo. No le inspiró la confianza que necesitaba ni el temor que lo haría huir.

Era una situación especial la que se le presentaba a Alan. Alejo no tenía padre, pues hacía doce años lo había perdido.

Y su hermano pequeño, que tenía veinticinco años, estaba con su novia. Su cuñado era un tipo desinhibido que se hacía querer por el hecho de ser simple, sencillo y directo.

Al principio hablaron relajadamente en el *living*, donde el hermano había servido unos tragos de *vermouth* y puesto unos trozos de tortilla casera.

—Ale nos dijo que eres uruguayo, comentó el hermano.

Alan asintió.

—¡Me gustan los clásicos de allá! Siempre que puedo miro esos partidos en los que se deja hasta el alma.

¡Me muero de ganas por ir en persona a un partido de esos! No sé... Con sólo mirarlos en la tele, ya puedo sentir la adrenalina que hay en el ambiente.

—Es diferente como se vive el fútbol en un lado y en otro, sí.

—¿De qué equipo eres tú, Alan?

—Del Bolso. De Nacional, por supuesto.

El hermano sonrió.

—Yo también.

—Y habiendo tantas cosas en su país, sólo le preguntas por el fútbol, dijo Alejo.

—Y no conozco a nadie en persona de su país. Al que tuve más cerca de todos fue a Forlán, y ni siquiera le pude hablar.

3 – Andrés

Cuando la crisis política, social y económica del Uruguay estaba calmándose Andrés decidió hacer las valijas y emprender viaje hacia el Viejo Mundo.

No lo hizo antes porque le dio varias oportunidades a su tierra. Él, a pesar de todo, quería quedarse ya que sabía que, una vez que saliera de las fronteras nacionales, no regresaría más a vivir a su lugar de origen.

Por comodidad y practicidad se vino a España conociendo nada y a nadie. En realidad eso era lo que menos le importaba.

Era joven todavía y quería vivir la experiencia, independientemente de como le fuera. O sea que trató de mentalizarse para que no le afectara el cambio.

Llegó a Madrid el veintitrés de diciembre de dos mil cuatro y, la primera sorpresa prevista, fue el frío que lo azotó sin ninguna tregua.

Vino con la reserva de un hotel cerca de la puerta de Alcalá, que está por la calle Villanueva, y la ciudad se presentaba bulliciosa y helada.

Numerosas cosas lo intrigaban de la capital española, pues sabía tantas cosas y, a su vez, tan poco, que todo lo quería acreditar y, en primer lugar, conocer el barrio gay que había visto por Internet.

El veinticuatro de diciembre a la tarde, mientras las temperaturas seguían descendiendo, agarró coraje y subió al metro hasta que se bajó en la plaza Chueca.

A pesar del frío la plaza estaba llena de gente y, era más que evidente, que había personas de distintas nacionalidades.

Cada uno de los chicos estaban en grupos, más o menos grandes, y no había que ser adivino para darse cuenta de que todos, o una importantísima mayoría, eran gay.

No era que tuviesen pluma, parecía que lo hacían a propósito y miraban a los forasteros que llegaban de forma descarada y Andrés no fue la excepción en ser el centro de atención.

Luego de inspeccionar de la mejor manera que pudo el lugar, decidió ingresar a un bar y allí escuchó distintos idiomas incluso.

Una de las voces que oyó le pareció un acento conocido, y no quiso expresarlo. Alguien rioplatense estaba presente en ese bar.

Cuando lo atendieron, Andrés pidió vodka con naranja y quedó meditabundo, ya que no se animaba a encarar conversación con nadie.

Para ver si adquiría el valor que tanto necesitaba, acabó el vodka lo más rápido que pudo y pidió otro y, mientras el mozo^[25] lo preparaba, Andrés no le separó los ojos.

El mozo le sonrió, le hizo una guiñada y atendió a otro chico que le pidió *whisky*. Sus pensamientos no se detenían.

Era el atardecer, casi la noche, del veinticuatro de diciembre y empezaba a extrañar a su familia como supuso que sucedería.

Había hablado con ellos enseguida que llegó y ahora la realidad a la que se enfrentaba, le dolía. Fue tan evidente su cambio, que no se dio cuenta cuando le hablaron.

—Tío... Tío... Tío...

Cuando regresó de su viaje virtual, miró sin ver nada ni a nadie. Aún debieron pasar varios segundos para que su mente aterrizase de nuevo en el bar. El mozo le sonreía.

—Tío, ¿qué te pasa? ¡Es Navidad, tío, no hay motivos para estar triste! Andrés sonrió y bebió un trago de su copa.

—Oye, te hablo y me da la impresión de que no me escuchas. ¿Qué te pasa?

—Nada. No importa.

—¿De dónde eres?

Andrés sonrió y tomó más vodka.

—Estoy recién llegado... Soy de Montevideo.

El mozo le sonrió.

—Y, ¿dónde está esa sangre caliente que alguna vez conocí en algún sudamericano?

Andrés bajó la mirada.

—Oye, tío. Yo ya salgo... Sí tú quieres, podemos hablar un rato.

Andrés lo miró sin hacer ningún gesto ni asentimiento, sin hacer nada. A los pocos minutos estaba el mozo a su lado y se había abrigado.

Andrés pagó las bebidas a otro camarero y salieron del bar. La noche ya estaba presente y la gente continuaba llegando.

Al principio caminaron lento, indiferente al frío bochornoso que hacía y a la multitud que había en toda la zona.

Fueron para el lado de la Gran Vía y, en un momento, el mozo, Mateo, se detuvo y Andrés continuó su trayecto unos cuantos metros.

Cuando se dio cuenta de que su compañero no estaba a su lado, se detuvo desconcertado y miró para todos lados.

Lo vio detrás, a unos diez metros, y no le apartaba la vista. Se quedaron mirando a los ojos y en esa mirada se exploraban más allá de la piel.

Andrés regresó sus pasos y quedó a poco menos de un metro de distancia de Mateo. Las palabras no aparecían aunque eran necesarias.

No estaban incómodos y los ojos azules de cada uno se iluminaban mutuamente. Pasados unos minutos, Mateo suspiró discretamente.

—¿Qué te pasa, tío? No te conozco... No me conoces, pero... No sé... Te vi ahí, solo, en un día como hoy y no sé...

—Acabo de llegar. Necesitaba un cambio radical en mi vida y decidí empezar de cero acá.

—¡Uf! Te entiendo.

—Pensé que se me haría más fácil, pero... No sé... Extraño a mamá, a papá, a mis hermanos...

Mateo disimuló un suspiro y echó una detenida mirada alrededor mientras trataba de encontrar la combinación de palabras adecuadas para continuar.

—¿Dónde piensas pasar esta noche?

Andrés le buscó la vista mientras subió y bajó los hombros.

—Mi nombre es Mateo y, al decirle eso, le dio dos besos.

Se quedaron mirando un instante más a los ojos.

—Yo soy Andrés. Aunque todo el mundo me llama Andy.

—Vamos a mi casa, Andy.

Andrés no dudó en buscarle la mirada.

—No te preocupes. Mamá ya está acostumbrada a que algún amigo mío se quede en mi casa.

—No quiero incomodar ni molestar a nadie.

—¡Qué coño estás diciendo! Es Navidad. ¡Hay que celebrar! Y esta noche es para celebrar. Vamos a casa.

Y continuaron caminando. Se metieron en el metro de Callao, hicieron conexión en Sol y, de vez en cuando, se espiaban.

Cuando hicieron conexión con la línea uno, Andrés miró intensamente a Mateo y muchas cosas descubrió en sus ojos claros.

—De verdad, Mateo. No quiero molestar ni incomodar a nadie.

—Andy, lo único que sé de la visión que tienen ustedes de nosotros, los españoles, porque yo soy mitad español también, es que a todos nos llaman gallegos^[26], ¿no?

Pues yo te quiero demostrar que un medio madrileño, puede recibir a un inmigrante como a un hermano más. ¿Vale?

Se quedaron observando y esa mirada no pasó desapercibida para varios pasajeros.

—A ti te han roto el corazón. Y ese fue el principal motivo por el que quisiste alejarte de tu tierra.

Andrés bajó la vista y ésta, de repente, se le volvió brillante. Mateo, de vez en cuando, lo miraba, pues no quería incomodarlo aunque él lo había puesto en esa situación y no sabía cómo arreglar la misma.

—Oye, tío. Lo siento. No quise hacerte recordar nada. Sé lo que es cuando se sufre por amor y no fue mi intención hacerte revivir nada. Lo siento.

Andrés lo miró fijamente.

—No hay problemas. Creo que la distancia que establecí es lo mejor que pude haber hecho. Y sólo el tiempo me va a dar la razón.

Hubo un momento de silencio en el que sólo se escuchaba el murmullo de otros pasajeros, hasta que Andrés miró a Mateo y sonrió.

El europeo tampoco dudó en sonreír y se le iluminó el rostro. Bajaron como viejos amigos en el metro de Pacífico.

Andrés no podía creer que estaba siendo recibido por España de esa manera. Eran muchas cosas las que estaban pasando y él no estaba preparado para tanto.

A pesar de todo, su mente estaba repartida entre el Uruguay y ese lugar extraordinario que ya estaba conociendo, Madrid.

Llegaron a un apartamento de la calle Granada y Vigo. Andrés no supo deducir el olor de comida que más predominaba.

Casi de inmediato apareció una mujer de unos cincuenta años, muy bien arreglada, y con una sonrisa diseñada en el rostro.

Mateo la presentó y su madre, Regina, que le recordaba mucho a la suya, no se aguantó más de la casualidad y se lo hizo saber.

A los pocos minutos también llegó de la calle su hermana, Donatella, quien era como su madre, pero en versión juvenil.

4 – Agustín

Agustín, luego de una larga temporada de abstinencia sexual y confusiones sentimentales, al fin decidió dar el gran paso y empezar de nuevo en otra tierra.

La situación en su país era para los resignados o para los que tenían un enchufe, no para él. Y ya estaba harto de la corrupción en todos los estratos de la sociedad.

Aunque él también tenía el nexo de su padre, no quiso que lo calificaran de esa manera y prefirió hacerse un camino del otro lado del Atlántico.

A pesar de que era joven no tenía prácticamente nada de libido, tampoco se masturbaba. No tenía ningún tipo de deseo sexual y tampoco le alarmaba.

Luego de cortar con su novio, hacía casi un año, no tuvo nada con nadie. Prefirió cerrarse en sí mismo y no darse otra oportunidad.

En España las cosas se le han hecho relativamente fáciles, pues él no entró como turista, sino con la ciudadanía italiana que tardó dos años y medio obtenerla en el Uruguay.

O sea que no tuvo inconvenientes para encontrar trabajo como recepcionista de un hotel y eso le dio más autonomía de lo que hubiese creído.

En Madrid, en el campo laboral y en la mayoría de los lugares públicos, decidió mantener al margen su sexualidad, pues consideraba innecesario exponerse sin un motivo verdaderamente justificado.

Algunos fines de semana salía por Chueca. Muchas oportunidades tenía de conocer gente, aunque no dejaba entrar a nadie en su vida.

Primero quería asentarse y después sí, si se daba la oportunidad de conocer a alguien, lo aceptaría, pero nunca iba buscando nada.

Generalmente lo confundían por argentino y eso le molestaba más que otras cosas. No entendía que el acento era semejante en la región del Río de la Plata.

A su familia llamaba dos veces por semana, nunca a la misma hora, y le contaba como iba siendo su vida en su nuevo hogar.

Una tarde de junio, cuando la primavera marcaba su presencia fuerte por todas partes, estaba tomando cerveza sentado en la terraza de un bar de Chueca.

La gente, como siempre, iba y venía y la mayoría exhibía o insinuaba esos cuerpos esculturales que él, ahora, deseaba.

Sabía que esos cuerpos eran el producto de largas e interminables sesiones de gimnasio y que, en algunos casos, había algún producto extra.

El miraba con la mayor discreción que podía, mientras que simulaba estar sumido en un profundo diálogo interior.

Uno de los acentos de los que escuchó a su lado le llamó la atención y, con la mayor discreción que pudo, dirigió la mirada hacia Alan y Alejo, quienes sonreían mientras tomaban cervezas.

Se dio cuenta de que era un compatriota y no quiso decir nada. Quizás, si lo hacía, le jugase en contra y prefería mantenerse alejado de los uruguayos.

Agustín acabó la cerveza y continuó en su asiento. Uno de los chicos de otra mesa que había cerca, le preguntó si tenía fuego, señalando un cigarrillo.

—Perdoná, no fumo, dijo Agustín.

Enseguida sintió la mirada de Alan y de su acompañante. De todas maneras, se mantuvo impasible y no se dio por enterado.

Llegó el mozo y retiró la botella vacía de su mesa. Agustín le pidió otra y continuó con la vista clavada en la mesa.

A continuación decidió empezar a revisar su celular. No tenía ninguna novedad, aunque era una buena manera de matar el tiempo.

De todas formas, no dejaba de oír a su compatriota y a su chico. Era evidente que, por las cosas que se decían, eran más que amigos y eso, en cierta medida, lo entristeció.

Y esto pasó porque, básicamente, varias veces se tenían que pasar las fronteras nacionales para enfrentarse a sí mismo y hacer la vida que siempre se deseó.

El mozo trajo la cerveza y, mientras bebía el primer trago, lo hizo mirando la mesa de al lado y se encontró con la mirada de Alan.

Un segundo vio la misma y, lo que captó en ese instante, fue auténtica felicidad. Como no esperaba encontrarse con algo así, bebió más de lo previsto.

En ese momento vio que Alan y Alejo se sentaron a su mesa, luego de mirarle a los ojos. Agustín no reaccionaba, sino que seguía sumido en su mundo.

—Perdoná, te escuché y me parece que venimos de la misma parte, dijo Alan.

Agustín, lentamente, como si lo estuviese haciendo en cámara lenta, le buscó los ojos y Alejo se convirtió en espectador.

—¿Me escuchaste?, insistió Alan.

Agustín bajó la vista y Alan no se la apartó aunque era chocante su actitud. El tiempo pareció haberse detenido. Por fin Agustín comentó:

—Puede ser...

—Y, ¿hace mucho que estás acá?, preguntó Alan.

Agustín permanecía disperso y ante cada pregunta, parecía que le costaba más de la cuenta la asimilación.

—Un par de meses, dijo Agustín.

—¡Ah!, y, ¿estás con tu familia?

—Mirá, te digo la verdad, no estoy en un buen momento. No te quiero contestar mal y quiero estar solo, por favor.

Alan bajó la vista y luego se la buscó a su pareja, quien hizo una mueca de resignación. La pareja abandonó esa mesa y regresó a la suya.

Agustín continuaba en su mundo y, cuando comprobó que había quedado solo, acabó en dos tragos la cerveza y fue al interior del bar. Allí pagó y fue al baño.

Muchas miradas lo seguían e ignoró a todas. Luego de orinar y mirarse en el espejo, mientras otro de los clientes empezó a usar el mingitorio, emprendió la retirada sin mirar a nadie.

Agustín se fue por el lado de la Gran Vía. El encuentro imprevisto que tuvo con ese anónimo lo había dislocado más de la cuenta.

Llegó al mono-ambiente que alquilaba en San Bernardo, casi la Gran Vía, con un calor agobiante, se sacó la ropa y se puso en la bañera.

Necesitaba pensar. Muchas cosas le pasaban por la cabeza, entre ellas la sonrisa de su último novio y las de varios chicos que había visto desde que vivía en Madrid.

Había bebido cinco botellines de cervezas y, combinado con la confusión por el encuentro que tuvo con Alan, quedó dormido en el agua, con la cabeza apoyada en el borde de la bañera.

Cuando despertó le dolía todo el cuerpo. Se levantó, agarró una toalla y, mientras se secaba, se acercó a la cama y se sentó sobre el suelo.

No había motivos reales y ahora las lágrimas le salían sin autorización. Se sentía tan agobiado que la única forma que encontró de desahogarse fue esa.

Incapaz ante el panorama que estaba afrontando, sobre todo porque no eran más que fantasmas suyos, agarró la botella de vodka y bebió.

Dos tragos fueron suficientes para indicarle que se quedara sobre la cama, la cual ahora era una verdadera delicia.

Recién eran las nueve y media de la tarde-noche y no tardó en dormirse. Y a

eso de las seis de la mañana despertó agitado.

Le dolía el cuerpo y estaba con un hambre feroz. Había refrescado a esa hora, y, sobre todo, quería saciar el apetito.

Además, dentro de un rato debía ir a trabajar. O sea que preparó un desayuno como pocas veces y eso, en gran medida, lo regresó a la vida.

Luego se dio una ducha y se vistió. Eran las ocho y media de la mañana cuando encendió el *home cinema* con la música de Joaquín Sabina.

En realidad se puso a añorar deseos frustrados que nunca habían aparecido pero, de todas maneras, las palabras del español eran como puñales a su corazón.

Aunque entraba a trabajar a las diez de la mañana y aún era temprano, necesitaba cambiar de aires cuanto antes.

Salió de la vivienda rumbo al trabajo, lentamente, caminando sin ver nada de todo el movimiento de la ciudad que despertaba.

Se detuvo en la Gran Vía y San Bernardo y no se podía quitar de la retina la mirada de felicidad que había visto en Alan. Había gente en este mundo que era feliz.

5 – Rafael

Rafael, enseguida vio en Madrid una tierra de oportunidades y procuró, a cada instante, estar atento a si ellas aparecían solas o era posible transformar algún momento en ocasión.

También lo sorprendió y le gustó como es la vida gay de Madrid, pues se trata casi como un paraíso para la persona homosexual.

Se había hecho asiduo a las saunas y, cada vez que quería conocer a alguien para pasar un buen rato, iba a alguna.

También le gustaba salir de discotecas y entrar en la mayor cantidad de ellas. Conocía a algún chico de la vida nocturna y a nadie que se le pudiera llamar amigo.

Es decir que seguía siendo tan cerrado como siempre, pues pensaba que tener un amigo, o más que amigo, lo que se hacía era exponerse y él no quería que se lo conociese así.

Rafael había conseguido empleo en una obra y ahí trabajaba seis días a la semana en media jornada y no había abandonado el restorán.

Los domingos, habitualmente, para matar dos pájaros de un tiro, iba a las saunas que tenían hidromasajes, así se relajaba y calmaba sus apetitos sexuales.

A pesar de que tenía sus buenos ingresos salariales, continuaba con su política de austeridad. O sea que seguía viviendo en la habitación que alquilaba en la calle Naranjo, casi Bravo Murillo.

Un domingo de mayo decidió dar una vuelta por Chueca, en vez de entrar a una sauna, y se puso a contemplar cómo era ese barrio de día.

El movimiento de gente que había era considerable, y los chicos y las chicas continuaban siendo tan desinhibidos como lo eran a la noche.

A veces hacía el esfuerzo y trataba de imaginarse un barrio así en su Salto natal y no lograba visualizar bien el escenario, pues la comprensión de su tierra estaba por detrás de lo que ya disfrutaba en España.

Luego de dar vueltas por la zona se sentó en una terraza de la plaza y el mozo, un chico joven y apuesto, enseguida le trajo la cerveza que pidió.

Se puso a disfrutar de la bebida tranquilamente, indiferente a todo. Eran como las seis de la tarde, hacía calor, y eso le gustaba.

La gente iba y venía de un lado para el otro y pensó, justo en ese momento, que se sentiría mejor si tuviese un amigo.

Entonces decidió que, a partir de ese instante, no sería tan cerrado, y las personas que llegarían a su vida, no serían solamente para acostarse.

La vida tiene muchas posibilidades y él se estaba prohibiendo de vivir cosas importantes por ser tan materialista.

Después de estar en ese diálogo interior empezó a mirar a su alrededor y se dio cuenta de que, el único solo de ese lugar, era él.

El resto de los presentes estaba acompañado: algunos conversaban, otros reían y alguien estaba en silencio. Siguió rotando la mirada y, lo que veía más allá de esa terraza, era más de lo mismo.

Acabó la cerveza y se puso a jugar con su celular y, cuando vio al mozo, le pidió otra cerveza. Cuando el chico le dejó la bebida, sólo se limitó a sonreírle y el chico bajó la vista.

Rafael siguió bebiendo y, en ese instante, decidió que tenía que trazarse un plan para regularizar su situación legal en España.

—Con eso tendría otras oportunidades pero, ¿cómo? A la noche llamó por teléfono a su familia y, cosa que no se esperaba, se emocionó al escuchar

la voz de su gente.

Su padre le confesó esa vez que su presencia se extrañaba en la casa y ese fue el detonante final que le faltaba para que sus ojos humedecieran. Realmente no lo podía creer.

Siempre había sido frío, materialista y calculador y ahora, sólo escuchando la voz de su gente, se sentía expuesto, vulnerable y desnudo que no daba crédito de la etapa que estaba llegando a su vida.

Cuando colgó el teléfono se fue a dar una vuelta por la calle Bravo Murillo, porque no quería llegar en esas condiciones al apartamento.

Ese fue otro de los momentos que le hubiese gustado compartir con algún amigo, o con alguien semejante y se odió a sí mismo por no tener a nadie.

Las cosas se le estaban yendo de las manos a una velocidad escalofriante y él no estaba preparado para tanta exposición de sentimientos de repente.

Cerca del metro Tetuán vio a un chico y se sentó en un banco que había cerca y se puso a mirarlo con moderación.

No sabía lo que quería hacer, ni dónde acabaría, pero él, a esa altura del partido, estaba dispuesto a todo. Rafael quería cambiar y tenía que comenzar cuanto antes.

Rafael ya se conocía algunos trucos de memoria, los cuales les indicaban si sería rechazado o no, y también le indicaban si el receptor del mensaje era gay.

Con ese desconocido no recibió malas vibraciones. El hombre no tardó en acercarse y, una vez que estuvo a su lado, lo miró atrevidamente y el salteño no lo rechazó.

Y como ocurría pocas veces, el que bajó la vista fue Rafael. Algo estaba pasando y no encontraba explicación. El joven le sonrió.

—¡Qué linda mirada tenés!

El acento le hizo volver en el tiempo y, durante un instante las palabras vibraron en el aire, y mil cosas pasaron por su cabeza.

—¡No puedo creerlo!, logró decir Rafael.

—Ni yo...

Hubo un momento de silencio en el que se exploraron más allá de la piel.

—Esto sí que no me lo esperaba. Yo esperaba conocer a algún gallego en España y... No lo puedo creer...

Pasaron unos minutos en el que cada uno miró para lados opuestos.

—¿Hace mucho que estás acá?, preguntó Rafael.

Otra vez el anónimo sonrió.

—A pesar de mi acento, legalmente, ya me hice español. Hace diez años que vivo en España. Primero fui a Cataluña y luego vine a Madrid. ¿Y vos?

—Yo estoy recién llegado. Bueno, casi... ¿De qué parte sos?

—De Concordia, Entre Ríos.

Rafael, cuando escuchó esas palabras, no pudo evitar sonreír.

—¿Qué pasa?, preguntó intrigado el argentino.

—¿Querés saber la verdad?

Le buscó la mirada y descubrió que el chico asentía. De todas maneras, antes de decir algo, se tomó su tiempo. El hombre estaba atento a cada movimiento que hiciese Rafael.

—Pues, la verdad, he salido con más argentinos que con yoruguas^[27].

Él lo miró con curiosidad.

—¿Cómo es eso?

—Yo soy de Salto, la frontera, y allá estaba lleno de argentinos y siempre había alguno con el que terminaba en la cama.

El sujeto, al escucharlo, quedó ensimismado en sus pensamientos y Rafael también se sumió en un diálogo interior no previsto.

Quizás, al conocer a alguien se estaba exponiendo demasiado y eso no era lo que quería. La sinceridad plena no es tan buena en todo momento.

—Y, ¿qué tal? ¿Qué preferís? ¿Argentinos o uruguayos?

Rafael sonrió.

—¿Cuál es tu nombre?

—Yo soy Esteban.

—Mi nombre es Rafael.

Esteban se paró frente a Rafael y le tendió la mano. Rafael la aceptó y se sostuvieron las manos más de la cuenta, mientras no se apartaban la mirada.

Cualquiera que los viese no dudaría en pensar lo que realmente sucedía. Regresaron a sus lugares y, durante unos minutos, el silencio los invadió.

—¿Qué estás buscando?, preguntó Rafael.

—Directo como todo uruguayo. Mirá que acá, dentro de todo, es más *light*. No vayas directo al grano.

—Si ya sabemos cómo son las cosas. ¿Para qué vamos a perder el tiempo?

—Estás recién llegado y de eso no me cabe ninguna duda, dijo Esteban.

Luego de un minuto de silencio el argentino suspiró extensamente y Rafael,

de vez en cuando, le echaba una mirada.

—Y, ¿qué tal en España?

Rafael levantó y bajó los hombros.

—El mundo es un pañuelo.

—¡Me lo vas a decir a mí!, dijo Rafael.

1 – Ignacio

Efectivamente, tal cual deseaba Ignacio, Macarena no tardó en quedarse embarazada y a ella no le agradó la noticia.

Como con el primer embarazo, Nacho se mostró encantado ante la idea de ser padre por segunda vez en su vida.

Macarena, cada vez, estaba más perturbada con la actitud de su marido. Más de una vez creyó que estaba perdiendo el juicio.

Ella estaba haciendo entrevistas porque quería trabajar, y ahora él se lo impidió aduciendo que no lo necesitaba y que era prioritario que se cuidara por el futuro niño.

A la familia también agarró por sorpresa la noticia, pues según palabras de sus padres, esperarían unos diez años para encargar el hermano a Fabricio.

El embarazo fue tranquilo y, a medida que avanzaba, Nacho, siempre dedicado a su hijo, se dio cuenta de que él tenía una preferencia especial por abrazar el vientre de su madre.

A la madrugada del veinticinco de enero de dos mil cinco nació Maite y, esta vez, Ignacio quiso involucrarse más en la tarea de ser padre.

No sólo se ocupó de llevar a su mujer a la clínica Renacer, sino que, además, la acompañó minuto a minuto.

El primer parto se lo había perdido básicamente por temor, ya que no había entrado a la sala, pero en éste iba dispuesto a todo.

El primero que la vio y que la sostuvo fue Ignacio, quien no quiso disimular su emoción ni nada de lo que estaba sintiendo en esos instantes.

Ahora las tareas del hombre se le multiplicaron y su mujer quería irse de la mansión, pero él no le daba nada de importancia.

Nacho, como hizo con Fabricio, acaparó las tareas de atender la beba, y Macarena sólo disfrutaba de su hija cuando le daba de mamar.

Fabricio la miraba cuando dormía en la cuna. A sus padres les encantaba espirarle; el niño nunca intentó nada malo contra su hermanita y, entre ellos,

había un lenguaje no verbal especial.

Cuando Maite daba sus primeros pasitos, los cuales eran un deleite para la familia, quienes no tardaron de llenarles de regalos, el mayor beneficiado fue Fabricio.

Una tarde de lunes que Nacho había ido a Montevideo por unos documentos, Macarena se puso a hacer limpieza y a ordenar las prendas de vestir de los armarios empotrados.

Y, debajo de unas cajas de zapatos, encontró una bolsa de *nylon* que no se le hizo familiar. Los zapatos eran de su marido y la bolsa supuso que también.

No aguantó la curiosidad y la revisó y, su sorpresa fue mayor cuando se encontró con un montón de revistas porno.

Mayor fue su pasmo cuando se dio cuenta de que no solamente había imágenes de chicas con chicos, sino que en algunas había solamente hombres.

El desconcierto la invadió sin autorización y sabía que, a partir de ese instante, las cosas cambiarían para siempre.

Tampoco quería ni podía dar ningún paso en falso, pero sus sospechas con esas revistas se fortalecían, pues la última tenía fecha de hacía un mes.

Cuando logró recuperar la cordura, dejó todo como lo había encontrado y se fue a atender a Maite porque había despertado.

Mientras, Nacho, que esa noche pasaría en la capital, pues debía hacer acto de presencia en la metrópolis a primera hora de la mañana, en ese momento estaba en el cine porno de Tres Cruces.

En el instante en el que observaba en una pantalla a un chico que otro le perforaba el trasero, empezó a tocarse el paquete por encima del pantalón.

En el local no había casi gente, pues era día de semana y a esa hora los clientes ya se iban. El fernandino no apartaba la vista de la pantalla donde su excitación crecía a cada segundo.

En ese momento se dio cuenta de que se había sacado la verga y se masturbaba como si estuviese en el baño de su casa, sin que nada le importase.

Un chico, quizás un poco más grande que él, se sentó a su lado y empezó a observar los movimientos de sus manos y se deleitaba con esa visual.

Finalmente el tipo no aguantó más y se la empezó a chupar. Ignacio no se resistió, sino que cerró los ojos y se dejó llevar.

El individuo le hizo una felación con gran maestría y las expresiones de Nacho así lo indicaban; ahora el desconocido le buscaba la boca.

El anónimo se dio cuenta de que estaban siendo el centro de atención de los pocos presentes, y agarró la mano a Nacho y se lo llevó a un baño.

Allí se continuaron besando con pasión depravada, como pocas veces lo había hecho en la vida. A Nacho nada más le importaba.

No era la primera vez que estaba con un hombre; la costumbre la adquirió por casualidad cuando leyó un domingo a la mañana los clasificados de El País.

A partir de la lectura, con una excusa u otra, siempre iba a la capital y pasaba por alguno de esos cines, y trataba de realizar una fantasía.

El hombre le bajó la cabeza y este no dudó en devorarse su aparato reproductor, el cual era verdaderamente grande.

A los pocos minutos de chuparle la pija lo hizo poner de pie y le dio la vuelta, le escupió el trasero y Nacho sintió que la verga de ese amante pasajero intentaba meterse en su interior.

El tipo no tuvo la consideración que podría, y le hizo daño. En la mansión Ignacio también tenía un consolador y, siempre que podía, lo usaba.

Y en esa ocasión, sangró. Nacho no estaba lubricado y, cuando se dio cuenta, era tarde, pues el chico se la había metido sin condón.

Sólo rezaba para que ese amante no tuviese ninguna enfermedad de transmisión sexual incurable, sobre todo el SIDA.

Las cosas no estaban bien, pues, cada vez, estaba siendo más vulnerable ante las pasiones que lo vencían y lo llevaban por lugares que nadie de su entorno sospecharía nunca.

Al fin el chico eyaculó dentro del fernandino y lo regó con ese esperma caliente que le salió a borbotones y Nacho sintió asco de sí mismo.

En cuanto el desconocido dejó de expulsar semen, se subió los pantalones y huyó del lugar ágilmente, dejándolo en cuatro patas y con el trasero al aire.

En ese momento se dio cuenta de que hasta el anfibio más asqueroso se respetaba más a sí mismo, y eso no se lo perdonaba.

Se odió por ser débil y juró por sí mismo que, a partir de ese día, su vida daría un giro importante y ya no sería necesario andar suplicando un poco de placer sexual a nadie.

Macarena, sin dejar de especular por sus hallazgos, esa noche no podía dormir, a pesar de que había madrugado y no había echado la siesta.

Ella, cada vez más nerviosa, no dejaba de dar vueltas en la cama. Se preguntaba qué estaría haciendo su marido en ese momento.

En realidad se preguntaba muchas cosas: si Ignacio era gay; si el material sexual que encontró era todo lo que escondía en cuanto al mundo homosexual

se refiriese; o si habría algo más.

La mayor duda era si él, en algún momento, había ido más allá en los hechos, o sea estar realmente con un hombre.

Y si eso había pasado, ella no sabría lo que debía hacer. Era joven aún, tenía dos hijos y sobre todo, en primer lugar era una mujer.

A decir verdad su marido nunca la había satisfecho sexualmente. Tampoco había pensado en la idea de un amante, pues, a pesar de estar disgustada, sentía que no debía traicionarlo.

Ahora que se daba cuenta, se percató de que Ignacio iba a Montevideo seguido y, a veces, sin razón aparente. Algo más estaba ocultando su marido.

La alarma cada vez se potenciaba más. Había razones de sobra para ello. De todas maneras no sabía si comentarlo con su suegra o no.

2 – Alan

Alan sacaba conclusiones de todo tipo a cada instante y no podía ocultar el gran amor que sentía por Alejo.

Eso no le preocupaba demasiado, aunque veía que la dependencia que tenía respecto a él era muy grande, y las dependencias nunca son buenas.

El español era lo único que tenía en su vida y Alan había cubierto heridas que pensó que nunca cicatrizarían. Ahora se sentía feliz.

Cada uno se complementaba de forma impresionante. Incluso el uruguayo pensaba que estaban hecho el uno para el otro.

No tardaron en hacerse ver los envidiosos y a cada uno les quisieron seducir por separado, pero la relación que disfrutaban estaba bien consolidada y nada malo lograron.

Una noche de verano se encontraron por casualidad en la calle; Alan había salido temprano de su trabajo porque había entrado antes y Alejo había ido a dar una vuelta.

Se vieron en la Gran Vía, cerca del Metro Callao y fueron a la terraza del bar Amistades y Nostalgia sin pronunciar palabras.

Alan realmente estaba en otro mundo y eso no pasó desapercibido para su novio. Luego de varios minutos de silencio, el madrileño lo miró fijamente.

—¿Qué te pasa?

Alan ni se enteró de que le estaban hablando y Alejo no le apartaba la mirada. El español optó por ser prudente y beberse un buen trago de cerveza mientras

echaba una mirada a los aledaños.

Cuando Alejo volvió a mirar al rioplatense, vio que se le cayó una lágrima y, en ese instante, el uruguayo volvió a la realidad y le buscó la vista a su pareja.

Se quedaron observando durante varios segundos, los cuales se hicieron interminables. El tiempo se había detenido.

—Lo siento, murmuró Alan.

Alejo bajó la vista y miró a un lado.

—Lo siento, repitió Alan. No sos vos. Es que ahora me estaba acordando en la vida de mierda que he tenido y... No sé... La verdad es que no sé...

Estaba pensando en la vida de mierda que he tenido y, si era para saber que luego te encontraría... Lo... Lo que te puedo decir es que valió la pena la espera.

¡Sos la persona más importante que ha habido en mi vida! Sos la única persona que tengo en mi vida, Alejo, y me encanta que estés aquí.

Y ahora se me fue la cabeza y la dependencia que tengo respecto a vos sé que no es buena, pero... Pero no quiero dejar de tener esta dependencia.

Te quiero demasiado, Alejo. Te amo, Alejo. Y sé que no me es fácil manifestar esto que siento, pero creo que lo puedo resumir así.

Lo siento. Perdoname, me he enamorado de vos como pensé que nunca me pasaría y... Y tuvieron que pasar miles de cosas entre nosotros...

Tuvo que pasar mucho tiempo para que pueda exteriorizar de ésta manera los sentimientos... Y... Y te amo, Ale.

Alejo lo escuchaba en silencio, petrificado, sin saber qué hacer. Eran muchas cosas las que estaban en juego, y no se imaginó que el cambio que fuese a dar Alan sería tan grande, evidente y rápido.

El español sólo se limitó a agarrarle una mano a través de la mesa, mientras no se apartaban los ojos de encima.

Así dejaron pasar el tiempo. No había prisas. Nada más importaba. A los minutos, al fin, Alejo sonrió y Alan acabó la cerveza.

—Yo también te amo, Alan. Yo también. Y si aún seguimos juntos, si aún creo en lo nuestro, si aún apuesto por esta relación es porque vi en ti, desde un principio, que tú necesitabas tiempo. Nada más que tiempo.

Volvieron a sumirse en sus pensamientos, llegó el mozo y les regresó a la realidad. Alan pidió más cervezas aunque, en ningún instante, se soltaron las manos.

—Ale, me gustaría hacer algo grande en la vida...

Otra vez se sumergió en su mundo interior y el español trataba de deducir el real significado de esas palabras. Sabía que algo importante diría.

—Ale, me gustaría que tengamos un hijo.

Alejo, cuando lo escuchó, le miró sin dar crédito a lo que acababa de oír. Si su pareja lo quería sorprender, era más que evidente que lo estaba logrando. Hubo un extenso silencio.

—¿Me estás hablando en serio, Alan?

Alan lo miró fijamente y asintió.

—Sí, de verdad.

—Pero, ¿cómo lo piensas hacer?

—A decir verdad, me gustaría que sea un hijo real, que lleve tu sangre o la mía, pero... Pero claro, es un poco complicado, ¿no?

Alejo, cada vez, estaba más perturbado con lo que estaba escuchando. Algo estaba pasando que no estaba previsto.

—Alan, aún somos jóvenes, primero debemos asentarnos, organizar otras cosas para luego sí, pensar en la posibilidad de un hijo.

Alan lo volvió a mirar.

—Sí, quizás sí. Pero yo quiero educar a un hijo y tengo la necesidad de que eso sea antes que después, por eso te lo estoy planteando.

Todo el amor que no tuve... Las carencias que fueron partes de mi vida. Toda la soledad que pasé... Quiero que nada de eso le pase a nuestro hijo.

—No sé qué decirte, comentó Alejo. Es una decisión muy importante que no se debe tomar a la ligera. ¿Me entiendes lo que te quiero decir, Alan?

El rioplatense asintió y volvió a sumirse en sí mismo. Alejo lo miraba de vez en cuando mientras su caos iba en aumento.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir. Cada uno estaba en su cama y era como si compartieran el mismo lecho.

No dejaban de dar vueltas en sus respectivos lechos y la conversación que habían mantenido hacía pocas horas aún estaba presente en cada uno.

El uruguayo verdaderamente deseaba tener un hijo aunque Alejo no pensaba lo mismo. Alan tenía miedo porque él quería llevar a cabo algún plan y no estaba seguro de que su novio lo fuese a apoyar.

Amaba a Alejo y eso no impediría para que él llevara a término su mayor sueño: ser padre biológico y formar su propia familia.

Nunca pensó estar en una situación así, pero no sólo ya estaba, sino que pensaba en la posibilidad de llevarla a cabo.

Estaba entre la espada y la pared y eso no le gustaba. Sin embargo, era algo que no podía ni quería controlar. La realidad lo estaba superando.

Nada de eso estaba previsto y ahora estaba seguro de lo que se había propuesto. Y la necesidad de ser padre crecía a una velocidad escalofriante.

Al amanecer estaba ojeroso, con los ojos hinchados y eso era tan evidente que no pasó desapercibido en ningún instante.

La dueña del apartamento no hizo comentarios al respecto y Alan no estaba dispuesto a que nadie le dijese nada.

Para sorpresa de la española, encaró una conversación en la cocina mientras calentaba una taza de leche con cocoa en el microondas.

—Me gustaría tener un hijo, Haydee, rompió el silencio el joven.

Ella lo miró. No podía creer que le estuviera diciendo eso.

—¿De verdad, Alan? Pero eso lo tienes fácil.

Alan la miró e hizo una mueca.

—No lo crea. Soy gay y quiero ser padre.

Ella no daba crédito de lo que estaba oyendo. El silencio se extendió más de la cuenta. El microondas empezó a pitar y Alan sacó su taza.

—¿Qué le parece si tengo un hijo, Haydee?

Alan, mientras empezó a tomar su desayuno, esperaba la respuesta.

—Creo que es una decisión muy importante la de tener un hijo. Un hijo no es cualquier cosa. No se trata de un capricho ni algo temporal.

Un hijo es para toda la vida y hay que estar muy seguro antes de decidir algo tan importante como eso. Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé. Y no le tengo miedo a esa responsabilidad. Pero quiero que mi hijo sea mío. O sea que lleve mi propia sangre. No me interesa adoptar y sé que la tengo complicada...

—No sé qué decirte, Alan. Si tú eres homosexual y quieres tener un hijo, creo que lo puedes hacer de dos maneras, pero claro, todo tiene un precio.

Él seguía bebiendo su desayuno.

—Quiero saber qué es lo que se siente, realmente, con el hecho de ser padre.

Nuevamente el silencio se instaló en la cocina un tiempo que pareció interminable.

—Bueno, si me perdonas, Alan, debo hacer algunas cosas... ¡Qué tengas un buen día!

Y sin más preámbulo lo dejó solo en la cocina. Alan clavó la vista en la

puerta que se acababa de cerrar y acabó el alimento en su dormitorio. Cada vez estaba más convencido de que quería ser padre. Sólo deseaba que su deseo no afectase la relación que tenía con Alejo. El novio del rioplatense despertó antes de que sonara la alarma del celular. Si durmió una hora en total a lo largo de la noche fue mucho. Y ahora no dejaba de mirar hacia algún punto de la pared. Se preguntaba si lo que le había dicho su enamorado era verdad o no. El español había visto a Alan muy convencido. No estaba previsto de que algo de eso fuese a pasar, y mucho menos, a esa edad, por lo que debía de hablarlo con alguien.

3 – Andrés

Andrés empezó el dos mil cinco junto a Mateo y también, con éste, cada vez, permaneció más tiempo, aunque ninguno lo había previsto. Resultó que Mateo es italiano y, a pesar de que ha tenido golpes en sus relaciones de pareja, nunca se ha dado por vencido. El montevideano le gustaba mucho, quizás demasiado, pero esta vez prefirió controlar más sus sentimientos y ponerse una especie de freno. Andrés, muchas veces, quedaba perdido en sus reflexiones y Mateo se preguntaba si la causa era algún amor que dejó olvidado en su Uruguay natal. El uruguayo se presentaba cargado de intrigas, de desafíos, y le daba buen augurio. No sabía lo que iba a pasar y tampoco estaba cerrado herméticamente. En el mundo del amor, nunca se sabía nada con certeza. A decir verdad, ninguno de los dos sabía si eran amigos o todo lo que sucedía era el principio de una relación. Se veían dos o tres veces por semana, procuraban siempre estar juntos, se llamaban a diario, se escribían mensajes continuamente. Ante nadie se escondían y nunca se habían besado ni habían pasado a mayores. El italiano estaba bastante confuso. Los amigos de Mateo daban por hecho de que el uruguayo estaba enamorado de Mateo y nadie sabía por qué ninguno de los dos daba un paso más en esa relación que era tan evidente para todos. El seis de enero, un día oscuro, en el cumpleaños de Mateo, el italiano hizo una acogedora e íntima reunión en su vivienda.

Ese día estuvo helado y Andrés pidió para salir antes de su trabajo. Entonces, fue a su domicilio, se duchó, se cambió de ropa y fue al apartamento de la zona de Pacífico, el de la calle Granada y Vigo.

Mientras iba sentado en el vagón del metro, su cabeza no dejaba de dar vueltas acerca de lo que había vivido desde que llegó a Madrid.

Ahí se dio cuenta que, desde que apareció Mateo, no había vuelto a pensar en Sebastián. Su ex no era más que un recuerdo del pasado, lejano y olvidado.

Y también se dio cuenta que con Mateo no había pasado nada. El desbarajuste se estaba apoderando de su vida a una velocidad escalofriante.

Sabía que Mateo era lindo; sus amigos eran feos comparados con él; que trabajaba en un bar gay y no le faltaban oportunidades de conocer gente y... que quisieran estar con él.

Ante este escenario, Andrés entró en pánico. Algo debía hacer a la menor brevedad posible porque no quería perder a Mateo.

Tenía que pensar cuanto antes qué hacer porque, si seguía así, pasivamente, lo iba a perder, y no quería que eso sucediese.

Bajó en Pacífico y rápidamente se dirigió a la calle Vigo. Cuando tocó el telefonillo de abajo, lo atendió la hermana.

Al llegar a la segunda planta, la puerta ya estaba abierta. Ahí descubrió que sólo habían dos amigos de Mateo, su familia y él. Nadie más.

Su mente se aceleró a un ritmo impresionante y no supo qué hacer. Eran muchas cosas las que estaban pasando en breves instantes.

Si el mismo Andrés era el que desentonaba entre los presentes, ya que era el último que se había sumado a la vida del italiano.

Además, no estaban amigos que Andrés pensó que estarían, entonces, todas eran señales. Para Mateo, Andrés era importante y esa fue una prueba de fuego.

El uruguayo se sentó frente al tano^[28], luego de entregarle un presente que le había comprado la noche anterior.

Mateo le dio un prolongado abrazo cuando éste le entregó el regalo ante los curiosos ojos que no se perdían ningún detalle.

Mientras, desde el *home cinema* no dejaba de cantar Marco Massini. La hermana le sirvió un vaso de cerveza y, sobre la mesa, había variedades de comidas.

La conversación del principio fue superficial y obligada. Hablaron del frío, del trabajo y si Andrés se estaba acostumbrando a la nueva vida de España. Y de repente quedó desconcertado por la pregunta Donatella:

—Andy, dinos, ¿eres el novio de mi hermano?

Al hacer la pregunta el silencio fue ensordecedor. Andrés quedó desubicado por todos lados y sintió el rubor de sus mejillas.

Todos estaban pendientes de su respuesta y, en ese instante, miró a Mateo, que también estaba atento. El montevideano nunca se sintió tan fuera de lugar como esa vez.

—Disculpen pero... necesito ir al baño, dijo.

A continuación desapareció del *living*. Sentía todos los ojos sobre su ser y las piernas no le respondían como deberían, estaba temblando.

Una vez que llegó al baño se miró en el espejo y descubrió su mirada penetrante. Se lavó el rostro con agua fría y continuó mirándose en el espejo. No sabía qué hacer. Sabía que algo debía de hacer, pero no tenía la menor idea qué era y los minutos seguían pasando.

El tiempo pareció detenerse y a él no se le ocurría hacer nada para salir del apuro que lo habían puesto. Pero algo tenía que hacer.

Mientras, en el *living*, lo único que se escuchaba era la música de Massini y Mateo no dejaba de mirar hacia el pasillo, por el cual debía regresar Andrés.

Donatella rotaba la vista entre su hermano y ese espacio del pasillo. Los amigos miraban hacia abajo y la madre se había sumido en un imprevisto diálogo interior.

Mateo no aguantó más y emprendió camino. Quedó un minuto parado y reflexivo, indeciso en qué hacer. Al fin fue al baño.

Andrés no había puesto seguro en la puerta y, cuando escuchó que alguien abría, no quiso mirar, pues sabía quién era. Era la respuesta que requería.

El montevideano no dejaba de mirarse en el espejo como si estuviese hipnotizado y Mateo empezó a observarlo a través del mismo.

A los pocos segundos le buscó la vista al tano y, en vez de encontrar esos ojos azules que tanto gustaban, halló su boca y fue cuando se besaron por primera vez.

Andrés sintió una electricidad especial en su cuerpo y a Mateo le pasó igual. Ni ellos mismos hubiesen creído que se deseaban tanto.

De igual manera querían que la primera vez que estuvieran juntos, no fuera en ese momento. Ya habría tiempo para hacerlo relajadamente.

Regresaron al *living*, esta vez de la mano y con una sonrisa radiante, y las miradas se dirigieron a los detalles precisamente.

No fueron necesarias las palabras ni ninguna aclaración. Ya estaba todo dicho. Bebieron y conversaron hasta las dos de la mañana.

La mayoría de los presentes debía madrugar y les esperaba un largo día de trabajo, y no quisieron seguir extendiendo la velada.

Mateo, al acostarse, no dejaba de ver el rostro de Andrés. El americano era extraño y le gustaba, le había atraído desde la primera vez que lo vio en el bar en el que trabajaba.

A Andrés le pasó igual, no dejaba de vislumbrar sus ojos claros ni su amplia sonrisa. A él, en ese momento, sí le hubiese gustado estar con Mateo en la cama.

Y como no se podía dormir, se abrazó muy fuerte a la almohada mientras imaginaba que era el cuerpo del italiano.

—Andrés sabía que Mateo era fácil de enamorar pero, ¿quién podría resistirse a los encantos que tenía el italiano?

Era muy consciente de que estaba solo en Europa y no pudo pisar mejor el suelo europeo, ya que, antes de los amigos, lo que encontró fue un novio.

Eran como las cuatro y media de la mañana y no podía llamar por teléfono a su familia, pues el crédito que tenía en el celular no le era suficiente.

Se sentía tan feliz que quería compartir ese momento con alguien. Luego de dar innumerables vueltas en la cama, se durmió.

Andrés no debía madrugar, pues entraba a trabajar a las cinco de la tarde. Cuando despertó al mediodía estaba tan feliz que parecía que flotaba en el aire.

Mientras observaba el celular, pues iba escribir un mensaje, éste encendió la luz y la sonrisa se le amplificó como si alguien hubiese activado un interruptor.

4 – Agustín

Agustín estaba muy ambiguo. A decir verdad, ni él sabía por qué, pero no lo sabía controlar y eso lo estaba dominando.

Era conecedor de que debía cambiar algo, aún no asumía el hecho de que se había mudado y que esto no era ni la sombra a la rutina que estaba acostumbrado.

Ahora sólo se dedicaba a trabajar. De vez en cuando llamaba a su familia donde les decía lo que querían escuchar, a pesar de que su realidad era distinta.

No tenía amigos, amantes, ni nada que se le pareciese. No salía de ocio ni a

ninguna parte y ni él sabía por qué. Ahora era prisionero de su aislamiento. Las semanas seguían pasando y no tardó en hacerse presente la primavera y él, desde que había llegado a España, no había intimidado con nadie, y ahora sí le apetecía hacerlo.

El salteño sabía que la vida gay madrileña era una de las más completas de España: había saunas, lugares de *crussing*, discos, *pub*, piscinas...

Era un mundo a descubrir y, sobre todo, a explorar. Y quiso hacer algo distinto a lo que había hecho a lo largo de su vida y fue a la piscina del barrio el Pilar.

Allí, en la parte nudista, echó una mirada general y no había nadie que valiese la pena. De todas maneras, se quitó la ropa y se tendió sobre su toalla.

Los minutos empezaron a pasar hasta que quedó dormido. Soñó cosas que lo dejaron confuso y se sentía vulnerable.

Cuando despertó, se dio una ducha de agua fría y descubrió que ahora había más gente, o sea hombres, que antes no estaban.

No estaba habituado a caminar desnudo delante de la gente en un espacio público y tenía una extraña sensación cuando lo hacía.

A pesar de que no quería, cuando estaba regresando a su toalla y al ver a tantos chicos lindos, sus genitales no tardaron en reaccionar.

Al principio estaba acostado boca arriba, pero ahora optó por quedarse sentado, con las rodillas altas, de esa manera disimulaba su erección.

Ese detalle no pasó desapercibido para algunos de los nuevos usuarios que estaban en ese espacio de ocio y lo empezaron a mirar.

Era sólo el principio de un acoso deliberado. Agustín empezó a sentirse incómodo y optó por acostarse boca abajo, por más que le quedara incómodo, pues la erección ponía resistencia.

De todas formas quería estar con alguien y no pensó que se fuese a sentir así solamente porque su cuerpo hubiese reaccionado.

Cuando estaba vestido manejaba las situaciones de otras maneras y siempre le gustó jugar con la seducción y con el deseo.

Pero en ese lugar estaba desnudo y se sentía frágil. Trató de tranquilizarse hasta que empezó a respirar hondo y así fueron pasando los minutos.

Al fin cedió la erección y, sin dejar de estar boca abajo, miró con atención, aunque trataba de ser discreto, al posible candidato con el que le gustaría estar.

Uno de ellos, un treintañero de ojos negros, le llamó la atención, y ese chico se dio cuenta de que estaba siendo observado por Agustín, y sonrió.

Al atardecer, Agustín se dio una ducha y se vistió. En ese momento descubrió que el chico que le había gustado se había ido.

Se dijo para sí mismo que si no era con él, no sería con nadie ese día. O sea, juntó sus cosas y emprendió el retorno.

A la salida, frente a los vestuarios masculinos, vio al chico de ojos negros que le sonrió. Agustín trató de disimular su sorpresa. El chico se puso de pie y se le acercó.

—¿Puedo ir contigo?

Cuando escuchó la pregunta, Agustín lo miró y el chico le correspondió. Luego emprendieron la retirada como si se conocieran.

Primero caminaron lento, indiferentes a todo, sin pronunciar palabras hasta que estuvieron en la avenida Monforte de Lemos.

—Mi nombre es Mauricio. ¿Cuál es el tuyo?

—Agus. Yo soy Agustín.

—Ah, eres argentino...

—¡No!

Ante la negativa rotunda, Mauricio se detuvo. Después de unos segundos de silencio, los cuales se hicieron tensos e interminables, Agustín lo volvió a mirar.

—Lo siento. Perdoná. Es que todo el mundo me confunde por argentino y no sé si hay cosa que me moleste más que eso... Soy uruguayo, salteño.

—¡Ah!, lo siento. Es que, como hablan casi iguales, aún no los diferencio.

Continuaron caminando donde la noche, poco a poco, se avecinaba.

—Y, ¿estás de vacaciones en Madrid, Agustín?

—No, la verdad es que no. Vine, pero con la intención de quedarme.

—¡Ah!, y, ¿hace mucho que has venido?

—No, hace casi un año.

Siguieron circulando en silencio, cada uno enfrascado en sí mismo. Eran dos desconocidos y hasta un ciego se daría cuenta.

—¿Te gustaría ir a mi piso?

Agustín le buscó la vista.

—¿Dónde vivís?

—Aquí cerca, en la avenida de la Ilustración.

Agustín asintió y Mauricio le respondió de igual manera. Llegaron al apartamento y Mauricio le alcanzó una lata de cerveza y se quedó con otra él.

Se sentaron en el sofá y el silencio se hacía agudo.

El salteño bebió un buen trago y empezó a tocarle la pierna aunque evitó mirarle a los ojos y trataba de contener hasta la respiración.

Mauricio no tardó en buscarle la boca y comenzar a besarlo. Hacía tiempo que Agustín no besaba que los labios del español, con sabor a cerveza, se le hicieron exquisitos.

No se supo cuál de los dos tenía más deseos de estar con el otro, porque, lo que pasó a continuación, era un desenfreno de pasión y deseo que sorprendió, incluso, a ellos.

Luego se dieron una ducha y Agustín no podía creer en todo lo que había pasado hacía breves minutos. Mauricio, por muchas cosas, le gustaba.

Andrés no quería precipitarse en nada por lo que no hizo ningún comentario. Después se sentaron en el sofá, ya vestidos, y con más cervezas de por medio.

—Eres extraño.

Agustín no dudó en buscarle la vista y enarcó las cejas.

—Sí, eres extraño. No sé. Tienes esa mezcla de misterio, de intriga, donde uno nunca sabe lo que estás pensando... No sé... Me gustaría conocerte un poco más.

Agustín tomó un buen trago de cerveza.

—No estoy pasando un buen momento por eso prefiero no contarte casi de mi vida...

Mauricio también bebió cerveza.

—Me gustas, tío. Al menos, me gustaría verte otra vez. Como te das cuenta, vivo solo, o sea que tengo lugar.

Agustín asintió muy ligeramente y luego se acercó a Mauricio, donde su pierna tocaba la de su amante. El uruguayo lo comenzó a besar y se dejó llevar por el momento.

Sólo quería disfrutar, desahogarse como hacía tiempo no se lo permitía, sin detenerse a pensar en las reales consecuencias de sus acciones.

Agustín, esa noche, no podía conciliar el sueño. Las horas que había pasado con Mauricio parecía que se habían detenido.

Aún le parecía sentir su respiración en la nuca, su aliento en el cuello, sus caricias en las caderas, la mirada penetrante, y ese deseo en su esencia que lo doblegaba.

A él le pareció que, el estar tanto tiempo en abstinencia sexual, le estaba pasando factura. Se abrazó a la almohada y revivió cada instante junto al español.

Ni él podía creer lo que le estaba pasando, pero el tipo que había conocido en la piscina, ahora ocupaba cada espacio de su cuerpo y eso no le hacía gracia.

5 – Rafael

Rafael, casi sin querer, había empezado a ver a Esteban más seguido de lo que hubiese querido. Él no se quería enamorar y por eso tenía su particular concepto de la fidelidad.

No le decía al argentino, Esteban, lo que realmente hacía cuando no estaban juntos, pues consideraba que no era necesario hacerlo y no quería dañarlo.

Rafael seguía con su vida como si no hubiese nadie en su existencia. Esteban, de forma verbal y no verbal, siempre le hacía saber lo importante que era Rafael para él.

El uruguayo ya había sufrido por amor y por eso ahora tomaba esa actitud. Al argentino le había pasado algo parecido aunque seguía creyendo en el amor.

Él quería una relación gay estable, con los conceptos de una pareja tradicional heterosexual, lo que era prácticamente inviable.

Se veían en el apartamento de Esteban y, cada vez que el salteño pasaba la puerta, el tiempo parecía detenerse para los dos, sobre todo para el argentino.

Rafael no quería ver lo evidente y él, con la actitud que continuaba teniendo de espaldas al argentino, en realidad se estaba dañando a sí mismo, no a Esteban.

De todas maneras, no había forma que viese ni que reconociese lo que caía por su propio peso, que cada vez estaba más apegado al argentino.

El entrerriano no sólo le gustaba, sino que se había enamorado, y por él haría lo que fuese con tal de no perderlo, pero las palabras que lo reconocerían no querían pronunciarlas su voz.

Se complementaban bien en la cama, hablaban un mismo lenguaje corporal y verbal, y Rafael conocía los *dejes* argentinos, y siempre los ponía en práctica con él.

Una noche, luego mantener relaciones, Rafael estaba fumando un cigarrillo, ensimismado en sus reflexiones, y Esteban no era indiferente a ello.

El argentino le sirvió la bebida tal cual le gustaba y, cuando dejó el vaso sobre la mesita de luz^[29], Rafael murmuró:

—Lo siento...

Esteban lo miró y optó por no decir nada.

—Lo siento, reiteró.

Esteban no entendía nada y bebió un trago de su ron con naranja, y quedó observándolo. Rafael acabó el cigarrillo, agarró su copa de vodka con limón e ingirió medio vaso de un trago y luego le buscó la mirada.

—Te amo, Esteban.

El hombre quedó petrificado, pues nunca pensó que Rafael pronunciaría esas palabras. Y el entrerriano sabía que el uruguayo era sincero, él nunca hablaba en vano y las cosas que decía era porque las sentía.

Rafael, sin duda, estaba desbordado por la situación y necesitó desahogarse. Esteban lo miraba en silencio, le daba miedo interrumpir la magia y no sabía qué pasaría a continuación.

Luego de varios segundos, los cuales parecieron eternos, Rafael suspiró prolongadamente y se cubrió el rostro con las manos.

—Lo siento. Soy un pelotudo^[30]. Yo...

Y no se animó o no quiso decir más. Esteban sólo lo miraba con la copa entre las manos. Ambos estaban desnudos de cuerpo y ahora Rafael también desvestía su corazón.

—No sé lo que va a pasar... No... La verdad es que no... Yo ya me enamoré una vez, de un argentino para serte más exacto y la pasé mal. Muy mal.

¡No te hacés idea de cómo la pasé! Sufrí mucho por ese hijo de puta. ¡Lloré! ¡Lloré noches enteras! Pensé que nunca saldría de ese pozo y...

Y después de él, me dije a mí mismo que no volvería a enamorarme de nadie más. Que todos los hombres son iguales y nadie vale la pena.

Y ahora, aparecés vos en mi vida y, para colmo de males, en una ciudad tan grande como Madrid. Se supone que debería de estar saliendo con algún gallego, ¿no?

Pero, de verdad te lo digo, no puedo controlar lo que siento. No sé qué hacer. Tengo miedo de seguir y de dar un paso más.

El salteño acabó su bebida y quedó enfrascado en sí mismo. Esteban sólo lo observaba. Acababa de escuchar las palabras que tanto deseó y ahora se sentía cautivo en esa atmósfera que se había creado.

La mirada de Rafael se había vuelto brillante, como nunca antes la había visto. El argentino también acabó su bebida y sirvió más.

Y mientras traía las copas, miraba a Rafael reclinado en la cama, desnudo,

indiferente a todo. Le gustaba todo de él, era inevitable.

Esteban era casi veinte años mayor que Rafael y el uruguayo tenía una madurez mental y una experiencia como pocas veces había conocido en personas de su edad.

Una de las cosas que Esteban quería evitar, era salir con un argentino, y el hecho de salir con un uruguayo, le daba otra posibilidad.

Realmente Rafael no era argentino, aunque tenía todas las cualidades para ser un compatriota suyo a pesar de que conservaba y defendía su esencia.

—Rafa...

Rafael fue indiferente.

—Rafa...

Él continuó estando distante.

—Rafa...

Esta vez el uruguayo lo miró mientras agarraba su copa y la acercaba a los labios.

—Rafa, hace tiempo que nos vemos y los dos hemos pasado por cosas duras en la vida y... Y yo me siento bien con vos.

Yo... Yo... Bueno, como bien lo sabés, hace tiempo estoy enamorado de vos y eso no es ninguna novedad, ¿no? Dios, ¡qué difícil es hablar a veces!

Resopló con fuerza y agregó:

—Y si sigo con vos, a pesar de que habitualmente parece que estás en la luna, es porque creo que entre vos y yo podríamos llegar lejos. Yo también te amo, Rafa.

El silencio se volvió a instalar entre ellos. Muchas cosas estaban pasando y nada de lo que estaba sucediendo esa madrugada estaba planificado.

Luego de minutos de mutismo, en los que cada uno se dedicó a tener la vista perdida y a beber algún trago, Rafael le dio un beso en los labios, se paró y empezó a mirarse el rostro en el espejo.

El desconcierto de Esteban iba en aumento. El argentino no aguantó más, se acercó al uruguayo y lo abrazó desde atrás.

Esteban vio, manifiestamente, como Rafael cerraba los ojos y se aferraba a su cuerpo. Algo más pasaba y Esteban no estaba preparado para tantos cambios juntos.

Pero no quiso pensar en nada y sólo se limitó a disfrutar de ese momento que quería solidificar en el tiempo y en la eternidad.

Durmieron juntos, como solían hacerlo cada vez que se veían, y esa noche para cada uno fue especial por tantas revelaciones juntas.

Esteban sabía, no sólo porque durmieron abrazados, sino porque ahora el argentino tenía la certeza de que no había invertido mal su tiempo.

El uruguayo era materialista, frío, calculador e interesado, y ahora también podría ser una pareja perfecta combinando las cosas.

Al amanecer el entrerriano despertó antes de que sonara la alarma y la desactivó. Durante varios minutos se dedicó a observar a Rafael.

Continuamente se preguntaba qué es lo que le gustaba tanto de ese pendejo^[31] que lo había cegado desde la primera vez que lo vio.

Le gustaba todo de él y Esteban se sentía feliz. Pensaba en todo lo que había pasado hacía pocas horas y se preguntaba si había sido un sueño o si realmente había sucedido.

Rafael despertó, sonrió y se aferró más a él. Esa actitud le sirvió para comprobar que nada había sido un sueño, la realidad siempre puede ser mejor.

El uruguayo siguió durmiendo, aunque Esteban debía levantarse, pues tenía que hacer algunas diligencias que no podría postergar.

1 – Ignacio

A Ignacio, cada vez, se le hacía más difícil ocultar su naturaleza homosexual y se le hacía muy arduo mantenerse impassible ante un hombre apuesto.

Más de una vez se abstraía delante de quien fuera y se imaginaba a sí mismo bajando las escaleras de la mansión del brazo de algún semejante.

Cuando sucedía eso, su familia quedaba fosilizada al verle los labios pintados, estar vestido de mujer y hacer movimientos femeninos.

Su esposa ya sabía lo que pasaba y no dijo ni insinuó nada. De hecho, últimamente, no mantenían ninguna actividad sexual.

Continuaban durmiendo juntos y él, como siempre, la abrazaba con fuerza para dormirse, pero ella hacía tiempo que no veía a su marido con una erección.

Macarena, luego del segundo embarazo, a los dos meses recuperó su figura y, como ahora daba de mamar, tenía más pechos y se la veía más atractiva, pero su marido sólo la miraba como a sus hermanas.

Era joven todavía y no se animaba a dar un paso en falso, sobre todo porque podría perder la tutela de sus hijos, y no se podía jugar con eso con una

familia que tiene toda la plata del mundo.

Nacho estaba muy pendiente, como con su hijo, ahora de su beba, Maite. Y ese detalle tampoco pasó descuidado para su madre.

Una vez más la mujer no quiso decir nada. Y en uno de los encuentros que tuvieron las mujeres en la cocina, la suegra sacó el tema y Macarena optó por ser prudente.

—¿Qué le pasa a Nacho?

Macarena la miró y no dijo nada.

—Hace días que lo observo y sé que está cambiando... ¿Pasa algo entre ustedes, Macarena?

El silencio se hizo tirante, agudo y atronador. La suegra estaba esperando una respuesta y la mujer no supo qué decir, ni qué hacer.

—Macarena, mirá que podés confiar en mí. Nosotras, a pesar de que no hemos congeniado... Bueno, a decir verdad, a pesar de que no he congeniado contigo, queremos a mi hijo... Y podés confiar en mí.

—Señora, em, yo creo que... Bueno, que... Creo que lo más conveniente, es que usted hable con Nacho. ¿Me entiende?

No quiero ser yo quien le diga algo porque... Bueno, hable con él y luego hablamos nosotras. No puedo decirle nada más...

La suegra no le apartaba la vista. Las palabras de Macarena no pasaron inadvertidas y su mente comenzó a sacar conclusiones, a hacer un intenso debate y no le gustaba lo que estaba pasando.

En ese momento apareció Nacho en la cocina y vio a su mujer y a su madre en ese silencio sepulcral e incómodo, y las miró.

Ninguna de las dos se atrevió a decirle nada y él quedó más desconcertado aún. Mil cosas pasaron por la mente del hombre y ninguna agradable.

—¿Pasa algo?, preguntó Ignacio mientras rotó la atención de una a la otra.

La respuesta, a pesar que la esperó, no se hizo oír.

—Y ahora... ¿qué les pasa a ustedes? ¿Será que nunca se van a llevar bien?

Volvió a desviar la vista entre una y otra y, esta vez, una a una lo fulminó con los ojos los cuales lo atravesaron como rayos láseres y sintió toda la presión en esos segundos que le mantuvieron las miradas.

Finalmente Nacho miró abajo porque se sentía intimidado y las mujeres lo observaban como si fuese un ser extraño.

Él suspiró extensamente, sacó una lata de cerveza de la heladera^[32], y se fue.

Una vez que volvieron a quedar solas, se buscaron la mirada.

—Perdone, debo irme, y Macarena también desapareció de la cocina.

Fue a su dormitorio y allí estaba Ignacio haciendo dormir a la beba. Ella no dijo nada y se encerró en el baño. Nacho sólo se limitó a mirarla.

Su mujer, en silencio, como solía hacerlo, empezó a llorar. No quería estar presente cuando se supiese la verdad.

Sabía que la tormenta no tardaría en llegar y no sabía lo que pasaría con sus hijos ni con ella misma. Solo debía esperar.

Una tarde de domingo la familia decidió ir a Montevideo: querían ir al parque Rodó con los niños, a pesar de que eran pequeños, la suegra insistió para llevárselos y lo logró.

Algo estaba tramando y no dijo nada a nadie. Incluso temía contárselo a sí misma, puesto que no sabía en qué desembocaría aquello.

Salieron a Montevideo a la mañana, habían pensado pasar todo el día en la capital y regresar a la noche. Nacho, como casi siempre, no quiso ir, a pesar de que les llevaban a sus hijos.

Ignacio sabía que la familia regresaría a la mansión luego de las nueve de la noche, pues eso era lo que le había confirmado y reconfirmado su madre.

O sea que tenía todo el día libre para él solo. Pero el hombre no sabía qué hacer realmente. Al estar sin sus hijos en la mansión se sentía inútil.

Extrañaba a sus hijos y no le gustaba separarse de ellos por tanto tiempo. De todas formas sabía que a los críos les haría bien cambiar de aires y conocer otras cosas.

Nacho empezó a observarse en el espejo mientras hacía muecas. De vez en cuando también sonreía y se despeinaba y peinaba con los dedos.

Comenzó por sacarse la remera y, como estaba frente a un espejo que ocupaba toda la pared, se exhibía a sí mismo como si fuese un modelo y le estuviesen sacando fotografías desde distintos ángulos.

No tardó en despojarse del *jeans* y tocarse de múltiples maneras el paquete, sin abandonar su actuación de ser modelo.

Pasaron varios minutos y también se despojó de su bóxer y, a pesar de que no tenía erección, continuó en ese juego que había comenzado y tanto le gustaba.

Ahora exhibía su cola^[33] como si estuviese esperando a otro hombre que lo penetrase. Se puso un dedo en el trasero y procuraba verse el rostro frente al espejo y como iban cambiando sus expresiones.

Después entraron dos dedos e ingresaba a un paraíso que no había pensado

hacerlo. Poco a poco iba perdiendo el control.

A continuación se puso de pie y fue al baño de su mujer. Revisó unos cajones y, cuando vio unas cajas, sonrió complacido.

A la hora estaba plenamente desnudo y depilado. Nacho se volvió a mirar frente al espejo y ahora, con la excepción de los pelos de la cabeza, no tenía ninguno por el resto del cuerpo.

Esos detalles no pasarían desapercibidos para su mujer, pero ahora nada de eso le importaba. Sólo se estaba dejando llevar por sus deseos.

Cuando se vio conforme con sí mismo, regresó al baño y se comenzó a maquillar. No era tan torpe y los resultados rápidos se hicieron notables.

Cuando estaba transformado su rostro, fue más allá y se vistió con ropa de su mujer. O sea que usó una minifalda, un top, unas medias^[34] hacían de pechos y se puso las sandalias que él mismo le regaló.

Volvió a mirarse en el espejo y resultó que ahora se había hecho toda una mujer, al menos eso era lo que indicaba su vestimenta, su actitud y sus deseos.

Un poco inseguro empezó a caminar frente al espejo, con mucho cuidado, pues los tacos eran verdaderamente altos.

El hombre trataba de hacerlo con naturalidad y elegancia, y le estaba resultando más complicado de lo que hubiese creído.

Él sabía que, con un poco de práctica lo lograría y caminaría como lo hacían su madre, su mujer o sus hermanas.

Eran como la una de la tarde y no se apartaba la mirada en ningún instante. Le parecía muy injusta la vida en todo sentido, pues él debió haber nacido mujer, y de eso no le cabía la menor duda.

—Si ese era su mayor deseo, ¿cómo pudo la naturaleza darle un cuerpo de hombre, cuando él lo que más deseaba era ser una verdadera mujer?

Si hubiese sido mujer como lo indicaba cada espacio de su interior, todo lo que sentía, lo que deseaba, lo que reprimía, no sería ningún motivo de conflicto como los que estaba enfrentando a cada instante.

En ese momento, con la mayor de las discreciones que podría adoptar, entró su madre a la mansión como si fuese un espectro.

Ella llevaba sus zapatos en la mano para hacer la menor cantidad de ruidos y, cuando se detuvo frente a su hijo, ahogó un suspiro porque quedó petrificada.

Nacho, al percatar otra presencia, miró para el costado y quedó conmocionado ante lo que vio. El presente se le empañó como si alguien

hubiese tapado la luz del sol.

Su expresión se transformó tan rápido como si le hubiesen desconectado de un interruptor. Se miraron a los ojos y el tiempo se detuvo a partir de ese segundo.

El silencio se hizo aturdidor y no podían apartarse la mirada mutuamente. A Ignacio no tardaron en aparecerle las lágrimas, las cuales le quemaban el rostro.

Poco a poco su maquillaje se empezó a destruir. Nacho, cansado y vencido por la realidad, miró hacia el suelo y se dejó caer.

Mientras, su madre trataba, sobre todas las cosas, de mantener sus emociones al margen aunque era un contexto que no estaba preparada para retar y su hijo la estaba obligando a vivir.

2 – Alan

Alan, contra la voluntad de Alejo, había seguido adelante con su plan. Al uruguayo ahora nada más le importaba que tener un hijo que llevase su propia sangre.

El español le dijo en reiteradas oportunidades que era una locura, que era muy joven, que se podría arrepentir en el futuro y que, una vez que lo tuviese, no habría marcha atrás.

El rioplatense, a pesar de que trató con todas sus fuerzas de mostrarle a su pareja la infancia y adolescencia que había tenido, no lo pudo advertir y ahora la relación parecía pender de un hilo.

Ambos se querían y de eso no cabía ninguna duda, y fue por eso que, a pesar de todo, continuaban juntos. Sin embargo, ahora iban por rumbos distintos.

Las cosas se estaban dando así y no era lo proyectado por ninguno de los dos. Y el presente no auguraba que se tendría un buen futuro.

El latinoamericano hizo lo que hubiese hecho todo ser humano en ese contexto, o sea contárselo a sus allegados, en este caso a sus amigas.

Una de las amigas, lesbiana con pareja, se dedicó a escucharlo con más atención y Alan no percibió el gran interés que despertó en la joven.

Primero se lo dijo a Pamela y ella le confesó que también se moría de ganas de ser madre y que a su pareja, Valeria, le pasaba lo mismo.

El rioplatense pasaba imaginándose cómo sería cuando fuese padre: cómo sería un niño creado por él, cómo caminaría, el timbre de su voz, si tendría

esa mirada que tanto lo había distinguido.

Alan no tenía referencias paternas y no dejaba de preguntarse cómo sería él mismo como padre; era consciente de que sería muy duro y una de las cosas más gratificantes de la vida.

Era joven y había vivido más que varias personas que presumían ser experimentadas. La soledad y el hecho de contar solo consigo mismo ante cualquier peripecia le dieron otro margen de decisión.

Alan tuvo que madurar a golpes y a pesar de todo lo vivido, quería descargar un poco de amor no solo en una pareja, ya que no se arrepentía de tener a Alejo.

Sin embargo, si le daban para elegir en ese instante entre una pareja y un hijo, hubiese elegido a un descendiente suyo.

Siempre que se veía con su pareja el tema salía. Alejo, a medida que fue pasando el tiempo, fue asumiendo que no era un capricho pasajero.

Y solamente con oírlo le cambiaba el tono de voz, era más evidente que más que anhelaba, Alan precisaba ser padre.

Poco a poco el español fue aceptando la idea, aunque luego de varios meses que lo hablaban en reiteradísimas veces, mostraba cierta ambigüedad.

Alejo no se veía realmente con un hijo y no quería arriesgarse, sobre todo porque el arrepentimiento, cuando llega, es tarde.

El español era el otro extremo a su pareja, puesto que tenía familia, a pesar de que hacía años había perdido a su padre, su madre y su hermano seguían viviendo con él, y eso Alan nunca lo pudo tener.

La madre de Alejo y el hermano trataban a Alan como si fuese uno más de la familia y eso le gustaba y le entristecía, pues continuamente recordaba sus carencias, todo lo que nunca había tenido.

El uruguayo, en muchas cosas, era más racional que Alejo, sobre todo a la hora de gastos superfluos y de caprichos prescindibles.

Cuando salían, aunque no quería, recordaba por lo que había pasado y no tenía ningún problema en regatear algún precio.

Algunas veces lograba descuentos importantes y Alejo, al principio, se molestaba, luego, cada vez que salían y Alan se ponía en ese plan, se divertía.

Una noche de viernes recibió un mensaje de Pamela diciéndole que quería verlo, que quería contarle algo importante y no podía hacerlo por celular.

El rioplatense quedó súper interesado. Si ella le había escrito algo estaba pasando y, como no aguantó más la ansiedad que le provocaba, la llamó.

Más ansioso se puso cuando ella no contestó. Algo estaba pasando y empezó

a hacer distintas conjeturas y ninguna lo calmaba.

El mensaje lo recibió a las doce de la noche y eran como las tres de la mañana y no se podía dormir. No dejaba de dar vueltas en la cama.

Despertó antes que sonara la alarma y los nervios de hablar con Pamela no cesaban. Faltaba poco para saber el motivo que lo tenía tan ansioso.

Se encontró con ella en un bar a la una de la tarde y, a pesar de que se llevaban muy bien, Pamela se presentó junto a su pareja, Valeria.

Ante el estupor, quedó más dislocado aún. Alan necesitaba tranquilizarse y pidió vodka con limón y las chicas cervezas.

—Ya no aguanto más la ansiedad. Decime, por favor, lo que querés decirme porque si no, voy a explotar, dijo de repente.

Ella le buscó la mirada y él le correspondió. Valeria estaba observando a cada uno, rotando la vista de uno a la otra.

—Valeria y yo hemos hablado mucho desde que nos dijiste que querías ser padre...

Al escuchar la palabra padre quedó más borroso que antes. Su mente volaba a la velocidad de la luz. No podía creerlo: ¿qué estaba pasando?

—Y nosotras queremos ser madres.

Hubo un instante de silencio y ellas aprovecharon para beberse un poco de cerveza y él su bebida.

—Y nosotras queremos ofrecerte un plan.

Alan parecía que iba a estallar. Dios, ¡cómo tardaban en salir las palabras que tanto deseaba oír!, a pesar de que el relato estaba siendo fluido.

—Alan, yo estoy dispuesta a ser la madre de tu hijo, pero...

Esas palabras tronaron en su cabeza como si fuese una pelotita de ping pong. Él, cuando escuchó la última frase que dijo Pamela, pareció que la voz de un niño dijera:

—*Papá... Papá... Papá...*

¡Ah!, también había un pero, ¿y por qué estaba tardando tanto en hablar si el relato seguía siendo normal?

No entendía nada. Eran sus pensamientos los que se estaban adelantando a las conclusiones, tan temidas en algunos casos.

—Pero a cambio de una cosa.

Hubo un momento de silencio el cual pareció eterno. Se había producido una quietud que no estaba prevista, planificada, ni nada, y era lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué?, logró musitar luego de un tiempo que le pareció que se

hubiese detenido.

—Nosotras queremos ser madres, Alan. Y nosotras... Yo estoy dispuesta a ser la madre de tu hijo y Valeria tiene que ser la madre del nuestro.

¡Dios, eso sí que no se lo hubiese esperado! Otra vez el tiempo pareció detenerse en el que los tres aprovecharon para acabarse las bebidas.

Pamela no dudó en pedir más. Mientras, el hombre estaba sumido en un diálogo interior y abrumador que lo estaba machacando.

—O sea que vos, Pame, tendrías el hijo que yo tanto necesito para que lo criemos Alejo y yo y, a cambio, Valeria tendría un hijo para ustedes. ¿Es así?

Ambas asintieron y ninguna de las dos le apartaba la vista. Él no supo qué hacer y bebió casi medio vaso de su copa.

Y otra vez se sumió en sus reflexiones. La realidad lo estaba superando. Esto sí que no lo hubiese conjeturado.

Sabía que algo trascendental iba a pasar, lo que nunca imaginó era algo así. Ahora, si aceptaba el plan, en vez de tener un hijo... ¡tendría dos!

—No sé qué decir, posteriormente murmuró.

—No es necesario que respondas ahora, dijo Valeria.

Las miradas se cruzaron entre los tres y la anarquía ya estaba instalada entre ellos y prometía quedarse por mucho tiempo.

3 – Andrés

Andrés, desde que salía oficialmente con Mateo, se sentía feliz. Nunca se había sentido de esa manera y le encantaba.

Él creía que de su ex novio, Sebastián, se había enamorado, y ahora, con lo que comenzaba a sentir por el italiano, no había ni punto de comparación entre uno y otro.

Todo se estaba haciendo tan vivo que, cuando se lo contaba a su familia por teléfono, parecía imaginarse las expresiones que ponía su gente al escuchar sus palabras.

El montevideano no tenía ningún inconveniente en demostrarle su amor en público y a Mateo eso lo tenía radiante.

El italiano, con su anterior pareja, sólo mantenía una relación de amantes la cual se desarrollaba únicamente entre cuatro paredes.

Ahora, con la naturalidad que estaba conociendo junto al rioplatense, estaba impresionado, cada vez creía más que estaban hechos el uno para el otro.

Dejaban cuatro días a la semana para no verse, decían que al ser así, cuando se veían, todo se haría más grande.

Y cuando se veían sí o sí dormían juntos, aunque no pasase nada más que un abrazo, compartían la misma cama.

A Andrés le gustaba sorprenderlo con cosas típicas de su país. Fue así que le hizo conocer el postre chajá, los chivitos, las tortas fritas...

Pero era difícil competir con el tano, pues no dejaba de hacer cosas y presentarle platos de Sopramonte, en Trento, su tierra natal.

Eran muchas cosas las que estaban pasando y el tiempo que estaba junto a Mateo se le iba tan veloz que no podía creer que eso le estuviese sucediendo.

Al final la necesidad de estar juntos fue tan grande y se veían a diario, y esos encuentros eran apasionados y reconfortantes, cada uno volvía a renacer en los brazos del otro.

Andrés, desde que llegó a España, había empezado a ahorrar la mayor cantidad de plata posible, aunque no tenía una meta para ese capital.

Instintivamente sabía que en algún momento la iba a usar, lo que no sabía era cuándo. Él quería estar preparado para las peripecias que a veces se dan.

Sin embargo, poco a poco, y prácticamente sin planificar nada, fueron conociendo distintas partes de España. Fue agradable conocer otras tierras juntos.

A varios de los lugares establecieron fechas reales para regresar, eran sitios encantadores que querían revivir esas sensaciones, una y otra vez.

Andrés no tardó en darse cuenta de que quería conocer con Mateo más y había cosas que no podía hacer por el tema de la documentación.

Su visado había caducado y, si salía del país luego no podría entrar y eso le molestaba. O sea que reprimió todo lo que le provocó esa situación.

El rioplatense le daba vueltas al asunto tratando de localizar una solución. La misma no quería aparecer y él, a pesar de que trataba de ocultarlo, cada vez, estaba más agobiado.

Una madrugada de sábado, luego de mantener relaciones sexuales en el apartamento del italiano, empezaron a tomar copas de vodka con limón.

Mateo sacó el tema y Andrés, cada vez que eso ocurría, lo trataba de evitar, ya que se desalentaba en exceso y le costaba reconducir las cosas.

—Andy, nosotros deberíamos vivir juntos. Es inútil que sigas pagando una habitación en ese piso si sólo vas a dormir ahí dos o tres veces a la

semana.

Andrés se limitó a beberse un poco de su bebida. El tano le buscó la vista y vio que su pareja estaba distante, pocas veces se dispersó tanto como esa vez.

—¿Qué pasa, Andy?

Luego de un momento de silencio, el cual se hizo eterno para Mateo, Andrés lo miró.

—Perdoná, ahora me estaba dando cuenta de que ya hace dos años que no veo a mi familia y... Y me doy cuenta de que vos me estás ayudando mucho a llevar esto...

Mateo le agarró cuidadosamente el rostro con sus manos mientras le buscó la vista y se fundieron mutuamente en sus almas.

—Andy, ¿te quieres casar conmigo?

Andrés, que no podía creer lo que acababa de oír, quedó desconcertado, sin saber qué hacer, prácticamente fuera de juego.

—¿Qué?, logró murmurar.

—Andy, de verdad te lo digo, ¿te quieres casar conmigo?

—Yo te amo, Mateo, y de eso no me cabe ninguna duda.

—Entonces, ¿es un sí?

El montevideano cerró los ojos y le buscó la boca. Se besaron de forma tierna, tranquila, como si fuera la primera vez que lo hicieran.

—Aún no he escuchado tu respuesta.

Andrés suspiró, buscó su copa, la acercó a sus labios y, antes de beber, halló su mirada.

—Sí, dijo Andrés, y acabó su bebida.

El italiano le quitó la copa y lo volvió a besar.

—Sólo quería que me digas que sí porque quiero darte una sorpresa.

Andrés, nuevamente, quedó confuso. ¿Qué estaba pasando? Le buscó la vista a su pareja y vio un brillo especial en la misma que le inspiró tranquilidad y confianza.

Cada vez entendía menos lo que estaba sucediendo. Algo estaba ocurriendo y Andrés no sabía qué podría ser.

Por más que el latinoamericano insistió, no logró sacarle ni media palabra a su pareja y éste andaba con una constante sonrisa.

Para la familia del italiano no fue ninguna sorpresa la noticia de la boda, tampoco para la familia de Andrés, que les contó cada detalle a través del teléfono.

El montevideano se lamentó de que su gente no estuviese presente en este

momento tan especial de su vida.

El diez de agosto de dos mil siete se casaron en el ayuntamiento de Colmenar Viejo. Andrés, ni en el mejor de los sueños, se hubiese imaginado que se boda fuese así.

Fue una ceremonia íntima en la cual sólo asistieron la madre y la hermana del italiano, los testigos eran amigos en común de la pareja y muy pocos amigos. La pareja vistió de blanco con sombreros del mismo tono; todos los que asistieron vistieron de claro y el calor que hacía no les incomodaba.

Había algo que no cuadraba a Andrés que lo dejó dubitativo durante varios meses. Al principio creyó que se estaba volviendo loco, pero no era el caso.

Mateo se negó en rotundo a hacer el viaje de luna de miel, pues decía que debían ahorrar ya que podrían venir tiempos duros.

Andrés, con el paso del tiempo, se dio cuenta de que luego que le había dicho que aceptaría casarse, el italiano había racionalizado tanto los gastos que no encontraba un motivo de tan absurda decisión, si ni viaje de luna de miel habían hecho.

Mateo se puso a contabilizar cada euro que salía de sus bolsillos. Su actitud era extraña ya que, hasta poco antes de la boda a él lo caracterizaba el derroche.

A principios de octubre Andrés ya era un ciudadano más de la Unión Europea, con la documentación que así lo demostraba.

Cuando tuvo el documento entre sus manos, no supo si él estaba más feliz, o se parecía, por haber regularizado su situación legal en España.

Ahora sí, con el NIE entre sus manos se sintió seguro de sí mismo y empezaba una nueva etapa en su vida donde ni él sabía los cambios que se avecinaban.

Desde que se casaron habían ido a vivir a la vivienda del italiano, pues su madre y hermana les sugirieron que lo hicieran para empezar, mientras ahorraban dinero.

Otra vez el latinoamericano se dio cuenta de que no solamente su pareja estaba obsesionada por el tema económico. Algo más estaba pasando y no se daba cuenta qué era.

En el apartamento tenían la suficiente privacidad que podrían pretender y un poco más. Sin embargo se palpaba un aire particular que lo dejaba confuso y, a su vez, tranquilo.

Entre una cosa y otra, y sin que fuesen conscientes realmente, llegó el mes de diciembre y con éste el frío invierno europeo no dio tregua a nadie.

Era la madrugada del veintidós de diciembre de dos mil siete y Andrés llegó cansado de trabajar. Había sido un día duro de trabajo.

Estaba con frío, melancólico, un humor irascible y con hambre, y sólo le apetecía darse una ducha y dormir, nada más.

Él suponía que su pareja ya estaría durmiendo y, cuando llegó, su sorpresa fue inmensa. En el dormitorio había dos valijas^[35] grandes y dos chicas.

Mateo, a su vez, estaba ultimando detalles, con un vaso de chocolate a su lado. Andrés, sin decir nada, se limitó a mirar.

No quería preguntar nada, pues temía la respuesta que le darían. De todas maneras, no aguantó más y clavó sus ojos en él.

—¿Qué pasa? ¿Y esto?, preguntó mientras señalaba las cosas.

Mateo le buscó la vista, se puso de pie y sonrió.

—Date una ducha rápida, la comida está en la cocina y, a las diez de la mañana debemos hacer unas compras.

El desbarajuste y la intriga de Andrés pudieron más.

—¿¿Qué pasa?! ¡No entiendo!

Mateo miró el reloj y luego a su marido.

—Son las tres y cuarto de la mañana. Hoy a las siete de la tarde partimos a Montevideo.

De pronto, la mezcla de sentimientos de Andrés fue evidente, pues no daba crédito de las palabras que acababa de escuchar.

Si ese era un sueño no quería despertar. Y si era una broma, no sabría cómo hubiese reaccionado. Mateo siguió en lo suyo.

—¿Qué acabás de decir?

—Que hoy a las siete de la tarde nos vamos a Montevideo. Date prisa. También tienes que dormir.

El uruguayo seguía sin asumir las palabras que le estaba reiterando su pareja y la realidad se le presentaba de esa manera.

Un mar de emociones y sentimientos llegaban a su corazón y sentía que perdía el control de la realidad, y quedó paralizado en un rincón del aposento.

4 – Agustín

Agustín no iba por buen camino. Contra todo lo previsto por su gente, en España estaba empezando a vivir de forma descontrolada.

Nadie hubiese creído que se trataba del mismo chico responsable que, en más

de un momento, lo pusieron como ejemplo a seguir.

En la Madre Patria, ante tanta diversidad de gente quedó fascinado y, lo que más le gustó, era lo fácil que lo tenía la persona gay para conocer gente que estuviese en la misma onda.

Luego de conocer la sauna de Ópera, decidió que tenía que conocer a todas las demás. Fue así que casi a diario iba a las mismas.

La gran cantidad de plata que gastaba en ello no le importaba. Después de ir cuatro o cinco veces a cada una, decidió ser más selectivo.

A pesar de todo, en cada una encontró un encanto, un ambiente especial y, sobre todas las cosas, determinado tipo de gente.

Al saberse prácticamente de memoria los detalles de cada una, según lo que le apeteciera ese día, iba a una sauna u otra.

Le gustaban mucho las que tuviesen hidromasajes y, siempre que podía, se hacía dar un masaje por esos chicos que estaban tan buenos.

Se hizo tan habitué de esos lugares que, varias veces, los chicos de la portería lo permitían ingresar sin abonar la entrada.

En las saunas estuvo con hombres de distintas nacionalidades: hubo un canadiense, el cual resultó tierno y romántico.

Dos estadounidenses que, para su sorpresa, eran excelentes amantes, un holandés, que se la chupó con verdadera maestría.

Un alemán que era tan o más fogoso que los latinos, un colombiano que era un verdadero artista con la felación, un italiano en el que puso todas las expectativas y fue un fracaso...

En cuanto a los españoles, los que más le gustaron como amantes fueron los gallegos. Y tenía buen olfato para saber que se trataba de Galicia o no.

Con uno de ellos estuvo más de una vez. Fue en una sauna donde conoció a Rubén. No se daban citas, números de teléfonos ni nada para poder ubicarse y, sin embargo, coincidían.

No era necesario que lo buscara, ellos tenían sus propios códigos y, una vez que se cerraba la puerta, el mundo exterior dejaba de existir para los dos.

No tardó en darse cuenta de que, por ese gallego, estaba sintiendo cosas más fuertes, las cuales no inculcaban solamente al sexo.

Agustín no quería enamorarse, según él no era la hora. Con Rubén, luego del acto sexual, quedaban abrazados sin decirse nada.

Tampoco eran necesarias las palabras y nunca conversaban de sus vidas, aunque tuviesen deseos y necesidad de hacerlo.

Había un lenguaje implícito que iba más allá de las palabras que ninguno de

los dos quiso interpretar qué significaba realmente.

Un domingo a la tarde Agustín fue a la sauna, como lo hacía últimamente, con la intención de ver a Rubén, y no lo encontró.

Las horas fueron pasando y su decepción crecía a un ritmo urgente. No quería reconocerlo, pero el gallego estaba ocupando un lugar en su vida que no le hacía ni pizca de gracia.

Eran muchas cosas que le estaban sucediendo últimamente y necesitaba, sobre todas las cosas, ver y estar con Rubén.

A eso de las diez de la noche, cansado de buscarlo por todas partes y de mirar a cada uno tratando de reconocer su rostro, no le encontró.

Entonces, llegó un tipo rubio, alto y musculoso y sintió enseguida su mirada. No se hizo de rogar y le hizo seña para que lo acompañara.

Sin mediar palabras llegaron a un cuartucho y el individuo cerró la puerta y se despojó de la toalla que lo cubría.

Agustín quedó estupefacto cuando vio el miembro de ese hombre, pues nunca había visto uno tan grande como lo estaba haciendo ese día.

El hombre no hablaba español y, con dificultad, se comunicaron en inglés. Fueron más las señas y los gestos que las palabras.

El rubio ni lo dudó, le quitó la toalla a Agustín y se la empezó a mamar. El uruguayo se dejó llevar. De todas maneras no podía dejar de pensar en Rubén.

—¿Qué le había pasado? ¿Habría tenido un accidente? O, lo más grave de todo según el latinoamericano, ¿había conocido a alguien?

No, era mejor no pensar en nada de eso ahora. Tenía que apartarlo de su mente cuanto antes y dedicarse a disfrutar del coito.

Cuando regresó a la realidad, se dio cuenta que el rubio se estaba poniendo un condón y los ojos de Agustín aumentaron de tamaño.

El rubio le levantó las piernas, ya que estaba acostado boca arriba, se lubricó el miembro y le empezó a poner ese aparato a Agustín que sólo se limitó a cerrar los ojos y a respirar hondo.

Tuvo cuidado y hasta que no comprobó que sus más de veinte centímetros de largo y siete de diámetro estuvieron dentro del latino, no empezó a hacer ningún otro movimiento.

El rioplatense se sentía incómodo. Era la primera vez en la vida que lo penetraban con una pija tan grande y gruesa como esa.

El inglés se movía bien, mejor de lo que hubiese esperado, pero el tamaño era tan grande, que le molestaba, le ardía y le dolía.

Cuando el tipo empezó a moverse más deprisa, se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular y él agradeció internamente que pronto acabara.

Agustín aprovechó para masturbarse y no tardó en concluir sobre su propia panza y sintió un calor interno que lo dejó perturbado.

El rubio también había finalizado y Agustín empezó a mirarle el miembro mientras lo quitaba de su cuerpo mansamente.

El latino no podía creer que ese pedazo de verga hubiese estado en su interior. Pero el problema recién comenzaba, el condón estaba roto.

Agustín, lleno de miedo y cuidado, puso lentamente los dedos en el borde del ano, y después los acercó a su nariz.

El pánico, a partir de ese instante, se apoderó de él. El inglés también estaba preocupado y había quedado paralizado.

Agustín no quiso saber más nada y se fue a dar una ducha. Quería desaparecer de ese lugar de una vez para siempre.

No podía creer al riesgo al que se había expuesto. Si él, a pesar de que se había hecho un golfo número uno, nunca penetraba ni dejaba que lo penetrasen sin condón.

Sin embargo, justo con él se fue a romper el profiláctico. También era lógico que eso pasase, pues la pija que tenía el inglés era enorme.

Esa noche no pudo dormir pensando en el riesgo de que, quizá, lo hubiesen contagiado con esa maldita enfermedad que ya se había llevado tantas vidas.

Al día siguiente andaba como sonámbulo. No había podido dormir y no sabía dónde podría hacerse una prueba del VIH.

Tampoco podía preguntarle a cualquiera sobre ese tema, pues los prejuicios estaban a la orden del día y no quería ser el blanco de las miradas.

Le dio vueltas al asunto y se dio cuenta de que la solución estaba en su vivienda, ya que con internet todo se podía saber, y ese tema no era la excepción.

El miércoles de esa semana madrugó más y fue al hospital Sandoval. Una vez que llegó se sorprendió por la eficiencia y la predisposición con la que lo atendieron.

Si bien él no era indocumentado, pues había venido con la ciudadanía italiana, se sintió mejor atendido que en su país natal.

Allá nunca había ido a hacerse una prueba del SIDA aunque estaba seguro de que vino a Europa sin el virus y esperaba seguir sin tenerlo.

En su país, cada vez que iba al médico era una odisea, sobre todo por las horas de espera que le tocaba hacer y por la burocracia.

En el Uruguay primero era necesario obtener cita y luego esperar con calma a que pasasen los meses para que, al fin, lo atiendan algún profesional.

En cambio, en Madrid lo solucionó todo en un par de horas, ¡en el mismo día! Le hicieron preguntas directas que lo sorprendieron y la prueba, sobre todo, porque nunca se la había hecho.

5 – Rafael

No se podía ir contra la corriente y Rafael era consciente de ello. Las cosas del corazón no las controla la razón y él no deseaba perder el control.

De todas maneras no se puso las cosas fáciles, ya que consideraba que su corazón no debía ser tan débil como se estaba mostrando en ese momento.

Entonces decidió, de repente, no ver más a Esteban, nunca más, como si alejándolo físicamente de su vida hiciera que nunca lo hubiese conocido.

Era una gran locura la que estaba cometiendo ya que, de un día para el otro, cambió de domicilio y el número de celular.

También quiso cambiar de empleo y no lo logró. Lo que sí pudo hacer, al menos por ahora, fue cambiar sus horarios laborales.

Esteban, cuando iba por la primera semana que no podía localizarlo, entró en pánico. Verdaderamente estaba desesperado.

Se preguntaba por qué había actuado así, o si le habría pasado algo malo como la deportación; era consciente de su condición documentaria y no sabía qué le pasaría en caso que la policía lo detuviese.

En el antiguo apartamento sólo le dijeron que, de un día para el otro, decidió irse sin dar explicaciones. A todos agarró por sorpresa.

El argentino, a pesar de todo lo que el salteño le estaba haciendo pasar, no creía que le hubiese hecho eso a él. ¿Por qué? Si Esteban lo quería y nunca le había fallado.

No había explicación lógica ante semejante actitud. Ni siquiera un mensaje, nada. Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

Esteban se decía que las cosas no pudo haberlas hecho bien porque si no, el uruguayo no se estaría escondiendo, porque estaba seguro que, a pesar de todo, él estaría bien.

El entrerriano, siempre que veía a algún conocido en común, le preguntaba por si sabía algo y la respuesta negativa ya era como un disco rayado.

Como el salteño no había comentado nada a nadie de sus intenciones, todo

esfuerzo resultaba inútil y Esteban se sentía, cada vez, más destrozado.

Cerca del amanecer de un día helado de diciembre Esteban se decidió olvidar a Rafael y empezó a mezclar bebidas alcohólicas desde el comienzo de la noche.

Hacía casi un mes que no sabía absolutamente nada de él y el mundo se le estaba desmoronando otra vez al argentino sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Estaba en un punto de no retorno.

Y Esteban no quería ni podía volverse a enfrentar a una situación como la que había vivido en su tierra natal años atrás que lo dejaron al borde de la locura.

Esteban estaba circulando por las discotecas de Chueca; ya no le importaba nada y su cuerpo, cada vez, le respondía menos.

Vomitó en más de un portal y, en más de un momento, no tuvo fuerzas suficientes como para ponerse de pie. Se sentía perdido.

—¡Mierda, cómo lo extrañaba, cómo lo necesitaba, cómo lo deseaba, cómo lo amaba a ese hijo de puta que tanto lo estaba haciendo sufrir!

Otra vez se había enamorado y la sonrisa y la mirada del pendejo uruguayo no se le quitaba de encima como si fuese un tatuaje en tres dimensiones impreso delante de su rostro. Estaba atrapado.

Mientras, Rafael trataba de mantener una vida oculta y discreta. Ahora vivía en una habitación de la calle Ronda de Valencia, cerca del metro Embajadores, y no salía por la noche madrileña.

Sólo emergía de su estancia lo justo y necesario. Iba a trabajar y al supermercado tan veloz y discreto como podía.

Estaba confuso como nunca antes y temeroso como un niño en la oscuridad, y era consciente de que había tomado una decisión precipitada.

De todas maneras se seguía diciendo que no se volvería a enamorar más, mucho menos de un argentino. No volvería a pasar lo mismo.

Por culpa de un argentino casi se quitó la vida. O sea que todos argentinos eran culpables y ninguno merecía otra oportunidad.

Y ahora necesitaba a diario beber un vaso de alcohol, no importaba si era ron o vodka, pero se aseguraba de que fuese puro.

El alcohol volvía a ocupar un papel importante en su vida y no quería ver lo que era tan evidente, aunque se estuviese autodestruyendo.

Ahora todas las noches, cuando bebía, lloraba mientras recordaba por lo que tuvo que pasar cuando el argentino del cual se enamoró lo dejó.

Pero ahora él le había hecho algo peor a otro, ya que había desaparecido de

su vida sin haberle avisado nada, sin ningún tipo de explicación.

Las lágrimas y el alcohol se le mezclaban, y no le importaba. Era inútil no reconocerlo, Rafael se había enamorado de Esteban.

Era más fuerte de lo que pudo haber imaginado y sabía que el sentimiento del entrerriano era igual o más intenso al suyo.

Ahora que lo empezaba a reconocer sentía que la opresión de su pecho disminuía y la fragilidad se apoderaba de su ser, no tenía escapatoria.

Esa noche tuvo sueños inquietos e incómodos. En todos se veía a sí mismo sin vestir en distintas realidades y percibía una risa mordaz de la boca de cada persona.

Al amanecer le dolía el cuerpo y estaba mareado. Se dio una ducha de agua caliente y tomó una taza enorme de café bien cargado.

Su cabeza no dejaba de dar vueltas como una noria. Eran muchas cosas las que pensaba y se sentía, cada vez, más perdido.

No quería, no se animaba a dar ningún paso más, pues sabía que si lo hacía, sería su hundimiento. O sea que tenía que seguir aguantando.

La Navidad estaba llegando y hacía varias semanas que ignoraba todo respecto al argentino. Si embargo, sabía dónde encontrarlo.

Su número de celular estaba en su memoria y conocía sus horarios, pero no haría nada para hallarlo. Hizo todo lo contrario.

Luego fue a un locutorio de la calle Embajadores y llamó por teléfono a su familia. A ellos les contó lo básico de su vida.

Ellos no se dieron cuenta de que algo pasaba, o fingieron hacerlo bien. Tampoco el salteño estaba en condiciones de analizar las voces, mucho menos vía telefónica.

Rafael tenía veintisiete años, era joven todavía, y su vida había sido desde siempre intensa, apasionada y ahora se sentía vencido.

Mientras regresaba a su casa decidió ir al supermercado, pues recordó que le faltaban algunas cosas para su cocina.

Y en la esquina de las calles Embajadores y Sebastián el Cano, vio que Esteban se había detenido como una estatua a observarlo.

Los separaban unos diez metros de distancia y ambos quedaron paralizados, sin reaccionar, como hipnotizados uno en el otro.

Nunca se hubiese imaginado encontrarse con el argentino en ese lugar y allí estaba, parecía conmocionado, sin apartarle los ojos de encima en ningún segundo.

La gente que pasaba por la zona se daba la vuelta para verlos nuevamente,

pues la escena así lo requería. Eran dos enamorados, hasta un ciego se daría cuenta de lo que estaba sucediendo verdaderamente.

El frío de esa mañana era extraordinario, los dos estaban muy arropados observándose como si ese fuese el final abierto de una película de *Hollywood*. De todas maneras empezó a soplar una fuerte brisa y ellos no le dieron importancia. Los minutos se detuvieron y siguieron sin reaccionar.

Cuando las primeras gotas de lluvia se hicieron presentes, Esteban, saliendo lentamente de su trance, se acercó sin apartarle la vista.

—Vamos a tomar algo a este bar, dijo el argentino, mientras señalaba uno que había frente a ellos.

Rafael no sabía si quería negarse y huir, o acompañarlo. Finalmente entraron al bar y el clima cálido de allí los envolvió como una bocanada de alivio.

Se sentaron a una mesa luego de quitarse las camperas^[36] y las bufandas, y se quedaron observando mutuamente mucho más allá de la piel.

En el bar había un murmullo atroz y, para ellos, el silencio era sepulcral. Querían leerse los pensamientos y adelantarse a las palabras.

—Pensé... Pensé..., murmuró Esteban.

Rafael bajó la vista.

—¿Por qué hiciste eso? ¡No te hacés idea de lo que me hiciste pasar!

De todo lo que estoy pasando. ¿Qué pasó, Rafa?

El joven se mordió el labio inferior y miró para los lados.

—¿Qué es lo que te pasa, Rafa?!

Llegó el mozo y Esteban lo miró.

—Vodka con limón y ron con naranja.

Rafael sólo se limitó a mirar al camarero que se alejaba. Esteban apoyó los codos sobre la mesa y el salteño los observó.

Mil cosas le pasaban al uruguayo por la cabeza y era consciente de que, a esa altura del partido, era difícil escapar, sino imposible.

—Sos argentino, rompió el silencio Rafael.

Esteban le buscó la mirada y Rafael le correspondió. Llegaron las copas y el salteño se apresuró a agarrar el vodka. Ambos bebieron.

—Sos argentino y... Y no me quiero enamorar de vos... Ni de nadie.

—¡Rafa, no te hagas el pelotudo ahora! ¡No me vengas con esas pendejadas porque los dos ya somos grandes como para que me salgas con semejante pelotudés!, dijo Esteban con la voz vencida.

Rafael esquivó la vista.

—Rafa, mirame a los ojos, por favor.

Luego de varios segundos las miradas se toparon. Rafael ahora tenía la vista brillante, más penetrante que lo habitual.

—Tengo miedo... Tengo miedo, Esteban. Esa es la única razón por la que actué así.

—Rafa, esa no es la forma con la que vas a solucionar ningún problema.

—Vos no entendés nada, Esteban. Nada. Y... No importa.

—Sí que importa. ¡¿Cómo que no va a importar?! ¡No te hacés idea de los días, de las semanas que he pasado y todo porque no sabía nada de vos! No te hagas el pendejo ahora porque no te queda bien.

—No... No es eso.

Hubo un extenso momento de silencio en el que Rafael paseó sus ojos por distintas partes del bar.

—No es fácil. No es nada fácil.

—Rafa, los dos sentimos lo mismo. Si sabemos que es así, ¿por qué me decís eso? ¿Por qué complicás tanto las cosas? No hay motivos para hacerlo.

Rafael acabó el vodka y echó una mirada por sus alrededores.

—Lo siento. Sé que no he estado bien, pero... Pero yo creo que... Que, al menos, en este tiempo, pude aclarar algunas cosas.

Esteban no le apartaba la mirada. Como vio que no diría nada más, suspiró.

—¿Y?

Rafael negó con la cabeza e intentó sonreír, aunque la sonrisa se pareciera más a una mueca. Esteban acabó su bebida y miró hacia el mozo.

—Nada está bien, Esteban.

—¿Por qué?

—Porque nada está bien. Es así de simple. Nada está bien.

—Explicate.

Rafael apartó la vista e intentaba dominar sus emociones, aunque no lo estaba logrando y el argentino no le daba tregua con sus ojos.

—No sé qué hacer... ni qué decir.

—Sí que sabés. De hecho, siempre lo supiste.

—Ojalá.

—Rafa, no te queda bien la actitud que estás tomando.

—No es un juego.

—¡Claro que no es un juego!

—¿Entonces?

—Rafa, dejá de hablar de esa manera porque así no vamos para ninguna parte.

1 – Ignacio

Ignacio estaba en un punto de no retorno y lo sabía muy bien, pero ahora tampoco la familia podía hacer la vista gorda.

Sus deseos eran tan, pero tan grandes, ya no de ser el padre de sus hijos, sino la madre de los mismos. Y sabía que era simple y llanamente imposible.

Luego del *shock* que recibió la madre cuando lo vio vestido de mujer, no dijo nada; ella quiso pensar en frío y no tomar una decisión precipitada de la cual luego podría arrepentirse.

La madre dejó que pasase un mes antes de pronunciar una palabra acerca del tema. Mientras, no le comentó nada a nadie de lo que había ocurrido.

Macarena, la mujer, le preguntó por qué se había depilado totalmente, pues a ella no le gustaba como quedaba así.

Ignacio no sabía nada que su madre no había hablado del tema con nadie, por eso se extrañó bastante ante la pregunta. No sabía lo que sucedía.

Él no dijo nada y la cabeza de Macarena sacaba sus propias conclusiones y ninguna la convencía. Sabía que algo estaba pasando, pero no tenía la certeza de nada.

Durante ese mes él no hizo ni siquiera el intento por acercarse a ella, y Macarena, esa vez, hizo todo lo contrario.

Ni ella sabía por qué lo hacía y lo sedujo de forma cruel, perversa y egoísta. Solamente pensaba en sí misma y en nadie más que en su propio placer.

Incluso le llegó a poner películas porno en la que aparecían varios hombres con una o dos mujeres. Ni ella sabía qué quería lograr.

Nacho sólo se limitaba a mirarlas sin hacer nada. Durante una de las ocasiones del *film*, se acercó a su marido en lencería erótica y lo tocó por todas partes.

Finalmente le manipuló los genitales y descubrió que la tenía dormida y él no hizo nada por justificarse, y siguió mirando como si no importase nada más.

La intriga de Macarena crecía a cada minuto. Ella necesitaba hablar con alguien; como eran temas tan privados e íntimos no quería ventilarlos como si nada.

Entonces se reprimía cada vez que sentía el deseo y la necesidad de hablar. Y

su suegra no la entendería ni la escucharía.

Esos días necesitaba la compañía de un hombre tremendamente; incluso llegó a mirar a su suegro con cariño.

Y todo lo que estaba reprimiendo le estaba reportando violentos dolores de cabeza. Si se buscaba un amante sería alguien de otro contexto social.

Durante ese mes la madre de Ignacio en público disimulaba como las mejores actrices de *Hollywood* y, cuando estaban a solas, ni siquiera lo miraba.

Se sentía defraudada, engañada y traicionada por su descendencia. Se preguntaba qué era lo que había hecho tan mal.

Al parecer todo lo había hecho de manera equivocada, pues ella había tenido un varoncito y formado a un hombre, no a eso, que no sabía ni en lo que se estaba convirtiendo.

—¿Cómo era posible que un hombre como su hijo, casado, padre de dos maravillosos hijos, de buena familia, con el nivel de estudios que tenía él, tuviese semejantes confusiones mentales?

También se sintió traicionada por Dios, pues como el *Señortodopoderoso* la estaba castigando de esa manera. No era justo y ella lo sabía bien.

Maribel siempre hacía sus donaciones a la iglesia y llevaba una vida cristiana ejemplar, pero... Pero su hijo se estaba convirtiendo en un perverso.

Siempre que cerraba los ojos recordaba la imagen de Nacho cuando lo vio vestido de mujer y el mundo tambaleaba a sus pies.

Era una pesadilla continua la que estaba viviendo y que ya era parte de su existencia. Y su marido era ajeno a todo esto.

Ahora nada tenía solución y aun debía encontrar una salida, pues ya no tenía vida propia después de esa escena tan dantesca.

Una mañana de octubre, sin planificarlo, luego de desayunar, fue al *living* y quedó ojeando la revista *Lattino* como solía hacerlo.

Nacho, ese día, se había levantado temprano porque tenía planes de ir a correr por la playa antes de dar el desayuno a sus hijos.

El joven decía que quería mantenerse en forma y que hacer deportes lo liberaba de las tensiones y del estrés que venía acumulando por muchas cosas que venía pensando.

Cuando Maribel sintió su presencia en el *living*, sólo se limitó a mirarlo, a atravesarle el alma como si sus ojos tuviesen verdaderamente ese poder.

Y él le correspondió la mirada, tan penetrante e intimidante a la vez que parecía que estaba frente a un asesino.

—¿Podemos hablar? Vos y yo tenemos una conversación pendiente.

Él asintió y ella bajó la vista.

—Vamos a la biblioteca.

Ella inició camino hacia esa parte de la mansión. Nacho la siguió. Él estaba nervioso. Sabía que ese momento llegaría y, por un lado, agradecía que ya hubiera llegado.

Se sentaron frente a frente, con el escritorio de por medio y, una de las cosas que le sorprendió a Nacho fue que, cuando miró a su madre, estaba llorando.

El hombre se sintió tan infructuoso, tan culpable, tan sucio, tan traidor por lo que le estaba causando a su madre que no supo qué hacer.

Y en ese instante se odió a sí mismo con todas sus fuerzas por ser homosexual. Si él hubiese sido mujer nada de eso estaría pasando.

Los minutos fueron pasando y ese silencio se hacía penetrante y molesto, y la madre, en vez de decir algo, sirvió una copa de *whisky* y bebió medio vaso de un trago.

Nacho no sabía que su madre estaba peor de lo que se habría imaginado y otra vez, se culpó de todos sus males.

—¿Qué está pasando, Nacho?, al fin rompió el silencio la mujer.

Él no supo responder, ella tomó más *whisky* y le buscó la mirada.

—Decime, Nacho, ¿qué fue lo que hice mal con vos? ¿Dónde me equivoqué? Por favor, ¡decímelo, Nacho! Porque necesito saberlo.

Ignacio suspiró y clavó los ojos en el suelo.

—Lo siento, mami. Pero... Pero no lo puedo evitar. ¡Estoy muy solo en esta vida! ¡Muy solo! ¡No te hacés idea de cuán solo estoy, mami!

Y no pudo evitar el llanto que le salió como una bocanada de aire. Ella sólo miraba el vaso de *whisky* y ocultaba sus manos temblorosas.

—Mami, esto me pasa de toda la vida y vos bien sabés que es así. Cuando... Cuando era un adolescente los dos quisimos cubrir el problema, ¿no?

Los dos quisimos tapar el sol con un dedo, pero... ¡Pero no se puede, mami! No... No se puede cubrir el sol así y... no sé qué hacer.

¡Años quise, quisimos tapar el problema con un dedo, y no se puede, mami! Por eso me casé. Por eso tengo dos hijos.

Todo lo que hice fue para complacerlos, mami. Todo para complacerte a vos, mami. Pero... Pero lo que siento no lo puedo evitar.

No sé qué hacer. Estoy... Sé que estoy atrapado en un cuerpo de hombre, pero... ¡Pero yo no quiero ser hombre, mami!

—¡No sigas, Ignacio!

—¡Mami, que no lo hable no significa que vaya a solucionar algo de lo que me pasa, ¿no?! ¡Qué importa, mami!

Sé que no soy el primero que es así, ni voy a ser el último. ¡Qué más da! ¡Qué más puede importar si lo que siento nunca lo vas a aceptar!

Hubo un momento de silencio en el que la mujer acabó el *whisky*. Los dos seguían llorando y sin pronunciar palabras estuvieron varios minutos.

—Tiene que haber una solución, Ignacio, susurró Maribel.

—Mami, la única solución que hay es que yo haga mi vida como me dé la gana.

—¡No sos un cualquiera, Nacho! ¿¡O no entendés eso?! ¡Estás casado, tenés dos hijos y, sobre todas las cosas, sos mi hijo! ¡¿Qué querés que piense la gente, Nacho?!

—¡¿Eso es lo que te importa realmente, mami?!

Ella sirvió más *whisky*, esta vez también alcanzó una copa a su hijo y él, internamente, le agradeció. Nacho bebió medio vaso de un trago.

—Mami, a mí no me importa lo que piense la gente...

—¡Pero a mí, sí!

—Mami, ¿a vos te importa más lo que piensen esas chusmas envidiosas que sólo están a tu lado por tu plata que lo que le pasa a tu propio hijo?

Nadie dijo nada. El silencio volvió a cubrir esa atmósfera extraña que se había creado.

—Nunca pensé que... Que vos fueses...

—¡Mami, quitémonos las caretas! Siempre supiste quién soy y lo que me gusta realmente. ¡No estoy enfermo por ser gay! ¡Sólo que me gusta lo mismo que a vos!

Ella lo miró un instante y, luego de unos minutos de silencio, clavó sus ojos en el escritorio mientras apretaba los puños.

—¡A mí tampoco me gusta lo que me sucede! Pero, ¿qué puedo hacer? Tengo tres opciones, ¿no?

El hombre le buscó la mirada y ella le correspondió.

—Una, fingir lo que no soy y ser toda la vida infeliz. Dos. Aceptarme de una vez por todas y hacer la vida gay que tanto me gustaría o... Tres. Matarme.

Al escucharlo, bajó la vista y él no le apartó la atención. Hubo un interminable instante de sigilo en el que, cada uno, se había sumergido en sí mismo.

—Mami, yo así no quiero ni puedo seguir... Pero... lamentablemente... lo soy. Y... Lo siento.

Ambos bebieron *whisky*.

—Y alguna de las tres opciones que me quedan... va a pasar... Lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Esto no es una adivinanza sino que... una realidad. El tiempo es el que tiene todas las respuestas, mami, no yo.

2 – Alan

Cuando Alan le dijo a Alejo que una de sus amigas estaba dispuesta a ser la madre de su hijo, no le hizo ni pizca de gracia.

Mucho menos cuando se enteró de que, en vez de un hijo, serían dos y que la fecundación sería por el método tradicional.

Alejo, aunque lo intentó, no supo disimular su disgusto y Alan, de repente, se sintió entre la espada y la pared. No esperaba que Alejo actuase así.

Él creía que, una vez que su pareja supiese que había encontrado a alguien que lo ayudara a ser padre, se alegraría, y la verdad fue muy distinta.

La relación entre ellos cambió de forma brusca de un momento para el otro y ni ellos predijeron que algo así podría pasar.

Era un golpe muy bajo y, cuando Alejo le dio para elegir entre su deseo hecho realidad de ser padre y él, Alan, se sintió desfallecer.

Finalmente, con el corazón en la mano, decidió que su deseo de ser padre era mayor a cualquier otra cosa en el mundo y que era lo único que tenía objetivamente claro y que nunca se arrepentiría.

Durante días ni siquiera se hablaron. No sabían nada de ellos mismos. La relación iba en caída libre y de eso no cabía ninguna duda.

Sin embargo ahora eran las chicas las que estaban ansiosas de que Alan les diese una respuesta y él les reveló que necesitaba tiempo para pensar.

No era que hubiese desistido de su propósito, más bien pasaba todo lo contrario, cada vez más deseaba materializar su deseo.

Alan les contó lo que había pasado con Alejo a sus amigas y le dijo que quería aclarar unas cosas, y que la idea de ser padre seguía tan o más viva que siempre.

Una noche de sábado, cansado de tanto trabajo y agobiado por todo lo que le estaba pasando, Alan decidió dar una vuelta.

Salió sin rumbo preciso, pero tenía claro que quería emborracharse y olvidarse, al menos por unas horas, de la realidad que debía hacer frente.

Entró en un lúgubre bar de la calle Hortaleza. Eran las doce de la noche y había tan poca gente que daba la impresión que acababa de abrir.

Cuando iba a empezar la segunda copa miró la puerta y vio a Alejo. Sus miradas se encontraron y el español se detuvo en la entrada, paralizado.

El tiempo pareció detenerse y los pocos clientes del bar les echaron unas miradas sin importancia. Alejo se sentó frente a Alan y el mozo lo atendió.

El rioplatense estaba ausente, desconcertado, pues, a pesar de todo, lo último que quería esa noche era encontrarse con su pareja.

Luego que el camarero dejó el ron con naranja, el español le buscó la vista, y no la encontró, a pesar de que insistió en más de una oportunidad.

—No pensé que te encontraría esta noche.

—Yo tampoco, dijo Alan.

—Hace días que no sabía nada de tu vida.

—Ni yo, contestó Alan.

—¿Sigues con esa idea en la cabeza?

Alan asintió y tomó un trago de su copa. Alejo bajó la vista porque no sabía qué hacer. Ambos volvieron a quedar paralelos a la realidad.

Era todo espontáneo. Ninguno de los dos había concebido el encuentro y las cosas estaban saliéndose de lo que ni siquiera habrían imaginado.

—Lo siento.

Al escucharle, Alan no dudó en buscarle la mirada y no la encontró. Alejo estaba observando su vaso y ni su respiración se escuchaba.

—Lo siento, reiteró Alejo.

—¿Qué pasa?

—Creo... Creo que necesitamos un tiempo, Alan. Esto no puede seguir así y yo nunca creí que tú fueras tan lejos con la decisión de ser padre. Lo más conveniente para los dos es que nos demos un tiempo. Sí, será mejor para los dos. Ambos necesitamos aclarar nuestras cosas.

A Alan le dolían sus palabras y los ojos no tardaron en humedecerseles. Se sentía perdido y vio, entristecido, que Alejo hablaba en serio.

El uruguayo no sabía si era una estrategia del español o ese fue objetivamente su deseo. Pero el mensaje fue claro.

—Ale, ¿de verdad me lo estás diciendo?

Alejo le buscó la mirada y asintió. Alan bebió un trago de su copa para tranquilizarse.

—Ale, sólo quiero que sepas una cosa.

Y esperó a que Alejo lo mirase. Cuando sus ojos se encontraron, Alan se mordió agresivamente el labio inferior.

—Ale, no es que yo prefiera tener un hijo antes que estar con vos. No te estoy cambiando por un hijo ni nada de eso, ¡no!

Un hijo es distinto, pero... Pero ciertamente yo necesito tener un hijo. Y no sé si éste es el momento adecuado... No, no sé.

Lo que sí sé, es que a vos te amo, Ale, y también amo la idea de ser padre. ¡Quiero...! ¡Deseo...! ¡Necesito ser padre!

Y si vos querés que nos tomemos un tiempo, está... Tus razones tendrás. Sólo espero que el hecho de que quiero ser padre sólo sea una excusa para alejarte de mi lado.

Porque si ésa no es la única razón por la que me estás pidiendo un tiempo, muchas cosas cambiarían... Cambiarán...

Ale, vos sos un buen tipo y si llega a existir otro, sólo espero que me vengas de frente y me digas la verdad. Me va a doler, sí.

Pero más me va a doler que me entere por un tercero que eso ya está pasando a que me lo digas ahora mismo...

Alan quedó a la espera a que Alejo diga algo y el español ni siquiera hizo el intento de pronunciar palabra. Ambos estaban con las emociones a flor de piel, aunque trataron de mostrarse impasibles.

De pronto Alan dibujó una mueca simulando una sonrisa, miró para los lados y no le dio importancia al torrente de lágrimas que se le cayeron.

Luego el rioplatense bebió un trago de su copa mientras que Alejo se había acabado la suya y le evitaba la vista en todo momento.

—¿No vas a decir nada?, preguntó Alan.

Le buscó la mirada y no la encontró. Alejo quedó distante, ensimismado en sí mismo. Nada de lo que estaba sucediendo esa noche era deseado, y el destino se presentaba de esa manera.

Alan se puso de pie, pagó y se fue, sin mirar atrás, aunque se moría de ganas por hacerlo. Dudó un instante en la puerta hasta que se perdió de vista para el español.

Alejo no volteó la vista, le temblaba la mandíbula involuntariamente y el llanto había venido a visitarlo y prometía quedarse.

—Quizás, con la decisión que acababa de tomar, perdiese a Alan definitivamente pero, ¿qué más podría hacer? Alejo no quería tener ningún hijo.

Nunca pensó que el latinoamericano fuera tan lejos con la idea de ser padre. Alejo nunca tuvo el deseo ni necesidad de complicarse la vida con un hijo. No le importaba estar llorando en un bar, aunque nadie se había dado cuenta de que el llanto era por otro hombre.

Alan necesitaba despejarse de la manera que fuese y quitarse las palabras de Alejo que le rugían en la cabeza, en el alma y en el corazón.

El rioplatense se había enamorado del español, aunque él ni nadie le harían desistir de su deseo, ni de cumplir con su necesidad de ser padre.

Estaba enfrentando un periodo que pensó que no llegaría y el castillo de cristal que vivía hasta hace poco se derrumbó de la forma y en el minuto menos esperado.

Ahora que estaba solo se acostaría con sus amigas para embarazarlas. La sola idea de rozar su piel desnuda con las de las chicas lo erizó.

Sus pensamientos se atropellaban y lo castigaban. El pasado y el futuro enfrentaban al presente y el control se estaba yendo hacia cualquier parte.

Y sabía que ésa era una situación pasajera que luego se recompensaría con la satisfacción de su futuro bebé, su heredero.

A las tres y cuarto de la madrugada llegó a su casa. No había querido subir a ningún medio de transporte porque necesitaba hacer tiempo para ver si se le aclaraban las cosas.

Era una pesadilla la que estaba viviendo; se sentía culpable, vacío y egoísta, aun así no estaba seguro qué paso debería dar en primer lugar.

Llegó a su casa y abrió una lata de cerveza y, mientras hacía *zapping* en la tele, se desarmaba en el llanto como no recordaba haber llorado antes.

Antes de acabar verdaderamente esa jornada tan perturbadora, tomó varias latas de cervezas sin dejar de llorar.

Después se quitó la ropa y se acostó. No le importaba nada de nada. Apagó la tele, recordó nuevamente la despedida de Alejo y no tardó en dormirse.

Esa noche sus sueños fueron tensos y ambiguos y, al abrir los ojos con el nuevo día, se dio cuenta de que la realidad que debía enfrentar era más fuerte que cualquier pesadilla.

Despertó a las diez de la mañana y los efectos de la resaca se hicieron presentes de inmediato. La cabeza le daba vueltas, se sentía mareado y, ante cualquier movimiento, su cuerpo protestaba.

Se dio una ducha de agua caliente y preparó un café en una taza enorme, bien cargado, y encendió el *home cinema* con música de Rudy la Scala.

Cada oscilación que efectuase le hacía recordar que su organismo no estaba

bien y, de todas maneras, le envió un mensaje a Pamela.

A las tres de la tarde hizo acto de presencia Pamela en el apartamento de Alan. Ella enseguida se dio cuenta de que su amigo estaba fatal.

De todas formas, le contó lo que había pasado la noche anterior y ella lo supo entender. Alan lloró en los brazos de su amiga.

Ella le hizo algo para comer y quedaron que se acostarían cuando ella estuviese ovulando que, según lo previsto, sería en cuatro o cinco días.

Luego también se acostaría con Valeria. La decisión estaba tomada y los tres estaban seguros de lo que harían, a pesar de que Alan ya había empezado a pagar un alto precio.

Porque nunca estuvo entre sus planes que su pareja se alejase de su lado, aunque fuese de manera temporal, según lo dicho por el español.

3 – Andrés

Desde el mismo momento que se enteró del viaje, Andrés no daba crédito de todo lo que le estaba sucediendo verdaderamente.

A partir del instante en el que Mateo se lo confirmó, su mente no pudo detenerse ningún segundo. Se sintió tan, pero tan feliz, que lo abrazó, lo besó y se lo agradeció de cuanta forma había.

De repente, de un instante para el otro, literalmente hablando, se había ido el cansancio, el estrés, el frío, el hambre...

Hacía tantos años que no veía a su familia y no podía creer de la dicha que le estaba haciendo pasar su marido.

Ahora entendía por qué no habían tenido viaje de luna de miel y Mateo se había obsesionado por la plata, controlándolo de forma estricta y eficaz.

Si Mateo le hubiese avisado con más tiempo sería distinto, pero la sorpresa no sería de esa manera, o sea que agradeció al tano por haber hecho las cosas tan bien.

Era consciente de que había tenido un día duro y que el siguiente y los sucesivos serían intensos, por lo que se dio una ducha, comió algo y se acostó.

A las nueve y media de la mañana como mucho quería estar de pie. Durmió, como solía hacerlo, ceñido a su marido.

A las nueve y cuarto sonó la alarma y Andrés la desactivó, pues no quería que su pareja todavía despertase.

Quedó unos minutos observándolo como si estuviese hipnotizado, en ese estertor constante y armonioso que se le hacía encantador.

A las nueve y media se levantó y, luego de vestirse y lavarse los dientes, fue a la cocina donde estaban su cuñada y su suegra.

La suegra le sirvió una taza de café. Las mujeres no podían ocultar una sonrisa y Andrés comenzó a sentirse nervioso.

Cuando el montevideano hubo tomado media taza, apareció Mateo vistiendo solamente calzoncillo y sonrió ampliamente.

—Si no te mueves, van a llegar tarde, se apresuró a decir su madre. Mateo regresó sus pasos y, cuando ya había desaparecido, miró a Andrés.

—Andy, y esas cosas son para tu familia.

Andrés le siguió la mirada y ella señaló unos regalos que ya tenían los nombres. Andrés se avergonzó y su suegra y su cuñada no dudaron en abrazarlo.

—Gracias. De verdad, gracias, fue lo único que se atrevió a murmurar. Las mujeres lo ciñeron tan fuerte que parecía que le quitarían el aliento, pero era lo que el uruguayo efectivamente necesitaba.

—Cuídamelo muy bien en estos días que van a estar en tu tierra, por favor, cuchicheó la suegra.

—Cuídamelo muy bien. Mira que lo dejo enteramente en tus manos, agregó.

A eso de las diez y media de la mañana la pareja de hombres salió rumbo al centro a hacer las compras para la familia del uruguayo.

A su madre le compró el perfume Amor-Diablo de Mariano Ferrari que tanto le gustaba, a su hermana el de Amores-Locos de la misma firma.

A sus hermanos y a su padre se repartió entre camisetas de fútbol originales del Real Madrid, del Barcelona y de la Selección Española.

Andrés tenía poco tiempo para acordarse de cada una de las personas que quería; aun así las personas claves estuvieron en su lista de prioridades.

A medida que pasaban los minutos los nervios del dúo aumentaban. Aun así, trataban de mostrarse lo más sereno posible ante la madre y la hermana de Mateo.

Era la primera vez para el italiano que atravesaría el Atlántico y el miedo, a medida que se acercaba la hora, cada vez era más manifiesto.

La familia de Andrés no estaba enterada de la sorpresa que le daría su hijo y aunque él se lo habría gritado una y mil veces, no quería arruinar la sorpresa.

A esa altura, era habitual que la familia política de Andrés hablase con la

suya propia, por lo que ellos se habían asegurado que estarían en la vivienda. A las cuatro de la tarde todo estaba listo y los nervios en el apartamento de la calle Granada y Vigo crecían como si estuviesen a punto de correr una maratón.

En taxi fueron hasta el aeropuerto de Barajas y Andrés no hacía más que sacar cuentas con los dedos para ver la cantidad de horas que le faltaban para ver a su familia.

En el aeropuerto hubo llantos, risas, palabras de aliento y de todo. Cada mirada, gesto, vocablo y emoción se potenció tanto que, el que los veía de fuera, no sabría descifrar si era por alegría o tristeza.

—No te preocupes, mami. Estaré muy bien... Esta vez pasaremos las navidades en verano y pronto lo haremos todos juntos, fue lo último que dijo Mateo con una sonrisa eclipsada por el lloriqueo.

Subieron al avión a las diecinueve horas de Madrid del veintidós de diciembre de dos mil siete y el frío que hacía en la capital española era sorprendente.

De hecho, esa fue la última imagen que se llevó la pareja de la ciudad. Aun no eran conscientes que estaban a punto de cambiar de estación.

Llegaron a las cinco y media de la mañana, hora local. El vuelo fue directo y una vez que el avión aterrizó, no se sabría decir cuál de los dos estaba más nervioso.

Dentro de lo que cabía, hasta el momento, el que estaba más en sus cabales, era Mateo. Andrés, aunque hacía esfuerzos, los nervios lo traicionaban.

Nadie sabía en el Uruguay que Andrés había llegado a su país. De hecho ni él mismo se lo creía. Veía todo tan precipitado que le costaba asimilar las cosas. El montevideano, mientras esperaban las valijas, le recordaba a su marido las distintas acepciones de algunas palabras para que no se equivocase y no pasase un mal momento.

Desde que bajaron del avión y estaban listos para ir al apartamento, habían pasado dos horas, o sea que eran las siete y media de la mañana del veintitrés de diciembre de dos mil siete.

Una vez que salieron del edificio del aeropuerto de Carrasco el calor los invadió como una manta invisible. Mateo comparó el clima como una gran sauna.

La jornada prometía que sería muy calurosa y eso que era temprano aún. Era un día era despejado, sin nubes y sin brisa.

Cada uno de los que habían viajado en el mismo avión estaban

reencontrándose con su gente; Andrés ahora contaba los minutos para vivir algo así.

El local conocía los trucos de la ciudad y como era el abuso de taxistas cuando de turistas se trata, o de personas que no conocían los códigos particulares.

De todas maneras subió a un taxi junto a su pareja y, sin ser casi sociable con el tachero^[37], le dijo la dirección a la que pretendía ir.

Cuando el taxista dobló con absoluta naturalidad por la avenida Bolivia, hacia el estadio Charrúa, Andrés de inmediato se hizo oír.

—¿Por qué doblás?!

El hombre lo miró por el espejo retrovisor.

—Por ahí me queda más cerca...

—Si seguís con otra boludés^[38] de esa, bajamos ya mismo y subimos a otro tacho. O sea que volvé cuanto antes para el otro lado de la avenida Bolivia.

El trabajador lo miró con cara de pocos amigos a través del espejo retrovisor pero no dijo nada y siguieron en silencio el resto del viaje.

Mateo iba mirando la ciudad de forma fascinada. En la medida que pudo, trató de asimilar la mayor cantidad de cosas que vio.

Todo había sido tan acelerado que era difícil reflexionar sobre lo que estaba ocurriendo. Ninguno de los dos creía que estaban en otro continente.

Hacía menos de un día residían en Madrid con una temperatura de cinco grados negativos y ahora estaban con una temperatura de treinta y dos grados Celsius.

Era temprano. Habían pasado pocos minutos de las ocho de la mañana y el rioplatense sabía que su familia ya habría empezado la jornada.

Bajaron en la esquina de Francisco Bauzá y Pedro Bustamante. La puerta del edificio en el que vivía Andrés estaba abierta, lo que ayudó a extender la sorpresa.

Subieron por el ascensor y parecía que, a los dos, se les iba a salir el corazón por la boca y tuviesen dificultades para respirar.

Andrés llamó al timbre y los segundos que distaron en esa espera, fueron unos de los más largos que tuvieron que vivir a lo largo de toda la vida.

Abrió su madre y, cuando los vio y reconoció a su hijo, quedó paralizada, sin saber qué hacer, sin reaccionar ninguno de los dos.

Se miraron a los ojos y ninguno de los dos podía decir algo. Su hermana estaba en el *living* y se acercó para ver qué pasaba.

Ella, cuando vio a su hermano, no dudó y lo abrazó. La madre también se sumó a los abrazos y ahí quedaron los tres, estrechándose uno al otro.

El italiano, por un minuto, se sintió intruso y ese pensamiento enseguida se erradicó, pues su marido lo presentó y fue bien recibido.

Entraron las maletas y la madre trajo agua y bebida cola fría, mientras los chicos se lo agradecieron y Andrés no dejaba de mirar a Mateo.

Pasados varios minutos Andrés dijo que se daría una ducha, pues el viaje del aeropuerto a su casa lo había empapado en transpiración.

Mateo quedó con las mujeres, pues el resto de la familia no estaba presente en ese momento. La madre y la hermana no paraban de hablar.

No terminaban de realizar una pregunta para hacer otra y otra... Al final, las preguntas que podía responder el italiano eran la minoría.

Regresó Andrés de la ducha con el pelo mojado y vistiendo *short*. Su madre le hizo un buen repaso visual y Mateo ingresó al baño.

Andrés tenía hambre y sed. Su madre se lo llevó a la cocina y le preparó un martín fierro, o sea un sándwich de queso fresco y dulce de membrillo, y le sirvió agua fría.

—En las fotos, Mateo, no parecía que era tan lindo. ¡Qué buen gusto que tenés, nene!

—¿Y no tenés idea si quiere probar también las mujeres uruguayas?, preguntó la hermana.

Él la miró pícaro y sonrió.

—¡El tano es mío y solamente mío! ¿Te queda claro?

—Es broma, dijo la hermana. Pero... en serio, ¡qué bueno que está el tano, Andy!

4 – Agustín

Al final, a los siete meses de que se le rompiera el condón al rubio inglés dentro del cuerpo de Agustín, pudo comprobar que no le había contagiado ninguna enfermedad, por suerte.

Mientras, en esa espera, se había martirizado día y noche, constantemente, y

no tuvo relaciones sexuales con nadie. Sólo se masturbaba.

El susto le fue suficiente para que se tranquilizara y ahora quería una relación estable y que, sobre todas las cosas, existiera confianza.

La ciudad de Madrid era tan atropellada como espeluznante, y todos los excesos le podrían salir muy caros.

No había vuelto a ver a Rubén, al gallego, a pesar que lo deseaba. El salteño nunca había tenido su número de celular y no tenía forma de encontrarlo más que en la sauna.

Nunca más se lo había encontrado en ninguna parte y la ignorancia de no saber de él lo estaba dañando eufóricamente.

A nadie podía preguntar sobre Rubén y no quería volver al sitio que lo conoció, sobre todo, porque no quería caer en ninguna tentación.

Agustín, luego de tantas decepciones, quiso hacer borrón y cuenta nueva y cambió de número de teléfono y de domicilio como primera medida.

Por las noches bebía un vaso de vodka o de ron, mientras fumaba medio paquete de cigarrillos y se torturaba con la música de Joaquín Sabina.

Eran muchas cosas las que le estaban pasando y sentía que estaba retrocediendo en todo sentido: estaba a años luz de lo que quería ser.

De pronto se sintió antiguo, en el que las vivencias le decían que tenía que empezar una nueva etapa desde cero en cada aspecto de su vida.

Durante el día iba a su trabajo y no socializaba con sus compañeros ni con nadie; sólo trataba con desconocidos temas imprescindibles.

Una vez a la semana llamaba por teléfono a su gente y le contaba la verdad, quienes no hacían más que alarmarse, y eso tampoco le importaba.

Ahora, para ver si aclaraba un poco las ideas, caminaba mucho. Ya no usaba el transporte público ni el privado para nada.

Incluso a trabajar iba y venía caminando, siempre poniéndose de excusa con que debía reflexionar y reorganizar sus ideas, su vida, aunque nada de eso estaba logrando.

Agustín no era ni la sombra de lo que fue hasta que llegó a España. Estaba en un punto de no retorno y no había nadie quien lo rescatase.

Había adelgazado. Bebía mucho alcohol, fumaba impulsivamente, caminaba demasiado y la pésima alimentación no daban buenos augurios.

Una noche de viernes, luego de una interminable jornada de trabajo, fue a dar una vuelta por Chueca e ingresó a un bar de la calle Pelayo.

Sólo quería, una vez más, amortiguar el peso de la soledad a través del alcohol y dejarse llevar por los laberintos de la bebida.

Pidió una copa de vodka con limón y se sentó a la barra a disfrutar de la misma y, como siempre se aisló en su propio mundo, en un diálogo interior que no pasaba desapercibido.

De todas maneras, ni se enteró de la gran cantidad de chicos apostados que lo miraban con deseos e indiscreción.

Uno de los que lo miraba casi permanentemente era el gallego, Rubén, dislocado; sus ojos no daban crédito que veían al uruguayo.

El español se sentó a su lado y le tocó una pierna, sin levantar la vista. El tiempo se disparó y a Agustín le aterraba enfrentar ese presente.

Entonces, muy lentamente, como en una película de amor, levantó la mirada y lo sorprendió reconocer el abundante pelo castaño que estaba a pocos centímetros de su persona.

Cuando estaba observando su cabello, el gallego, temerosamente exhibió su rostro y sus ojos, y al fin se encontraron y se atravesaron como rayos láseres.

Nada de eso estaba planeado y la trama se podría desbordar en cualquier momento. Todo pendía de un débil hilo.

Se miraron intensamente y por tanto tiempo que nada les importó, algunos clientes les quedaron observando para ver qué pasaba.

—Hola, al fin musitó el gallego.

Agustín bajó la mirada y dirigió los ojos a su bebida. Rubén le agarró la mano y la acercó a su mejilla.

—Creí que te habías vuelto a tu país, agregó.

Agustín estaba tan atónito que no le salían las palabras. Se preguntaba muchas cosas y ninguna palabra expresó a pesar que su interior gritaba desesperadamente.

Y no se dio cuenta cuando una lágrima humedecía los dedos del gallego, quien, con la otra mano, aprovechó para tomar un trago de *whisky*.

—¿Qué pasa, Agus?

El uruguayo, sin pensarlo, fue rápidamente al baño y el español quedó mirando hacia el lugar al que acababa de irse.

Finalmente, Rubén no aguantó más y también fue. En la entrada se detuvo y observó cómo se estaba lavando la cara.

Luego se miró en el espejo, vio a Rubén a través del mismo y cerró los ojos. El gallego se le acercó y lo abrazó desde atrás.

El contacto con el cuerpo del español fue como devolverle el alma. Agustín se dejó llevar y no hizo nada para impedir cuando sus labios se localizaron.

Ambos, en medio del ardiente beso, quedaron tiesos, con las respiraciones

interpuestas, mirándose a los ojos como si quisiesen fundirse en el otro. Agustín continuaba con el rostro húmedo y Rubén no dejaba de abrazarlo. Otra lágrima se le escapó al salteño.

—¿Qué pasa, Agus? ¿Por qué estás así?

No hubo respuesta y se aferró al europeo como pocas veces solía hacerlo. Agustín estaba tan débil e indefenso que parecía un niño que lo estuviesen consolando.

Rubén entendió que el salteño necesitaba protección y él estaba dispuesto a dársela. Estaba decidido a darle eso y lo que fuese con tal de no perderlo más, nunca más.

Algunos clientes hicieron uso del baño y solamente se limitaban a echarles un vistazo, y cada uno seguía en su mundo.

Al fin y al cabo no estaban haciendo nada fuera de lugar, sólo estaban de pie, Rubén abrazando a Agustín y éste, a su vez, cedido a su cuerpo.

Pasaron varios minutos sin decir nada y regresaron a la barra. Acabaron sus bebidas y el rioplatense pidió otra ronda.

Rubén sólo se limitaba a observarlo. Cuando volvieron a estar servidos, el latinoamericano meneó la cabeza y suspiró profundamente.

—Nunca te pedí el maldito celular y... Quería... ¡Quería olvidarte, Rubén! Necesitaba olvidarte para siempre.

Quería conocer a alguien más y sacarte de mi mente, de mi alma, de mi corazón... De mi vida para siempre, pero... No lo logré...

La expresión del gallego, al igual que su mirada, fue un mar de incertidumbres y de preguntas que no se animó a formular en voz alta.

—Vos, cada vez, estabas más presente en cada cosa que hacía, que hago, por más que no lo quiera aceptar, por más que me duela reconocer la verdad es... así.

Sólo quería olvidarte, Rubén. Nada más que relegar de vos. Quería darte una lección para que aprendas a... ¡¡¡No importa!!! Lo siento.

El gallego, que no se esperaba escuchar esto, trató de disimular su confusión, pues se esperaba que le dijese cualquier cosa, excepto eso.

—Empecé a sentir cosas fuertes por vos y no quería que me pasase lo mismo que con mi ex... Él no... Y... Y en este tiempo me aislé por completo no sólo de vos, sino del mundo entero.

—Agus, sé que no he sido muy decidido en mis acciones...

—¡Sí que has sido!, dijo con un tono de bronca y de reproche. ¡Sí que lo has sido! Vos no querías saber nada conmigo.

Vos preferías estar picoteando con uno y otro a estar sólo con uno y... Y yo no quería eso... Yo no quiero ser segundo plato de nadie...

—En este tiempo que estuvimos sin vernos, me he dado cuenta de lo importante que eres tú para mí... De verdad, creí que habías regresado a tu país.

Y esta noche salí porque quería beber hasta emborracharme. Muchas noches pienso en ti, Agus. Estás presente en mi vida.

Ahora, cuando te vi aquí, no podía creer de lo que veían mis ojos. Pero aquí estás, ¿no? Yo te quiero. Y me gustaría empezar algo contigo, Agus.

El uruguayo no dudó en buscarle la mirada y el gallego se la concernió. Se observaron unos interminables segundos.

Ninguno estaba preparado para ese encuentro y la realidad estaba yendo más lejos de lo que habrían imaginado.

—Te quiero, Agus, dijo Rubén mientras le acariciaba la mejilla.

El europeo no aguantó más y lo comenzó a besar.

5 – Rafael

Rafael, a pesar de los méritos que venía haciendo Esteban, seguía con su actitud defensiva, aunque él sabía que caería rendido a los pies del argentino.

El entrerriano había pasado por muchas cosas en su vida. Tenía más de cuarenta años bien llevados y nunca se quitaba la edad.

La experiencia que poseía le daba seguridad y era admirable su adaptación a cada contexto social, y se amoldaba como si fuera agua.

De todas maneras, si le hubiesen dado a elegir una pareja, habría optado por alguien más de su edad. No alguien joven como Rafael; menos siendo uruguayo.

Pero el pendejo tenía cosas que lo dejaban fascinado y no sólo refiriéndose a la cama. El güacho había vivido intensamente desde la adolescencia y no cabía ninguna duda.

Esteban quería que Rafael circulara tranquilo por las calles y, sobre todas las cosas, recorrer el mundo sin inconveniente.

Deseaba hacer muchas cosas en las que siempre se necesita el documento de identidad vigente y Rafael no lo tenía.

Era consciente de que su visado había caducado y, para solucionarlo, tenía

pocas opciones, aunque, en realidad, solo veía una vía efectiva, rápida y segura.

En caso de que le facilitase una oferta de trabajo, sabía que sólo podría visitar su país de origen y eso no era lo que el argentino quería.

La movilidad era muy reducida que le otorgaba esa Tarjeta de Residencia y la validez de ese documento era demasiada breve.

Entonces le propuso matrimonio y Rafael no dudó en rehusar la oferta. No estaba entre sus planes casarse, a pesar de que no tenía la documentación en regla.

El salteño tenía clara su situación legal en España y todo lo que solucionaría un matrimonio con un argentino que ya tuviese la ciudadanía española, pero su no fue rotundo y evitó hablar del tema.

Ante ésta respuesta Esteban supo que el pendejo no solamente tenía las cosas claras, sino que no se vendería por nada a nadie.

Y eso que le estaba ofreciendo todo lo que un joven como él podría pretender. La actitud de Rafael, lejos de alejarlo, lo acercó más.

Luego de la negativa, Esteban no temía exponerse al cien por ciento, en lo que fuera, para ver si el joven se veía tentado por alguna de las cosas que el argentino le ofrecía, y en ninguna cayó.

El uruguayo conocía bien la mentalidad de los argentinos y cómo funcionaba esa psicología tan particular.

Rafael, contra viento y marea, aunque a paso de tortuga, lo que estaba obteniendo en su vida era por sus propios medios.

Cuando lograra los objetivos que se había planteado no tendría que agradecerle a nadie, mucho menos a una pareja, que cualquier día pudiera convertirse en ex.

En su empleo le hicieron la oferta de trabajo y eso lo animó, pues, a pesar de todo, no les había dicho nada a los jefes para que se la hiciesen.

Simplemente le dijeron que trajera determinados documentos porque querían regularizarlo. A partir de ese día andaba con el resguardo que le daba sosiego.

Cuando hablaba con su familia por teléfono, increíblemente para él mismo, ahora se mostraba más cercano a ellos y se atrevía a contar cosas que, en otras circunstancias, no las habría hecho.

También, aunque no era la forma en que lo hubiese querido, y como no tenía previsto volver a su país en el corto plazo, les contó que estaba saliendo con alguien.

Su familia, que no se esperaba la revelación, preguntó si era alguien de

España y si podría ser la persona que lo ayudara a sentar cabeza.

Rafael, que ya les había dicho que era gay, pero que nunca más había mencionado el tema, les dijo que era un argentino que tenía la nacionalidad española.

Lo que más le sorprendió de todo fue que, del otro lado de la línea telefónica, no hubo ninguna pausa, silencio ni nada de ello.

Sólo le dijeron que fuera feliz, que se cuidara mucho y que todos en la vida teníamos derecho a ser feliz junto a la persona que elijamos.

También, su padre le preguntó qué tal era el muchacho, y con ese término y, lo más importante de todo, era que Rafael estuviese bien.

El salteño, ante el diálogo que le resultó surrealista, no sabía qué hacer. Deseaba fervorosamente tenerlos frente a frente y poderles mirar a los ojos, y abrazarlos.

Salió del locutorio en su mundo y muchas cosas habían cambiado a partir de ése instante. Una nueva etapa se abría en su vida.

Rafael sabía que, desde que había confesado que era gay a su gente, su familia interpretó que era, en realidad, bisexual.

A alguna que otra amiga cuando vivía en Salto se la atribuyeron como amante y esas cosas nunca se terminaron de aclarar.

Ahora les había reiterado que era gay y la actitud que había tomado su gente era una señal para que dé un paso más, inesperado hasta por él mismo.

Era martes a la noche y más que querer, necesitaba ver a Esteban, pues ahora era una parte importante de su vida, y del plan que tramaba.

Era necesario que le contase lo que había decidido. Sólo le envió un mensaje y tal como lo estableció Rafael, estaba en el bar citado a las nueve de la noche.

Luego de tener las bebidas solicitadas la intriga del entrerriano iba en aumento y Rafael nunca fue bueno dilatando las verdades.

—Llamé a casa hace un rato, rompió el silencio Rafael.

Esteban sólo se limitó a asentir.

—Y les dije que estoy saliendo con vos.

El argentino lo miró con prudencia, pues se dio cuenta de que algo más venía.

—Hablé con mis viejos y mis hermanas y todos me demostraron de nuevo una naturalidad que no esperaba...

Es como que las cosas debían ser así y no de otra manera. Ahora ya no caben dudas de que soy gay y está descartada la idea de mi bisexualidad.

Bebieron de sus copas y el silencio se prolongó.

—Hay algo más, ¿no?, dijo Esteban, mientras le buscaba la vista. Los minutos fueron pasando y Esteban no quería presionar las cosas, aunque la curiosidad lo estaba carcomiendo.

—Quiero saber si aún tu propuesta sigue en pie, dijo Rafael. Esteban asintió levemente.

—Sí, claro que sí. No sé a cuál propuesta te referís, pero... Pero sí, todo lo que te he dicho y te he propuesto sigue en pie.

Rafael asintió mientras vació su copa.

—Quiero... Voy a casarme con vos, Esteban.

El argentino dejó el vaso sobre la mesa, ya que su cuerpo empezó a temblar y la sorpresa lo dejó casi en estado de conmoción.

Más pasmado quedó cuando Rafael no tuvo ningún reparo en agarrarle las manos a través de la mesa, pues el bar en el que estaban, no estaba en Chueca, ni era del ambiente gay.

—No sé lo que va a pasar entre nosotros. No sé si me estoy precipitando en ésta decisión. No sé si me voy a arrepentir en esto, pero...

Pero si no lo hago, sé que me voy a arrepentir. Me conozco y sé bien que, si no lo hago, me voy a arrepentir, añadió.

—Pero, decime, ¿a qué se debe ese cambio?

Rafael lo miró, sonrió e hizo una mueca.

—Ya te vas a enterar. Ya te vas a enterar. Todo a su momento, murmuró.

El uruguayo aplicaba muy bien los años que tenía y nadie en su sano juicio le habría dicho que era impulsivo.

Esa noche pasaron juntos en el apartamento de Esteban, ninguno lo pidió, sino que simplemente fueron a ese inmueble.

No mantuvieron relaciones sexuales para sorpresa del argentino y, sobre todo, esa fue una de las mejores noches para Esteban desde que estaba con Rafael.

Tomaron copas con hielo, a pesar de que hacía frío, comieron pizzas calentadas, fumaron cigarrillos y durmieron abrazados como si fuesen un matrimonio de noventa años que espera la muerte, juntos.

—El salteño era un chico tan fantástico y prodigioso que Esteban no dejaba de admirarse. ¿Cómo hacía para tener una actitud tan extrema, según en qué periodo estuviese?

No lo sabía, aunque el argentino estaba enamorado como nunca en su vida y no quería perderlo por nada del mundo.

Descansaron y Rafael se veía tan asequible en los brazos de Esteban, que el argentino no hacía más que aferrarlo a su cuerpo.

El entrerriano despertó primero y no quiso llamarlo, por lo que sólo se limitó a observarlo, en esa respiración tranquila que emanaba paz que tanto gustaba. Sólo deseaba congelar el tiempo, pero como sabía que era imposible, disfrutaba como nunca de esos momentos.

1 – Ignacio

Ignacio y su familia eran sensatos de que los problemas recién comenzaban para la familia Schultz-Parker y no habían opciones, más las que había dado Nacho.

Macarena no sabría decirse cómo se sentía, pues no se sentía traicionada ni engañada. Quizás, en algún rincón de su alma femenina, siempre lo supo.

Era como una especie de fraude con el cual no podía luchar, ni competir, ni hacer nada. Nunca pensó que le podría pasar esto y era lo que estaba sufriendo.

Aún era joven y ya tenía dos hijos. Su suegra, luego de comprobar fehacientemente que su hijo era gay, quiso tener una conversación con ella.

Había dudas que Maribel se quería quitar y necesitaba saber cuán ignorante había sido a lo largo de todos esos años.

La madre de Ignacio, quien siempre creyó que dominaba su mundo y todo el contexto social donde se desplazaba ahora estaba entrando en una depresión sin antecedentes.

No es que hubiese sido una ciega número uno, sencillamente no quiso ver que la realidad que le presentaba su vida era muy distinta a la deseada o a la esperada.

Cada vez que miraba a su hijo no sabría decir cuál pensamiento pesaba más en su vida. Eran muchas cosas y, a pesar de todo, no había culpables.

—Se preguntaba en qué había fallado. ¿Cómo había fracasado tanto ella, la señora de Schultz? Era una ofensa muy grande la que su hijo le estaba haciendo enfrentar.

De a poco se dio cuenta de que ella podía controlar una vida, solamente su vida, ninguna más, por más que se tratase de su propio hijo.

Y ahora descubrió que ni su vida estaba controlando ni nada de cuanto la rodeaba. A medida que avanzaban los días se sentía más endeble.

Una mañana oscura de junio, donde el frío era impertinente y ya auguraba lo que pasaría en el futuro de la familia, aunque ella no supo interpretar la realidad como se le presentaba, se resignó definitivamente.

Maribel, desde que confirmaran sus dudas y sospechas, vio a Macarena que estaba sentada en el sillón grande del *living* con la mirada vacía.

La joven no se había dado cuenta de que la estaban observando y así permaneció al margen de la realidad varios minutos.

La suegra, como si fuese una intrusa en su propia casa, dejó de dudar tanto, se le acercó sigilosamente y se sentó a su lado.

Era el comienzo de una relación que negó desde que la conoció, pues siempre vio a su nuera como una aprovechada e impostora, solamente como a una interesada.

Ese día se dio cuenta de que si no fuese por Macarena, no sería abuela por parte de Ignacio y, en realidad, la gran sacrificada, nunca fue la suegra, sino la propia nuera.

Era un mundo cambiante el que vivía y ahora se burlaba de ella. La suegra se sentó a su lado y le puso una mano sobre la pierna.

Luego de unos segundos, Macarena levantó la vista y encontró la de su suegra, donde la vio brillante e intensa como para no llamarle la atención.

A los ojos permanecieron mirándose durante varios segundos hasta que la suegra bajó la suya y ahogó un suspiro.

Macarena clavó sus ojos en el piso. Esta vez el silencio fue más aturdidor que mil voces juntas gritando a destiempo.

—Lo siento, murmuró.

Macarena miró hacia algún punto de la pared.

—Lo siento, reiteró la suegra.

—¿Por qué dice eso, Maribel?

La suegra le buscó de nuevo la mirada y, lo único que encontró, fue su perfil, el cual estaba inmóvil, sin saber qué hacer.

—Macarena, ¡quiero, necesito hablar con alguien! ¿Puede ser?

Macarena la miró asombrada y vio en sus ojos desesperación.

—¿Qué le pasa, Maribel?

—Maca, de verdad te lo digo. Sé que vos y yo nunca nos hemos llevado bien.

De inmediato la nuera le buscó la vista y la suegra no se la correspondió.

—Bueno, a decir verdad, sé que he sido yo quien ha puesto todas las trabas entre vos y yo, las habidas y las por haber y... Pero... Pero quiero que

me hables de mi hijo, por favor.

Macarena empezó a respirar profundamente.

—Maca, ¡necesito que alguien me quite la venda de los ojos de una vez por todas!

—Mire que la realidad puede ser más dura que mil puñales destinados a matar. ¿De verdad está dispuesta a escucharla?

—¡Uf! ¿Qué puede ser más duro que a mi hijo le gusten los hombres?

—Si usted lo dice... Bueno, em... A Nacho siempre lo quise. Y de hecho, me enteré de que provenía de una familia de plata a los ocho meses de habernos conocido.

Siempre que salía en las revistas, lo veía, sí, y me negaba que se tratase de él. Aun no entiendo por qué lo negó tanto...

Cuando quise conocerles a ustedes e insistí mucho... Bueno, fue cuando vine acá que confirmé lo que ya sabía, pero él me lo había negado.

Nacho nunca me quería hablar de ustedes. Sabía, sí, que estaba mucho mejor económicamente que yo, pero él me decía que me quería por lo pura que era.

Si fuese por Nacho, a pesar de todo, ya me habría acostado con él la primera vez que lo vi. Pero eso no fue lo que me enseñaron mis padres, por lo que, por más que lo deseaba e insistía, me negué.

Me negué mucho y, de hecho, la primera vez que nos acostamos fue cuando hacía casi dos años que nos conocíamos.

Ahí fue cuando empezaron mis primeras sospechas reales y no quise ver lo que pasaba realmente. Lo quería... Lo quiero demasiado y, bueno... ¿Qué le puedo decir?

Tampoco quise comentarlo con nadie porque sentía vergüenza por eso, pero... No creo que quiera escuchar esto, Maribel... Una madre nunca querría escuchar algo así de su hijo.

Las lágrimas amenazaban vorazmente a Maribel que, a pesar de todo, las mantenía a raya y trataba de no hacer ningún ruido al respirar.

—Sí, quiero saber la verdad, aunque sea dura, aunque duela, necesito escuchar la verdad.

Macarena le buscó la vista.

—La noche de bodas, después que nos sacamos la ropa y nos besamos él... Yo me di cuenta de que no estaba respondiendo como hombre.

Entró a irritarse y no le di mayor importancia. Sabía que había tomado mucho y que eso le podría estar afectando.

De todas maneras, ya sabía que desde las tres de la mañana no había probado

ninguna gota de alcohol. Y él sabía que yo estaba al tanto de eso...

¿Me entiende lo que le quiero decir? No estaba conforme con él mismo, y puso una película porno y la empezó a mirar.

A los minutos de estar viendo una escena donde había una orgía formada por varios hombres y una mujer, sí estuvo listo y...

De pronto llegó el silencio entre las mujeres y éste cayó con todo su peso, a pesar de que no tenía autorización para quedarse.

—En ese momento no le di importancia. El encuentro, al final, fue bueno y... Sólo que, en vez de practicarlo por la vagina, fue por el ano.

Él, cuando me tenía de espaldas, sentía una real fascinación por mí. Le encantaba... ¡Le encanta mi espalda! Y, sobre todo, lo que más le gusta es el sexo anal.

Después me di cuenta de que prefería el sexo anal al vaginal y siempre con una peli de por medio. Si no tenía una peli en la que había hombres, no respondía.

Prefiero no entrar en detalles porque no lo veo adecuado. Con esto tiene un pantallazo. ¿Me entiende lo que le quiero decir?

La suegra estaba enfrascada en su mundo interior como si estuviese perdiendo la cordura. De hecho, cuando Macarena dejó de hablar, no se dio cuenta.

En silencio persistieron varios minutos. De repente Maribel se levantó y sirvió dos copas de *whisky* sin hielo y le entregó una a su nuera.

La suegra bebió vorazmente y no pudo evitar que el llanto la venciese, y lo ignoró. Macarena también tomó y se sintió culpable por la confesión que acababa de hacer.

Ambas quedaron sumergidas en sus pensamientos en un profundo e intenso diálogo interior que había llegado y del que no sabían cómo salir.

—Lo siento, murmuró Macarena. Lo siento, de verdad.

La suegra la miró mientras sus ojos no dejaban de expulsar lágrimas y asintió lentamente, como si le costase hacerlo.

—No es tu culpa. Esto... Esto, en realidad, debí verlo mucho tiempo atrás. ¡No entiendo cómo pude haber sido tan ciega! ¡Qué estúpida que fui!

En ese instante llegó Ignacio y las vio. Ellas no se percataron de su presencia y el hombre las quedó mirando unos minutos.

No hicieron falta palabras ni explicaciones, nada. La causa de todos los males de su madre y su mujer, era él. La impotencia y la decepción se apoderaban de su ser.

Ignacio, vencido, se sirvió un vaso de *whisky* y fue en ese momento en el que descubrieron su presencia. Ambas lo quedaron mirando.

Él, al tener su copa entre sus manos, bebió tanto hasta que empezó a toser. Y en silencio permanecieron varios minutos.

—¿Dónde estabas?

Ignacio bajó la mirada. Como vio que su hijo no quería contestar, enarcó las cejas sin apartar la atención del hombre.

—¿Dónde estabas, Nacho?

—Fui... Fui al médico.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Acaso estás enfermo?

—No. No es nada, mami. Sólo unas pruebas que me dijeron que haga.

No es nada.

—Pero, ¿por qué te pidieron que te hagas unas pruebas? ¿Acaso te sentís mal?

—No, no. No es nada, mami.

—Y, ¿cuándo vas por los resultados?

—Me dijeron que fuese el viernes. Bueno, voy a ver si picoteo algo porque estoy en ayunas.

Y desapareció del *living*. Una vez que estuvieron las dos solas, la suegra clavó sus ojos por donde se había marchado Ignacio.

—¿Vos sabías algo de esas pruebas?

Macarena negó con la cabeza y las dos quedaron meditabundas.

2 – Alan

Alan había comprado todo tipo de alcohol, aunque nunca quedaba sin reservas, quería estar preparado por cualquier eventualidad.

No se podía quitar de la cabeza a Alejo y, sobre todo, no dejaba de pensar en la posibilidad de que en ese momento estuviese con otro.

Eso era lo que realmente le dolía y ahora el alcohol ocupaba un papel importante. Él se decía que mientras bebía no pensaba en Alejo.

Su existencia estaba dando un giro tan radical y brusco, como inesperado, pero la vida es así y siempre hay que hacerle frente.

Luego de dudar mucho, de preguntárselo mil veces y de hablarlo con sus amigas, al fin puso fecha y un sábado a la noche preparó su alcoba para acostarse con Pamela.

Los dos estaban muy nerviosos y él temía que ella no lo excitara lo suficiente. Ella era consciente de que él sólo había estado con una mujer a la cual había pagado.

En cambio, ella sí había estado con un hombre más de una vez; de hecho salió con un chico casi tres años y con Valeria solía jugar con un consolador.

De igual modo, el rioplatense tenía preparada una página web para ver películas, por si acaso, aunque Pamela llevó un DVD porno hetero.

Eligió uno así para excitarse los dos. Empezaron bebiendo cervezas para desinhibirse y que el escenario no fuese tan violento.

Hacía frío, aunque la calefacción central estaba encendida; eran los propios nervios que les estaban jugando una mala pasada.

Pasaron pocos minutos hasta que empezaron a quitarse la ropa. Ella no tardó en quedarse en corpiños^[39] y él en calzoncillo.

Eran solamente amigos y todo lo que estaban viviendo se les hacía incómodo rozando la violencia incluso. Pero ambos debían sacrificarse si querían tener un hijo.

El niño que tendría Pamela sería para que lo críe Alan, mientras que el que tuviese Valeria sería para que lo críen sus amigas.

Así lo habían acordado y todos estaban de acuerdo. Solo esperaban que no hubiese ningún contra tiempo con ninguno de los tres.

Como la cerveza no estaba haciendo el efecto deseado, Alan agarró una botella de vodka y la empezó a beber del pico. Pamela hizo lo mismo.

Se dijo que debía hacer el esfuerzo porque, sino, todo sería un fracaso. O sea que puso la película que Pamela había traído, se quitó el calzoncillo y ella también se desnudó.

La única luz que provenía era la que emitía la computadora. Por suerte el actor de la película le gustaba y le produjo la erección que tanto deseaba.

La chica de la película no estaba mal y cuando vio a Pamela que se estaba masturbando le confirmó su teoría.

Se dijo que ése era el momento adecuado y no dilató más la espera; entonces, se puso encima de Pamela y la empezó a acariciar como si fuera una obra de arte.

Ambos cerraron los ojos y se dejaron llevar. Cuando la penetró, sintió que la diferencia no era tan grande que con un hombre, era distinto.

La piel de ella era más delicada y no tenía vellos; los movimientos eran más atentos y esos enormes pechos que presionaban sus pectorales.

Por el resto no encontró diferencias. Cuando estuvo listo para eyacular, así lo hizo. Y se aseguró de que todo el semen quedase dentro de Pamela.

Luego que eyaculó, no quiso ser grosero y la siguió acariciando. Dejó pasar unos cuantos minutos para volver a ponerse la ropa interior.

Ella también se puso el bikini y el corpiño. Durante varios minutos ninguno se atrevió a decir nada y evitaban mirarse.

Bebieron ansiosamente vodka hasta que los efectos del alcohol empezaron a manifestarse, rieron con ganas y al fin se relajaron.

Entre una cosa y otra las horas se habían disparado y ya era tarde. Alan insistió y ella, al final, cedió, y durmió con él.

Valeria sabía dónde estaba su chica y qué haría esa noche, o sea que no la preocupaba. Y los celos no la afectaban.

Luego de mantener esa relación sexual, Alan quitó la película y sacó galletitas y una botella de refresco que también tenía preparada.

A continuación encendió dos cigarrillos y le dio uno a ella. Pamela sólo comió unas pocas y bebió un vaso de refresco.

Después de acabar el cigarrillo, apagaron la luz y se abrazaron como lo que eran realmente: buenos amigos que se tienen siempre.

Las horas pasaron deprisa y los sorprendió el amanecer. Las ojeras que tenían eran pronunciadas y los ojos hinchados daban lugar a varias interpretaciones.

Cuando Haydee vio por primera vez a esa chica tan linda que estaba usando el baño, quedó fuera de juego y se mordió la lengua para no preguntar nada.

No sabía lo que estaba pasando, y nadie dijo nada en ese momento. Alan decidió acompañar a Pamela cuando ella se quiso ir.

Mientras el uruguayo vio como Valeria recibió a Pamela con los brazos abiertos, se besaron y se abrazaron, no pudo evitar pensar en Alejo.

De verdad admiró a la pareja de chicas. Admiró que la relación que mantenían fuese tan sólida, pura, buena y sobre todo, donde existía la confianza.

Era probable que ahora Pamela estuviese fecundada y la descendencia del latinoamericano ya estuviese encaminada.

Con sólo pensarlo se le ponía la piel de gallina. Cuando su hijo fuese grande, al menos con edad suficiente para entender la sexualidad, le contaría cómo fue concebido.

Alan regresó a la vivienda caminando lentamente ya que necesitaba tiempo para pensar y reorganizar su futuro a corto y medio plazo.

Mirase por donde mirase, hiciese lo que hiciese, Alejo siempre estaba en sus

mente, pero era él quien había pedido tiempo. Qué más daba, ¿no?

El hispano estaba enamorado y ahora cabía la gran posibilidad de que otro ocupase su lugar. Y si eso pasaba, iba a prescindir de una pareja.

Sólo se dedicaría a su hijo. Alejo era buen hombre y, si dudaba de sus verdaderos sentimientos, Alan no estaba dispuesto a ser la sobra de nadie.

Mucho pensó mientras volvía a su domicilio, aunque no pudo sacar casi nada en limpio. El tiempo es el que tiene todas las respuestas.

Ahora, lo que lo alentaba, era que el encuentro sexual con Pamela había sido bueno. No quedaba más que esperar para comprobar que había quedado embarazada.

El niño que tendría Pamela sería su hijo, su familia, la descendencia que tanto deseaba Alan. Y la madre que había elegido era buena persona.

El uruguayo había pasado tantas carencias en su vida, tanta soledad, y ahora que sentía que encaminaba su destino, quería descargar un poco de amor en un retoño.

No para que lo acompañase cuando fuese mayor, sino para tener a alguien de su sangre para darle todo el amor que él nunca tuvo.

Cuando llegó al apartamento se cruzó con Haydee en el pasillo. Alan aún seguía en ese diálogo interior y no se dio cuenta de la mirada que le dio.

—¡Qué guapa la tía que estaba contigo!

Alan le sonrió y fue a la cocina. Ella, que no tenía nada que hacer en esa parte de la vivienda, igual fue y se puso a revisar la heladera.

El joven preparó filetes fritos con arroz mientras ella le iba preguntando. Él contestaba con sonrisas, silencios o monosílabos.

—¿Ella, la chica guapa que pasó contigo anoche, es tu novia?

Él la miró y sonrió.

—No se olvide, Haydee, de que soy gay. A mí me gustan los chicos, los hombres, no las chicas.

—No, lo decía como pasaron la noche juntos.

—Que haya pasado la noche conmigo no quiere decir que sea mi novia.

—No, yo sólo decía. ¡Ay, mi móvil!, ¿lo escuchas? Voy a ver quién es...

Y al decir eso desapareció de la cocina. El celular no había sonado. De todas maneras, Alan se había liberado de ella, al menos por ahora.

Cuando estuvo la comida lista, decidió almorzar en su habitación que era el lugar donde se sentía más cómodo.

En la tarde estuvo recostado en su cama mirando tele, aunque, lo que hacía en realidad, era *zapping*. El frío lo deprimía y no dejaba de pensar en Alejo. Se moría de ganas de, al menos, escuchar su voz. Pero no daría ningún, pero ningún paso por acercase a él. Esta vez el orgullo se impuso. Al fin y al cabo, quien estableció la distancia fue el español, y si alguien debía dar un paso hacia atrás, ése debería ser Alejo, no Alan. La realidad se presentaba de esa manera y, ¡cómo estaba extrañándolo! En cada cosa que miraba siempre lo veía a él. ¡Incluso cada voz que escuchaba en la televisión le daba la impresión de que era Alejo! Le parecía que su imagen estaba en todas partes y temía por su cordura.

3 – Andrés

La presencia de nuevo de Andrés, ahora junto a su marido, en el apartamento de Francisco Bauzá y Pedro Bustamante no pasó desapercibida para nadie.

La familia pensaba pasar otra Navidad como todos los años, sin hacer nada especial. Siempre, más o menos, la misma rutina, pero ahora tenían reales motivos para celebrar.

Mateo estaba sorprendido por el calor húmedo que reinaba en la ciudad y la diferencia de cultura en cosas tan insignificantes como el transporte público o el servicio que brindaban en los supermercados.

Sin duda, Mateo y Andrés se quedaban con el transporte, público y privado, de España, pero, en cuanto a los supermercados, Montevideo le daba diez vueltas y más a la capital española.

En el Uruguay, a pesar de que eran supermercados enormes también, y en todos los hipermercados, el servicio era personalizado.

También se sorprendió del modo que festeja el uruguayo las fiestas de fin de año, pues allá era todo en la calle.

Se formaban bailes espontáneos en todas partes, con tambores de por medio, y las chicas y los chicos no tenían problemas en bailar.

También le llamó la atención como puede variar tanto la música de una vivienda a la otra, siempre a todo volumen, claro.

En una podía haber música tropical y en la otra el *rock and roll* era el protagonista. No le costó deducir cuál es la música típica aunque no lo

sedujo.

El tano siempre se dejaba llevar por los laberintos que se formaban a veces en determinadas partes de la ciudad y se veía atraído por todo lo desconocido.

Con Andrés también fue al Mercado del Puerto y ahí descubrió los famosos asados que tanto añoraba su pareja.

Andrés le explicó la diferencia que había entre un asado y una parrillada. Andrés primero le hizo comer asado de vacío y dejó para otro día la parrillada, así disfrutaría realmente de los dos.

Como no se esperaban la llegada de ninguno, tuvieron que hacer espacio en el apartamento. Ellos eran un matrimonio y le dejaron su antiguo dormitorio, donde ahora dormía su hermano menor.

Otro de los hermanos ya no vivía ahí, sí la hermana, aunque ella siempre tuvo su propia alcoba. Y el hermano menor durmió en la habitación que ahora hacía de biblioteca, en un sofá-cama.

El veinticuatro de diciembre se levantaron cerca del mediodía. En el cuarto había aire acondicionado aunque Mateo era consciente de que hacía mucho calor.

Se dieron una ducha y fueron a la terraza. La madre no tardó en sumarse a ellos, con el mate de por medio y sin dejar de sonreír.

Andrés tomaba un mate tras otro y Mateo no entendía como, con el calor que hacía, pudieran beber esa yerba con esa agua tan caliente.

Llegó un momento que Andrés le insistió tanto para que tomase uno que él, al final, cedió. Dio un grito cuando se quemó, pero no se dio por vencido y lo intentó de nuevo.

Ésta vez dijo que no le gustaba, que estaba muy amargo y que le revolvería la tripa. Andrés, cómplice con su madre, rió.

Entre tantas cosas, idas y venidas, no habían hablado casi entre ellos; enseguida que llegaron, Andrés quiso llevarse a su marido a las partes más emblemáticas de la ciudad.

La madre se sentía afortunada y en realidad, ese era el primer momento que tenía para estar con ambos, tranquilos.

—¿Qué temperatura anuncian para hoy?, preguntó Andrés.

—Como ayer, cuarenta y uno...

—Me gustaría llevar a Mateo a otros departamentos.

—Pero al final, con nosotros, no van a estar nada, Andy.

Andrés, de pronto, quedó enfrascado en sí mismo, mientras Mateo no le apartaba la mirada.

—Mami, y si ustedes vienen con nosotros.

La madre, que no se esperaba escuchar eso, lo miró.

—Sí, mami. ¿Qué te parece? Nosotros hicimos miles de kilómetros. Yo no sé cuándo vamos a volver y quiero que, al menos, Mateo no se vaya sólo con la imagen de Montevideo.

Ella sólo se limitó a asentir brevemente. Luego quedó bebiendo un mate en un diálogo interior que llegó sin permiso.

—Mami, estos días que vamos a estar acá, a mí me gustaría sacarle todo el jugo posible y tampoco es tan caro con el euro.

Ella lo miró.

—Y, ¿dónde te gustaría ir, Andy?

—No sé. Pero, al menos, un día me gustaría que fuese a Punta, para que vea el contraste que hay con Montevideo.

Que estemos un par de días en la Ciudad de la Costa. Ir a Lavalleja, o a Rocha. Sí, a Rocha, con las dunas que tiene. Sé que le va a gustar mucho...

—Y las termas, dijo Mateo, donde ambos no dudaron en mirarlo y sonreírle.

—Veo que lo tenés bastante asesorado del Paisito.

—Uno valora lo que tiene, cuando lo pierde... o lo deja...

—Ya dejalo hablar a él.

Hizo una pausa mientras le buscaba la atención.

—Sos italiano, ¿no?

—Sí, soy de Sopramonte. Es un pueblito de Trento.

Mateo cerró un instante los ojos y suspiró, recordando.

—Y, cuando tenía diez años fuimos a vivir a Milán y después, cuando murió papá, mamá quiso ir a España porque allí tiene una hermana, la única familia que le queda, sin contar a mí hermana y a mí.

—Y decime, Mateo, ¿cómo se te ocurrió este viaje?

—Y mire, Andy siempre me ha hablado de su tierra, de su gente, de sus cosas, de cuánto los echa de menos y... Y yo por él haría cualquier cosa. Le comenté lo que estaba pensando hacer a mamá y a Donatella, mi hermana, y les pareció una buena idea. Yo también tenía ganas de pasar el Atlántico.

—¡Y él es muy buen cocinero! Si no fuera por él, mis comidas serían congelados y enlatados, dijo Andrés.

Miró a su madre.

—¿Qué te pasa, mami? ¿En qué te quedaste pensando?

Ella le echó un vistazo.

—En el viaje... En conocer otros lugares... Ustedes se quedan hasta fines de enero, ¿no?

Ambos asintieron.

—Pues bien. Ya veremos qué es lo que sale... Mateo, ¿no vas a desayunar nada?

—Tengo calor. Sólo voy a beber un zumo...

—¿De qué lo querés?, preguntó Andrés.

—De melocotones.

—Pará que te lo traigo.

Andrés se puso de pie y fue a la cocina.

—¡Ay!, la diferencia idiomática... Hablando de eso, no te escuché decir...

Y, al decirlo, le buscó la atención a Mateo.

—Andy ya me aclaró las palabras prohibidas.

Ambos rieron. A la noche, la mesa estaba servida con asado hecho a las brasas, ensaladas, rusa y mixta, y pollo al horno.

Las botellas de refrescos se iban trayendo a medida que se consumían y la cerveza Pilsen era lo que se terminaba más rápido.

La cena fue tranquila, dentro de lo que cabe, ya que todos querían hablar con Andrés y Mateo, a quienes no dejaron casi comer tranquilos.

Luego la madre retiró las cosas más grandes de la mesa y trajo budín inglés y pan dulce, para que cada uno se sirviese a su gusto.

Al italiano le llamó la atención que, con la temperatura que hacía, la mayoría de las comidas fuesen con tantas calorías.

Claro, eran ex-colonia española y sus abuelos o padres eran, en su mayoría, del Viejo Mundo y las costumbres aún se conservaban.

El tano, cada cosa que probaba, la disfrutaba con una elegancia y sensualidad impresionante que no dejaba indiferente a nadie.

A él le gustaba cocinar y se había dicho que, varios de los platos, los haría en Madrid. Andrés, en más de un momento, clavaba sus ojos en él, fascinado.

—¡Qué lástima que no vinieron para la noche de las luces!, dijo la hermana.

—¿Qué es la noche de las luces?, preguntó Mateo.

—La Noche de las Luces es el ocho de diciembre, el Día de la Virgen, y es el día que se hace el árbol de Navidad de forma oficial.

En la costa, de hecho, en la playa de Pocitos que está cerca de acá, largan fuegos artificiales por veinte o treinta minutos más o menos.

La verdad es muy lindo el espectáculo que se forma. Viene mucha gente y, generalmente, ese día no hace mucho calor, a pesar de que sea diciembre. De repente empezaron a escuchar ruidos.

—¡Ya son las doce!, se adelantó a decir la madre, mientras se ponía de pie.

Tenía preparada una botella de *champagne* a su lado y acercó una bandeja con copas. Mateo no se quería perder nada y rotaba su mirada de un lado hacia el otro de forma continua.

4 – Agustín

Agustín hacía tiempo se había enamorado de Rubén, aunque no quería reconocérselo, pues sentía pánico ante la idea de entregarse al amor.

Ése no era el plan de su vida y, cada vez, se le estaba haciendo más difícil la situación, sobre todo por el cambio que había dado el gallego.

Y con todo lo que había vivido en Madrid, ahora le estaba agarrando manías a la capital española; en realidad no eran más que paranoias.

Decía que, fuese por donde fuese, siempre había algo que recordaba algún mal recuerdo en la ausencia de Rubén.

Decía también que le pesaba la soledad de las noches y que el descanso en su vida era un recuerdo lejano que añoraba demasiado.

Si en su ciudad natal no le gustaba prácticamente nada la vida nocturna, ahora en la capital de España le gustaba mucho menos.

Se planteó otro cambio y no lo consultó con Rubén mientras decidía. Primero quería convencerse a sí mismo y estar seguro de que no daría un paso atrás.

Al principio se dijo que quería irse al sur, pues suponía que en la costa las cosas serían distintas a todo lo que estaba acostumbrado.

Le daba vueltas a esa posibilidad y la idea no le terminaba de cuadrar, sobre todo en el verano, con la gran cantidad de gente que frecuentaba la zona.

Una madrugada, en el apartamento de Rubén, luego de mantener relaciones sexuales y mientras bebían cervezas en latas, Agustín planteó la posibilidad.

—Quiero irme de Madrid, arrancó diciendo.

El gallego sólo se limitó a mirarlo.

—Necesito un cambio radical en mi vida y no quiero quedarme más en Madrid.

Pasaron los minutos sin que mediaran palabras.

—¿Qué te parece la idea, Rubén?

El español bebió un trago de cerveza.

—Y, ¿a dónde te gustaría ir, Agus?

—A Galicia, y no dudó en sus palabras.

Rubén quedó dislocado ante la declaración, pues nunca imaginó que le diría eso.

—Y, ¿en qué vamos a trabajar allá?

—Algo va a salir. De hecho, siempre sale algo y... Vos sabés cómo funciona Galicia, o sea que...

—Como sé cómo funciona, fue que me vine a Madrid.

El silencio se volvió a instalar entre los dos.

—Necesito un cambio radical en mi vida, Rubén. De verdad te lo digo.

No es un capricho. Incluso te diría que es un tema de supervivencia.

Mirá, había pensado en el sur, pero ahí yo sé que no encuentro la solución. En el sur, sobre todo en el verano, va mucha gente y yo no quiero eso.

—En Galicia también va mucha gente. Además, no creo que te guste tanta lluvia ni frío...

—Me acostumbraré. Pero necesito salir de Madrid cuanto antes. Hace días que le vengo dando vueltas a la idea y yo creo que, Galicia, puede ser un buen destino.

Creo que ése es el cambio que necesito en mi vida. Sé que estoy siendo egoísta con ésta decisión, pues estoy pensando sólo en mí, pero...

Si no fuera absolutamente necesario como veo que es, Rubén, ni siquiera te lo plantearía. ¿Me entendés lo que te quiero decir?

—Déjame pensar, al menos, unos días. Si te respondo ahora la respuesta va a ser no. Déjame ver si se me ocurre algo...

A partir de ése instante Agustín no hacía más que buscarle defectos y problemas que veía, según su criterio, en Madrid.

No es que le trajera realmente malos recuerdos, él quería un cambio principal en su vida y fue por eso que se le ocurrió la idea de radicarse en Galicia.

Rubén llamó a su familia y les planteó la posibilidad de regresar a su tierra natal, con un “amigo”. El gallego no decía nada acerca de su vida privada a su gente.

El europeo preguntó por la posibilidad de algún trabajo y el padre le dijo que en un tambo estaban necesitando personal.

Que los que trabajaban ahí se fueron para Alemania tentados por un inglés que les ofreció trabajar las tierras que tenía ahí.

El español no se lo pensó y le dijo al padre que le reservaran dos lugares que, en unos días, su amigo y él estarían ahí.

Agustín, cuando lo supo, ni lo dudó, renunció a su trabajo y juntó las pocas cosas que tenía para irse a emprender una nueva vida a un sitio tan distinto a lo que siempre estuvo acostumbrado.

Rubén, lleno de dudas y miedos por su futuro, también renunció a su trabajo y tardaron varios días en pagarle la liquidación^[40].

El gallego no estaba seguro de querer dar el paso que estaba a punto de realizar, pero también veía la posibilidad, al fin, de salir del armario con su familia.

O quizás no fuera necesario, él ya había pasado los treinta años y nunca había presentado a ninguna amiga ni, mucho menos, a una novia, a su gente.

Tampoco les hablaba de ninguna chica. Sólo una vez, ahora hacía diez años, llevó a un amante a cenar con su familia con la esperanza de que lo presionaran y él les confesara que era gay.

Agustín, siendo como era, en realidad, lo que podría hacer sería fomentar el proceso y el gallego quitarse el peso de encima que lo acompañaba desde el día en el que nació.

Llegaron a A Coruña un sábado y, para no variar, llovía intensamente y había una brisa helada que disminuía la sensación térmica.

Agustín dijo que no le importaba cómo estaba el tiempo en ese momento. Él quería un cambio y, de hecho, lo estaba obteniendo.

Además, estaba apostando fuerte con el español y con Rubén había comenzado verdaderamente una relación pensada a largo plazo.

Su pareja no le había dicho nada al uruguayo qué papel ocupaba él en su vida para su familia, por lo que el salteño dio por hecha determinadas cosas.

En realidad lo que quería el gallego, era acelerar lo que sí o sí se sabría tarde o temprano, y prefería que fuera antes a después.

Primero fueron a la casa de los padres de Rubén, personas de campo que, cuando vieron a Agustín, lo miraron con cierta particularidad.

El latinoamericano no tardó en darse cuenta de lo que sucedía y fue bastante cuidadoso en su actitud y sus palabras.

Las valijas habían quedado en el *living*, al lado del sofá que Rubén usaba de niño, aunque, para Agustín era todo nuevo y, con discreción, trató de quedarse con la mayor cantidad de detalles.

Era una casa baja y, a través del tejado de chapas y con cielorraso de madera, se escuchaba el rumor constante de la lluvia que caía con fuerza.

La madre, una mujer amable y con mirada afable, no dudó en servirles empanadas gallegas y café con leche caliente.

Al principio hablaron en gallego y Agustín no se enteraba casi de lo que charlaban aunque aparentaba entender más de lo que captaba.

Aludieron al tiempo e intercambiaron formalidades, pero Rubén no quiso esperar más y arrancó el tema que realmente le interesaba.^[40]

—*Pai, aínda sobre a proposta de produtos lácteos?*

—*Por suposto, Ruben. Eu falei con Jose Antonio e me dixo que o traballo é o seu. Agora tamén era Xesús e tamén precisa de alguén para vivir alí.*

Parece increíble, pero agora ninguén quere vivir no campo. Como o campo é unha cousa mala. Estes mozos hoxe non teñen respecto pola terra ou algo!

—*Eu quero ir falar con José Antonio.*

—*Vai? Espere un pouco de choiva parada,*^[41] la madre se apresuró a decir. *Pero a noite aquí. Eu non creo que hoxe é José Antonio. En calquera caso, el sabe que chegar a próxima semana.*^[42]

Hizo una pausa y agregó mirando al rioplatense: *E, onde está? Dende que chegou non dixo unha palabra nesta casa.*^[43]

Agustín sonrió.

—*Eu son do Uruguai.*^[44]

—*Ah, aí, hai moitos galegos esas terras, non?*

—*Se*^[45], dijo Agustín mientras sonreía y miraba a su pareja.

Rubén enseguida se dio cuenta del motivo real de la sonrisa de su pareja, se puso de pie y empezó a mirar su casa de la infancia.

No había cambiado casi nada. Aún seguían los muebles viejos, la alfombra donde él jugaba en los días invierno, su foto de la primaria, la mesita ratona que les había regalado su abuela.

Sus padres se miraron discretamente y se dieron cuenta de cuánto extrañaba Rubén su casa, su mundo, todas esas cosas.

El gallego regresó a su dormitorio y el mismo seguía intacto, como si recién hubiese salido, la única diferencia era que estaba limpio.

La madre se ocupaba de mantenerlo impecable. El hombre agarró los viejos soldaditos que seguían decorando la cómoda y pareció regresar en el tiempo.

Los recuerdos aparecían a montones, con libertad, y no sabía cómo enfrentar los mismos. Agustín lo había seguido y lo observaba en silencio.

El salteño cerró la puerta y quedó de pie, observando a su pareja. Rubén, cuando percató su presencia, sólo se limitó a mirarlo. El gallego tenía la

mirada brillante y los ojos humedecidos.

5 – Rafael

El cinco de enero de dos mil siete Rafael y Esteban se casaron en el ayuntamiento de Campillo de las Ranas, en una ceremonia muy íntima.

De luna de miel fueron dos semanas a recorrer la comunidad Andaluza, pues a Rafael le hacía ilusión ese destino.

Además, Esteban se había jurado a sí mismo que, cuando volviese de nuevo a ese lugar, lo haría con alguien a quien amase.

Se fueron a vivir al apartamento que tenía Esteban y, de la noche a la mañana, la realidad de los dos cambió radicalmente.

No fue difícil la convivencia aunque el cambio se hizo notar. El apartamento era de dos dormitorios y Rafael propuso, desde antes de estar casados, que cada uno ocupara una alcoba.

A Esteban no le hizo ni pizca de gracia este planteamiento y el uruguayo no se mostró flexible de ninguna manera.

Rafael tenía claras las cosas y así se lo hizo saber a su pareja. En realidad tenía miedo de la convivencia y pensaba que si cada uno tenía su habitación las cosas irían mejor.

Cuando a cada uno le apeteciese estar con el otro, podría visitar el dormitorio vecino, y cuando alguno prefiriera estar a solas, el otro debería respetar ese espacio y la decisión.

Esteban, luego, pensando fríamente en lo que planteó Rafael, se dio cuenta de que ésa podría ser la receta para que el matrimonio fuese bueno y duradero.

Rafael aún no había recibido noticias de su documentación, ahora la solicitó por arraigo familiar porque Esteban ya era un ciudadano español.

El argentino se alegró mucho ante la decisión de su pareja de regularizar sus papeles, ya que quería recorrer con él distintas partes del mundo.

Los negocios de Esteban iban bien y él sólo, de vez en cuando, verificaba las cuentas. Nunca nadie sabía cuándo las miraría y, hasta el ahora, no había descubierto ninguna anomalía.

Rafael, a su familia le había dicho que estaba arreglando la documentación ya que había contraído matrimonio con el argentino que les había comentado hacía un par de meses.

Enseguida que dio la crónica, la familia le preguntó cuándo iría a visitarles,

pues se le extrañaba mucho y, una vez más, el salteño quedó sin palabras.

Rafael les dijo que todavía le faltaba esperar un mes para tener el documento entre sus manos, que aún no quería viajar, aunque ya podría hacerlo.

A Esteban le planteó la posibilidad del viaje quien, en un principio, le dijo que sí, pero sin pasar por la Argentina, decía que no era la hora para regresar a su tierra natal.

Aunque el uruguayo insistió, no logró sacarle el verdadero motivo por el que no quería viajar a su patria. Algo raro pasaba.

El salteño descubrió que el entrerriano escondía más cosas de las que se hubiese imaginado y eso le molestó bastante.

Lo estaban tomando por boludo y, una de las cosas que no toleraba, era la mentira. Era por eso que no quería salir con otro argentino.

Un argentino fue el que le había mentido y desecho el corazón, y ahora se encontraba con que se había casado con uno.

—A partir de ése instante, la mente de Rafael empezó a especular sacando conclusiones. ¿Qué era lo que escondía su marido?

No, no podía saberlo. Rafael estaba seguro de que cuando se supiese la verdad se iba a armar una gran hecatombe.

El joven conocía, por experiencia propia, que todos los argentinos eran embusteros y él había sido víctima de uno de ellos.

No quería tener este concepto, pero todos los hombres con los que había salido de ese país le habían confirmado su teoría.

Había cosas que no estaban bien y así, mientras Rafael hacía la vista gorda, fueron pasando los días, las semanas e, incluso, los meses.

Contra la voluntad de Esteban, Rafael seguía trabajando, él aducía que no quería ser un mantenido y, si se quedaba todo el día en la vivienda, se aburriría.

Una mañana que el argentino había ido al médico y al uruguayo le tocó librar en el empleo, Rafael decidió hacer limpieza.

Y como estaba pensando viajar a su tierra, quería, al menos, dejar todo limpio. Una nueva etapa ya había comenzado en su vida.

La semana anterior había levantado su Tarjeta de Residencia de Régimen Comunitario y varios caminos se abrían en el horizonte.

En el fondo del armario empotrado encontró una bolsa de papel la cual había sufrido los rigores del paso del tiempo, y le llamó la atención.

Nunca antes la había visto y Esteban no le comentó nada, o sea que se tomó la libertad de agarrarla y revisar su contenido.

Primero se encontró con la foto de Esteban unos años más joven. El argentino no había cambiado mucho y en esa foto estaba sonriente.

Luego se encontró con la foto de un bebé, el cual tenía unos ojos idénticos a los de Esteban. Las dudas de Rafael, cada vez, aumentaban más.

Después extrajo la imagen de un niño de unos dos años que vestía el equipo de River Plate, al igual que Esteban. No quería aceptar lo que estaba descubriendo.

También vio la foto de una mujer muy atractiva que tenía a otro bebé en brazos mientras Esteban la abrazaba desde atrás.

El uruguayo empezó a rotar la vista de una imagen a la otra, tratando de encontrar una explicación, y la misma no quería aparecer.

—¿Qué estaba pasando?

La verdad sería dura si llegara a ser lo que acababa de descubrir. Entonces, para hacer las cosas lo mejor posible, optó por elaborarlas del modo inverso.

Ordenó todo de la forma más meticulosa y rápida que pudo, dejando el sobre en el mismo sitio en el que lo había encontrado.

Cuando todo volvió a estar como antes, se recostó sobre la cama, con las manos debajo de la nuca, tratando de hallar una respuesta que justificase a su marido.

Esteban, cuando apareció por la puerta, sonrió, pero Rafael, al estar tan abstraído en sus cavilaciones, no se dio cuenta de su presencia.

El argentino se acercó, le dio un beso en los labios y lo quedó mirando. El salteño seguía en su mundo y el entrerriano se dio cuenta de que algo más pasaba.

—¿Qué te pasa?, preguntó Esteban.

Hubo un momento de silencio hasta que Rafael le buscó la vista.

—Nada, murmuró Rafa.

El tono del salteño no era creíble y él era malo mintiendo. Esteban le acarició en la mejilla con el dorso de la mano y sonrió.

—Te veo distante. Estás en la luna, Rafa. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿De verdad?

—De verdad. No me pasa nada. Ahora estaba pensando en mis viejos, mis hermanas... No sé... Creo que, a pesar de todo, los extraño.

Resopló con fuerza y agregó:

—¿Cómo te fue en el médico?

—¡Bien! Eran exámenes de rutina. Nada importante.

El salteño clavó sus ojos en él.

—Esteban... Me gustaría saber más cosas de tu vida...

Al hacer el comentario, sintió la mirada de su pareja.

—¿Qué quieres saber, Rafa?

—No sé. Hay veces que sé tan pocas cosas de tu vida que te me hacés un tipo casi desconocido. Es extraño, ¿no?

Esteban meditó lo que diría, hasta que suspiró y clavó sus ojos en el suelo.

—A veces... Hay veces que la vida, que el destino es cruel con las personas como para compartir momentos intensos...

Y desagradables con las personas que queremos. El pasado, nada mejor, que esté olvidado, enterrado, realmente anulado.

—El pasado es la principal razón por las que tenemos este presente y... según cómo sea el presente, será lo que tendremos en el futuro.

Rafael le buscó la vista y no la encontró, aunque insistió. Esteban había quedado sumido en sus pensamientos y Rafael se preguntó qué estaría pensando.

1 – Ignacio

Ignacio lloraba rendido en un rincón de su morada, sin saber qué hacer, pues la realidad lo había superado considerablemente.

Nadie en su casa sabía dónde estaba ni, mucho menos, lo que estaba pasando. A su lado tenía un sobre con los resultados de los exámenes médicos que acababa de levantar.

En ese instante escuchó que Fabricio, su hijo mayor, correteaba incansable por el pasillo. Ese gesto lo puso en una fragilidad mayor.

Entró sigilosamente Macarena al dormitorio y se detuvo asombrada a observarlo, pero el hombre no percató su presencia.

Pasados unos minutos se le acercó y se agachó a su lado. Allí vio, a su lado el sobre, y no se atrevió a tocarlo, pues temió lo peor.

Su mujer le puso una mano sobre el hombro y él la miró con aprensión mientras las lágrimas se le multiplicaban. El miedo crecía en su mujer.

—Lo siento, murmuró él entre el llanto y los mocos.

La joven no hacía más que desviar los ojos de los papeles a su marido.

—Lo siento. De verdad, lo siento. Ya no se puede hacer nada. Éste es el fin. El fin, Maca. Todo acabó.

Macarena lo escuchó en silencio sin saber qué hacer; estaba tan consternada que no se atrevió a preguntar nada.

—Lo siento... Fue mi culpa... ¡Por maricón! ¡Por maricón me pasó esto!

Macarena, a medida que pasaban los segundos, se sentía más confusa y miraba interrogante el perfil de su marido y los papeles que yacían cerca.

—Hacete vos también las pruebas.

Y, cuando dijo esto, las peores premoniciones de la mujer se confirmaron. Ella quedó desencajada, era un golpe descomunal el que estaba recibiendo.

El tiempo pareció detenerse para los dos, aunque el hombre continuara llorando y moqueando, y respiraba con dificultad.

Ella suspiró y se atrevió a leer lo que decía el papel que descansaba en el suelo. Sus manos temblaban tanto como las hojas caducas en otoño.

De pronto los ojos de la joven se le empañaron y veía borroso. Ella no apartaba la atención del símbolo de + positivo en el papel.

Macarena, con un sobreesfuerzo considerable, se puso de pie y trató de mantener el equilibrio. Miraba con miedo y desesperanza a su marido y a todo cuanto la rodeaba.

La anarquía y la perplejidad también la atraparon y ella no tenía armas para protegerse. Su mundo estaba cambiando como nunca pensó que lo haría.

Alguien golpeó la puerta de la alcoba y Macarena, al escucharla, no dudó en mirar hacia Ignacio, quien le fue indiferente.

La puerta volvió a ser golpeada, y ella, con cuidado, se acercó y la abrió. La suegra, cuando la vio, quedó pasmada; el aspecto que mostraba la joven daba pena.

Macarena se hizo a un lado y la suegra entró y echó una mirada hacia todo el recinto. Finalmente, quedó observando a su hijo.

Luego, le buscó la vista a su nuera, pero ella estaba mirando hacia abajo. Las dudas la azotaron y una lluvia de agua salada llegó a su conciencia sin tener protección.

Maribel se acercó a su hijo y le agarró las manos. El hombre no le hizo caso y ella desvió los ojos entre el joven, su nuera y los papeles en el suelo.

Maribel quedó mirando los resultados, temiendo con lo que se podría encontrar. De todas maneras, dejó de dudar tanto y los agarró.

De repente, se le cayeron y los ojos adquirieron dimensiones colosales. Era demasiado duro lo que acababa de confirmar.

Había perdido las fuerzas y el mundo se le tambaleó a partir de ése instante.

Se sentía tan superada que dio la imagen de estar perdiendo la cordura. Luego clavó la vista en su retoño y éste continuó sin hacerle caso. Algunos lagrimones empezaron a recorrer el rostro de Maribel.

Todo estaba perdido y ella no podía creer que las cosas hubiesen ido tan lejos. El presente se reía de ella como nunca antes lo hizo.

Quizás, si ella no hubiese querido tapar el sol con un dedo y hubiese aceptado a su hijo gay, hablando sobre sexualidad, no estarían pasando ahora por ese trance.

Pero ahora era tarde. Ahora era demasiado tarde. No se puede volver en el tiempo y ése era un castigo por querer cambiarlo.

Maribel pretendió hacer un hijo hetero, cuando, desde la cuna el joven quiso ser mujer, al menos tenía los mismos gustos y deseos.

—Ya no le importaba el qué dirán. Pero, ¿de qué le servía saberlo ahora? Era tarde para todo, para todos, y su hijo estaba apestado por el virus maldito.

¡Maldición! ¿Qué se podría hacer? Su hijo era muy joven, recién tenía veintisiete años y no se merecía morir siendo tan joven.

Maribel trató de recuperar algo de su juicio y sacudió la cabeza alejando nefastas reflexiones que la hostigaban. Enseguida se retiró y Macarena la siguió.

Mientras, los niños jugaban a un lado en el *living* en un clima ajeno al que estaban viviendo sus padres y su abuela.

Las caras contrapuestas estaban presentes bajo el mismo techo: la inocencia era indiferente al dolor y resignación que provocaba una noticia.

La suegra sirvió dos vasos de *whisky*, le alcanzó uno a su nuera y ambas bebieron insaciablemente. Nada más les interesaba.

No era el momento ni el día para emborracharse, pero, ante la desesperanza y la resignación, era la única salida que encontraron.

Macarena, ese mismo día, a última hora de la tarde, también se hizo la prueba del VIH y la espera de dos días se le hizo eterna, punzante e interminable.

Incluso imaginaba el instante en el que el doctor le confirmara la peor noticia y ella quedaba de pie paralizada, observando al profesional, sin saber qué hacer.

Con Nacho usaba condones; sin embargo su hija nació porque Ignacio pinchó los preservativos, y eso lo supo cuando revisó cada uno de los profilácticos.

Si Ignacio quería tener otro hijo era seguro que habría agujereado los condones de nuevo, por lo que era seguro, si había hecho eso, que ella

también estaría contagiada con el virus del SIDA.

Contaba las horas y los minutos para que le dijese, de una vez por todas, los resultados finales y quitarse esa opresión que no la dejaba vivir.

No obstante, Nacho se había vuelto inapetente y empezó a decir que prefería morir por inacción a por causas de ese maldito virus.

El panorama en la mansión Schultz-Parker no era el mejor y cada uno, drásticamente, debió amoldarse a una realidad que se les hacía tan desconocida.

Al fin Macarena obtuvo los resultados y la sorpresa fue impactante en el amplio sentido cuando ella descubrió que no estaba contagiada.

Se mostró contrariada, turbada, pues se había hecho tanto a la idea de que estaría también infectada, que sus piernas no le respondieron.

El médico le ofreció para que fuese a un psicólogo y ella fue tan absurda en su respuesta que el profesional prefirió ser prudente.

No era la primera vez que trataba un caso así y, lamentablemente, tampoco sería el último. Nunca tuvo dos casos iguales.

De todas maneras el hombre debía tener cuidado para no estropear el apellido Schultz-Parker el cual era uno de los más célebres de la región del MERCOSUR.

Dentro de la cordura que le quedaba a Macarena, pidió que le reiteraran las pruebas y el médico no puso ninguna objeción.

Era lógico que solicitase la reiteración del examen. De todas maneras, Ignacio se estaba dejando morir de a poco.

Ahora nada más le interesaba, ni siquiera cuando sus hijos lo reclamaban con sus vocecitas cantarinas para que jugasen todos juntos.

Todo estaba quedando fuera de lugar y ése no era el final que Nacho habría buscado, pero se decía que debía pagar por su error.

En el segundo resultado que le hicieron a Macarena le volvió a dar negativo y, esa vez, sí se mostró más segura y un poco de alivio sintió.

De todas formas, le dijeron que la prueba debía repetirse a los seis meses. Ante tantas dudas y lecturas sobre el tema, se estaba obsesionando.

Quiso que a sus hijos también les hiciesen los exámenes y que le volvieran a hacer a su marido. Le costó convencerlo, pero, al final, lo logró.

A pesar de todo, el resultado del hombre seguía siendo el mismo. Los médicos le dieron una cátedra de lo que debía hacer y lo que tenía que evitar.

Luego que el profesional estuvo más de una hora hablándole, Ignacio miró fijamente a ese hombre con los ojos vacíos.

—No se preocupe, doctor. Yo no me voy a morir por el SIDA. Si la muerte está rondando mi puerta, seré yo mismo quien le dé la entrada. Él, que no se esperaba escuchar algo así, quedó dislocado. Nacho se había convertido en suicida y había que tener mucho cuidado. El médico, luego de reflexionar, llamó a su madre, a quien conocía desde hace años, y le dijo lo que había comentado Ignacio. La madre estaba desgarrada por cada poro de su cuerpo y esa revelación no hizo más que hundirla un poco más por si cabía. Ahora las hermanas de Ignacio estaban mucho más tiempo en la mansión, sobre todo por Maribel que cada vez empeoraba más. Y Nacho rondaba como sonámbulo por los pasillos, siempre alejándose de la gente, sobre todo de la presencia de sus niños. El vodka lo bebía casi como agua y ningún alimento sólido probaba. Las ojeras y la decadencia física era, cada vez, más manifiesta. Continuamente se torturaba y se culpaba por lo que le estaba pasando. Se preguntaba, una y otra vez, quién había sido el hijo de puta que lo contagió.

—¿Cómo pudo dejarse penetrar sin condón? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué? Una y otra vez, siempre la misma pregunta. Se lo cuestionaba constantemente y el abismo en el que se sumergía, a medida que pasaban los minutos, era más grande. Era su culpa por haberse dejado penetrar sin condón. Era una lección que debía aprender aunque el precio que debía pagar era demasiado caro. Ahora sentía que su vida valía nada y eso le dolía. Trataba de pasar por alto, casi sin éxito, en todo lo que se perdería de la vida, y lo que más le dolía era que no vería crecer a sus hijos.

2 – Alan

Alan, que continuaba con la idea fija de ser padre, a la semana repitió el proceso de acostarse con una mujer, esta vez con Valeria. Lo que realmente le llamó la atención de este encuentro, fue que apenas había probado el alcohol y no sentía casi nervios. Y con Valeria tampoco miró ninguna película porno. La erección la tuvo

antes de que se quitase la ropa y el cuerpo de ella exploró más que con Pamela.

La besó con ternura, con pasión, con deseo y se dio cuenta de que le gustaba lo que estaba haciendo, de lo que estaba sintiendo.

En esos momentos sólo se dejó llevar. No quería hacerle daño; ella nunca había estado con un hombre y, para sorpresa de sí mismo, la excitó de una manera increíble.

No sabía lo que estaba pasando y ése no era el momento de ponerse a analizar nada. Pero sí era consciente que algo había cambiado en su interior.

El rioplatense extendió al máximo tiempo posible la eyaculación y, cuando acabó, fue una sensación única, placentera, sin precedentes incluso.

Él estaba seguro de que nunca había sentido algo así con ninguno de los hombres con los que había estado y comenzó a confundirse.

Luego, como si fuesen amantes experimentados que sacian una vez más sus apetitos sexuales, encendió un cigarrillo para cada uno y ella pidió algo de beber.

Como la otra vez, tenía preparada varios tipos de bebidas y una conservadora^[46] con hielo en la que había puesto las cervezas.

Le alcanzó una lata de cerveza y se quedó con otra, pero no podía dejar de observar fascinado el cuerpo de Valeria tan perfecto que ahora le estaba llenando de interrogantes.

Ella era realmente hermosa. Valeria, con lo linda que era, podría tener a la persona que quisiera a su lado, no importaba si hombre o mujer, pero sí a quien se propusiera.

Pamela tenía otro tipo de belleza y Valeria objetivamente estaba enamorada de Pamela, de lo contrario no estarían juntas.

Además, Alan era consciente de que las dos chicas tenían lo justo y necesario para vivir el día, nada más. No cabía el derroche material en esa relación.

Desde que Valeria salió del armario, se vino a España y enseguida conoció a Pamela. Su padre no quería ayudarla, a pesar que podía.

Ése hombre tenía una cadena de cafeterías en Berlín y otras partes de Alemania aunque unas ideas demasiados retrógradas y fuera de lugar.

Valeria era hija de una española y su abuelo alemán, había pertenecido al partido nazi. Ella había sacado una belleza exótica que ahora estaba en el mejor momento de su vida.

Para sorpresa de Alan, quiso hacerlo de nuevo, pues su *amigo* se había levantado solamente mirándola. Esto no era lo planificado.

Ella, *a priori*, no quería, pues consideraba que ya había quedado embarazada y, si lo hacía otra vez, lo consideraba como un engaño a Pamela.

Él le sembró la duda de que muchas parejas tienen que hacerlo varias veces hasta que, por fin, logran el tan deseado embarazo. Ella, finalmente, cedió.

Alan, esta vez, y con toda la intención de pasar un buen rato, no quiso desaprovechar la ocasión y se implicó a pleno en la misión.

Si la primera vez que lo hizo con Valeria disfrutó, la segunda lo hizo mucho más. No podía creer lo que le estaba sucediendo.

Al amanecer la dueña del apartamento vio a Valeria usar el baño y la saludó. Valeria, perfil más bajo que Pamela, también la saludó aunque de forma retraída.

Alan acompañó a Valeria, abrazándola siempre que podía sin ser pesado, a su vivienda y, otra vez, se reiteró la escena de la semana anterior.

Las chicas se buscaron y, cuando se encontraron, se besaron y abrazaron con verdadera desesperación, era un gran despliegue de pasión ante los ojos del joven.

Estaba claro de que Alan sólo había puesto el esperma. Él sobraba en esa historia y si quería estar con otra mujer, se la tendría que buscar en otro lado.

Regresó al apartamento caminando. Si la semana anterior estaba confuso, ésta lo estaba más. No sabía lo que estaba pasando.

Con Pamela había sido prejuicioso, por eso bebió alcohol antes del encuentro sexual siempre temiendo que sus genitales no le respondiesen.

Sin embargo, ahora con Valeria, el alcohol no ocupó un lugar importante en el encuentro sexual. Es más, ni siquiera ocupó un lugar.

Sólo bebieron dos latas de cervezas después de haber terminado. ¡Nada más que dos latas! Y estar con ella le gustó.

No sabía por qué, pero se sentía tan bien, pleno y feliz que varios conceptos y paradigmas se le estaban cayendo como un castillo de naipes.

Era verdad que, hasta que estuvo con Pamela, sólo había estado con la puta que pagó y esa chica no estaba mal, aunque no le gustó.

Y ahora con Valeria sí le había gustado. Toda la vida había creído que era gay y con la excepción de la puta y sus amigas, siempre había salido con hombres porque pensaba que ellos eran los únicos que le atraían sexualmente.

—Había cosas que no estaban bien y, esas confusiones, si no aparecieron en su despertar sexual, ¿por qué aparecían ahora, en este período?

Nadie entendía lo que le estaba ocurriendo y quería quitarse esas dudas que,

de repente, lo habían acosado y ahora no sabía qué camino seguir.

Y, cosa de locos, no había pensado nada de nada en Alejo y tampoco le inquietaba. Si en ese instante le hubiesen dado a elegir, elegiría no verlo, y quizás no verlo más.

No sabía lo que le sucedía y el uruguayo no estaba seguro de querer conocer la respuesta que se estaba burlando de él.

Llegó al apartamento y, casi por casualidad, Haydee estaba limpiando unos cuadros en el pasillo. Alan entendió enseguida lo que quería saber.

—Hola, dijo Alan.

—¡Hola, Alan! ¿Qué tal? ¿Cómo pasaste anoche? ¡Qué guapa la tía que has traído! Cada vez estás más pillín.

—¿Cómo anda?

—No tan bien como tú. ¿No me vas a contar nada?

—¡Ah!... si sólo era una amiga.

—Alan... Alan... Tengo casi edad como para ser tu madre. Yo diferencio bien a una amiga de una que no lo es. Si vi bien cómo la mirabas, cómo la abrazabas cuando se iban...

—Voy a comer algo.

—Tienes que alimentarte, sí. Te dejé en tu estante de la nevera un poco de paella. Como sé que te gusta... Y te tienes que alimentar, te quise invitar.

Alan sólo la miró y sonrió.

—Gracias. No se hubiese molestado.

Y fue directo a la cocina. Se lavó las manos, calentó la comida en el microondas y se la llevó rápidamente a su habitación.

Por más que no quería reconocer, las palabras de Haydee tenían mucha verdad. Quería hablar el tema con alguien y no sabía con quién.

Todos los amigos que tenía, con la excepción de las chicas, eran porque los conoció a través de Alejo. Y no quería contarle nada a nadie que pudiera llegar a los oídos de Alejo.

De todas maneras, necesitaba hablar con alguien y ese alguien no aparecía. ¡Dios, estaba en una encrucijada como pocas veces!

Si él, al fin y al cabo, sólo quería tener un descendiente. De hecho, ése fue el principal motivo por el que lo dejó su pareja.

Mientras almorzaba, tomó dos latas de cervezas. Eran las cuatro de la tarde cuando lavó el plato y el domingo se presentaba espectacular.

No lo dudó más y salió sin un rumbo determinado. No sabía con lo que se

encontraría ni con lo que se quería encontrar.

Eran muchas cosas las que le estaban ocurriendo y nunca se había sentido tan confuso como esa vez; tampoco estaba preparado para nada.

En vez de estar pensando en cosas como, qué es lo que haría cuando naciera su hijo, ahora estaba preocupado en saber si era gay o bisexual o, en el último de los casos, ¡un heterosexual reprimido!

Llegó al parque Retiro y la gran cantidad de gente que había era extraordinaria. Miró, observó y estudió cada rostro, cuerpo y silueta femenina que vio.

Los hombres, casi por arte de magia, habían pasado a un segundo plano; ni él podía creer lo que le estaba pasando.

Era verdad, no le gustaban todas. Era bastante exigente con las mujeres a nivel físico, así como lo era también con los hombres.

Había chicas preciosas en todas partes y, lo que más le sorprendió, fue cuando se dio cuenta de que tenía una erección mientras miraba unas piernas largas y perfectas de mujer.

—¿Qué estaba pasando?

Había chicos muy agradecidos exhibiendo sus cuerpos que, hacía más de un día, les hubiese deseado sin límite. Pero ahora, no.

La erección que tenía era firme y como le empezaron a doler los genitales, fue al baño y se masturbó mientras pensaba en Valeria.

3 – Andrés

Andrés y su pareja, sus padres y sus hermanos, partieron el primero de enero a las cinco de la tarde rumbo a la Costa de Oro.

La que insistió para salir al comienzo del año fue la madre, ya que ella también tenía ganas de viajar y no quería que su yerno se fuese sólo con un recuerdo de Montevideo.

Mateo, como no conocía nada, tampoco quería hablar casi, pues el paisaje que iba observando le gustaba mucho, se sentía como hipnotizado.

Nunca pensó que el país de su pareja fuese así; Andrés, no es que le mintiera, aunque sólo le contaba una realidad muy simplificada.

El calor era considerable aunque con el aire acondicionado del vehículo no había motivos para quejarse.

El italiano, cada día, caía mejor a la familia de Andrés. Incluso el tano se

atrevió a desafiar a su suegra en la cocina.

Supuestamente quedaron en un empate técnico, aunque ella era consciente de que había perdido por goleada.

Las vueltas que tenía la vida eran de no creer. A la madre le hubiese gustado estar, al menos una vez en la intimidad, con un italiano pero, el que lo estaba disfrutando, era su propio hijo.

Andrés, desde muy chico sabía que era gay, lo que ella nunca pensó fue que el mismo fuera tan lejos con su vida privada, no sólo con su sexualidad.

El hecho de que estuviese casado con otro hombre era algo que no se le habría cruzado ni en el más remoto de los sueños hacía diez años atrás, o más.

Mientras viajaban la hermana insistió para que escuchasen música de Jaime Ross, pues decía que era la que mejor representaba al país.

Ella, en realidad, de música entendía prácticamente nada y, como lo único que tenía y le gustaba era Jaime, dijo eso.

De todas maneras no se olvidó de nombrar a Rada, a Canoura, a Los Iracundos y, de la gran cantidad de grupos de *rock and roll* que había, ¡cuál de todos mejores!

Mateo, a medida que iban avanzando por la carretera Interbalnearia, más de una vez se dio la vuelta para seguir mirando los chalet que iban dejando atrás.

—El Uruguay, ¿realmente era un país pobre? Pues, en caso que la respuesta fuese afirmativa, no era lo que se demostraba con lo que iba viendo. ¡La infraestructura de ese lugar era espléndida! La clase alta y muy alta estaba en cada rincón donde dejase la vista.

Al atardecer llegaron al primer destino: la Atlántida. Resultó que la familia le había contado a Mateo que tenía una casita en la playa.

Bueno, casita es una forma de decir, pues aquello si no era una atractiva cabaña con todas las comodidades, no se sabía lo que era.

Ahí se encontró como si estuviese en su casa de Sopramonte; eran tantas las cosas que le recordaban a su tierra natal que lo comentó en voz alta.

Andrés le había dicho a Mateo que el principal motivo por el que se había ido a vivir a España era para establecer distancia con su ex, el cual le había marcado mucho.

Y en ningún instante le pronunció la situación económica; era evidente que realmente se alejó de su mundo por un amor fallido.

Mateo confiaba en Andrés y el rioplatense le había asegurado de que su familia no lo ayudaba en nada a nivel financiero.

No porque no pudiesen, sino porque el montevideano quería aprender a buscarse la vida sin la ayuda de sus padres lo cual siempre lo había estigmatizado.

A nivel monetario no estaban mal. No eran millonarios, aunque, si no eran de la clase media-alta, era evidente que eran de la clase alta.

En muchas cosas el italiano era reservado, no obstante su familia política era bastante desinhibida y tenían curiosidad por saber acerca del tano.

Sus suegros y sus cuñados continuamente le estaban haciendo chistes, bromas y todo tipo de cosas para que se sintiese más a gusto.

Hacía casi dos semanas que estaba en tierras uruguayas y sólo una vez había mantenido relaciones sexuales con Andrés.

No era que no quisiera, pero le daba corte. Esa noche, luego de tomar cerveza y comprobar que el dormitorio en que ellos dormirían estaba lejos de los demás, no aguantó y se entregó a Andrés.

Fue casi como la primera vez. La diferencia fue que ahora existía una complicidad única y el hecho de saber que estaban con tanta gente en ése inmueble, les excitaba más.

Mateo, esa noche, fue activo y pasivo. No era lo que estaba acostumbrado a hacer, pero esa noche se sentía especial.

Luego que eyacularon por segunda vez, Andrés le dijo que se levantara. Había refrescado, eran como las tres de la mañana y Andrés quiso vivir otra experiencia.

Ambos se vistieron solamente con *short* y, de la forma más discreta que pudieron, salieron de la cabaña. A unos cien metros estaba la playa.

La noche era clara y la luna que se reflejaba en el agua, parecía que se mecía tímidamente y los observaba en cada movimiento.

Andrés, de la mano, llevó a Mateo al borde de las aguas del Atlántico y la brisa, ahora intensa, les hizo erizar la piel, ambos estaban casi desnudos.

El rioplatense abrazó a Mateo desde atrás y se pusieron a observar el Atlántico aguas adentro y, simplemente, dejaron que pasase el tiempo.

No había prisa. Eran los únicos en esa parte y luego que pasaron varios minutos, Andrés buscó la boca de Mateo y lo empezó a besar.

Nunca lo habían hecho en la playa en un entorno así como el que se les estaba presentando, y Mateo no quiso poner freno a lo que se aproximaba.

El viaje a la tierra natal de su marido estaba acumulando montones de momentos gratos que los guardaría en su interior como si fuesen auténticos tesoros.

Se volvieron a amar sobre la arena y el viento ahora que soplaba con ahínco les salpicaba con aguas del océano, recordándoles el lugar en el que estaban. Tenían previsto levantarse todos, sin ninguna excepción, no más de las nueve de la mañana, para aprovechar mejor la jornada.

Lo importante era que su hijo y su yerno estuviesen a gusto y ellos, realmente, estaban bien. Ella sí madrugó y, junto a su marido, se puso a tomar mates.

La hermana se levantó nueve y media y tampoco hizo comentario sobre la tardanza de su hermano y su cuñado. Y el hermano a la diez de la mañana se sumó al grupo.

La madre se dio cuenta de que la noche había sido agitada y no protestó ni recordó nada del acuerdo cuando ambos hicieron acto de presencia pasadas las once.

Cuando ambos aparecieron, ojerosos y sonrientes, confirmaron lo que ya era evidente. Las miradas se cruzaron cómplices aunque nadie dijo nada.

Andrés se sumó a los mates y la hermana le preparó a Mateo un café solo, sin azúcar, como le gustaba y estaba acostumbrado.

Al fin y al cabo, ése era un viaje para complacer al italiano y ella no sería la encargada de estropear nada. Todos estaban felices.

Cada uno era conocedor que estaban mal acostumbrando a Andrés y a su marido, pero ellos no venían todos los años y, además, a fin de mes todo volvería a la normalidad.

Ese día, tal como estaba previsto, almorzaron en un restorán que conocían de toda la vida. Las mujeres que supuestamente estaban a dieta, se la olvidaron.

Los chivitos al plato eran una fatídica tentación y el asado a las brasas acompañado con ensalada rusa vencía todas las fuerzas de voluntad.

Hicieron la sobre mesa en el mismo restorán, el cual tenía horario seguido, y aprovecharon para hablar distendidamente.

—Mateo, lo que te dije enseguida que te conocí en persona, es verdad, la madre se aseguró que la miraba hasta que agregó.

—Yo quiero, nosotros queremos que vos te sientas bien con nosotros. Vos, para nosotros, si estás con Andy, quiero que te quede claro que sos como un hijo y, si no te gusta algo, no tengas reparo en decírnoslo.

Mateo quedó cavilando y todos se dieron cuenta de que algo más pasaba.

—¿Qué estás pensando, Mateo?, preguntó Andrés.

Mateo lo miró.

—No me gusta la camiseta que hay en el salón de la cabaña.

Cuando lo dijo las miradas se cruzaron unas a otras. La madre frunció el entrecejo.

—¿No?

—No.

—¿Por qué? ¿Cuál te gusta, entonces?

El tano sonrió ampliamente

—Me gusta la blanca que hay en la habitación de Andy. Una que tiene también el rojo y el azul en el vértice y en el escudo. ¡Esa sí, me encanta!

Los ojos, una vez más, se cruzaron unos a otros, sin poder evitar reírse.

4 – Agustín

Agustín y Rubén se habían emplazado en el tambo y, de la noche a la mañana, la vida les cambió drásticamente.

Galicia era, más o menos, lo que el salteño se había imaginado. No dejaba de llover casi a diario y el frío, dentro de lo que cabía, era tolerable.

Era un cambio muy grande el que había tenido el salteño. Ahora estaba viviendo en pareja y no estaba seguro de si era eso lo que quería para su vida. La convivencia no resultaba difícil con su chico. Rubén, dentro de lo que cabía, era un tipo sencillo que gozaba de lo que tenía y apreciaba cuanto lo rodeaba.

En el tambo no dijo qué papel ocupaba el uruguayo en su vida, simplemente indicó su nombre y que la gente piense lo que le convenga.

Agustín, que nunca le había gustado ese tipo de vida, ahora debía adaptarse a esa realidad que, al fin y al cabo, él mismo había elegido.

No podía cambiar de decisión de la noche a la mañana y alterar a Rubén por sus errores, o sea que se mentalizó y trató de seguir adelante.

Ahora se levantaba todos los días, sin excepciones, a las seis de la mañana. Ese era el menor de los males a los que se enfrentaba.

Debía ordeñar las vacas, organizar la jornada de los animales, darles de comer y de beber, recoger los huevos de los corrales, quitar los excrementos...

Tenía que estar atento a todo: la salud de cada animal, el clima tan traidor, las reservas de alimentos y cada cosa de su propia casa.

Rubén lo ayudaba en todo, se complementaban a la perfección. Trabajaban juntos como si toda la vida lo hubiesen hecho así.

Con el paso de los días se dio cuenta de que no le desagradaba esa forma vida. Es más, el contacto con los animales lo hizo reflexionar sobre muchas cosas.

Trabajaban durante todo el día. El compromiso con los animales acababa cuando se iba la luz del sol, hasta que le encontró el punto exacto para que no se hastiara de esa rutina.

En horas de trabajo había momentos de seducción que se hacían tan intensos que no hacían más que alimentar lo que ya sentían.

En más de un instante buscaba a su pareja y se entregaban a algún rato de pasión mientras los animales los observaban.

A la noche, independientemente de como hubiese sido la jornada laboral, se entregaban a la lujuria. No era necesario que existiese penetración pero, besos, caricias y abrazos existía a diario.

A Agustín le encantaba hacerlo con el ruido de la lluvia y, Rubén, a pesar de que era gallego, lo había hecho muy pocas veces en esas condiciones.

Cada vez se estaban entendiendo mejor. No obstante, el rioplatense no tardó en descubrir que la rutina puede desgastar la pareja y eso lo empezó a alarmar.

Desde que se le ocurrió la posibilidad pasó días pensando en esa eventualidad y no se le ocurría ninguna solución.

Ante la incertidumbre que, más que dilema, lo veía como un futuro a medio plazo, habló con Rubén una mañana de domingo.

Luego de cumplir con las tareas imprescindibles con los animales, fueron al *living*, pues la lluvia se había desatado y el viento soplaba con fuerza.

Tenían una estufa a leña y, como hacía frío, Agustín no dudó en encenderla y Rubén sirvió dos tazas de café bien cargados.

Al gallego le gustaba la vida que estaban llevando. Se había acabado el estrés, los horarios y el gran bullicio de la ciudad.

Además, estaba con la persona con la que había elegido compartir la vida. De todas maneras, no era observador y se sorprendió cuando Agustín agarró el café y quedó con la mirada clavada en el fuego.

El gallego se dio cuenta de que algo estaba pasando y no tenía la menor idea de lo que era. Agustín se tomó su tiempo para iniciar el diálogo.

—Rubén, el otro día estuve pensando y... Y me di cuenta de una cosa, arrancó diciendo.

El español no dudó en buscarle la vista, pero su pareja la tenía derramada sobre las llamas.

—Sí, creo que no podemos seguir así.

Cuando lo oyó, quedó dislocado, sin saber qué hacer. No entendía nada de lo que estaba pasando y el corazón le empezó a latir veloz.

Ante el desconcierto de Rubén, Agustín se tomó su tiempo para seguir observando el fuego. El salteño, cuando al fin miró al gallego, sonrió.

—No es que quiera cortar con vos. Nada que ver.

Cuando Rubén lo escuchó, fue como si el alma le regresara al cuerpo. Dios, eran los segundos más interminables que le había hecho pasar el uruguayo.

—Quiero... Creo que no podemos seguir juntos...

El desconcierto del gallego iba en aumento de nuevo. Agustín se dio cuenta de lo que estaba causando, por eso se apresuró a hablar.

—No, no, no. No quiero que me mal interpretes, Rubén. No. Yo, lo que te quiero decir, es que el otro día me puse a pensar y no sé...

Lo que tenemos vos y yo es lindo. La verdad es que me gusta y, como me gusta mucho y no quiero que se estropee, creo que, al menos, deberíamos de trabajar en lugares diferentes.

Pasamos muchas horas juntos... Bueno, de hecho, siempre estamos juntos y no quiero que nos aburramos... ¿Me entendés lo que te quiero decir?

El gallego actuó como si lo hubiesen desconectado de su fuente de energía y se abstraigo de la realidad, tenía la mirada perdida en algún punto de la pared.

Quizás Agustín había sido muy directo; era preferible eso y hablar a tiempo, a que luego no hubiese nada para rescatar de la relación.

Los minutos pasaron deprisa aunque ninguno se dio cuenta y el café se enfrió entre las manos del europeo. La lluvia no había cesado.

El salteño se le acercó y se agachó ante él tratando de encontrar su mirada. Al fin el español sonrió y el uruguayo le acarició la mejilla.

No sabía lo que estaba pasando y Rubén tenía la vista penetrante como muy pocas veces la había visto, parecía que estaba conteniendo las lágrimas.

Una mezcla de emociones y sentimientos urgentes se debatían en su interior y, a medida que pasaban los minutos, menos control tenía de sí mismo.

—No te preocupes, mi amor, murmuró Agustín, quien no acostumbraba a llamarlo así.

Pasados varios segundos, Rubén suspiró y cerró con fuerza los ojos.

—Es que tío... No sé, temo perderte... Sé que hay hombres por todas partes, pero, el Agustín que yo quiero sólo existe en ti. Eso quiero que entiendas.

Ambos se fundieron mutuamente en esas miradas y se exploraron más allá de la piel.

—No está entre mis planes cortar con vos, tonto. Si te digo esto es porque conozco parejas que han terminado desgastados por la rutina y yo no quiero eso para nosotros.

—Vale.

Rubén le dio un ligero beso en los labios y Agustín, no conforme, le dio uno vehemente que lo obligó a ponerse de pie.

De pronto la ropa fue molestando. Nunca habían mantenido relaciones sexuales en esa parte de la casa y, el hecho de que estuviese el fuego de la estufa observándolos, los estimuló.

El miedo que había adquirido Rubén ante la posibilidad de perder a Agustín cuando creyó que había vuelto a su país natal, lo había cambiado.

Ahora era más receptivo, más apasionado y el uruguayo agradeció que ello estuviese sucediendo, pues creía que su pareja era fría por naturaleza.

Era domingo, no dejaba de llover y a ambos les dio hambre. Ninguno de los dos tenía ganas de cocinar, o sea que calentaron pizzas y tortillas.

Sin embargo, Rubén no dejaba de pensar en las palabras que le había dicho su pareja hacía un par de horas. No era ninguna tontería.

Dentro de lo que cabía, lo que quería Agustín, era lógico y, si lo estaba planteando era porque realmente le importaba sacar la relación adelante.

Los días sucesivos continuaron trabajando juntos y a ninguno de los dos se les quitaba la idea de que, como se veían todo el día, todos los días, esa rutina los pudiera cansar.

Agustín pensaba en alguna posibilidad laboral y ésta no aparecía. Tampoco tenía casi tiempo ya que pasaba todo el día en el tambo.

A pesar de que estaban en Galicia y el idioma gallego de Agustín era casi nulo, entre ellos seguían hablando en español y fue ahí cuando se le vino la idea que cambiaría su vida.

5 – Rafael

Rafael no dejaba de dar vueltas a su cabeza pensando qué era lo que escondía su pareja hasta que un día, fingiendo que buscaba algo, dio de nuevo con el sobre.

Pero, esta vez, Esteban estaba presente y la expresión de su marido había cambiado como si tuviese un fantasma ante sus ojos.

A pesar de todo, sin aparentar indiscreción, el salteño le buscó la vista y descubrió que se había concentrado en sí mismo.

El uruguayo optó por ser prudente y dejó el pliego a su lado y siguió buscando lo que teóricamente necesitaba. Mientras, Esteban estaba inmovilizado.

—Rafa, de pronto escuchó.

Rafael no le dio importancia simulando que seguía concentrado en lo suyo. Su pareja reiteró el llamado y, esta vez, sí le buscó la atención.

Esteban lo miró con cuidado y le dijo que se sentase a su lado. El tiempo pareció detenerse y era más que evidente que el argentino tenía algo importante que decirle.

—Rafa...

Hizo una prolongada pausa y paseó los ojos por la morada.

—Rafa, el principal motivo por el que me vine a España fue... Yo necesitaba empezar de cero. No fue fácil, no. Fue duro. Muy duro.

Hizo otra pausa en el momento en el que expulsaba aire con fuerza y trataba de encontrar las palabras adecuadas.

—Allá, en la Argentina, tengo un hijo de diecisiete años.

A partir de ese instante, los silencios de las pausas parecieron ser más aturdidores que el murmullo de mil voces que se hubiesen mezclado en una sala de cien metros cuadrados.

—Mi hijo es lo único que me vincula con el pasado. Ese pasado que tanto quiero olvidar. Te... Te estarás preguntando muchas cosas, ¿no?

A pesar de todo, mi hijo fue deseado. Muy deseado. Era joven cuando nació. Y, desde que me vine a España, a veces sé algo de él por mi hermana que me cuenta.

Yo... Yo quería a su madre y... Yo estaba enamorado de su madre y él es producto del amor. La vida es hija de puta...

¡La vida es muy hija de puta y nunca quiere ver a nadie feliz! Por eso, pendejo... Por eso temo tanto perderte. ¡No te hacés idea por el infierno que he pasado!

La vida le quitó la vida a su hermanita, que también era mi hijita, en un accidente de tránsito en el año noventa y cinco.

A Esteban le costaba hablar y Rafael le concedió un instante de sosiego para que medite mejor y sepa qué decir.

—¡Uf! ¡Mierda! No es fácil esto...

—No te sientas obligado a hablar, Esteban.

—No es eso.

Meneó la cabeza y siguió:

—Pero mi suegra, un reptil inmundo, como sabía que yo también salía con hombres y tiene plata, compró a todo el mundo y se encargó de ponerme toda la mierda encima...

Yo no puedo ni siquiera acercarme a mi hijo hasta que cumpla los dieciocho... Y... desde que vine a España, dije que eso no me volvería a pasar.

No... nunca más... Por eso, desde que estoy en Europa, salgo exclusivamente con hombres. Nada más que con hombres.

Hizo una pausa en la que se cubrió el rostro con las manos.

—Muchas veces sueño con él, con su madre, con mi vida pasada y todo eso no hace más que daño. Mirá, si querés podés mirar estas fotos... Es lo único que me queda.

No quería... No quería decirte nada... No me hace bien revivir el pasado y ya he llorado noches enteras por culpa de ese pasado que está tan arraigado a mi vida, a mi presente y...

No sé... Creo que debí decirte esto antes... Me equivoqué. Lo siento, Rafa. Las mentiras nunca son buenas en una pareja.

Yo... Yo te quiero, pendejo. Sabés bien que te quiero y, antes de que aparecieras vos en mi vida, a ninguna de mis parejas ni siquiera les mencioné esto y...

Con vos siento que debo ser lo más transparente posible. Vos estás metido en mi alma como nadie lo consiguió, pendejo, las últimas palabras casi las escupió.

De pronto, de un segundo para el otro, el mutismo se apoderó del ambiente como si el argentino hubiese sido desconectado de su fuente de energía.

Las lágrimas de Esteban recorrían sus mejillas dócilmente y los ojos, siempre y vivos y expresivos, pasaron a ser dos huecos vacíos.

Rafael, que no esperaba escuchar nada de eso, estaba perturbado e indefenso, sin saber qué hacer y a medida que pasaba el tiempo, más frágil se sentía.

Pasados varios minutos, el salteño abrazó a su pareja, quien se aferró a él con tanta fuerza como si fuese un tesoro ganado.

El argentino se encontraba inseguro y endeble, y su pareja desconocía esa faceta de él; no obstante prefirió ser prudente y no decir nada.

—Lo siento, murmuró Esteban.

Rafael no se pronunció y quiso que acabara ese escenario cuanto antes porque él no pretendía que pasara nada eso.

Él quería saber la verdad, sí, pero nunca imaginó algo así, de esa manera, y que su pareja le hiciera semejante revelación.

Era evidente que el entrerriano no hablaba de ese tema con nadie. Nunca lo había visto tan mal y menguado como lo estaba esa vez.

Luego Rafael ordenó lo que había quitado de ese lugar, entre ellas, el sobre sin abrir y sacó a su pareja de la morada.

Estaba fresco y, de camino, cada uno se puso una campera. No fueron necesarias las palabras ni hubo miradas interrogantes.

Empezaron a circular por la avenida de la Ilustración y la brisa los regresó a la realidad. No dijeron nada al comienzo y dejaron que el viento los castigara.

—¿Dónde vamos?, preguntó de repente Esteban.

—Ni idea.

—¡Ah!, exclamó el argentino.

—¿Por qué?

—Pensé que tenías algo previsto...

—No, la verdad es que no.

—Y, ¿por qué salimos?

—Porque... ¡Yo que sé! ¿No te apetecía salir?

Esteban sonrió y paseó sus ojos alrededor.

—Vamos a un bar.

—Dale, pero a uno que esté lejos del apartamento...

Esteban lo miró.

—¿Por qué?

—Porque mirá, está por llover y quiero que si llueve, que la lluvia nos empape. ¿Qué te parece?

—Que estás loco.

Entraron a un bar de la calle Ginzo de Lima en el que no había casi gente y Esteban pidió ron con naranja y Rafael vodka con limón.

Al principio se dedicaron a echar un detenido vistazo a lo que sucedía a su alrededor. Los pocos clientes estaban bebidos.

El humo de los cigarrillos se impregnaba por todas partes y Rafael quería, sobre todo, quitarle los recuerdos que él mismo había provocado.

—¿Cómo te llevás con la nieve?, rompió el silencio Rafael.

Esteban, una vez más, lo miró.

—¿Qué? ¿Ahora querés que nieve también?

Rafael sonrió.

—Pibe, pibe, pibe... Me gustaría tener la naturalidad e inocencia que seguís teniendo... Sí, la verdad que sí. Una de las cosas que quisiera es que nunca dejes de ser quién sos realmente.

—No soy un santo, Esteban. Nada que ver. Estoy muy lejos de eso. Tampoco pretendo serlo.

—No, no lo sos. Pero te tomás las trabas, la vida de otra manera y eso no es fácil de lograr y más del lugar del que sos vos.

Conozco la mentalidad yorugua y vos, sin duda alguna, sos la excepción a esa regla que se les establece a los charrúas^[47].

—No. Ni ahí. Lo que yo soy es un cara dura al cubo que la tuvo que pelear desde chico y, como lo que tenía a mi alcance era nada, tuve que apañármelas como pude. Desde siempre.

Eso es todo. Esteban, sos argentino y, desde que me enamoré de un argentino y me dejé hecho mierda desde todos los puntos de vista, me había jurado no salir más con otro argentino.

Estamos en España... Se supone que debería estar saliendo con algún gallego. Sin embargo, estoy con vos y... Bueno, creo que es mejor que hablemos de otros temas.

De pronto ambos quedaron sumidos en sí mismos.

—¿Cuándo vamos a la Sierra?, preguntó Rafael luego de unos minutos de silencio.

—Cuando quieras... Aunque yo prefiero ir entre semana porque hay menos gente.

—No, no puedo. No te olvides que tengo el laburo.

—Deberías dejar ese laburo. O, al menos, buscar uno que te insumiese menos tiempo.

Rafael sonrió ampliamente.

—No es la hora. Son muchas cosas las que quiero hacer en mi vida y... Bueno...

Hubo un momento de silencio en el que Rafael detuvo los ojos sobre su copa.

—Esteban, no quiero revolver en tu pasado, pero... Pero falta poco para que tu hijo cumpla los dieciocho, ¿no?

Esteban no dudó en buscarle la vista.

—Esteban, ¿ya pensaste qué es lo que harás cuando llegue ese día?

El argentino se sumergió en su interior y Rafael aprovechó para beber un

trago de su copa.

—No. La verdad es que no. Muchas veces me he preguntado qué es lo que haría... Qué es lo que haré cuando llegue el día y la respuesta no quiere aparecer. No. No sé.

—Perdoná que te insista pero... Pero, ese día sabés que va a llegar y no falta mucho y... Y no sé... Sea como sea es tu hijo.

Yo no tengo hijos y estoy casi seguro de que no los voy a tener. Bueno, a decir verdad, nunca me lo planteé, pero vos que ya lo tenés... ¿No sé si me entendés lo que te quiero decir?

Esteban sólo se limitó a asentir.

1 – Ignacio

En ningún minuto se dejaba a Ignacio a solas: como todo el mundo sabía que se estaba dejando morir, no querían tentarlo para que acelere nada.

El joven, a pesar de que había ido a psicólogos y más psicólogos, no hablaba con nadie. Se había sumido en un mutismo como nunca antes lo había hecho.

Hacía tres días que lo único que ingería, muy de vez en cuando, era vodka. Y su familia estaba en un estado de congoja que los estaba llevando al límite.

Ignacio no se duchaba; no se cambiaba de ropa; no se afeitaba; no hacía más que atormentarse perennemente donde, últimamente, ni lágrimas le salían.

Tenía los ojos muy hinchados y enrojecidos, y la barba tan crecida ahora le daba un aspecto distinto al de toda la vida.

Los momentos más duros para Nacho eran, sin duda, cuando era indiferente a sus hijos, y éstos lo reclamaban para jugar.

La madre era la que más se culpaba de la situación de su hijo, ella creyó que la homosexualidad era una enfermedad, por eso lo había llevado al psicólogo desde un primer momento.

Incluso le puso presión para que fuese heterosexual y le dijo que la vergüenza que pasaría la familia si el mundo se enteraba de sus verdaderos deseos sexuales, sería, simplemente, imperdonable.

Ella se dio cuenta de que había sido muy egoísta y ahora el peso de la culpa la estaba carcomiendo a cada segundo que pasaba.

Pensaba dónde pudo haberse contagiado y no encontraba más explicación

que en los frecuentes viajes a Montevideo en los que Nacho siempre se mostraba tan servicial para hacerlos.

Ahora nada tenía solución y ella era consciente de ello. Debieron contratar a una niñera y a Ignacio le dio igual que a sus hijos los cuidase una desconocida.

El clima que se creó en la mansión, de repente, fue extraño: era un duelo en vida el que se vivía. Casi nadie de los adultos ahora tenía su vida habitual.

Todos estaban pendientes de Nacho a quien, a pesar que se le exigía que comiera, no lo hacía y su estado físico deplorable era, cada vez, más manifiesto.

Finalmente le quitaron la única bebida con la que se torturaba y, a menos que sea algún alimento o bebida sin alcohol, no le permitían el acceso.

Nacho se dio por vencido y no luchó más, ni siquiera lo intentó por sus hijos, sólo dejó de ingerir cualquier sustancia definitivamente.

Al quinto día de haber tomado esa decisión, que fue el instante de haberse enterado que estaba contagiado por el virus, escuchó que lo iban a internar en una clínica.

A pesar de que no ingería nada, estaba lo suficientemente pendiente de lo que ocurría a su alrededor y, esa vez, no fue la excepción.

Entonces fue a su baño, ya tenía la decisión tomada. Para adelantar su final la tenía complicada aunque su cabeza no se detenía nunca.

El calzado que le permitían llevar no tenía cordones, no usaba cinto ni nada que pudiera usar para hacerse daño. Esto tampoco era un problema para una mente suicida.

Además, en el baño habían quitado maquinillas de afeitar, el espejo, las cortinas y todo lo que pudiera usar para matarse.

De todas maneras, cuando iba, cada vez menos, claro, era el único periodo en el que estaba completamente solo, al menos por unos minutos.

Cada vez la familia se la estaba poniendo más difícil y ahora que lo internarían en una clínica, lo que harían, al fin y al cabo, sería hacerlo vivir contra su voluntad.

Sin embargo, el fernandino ya no quería vivir en este asqueroso mundo. O sea que, una vez que estuvo en el baño, cerró la puerta con el seguro de forma discreta y se desnudó.

Abrió la llave del llavero, descosió el *jeans* con los dientes y lo ató a la ventana. Así obtuvo una soga larga y resistente.

Luego la anudó al cuello y ahí fue el instante en el que llegó su final. Cuando

lograsen entrar, ya habría abandonado este mundo para siempre, que era lo que deseaba.

Nacho no puso casi resistencia, de todas maneras cuando arribaba su adiós y sentía que la vida abandonaba su cuerpo, dio patadas hacia todas partes, pero ya no había forma de regresar atrás.

Ahora nadie lo pudo salvar. Esas patadas no pasaron descuidadas para su madre que estaba del otro lado de la puerta, atenta a cada movimiento y ruido que pudiera venir del baño.

Ella, preocupada, empezó a llamar a su hijo, quien nunca más le respondió. Sin embargo, seguía oyendo el agua que caía sobre el plato de ducha.

Sabía que algo había pasado y no dudó e intentó abrir la puerta, pero, al estar con seguro, el pánico se apoderó de ella.

—¡Dios, qué había pasado!

La madre se puso a llamar a gritos a su hijo, cada vez más histérica, desquiciada ante la situación con que se podría encontrar.

Sus gritos no pasaron desapercibidos en la mansión y Macarena y la niñera fueron las primeras que acudieron a su lado.

La niñera, por iniciativa propia, llamó a un cerrajero. Éste tardó una media hora en llegar y unos tres minutos en abrir la puerta.

Cuando al fin la abrió, la madre entró con miedo y ahí vio a su hijo colgado, sin vida, y no pudo evitar un grito abatido.

No podía creer lo que sus ojos estaban viendo. La niñera se ocupó de los niños que querían entrar al baño y los alejó lo más que pudo.

Las lágrimas de Macarena y Maribel no tardaron en llegar. No podían creer. Era demasiado grosero ver a Ignacio desnudo y ahorcado de esa manera.

—Si en la mansión habían tenido todos los cuidados posibles, ¿cómo pudo pasarles por alto que estuviese pensando en acabar así con su vida?

Ahora nada más importaba. Macarena, siendo tan joven, había quedado viuda de un hombre gay y con dos hijos pequeños.

La madre debería enfrentar las críticas, el qué dirán y todo ese mundo de falsedades al que estaba tan bien acostumbrada.

Los de la funeraria llegaron a las dos horas, más o menos y, obvio, el auto de la empresa, muy conocido en la península, no pasó omitido que entraba en la mansión de la familia Schultz-Parker.

Nadie daba crédito de lo que sucedía y, a medida que lo iba sabiendo más gente, no tardó en empezar a hablarse del acontecimiento en los medios de comunicación.

Maribel, Macarena y las hermanas se habían vestido de negro y hablaban solamente entre ellas en murmullos lo estrictamente necesario.

Lo despidieron en El Cementerio y, a pesar de todo, Macarena llevó a los hijos para que le dieran el último adiós a su padre.

Mientras lo despedían, cada uno se culpaba de distinta manera. La que más se martirizaba era la propia madre, que no quería tener un hijo gay.

Ella no dejaba de recordar cada conversación que había mantenido con él en las que le recalca sus gustos, deseos, sueños y, sobre todo, sus preferencias sexuales.

Maribel sólo se limitaba a decirle que, cuando fuese al psicólogo, se le irían todas esas ideas absurdas que alguien le había metido en la cabeza y él no había sabido asimilar.

Ahora, todas esas palabras, esas voces que seguían estremeciendo en su interior, la estaban matando más rápido de lo que aparentaban.

Nunca creyó, ni siquiera en sus más crueles pesadillas, que perdería a su hijo y, mucho menos, en esas circunstancias.

Nacho viajaba continuamente a Montevideo y, lo hacía por la Interbalnearia, y ahí nunca tuvo ni siquiera un rasguño. Nada.

Ignacio era un excelente conductor, pero encontró su final de otra forma. Si no fuese por la orientación sexual que la propia madre no le permitió vivir, sería un hijo ejemplar.

De todas maneras, había sido un padre devoto de sus hijos y dejó dos descendientes maravillosos en este mundo que lo recordarán por siempre.

Maribel también se preguntaba qué es lo que haría Macarena de ahora en más, pues ella era linda, joven y ahora, viuda.

No quería dejar de ver a sus nietos por nada del mundo. Con la fortuna que tenía, podría tener a sus nietos para siempre a su lado.

Sin embargo, ella ya había perdido un hijo, el único varón que tanto había deseado a lo largo de la vida y pensó que no llegaría, pues Nacho llegó cuando ella empezaba con los síntomas de la menopausia.

Ahora sólo le quedaban las hijas y no quería perder a nadie más. Y era conocedora de que no presionaría a nadie más para que viviese, para que tuviese la vida que a ella le gustaría que tuviese.

Todo esto le pasaba por la cabeza mientras observaba el ataúd de su hijo, a quien tuvieron que atarle un pañuelo en la cabeza para cerrarle la boca y ocultarle la lengua.

La gran cantidad de gente que había despidiendo a Ignacio era increíble. Más

del setenta y cinco por ciento de los asistentes no podían entrar en la sala, sino que se quedaron en la calle.

Macarena, luego que consideró que sus hijos habían despedido a su padre, les dijo que le diesen un beso en los pies y los llevó de regreso a la mansión.

Ahí los dejó a cargo de la niñera y regresó al lado del cuerpo de su difunto marido. Sus cuñadas se dieron cuenta de que estaba peor de lo que aparentaba.

Todo lo que hizo en esas horas fue por reflejos, estaba tan absorta que su medida de protección fue no pensar en lo que ocurría.

2 - Alan

¡Alan, desde ese mismo día, empezó a salir con mujeres! Para sorpresa de él mismo, no le resultaba difícil la conquista femenina.

Nunca había hecho el papel de galán y en ese rol se encontraba bien. En pocos días quiso probar en cuanto a mujeres lo que no lo había hecho en toda su vida.

No le importaba dónde se diera la ocasión, pero se había puesto en la cabeza que quería salir con una importante variedad.

La primera en caer fue una andaluza que vivía en el barrio de Lavapiés. Fueron a su habitación, porque ella vivía en pareja.

Alan estaba nervioso pero luego de unas copas, la desinhibición llegó sola. Con ella disfrutó, no tanto como con Valeria, pero sí lo hizo.

No tuvo problemas de erecciones y Alan sabía que le estaba gustando, pues luego que acabaron ella sugirió para verse de nuevo.

Además le dijo que le enviase un mensaje, que lo firmara como si fuese una chica y que el texto sea en clave, ella entendería.

Al día siguiente salió con una colombiana recién llegada a España; ella era muy fogosa y Alan estaba dispuesto a enfrentar el desafío.

También salió con gallegas, venezolanas, rumanas, polacas, una italiana, dos belgas y, por supuesto, que con varias madrileñas.

Todo esto a lo largo de un mes. El desbarajuste de Alan iba en aumento. Ahora Alejo pasó a estar en segundo plano, sin nada exagerar.

Y el rioplatense, cada vez que iba por la calle, no dudaba en mirar a las chicas, aunque muchas veces recibía miradas e insinuaciones de hombres muy apuestos.

Sin embargo, él sabía bien que no se podría haber vuelto heterosexual de la noche a la mañana como por arte de magia.

Hubo una noche en la que se sentó tranquilamente en la plaza Chueca a observar a los chicos más lindos que había en la zona.

Si era verdad que ya no le atraían los hombres, ésa sería una prueba de fuego, y no estaba seguro que la superaría.

La respuesta debería llegar a la mayor brevedad posible. Era el comienzo de la noche y los chicos que se exhibían estaban muy buenos.

Muchos verdaderamente parecían salidos de una agencia de modelos. La gran mayoría eran asquerosamente apuestos.

Y mientras los observaba, trató de retroceder en el tiempo para ver qué era lo que le gustaba de los hombres.

El nunca tuvo familia, o sea que los modelos masculinos y femeninos de referencias nunca existieron para él de forma directa.

El uruguayo, luego de negar lo que era tan evidente para él en cuanto a sexualidad, se lanzó al mundo gay sin trauma.

La vida se le había presentado de esa manera y sólo se había limitado a vivirla. Y mientras estaba ensimismado, sintió que una mirada lo estaba explorando como pocas veces le había pasado.

No sólo lo estaba observando, sino que lo estaba estrujando, realmente desnudando mucho más allá de la piel.

Cuando se dio la vuelta para mirar vio que, uno de los chicos que estaba en el numeroso grupo al que se había acercado, se había apartado de sus amigos.

Y le hacía esa privativa radiografía mientras simulaba beber algo de su copa.

La electricidad que sintió Alan no le permitió pensar con claridad.

El joven era como un modelo de alto *standing*. En pocos segundos Alan también le hizo una buena evaluación y supo de inmediato que era amor a primera vista.

Alan vio que ese metro noventa de altura, en unos ochenta kilos, ojos azules y abundante pelo castaño, causó cosas en él que pensó que estarían selladas para siempre.

Sus genitales tampoco dudaron en reaccionar y mil cosas se le pasaron en esos segundos. No dudó más y se acercó al desconocido.

No solía hacer eso, pero el impulso y los deseos pudieron más que la razón.

Por una vez se sentía seguro y quería conquistarlo.

Una vez que estuvo a unos dos metros, le sonrió, le miró el paquete y se miró el suyo, ambos eran bastante prometedores.

Los ojos del chico también miraron indiscretamente el paquete del latino y sus ojos regresaron a los del uruguayo.

El desconocido miró hacia sus amigos y, mientras lo hacía, Alan también miró en esa dirección. El uruguayo vio que en el grupo le sonreían.

—Vamos a tomar algo, dijo Alan.

El chico sonrió.

—Yo ya tengo mi bebida.

Alan, por un segundo, quedó sin palabras y sumido en sus pensamientos, en un breve diálogo interior, donde el acento de ese desconocido era particular.

—Pero hace falta alguna bebida para ti, escuchó que decía.

Alan sonrió para tranquilizarse y siguió a ese muchacho que no tendría más de treinta años, o se conservaba demasiado bien.

Se detuvieron en la calle Gravina, frente a San Gregorio, y apoyaron la espalda en la pared. De pronto, ninguno se animaba a decir ni a hacer nada, y así permanecieron algunos minutos.

Varios transeúntes los quedaban mirando anonadados, sobre todo por la belleza del extranjero, aunque ellos no percataron nada.

De repente, el chico no lo pensó más, se dio media vuelta y quedó justo frente a Alan. Se fundieron en sus miradas y sus labios se encontraron.

Con ese beso Alan se dio cuenta por qué le gustaban tanto los hombres, pues el roce de la barba de más de dos días como tenía ese desconocido lo excitó.

Las manos de Alan buscaron las del anónimo y, cada vez, se besaban con más pasión, más de uno los miraba fascinado.

En ese momento pasó un grupo frente a ellos aunque ninguno de los dos percató ese detalle, tampoco importaba.

Solo que uno de los integrantes era Alejo. El español no dudó en detenerse a mirarlos, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

Alejo nunca se habría imaginado algo así, menos en un lugar como Chueca donde las probabilidades de que Alan fuese visto por uno u otro eran muy altas.

Los amigos de Alejo también echaron un vistazo a esa pareja que se besaba apasionadamente, hasta que reconocieron a Alan.

Uno de los amigos se apartó, se acercó a Alejo, y se lo quiso llevar del brazo. Él, al principio, resistió, pero después cedió y se fue con su amigo.

A partir de ese instante, su noche estuvo truncada por haber visto a Alan así; Alejo no dejó de pensar en su ex-pareja en toda la noche.

Al fin y al cabo, Alejo fue el que había decidido tomar distancia y, de hecho,

durante esos meses, no tuvo noticias de él de ningún tipo. Y ahora lo veía así. El mundo estaba siendo cruel con el joven español. Sus amigos lo entendían, lo comprendían y, sobre todo, lo apoyaban.

Alejo, a pesar de que salió de su casa sin la intención de embriagarse, lo primero que hizo fue empezar a mezclar bebidas, todas ellas de alta graduación.

Él no estaba mal a nivel físico y era consciente de ello, pero el chico con el que estaba Alan también estaba muy bien.

Alejo estaba siendo reemplazado por un hombre que muchos quisieran tener a su lado, sin embargo, quien en ese mismo instante estaba con él, era su ex, era Alan.

Más de una vez Alejo quedó enfrascado en su universo y, cuando volvía al mundo real, bebía de su copa, o de la de alguno de sus amigos, en caso de que la suya ya estuviese vacía.

Él no lo había percibido y las lágrimas se le habían hecho presentes. Y recordó que cuando vio a Alan con otro, se dio cuenta de que nunca había dejado de quererlo.

El alcohol, en vez de ayudarlo a olvidar, no causaba más que recuerdos con Alan. Había sido precipitada la decisión de tomarse un tiempo y ya era tarde.

Alejo, desde que había tomado la decisión, no había estado con nadie más, aunque oportunidades no le faltaban.

A todos los que se mostraban dispuestos a estar con él dijo que tenía pareja. Alejo mismo cayó en su mentira, en su propia trampa.

Alan y ese chico, por supuesto que terminaron en la cama. Bueno, en realidad, fueron a la sauna de Hortaleza que era lo más cerca que encontraron.

No había tiempo para extenderlo más y el deseo los estaba devorando a pasos agigantados, y la necesidad de concluir los vencieron.

El desconocido que ahora estaba con Alan, era Michael, un inglés que estaba en España, entre otras cosas, para aprender español.

Él también ayudaba en una de las sucursales de la empresa de su padre durante la mañana y a la tarde iba con un profesor de español a aprender gramática.

Alan, después de haber estado con Michael llegó a la conclusión de que era bisexual, aunque no era la hora de decirle nada al inglés. No lo quería asustar, sobre todo porque estaba muy bueno el londinense.

3 – Andrés

Andrés, junto a su pareja y su familia, también fueron a Punta del Este. Mateo, cuando iba entrando a la península, no daba crédito de lo que estaban viendo sus ojos.

Lo que había visto de Montevideo no estaba mal y el apartamento donde estaba situado el de Andrés era una zona nueva y muy residencial.

Lo que había visto de la Ciudad de la Costa le había gustado y lo que ahora estaba viendo no encontraba palabras para describirlo, realmente era parte de otro mundo.

Mansiones y más mansiones, ¡cuál de todas más lujosas! Los hoteles de cinco estrellas estaban en todas partes y los *shopping* eran enormes.

El desbarajuste de Mateo fue tan evidente, que la suegra clavó sus ojos en el italiano sin que el mismo se diese cuenta.

—¿Qué te pasa, Mateo?

La mujer sonrió y enarcó las cejas.

—Mateo... Mateo...

Al fin la miró y sus ojos delataron el caos que se debatía en su interior. Luego de un instante de reflexión, el tano suspiró.

—Pero... Pero, no puede ser tan distinto un lugar del otro...

—¡Este es el Uruguay, querido! Un país lleno de contrastes. ¿No te parece?

—Sí, ya veo que sí. Ya veo que sí, murmuró.

—No te preocupes porque ésta es una mínima parte del país. Es sólo un balneario, un destino deseado por el turista más exigente.

La gran mayoría de las propiedades de este lugar son de extranjeros. Quizás, en esta parte, encuentres a más argentinos que uruguayos.

Y no te sorprendas si encontrás algún *yanqui*, gallego, británico, italiano, árabe, israelí, o de la parte del mundo que te dé la gana.

—Aquí es todo muy caro, ¿no?

—Noooooooo... ¡Sino que es muuuuuuuy caro! Nosotros, sin ir más lejos, queríamos traerte para que conozcas, pero no nos vamos a quedar acá.

Durante ese día anduvieron por la mayor cantidad de sitios que pudieron. El objetivo era que Mateo guardara, al menos, una imagen de cómo es Punta del Este.

La meta la estaban logrando, pues Mateo no dejaba de hacer fotografías, de

filmear, de hacerse *selfie* y de comentar cada cosa que veían.

La familia de Andrés estaba bien económicamente. Una cosa era que estuviesen bien y otra que gastasen en la península, donde los precios, incluso para los extranjeros del hemisferio Norte, estaban caros.

Tomaron sol en la arena que es tan blanca y suave como el azúcar *glass*, entraron en un *shopping* en el que daba la impresión que se vivía cien años adelantados y no dejaban de comparar.

Mateo, al tener dinero europeo, le pareció que muchas cosas estaban bien al cambio y compró recuerdos para su madre y su hermana.

También adquirió cosas para Andrés y un par de zapatos para él. Y no quiso dejar de halagar a su familia política: ellos también se vieron favorecidos.

Al fin y al cabo había trabajado mucho para ahorrar la plata y darse ese capricho de cruzar el Atlántico y así también conocer a la familia de su marido.

Le hubiese gustado estar en más de una ocasión con su familia sanguínea. Nada es perfecto y él las llevaba siempre presente en su corazón.

Se dijo que, la próxima vez que cruzase el charco, lo haría con las dos mujeres de su vida que componían su familia directa: su madre y su hermana.

Andrés insistió para ir al puerto y al aeropuerto, y a Mateo le pareció una gran idea. Todo era nuevo para él y no quería dejar de conocer nada.

La familia de Andrés venía asiduamente a la península ya que les gustaba, pero sólo a pasar el día y se traían hasta el agua.

Lo único que compraban en Punta del Este era el hielo, el cual no les parecía, sino que estaba a precio del oro. ¡Era vergonzoso que lo vendiesen tan caro!

A Mateo le pareció original la idea de la Playa de los Dedos y allí se tomó, junto a su pareja, montones de fotografías.

También, en una bolsita de *nylon*, puso un poco de arena, pues quería llevarla para que su hermana y su madre la viesan.

El italiano nunca había visto una arena tan blanca y fina como aquella, y fue por eso que guardó ese recuerdo, parecía azúcar impalpable.

A la noche estaban cansados y, aunque habían llevado comida y conservadoras, les apeteció detenerse en un restorán.

El elegido fue, HS Comidas, uno que estaba a mitad de camino, no era caro, aunque tampoco podría presumir de ser barato.

La suegra le sugirió que eligiese el asado de vacío con ensalada mixta y el italiano accedió. Ya había hecho esa combinación, pero no le importó repetir.

Todos comieron bien y, como Mateo ya había hecho el intento de pagar en

más de una ocasión, la suegra dirigió sus ojos a él.

—Mateo, quiero que te quede una cosa clara.

Se mordió el labio inferior y agregó:

—Vos pedís lo que quieras. Lo que te dé la gana. Comé lo que te apetezca porque nosotros siempre los vamos a invitar.

Y no acepto objeciones de ningún tipo. Vos, ustedes, guárdense esa plata por si quieren comprarse algún recuerdo, no para la comida. ¿Te queda claro?

Las miradas se cruzaron unas a otras.

—Mirá que con mamá no se puede negociar en eso, rompió el mutismo Andrés. Es inflexible cuando se lo propone. O sea que despreocupate de la comida porque sé lo que te estoy diciendo.

Mateo asintió levemente.

—Es verdad lo que dice Andy. O sea que... ¡A comer!, agregó la mujer.

De vez en cuando la madre miraba a su hijo y a su pareja, y sonreía. El italiano quería verdaderamente a su hijo y eso ya decía mucho del tano.

Ella también observaba como el europeo degustaba cada bocado de la carne asada y le fascinaba la expresión que ponía.

Ella se preguntaba muchas cosas y todas las dudas desaparecían cuando Andrés y Mateo se miraban: la complicidad que había era única. Se conocían bien.

Además, era difícil, no imposible, vivir una relación así en su tierra natal, la polémica siempre estaba a la orden del día.

Lamentablemente, la tierra uruguaya es un lugar en el que su gente prefiere hablar de lo mucho que se quieren dos mujeres o dos hombres, a ocuparse de los verdaderos problemas que azotan al país.

Había sido acertada la decisión de Andrés de irse a vivir a España. Andrés, en su fuero interno, visualizó el futuro y no dudó en cambiar de residencia.

No era que no lo quisiera cerca y estaba segura de que si él viviera con su pareja hombre en un lugar como Montevideo, no tendría esa sonrisa constante y espontánea que siempre expresaba.

Si se hubiese quedado en su lugar natal, la relación de pareja debería de ser, para estar tranquilo, dentro de cuatro paredes.

Y siempre estaba el riesgo que si la hacían pública, era prácticamente un hecho que luego traería secuelas y consecuencias.

Todo eso pensaba mientras los miraba y masticaba. Los demás no se dieron cuenta de su ensimismamiento y siguieron conversando.

A partir de ese instante, como si estuviese teniendo una revelación, la madre tuvo la curiosidad, incluso la necesidad de conocer España.

A pesar de que había viajado por Brasil, Chile, Argentina y se había recorrido todo el Uruguay, nunca había estado en un lugar donde hubiese realmente libertad sexual.

Andrés le contaba cómo era el barrio de Chueca y ella, vencida por la ignorancia, había empezado a mirar por internet.

Se hablaba en todas partes de ese barrio y le entró el deseo de conocerlo. De repente, volvió a la vida real y cortó más carne.

Mientras lo estaba haciendo, intercaló la mirada entre su yerno y su hijo. Andrés enseguida supo que algo estaba tramando.

—Díganme, ¿con qué me pueden comparar el barrio de Chueca?

Mateo le buscó la vista a Andrés y ella, nuevamente, desvió la atención de uno al otro.

—Y mami, es como... Como... ¡Ay!, no sé. No se me ocurre nada. Mirá, a decir verdad, se trata de un barrio viejo, o sea que no tiene casi edificios nuevos.

Hay veredas que no tienen más de setenta centímetros de ancho y es difícil encontrar un sitio para estacionar. ¡Siempre hay mucha gente!

En las ventanas y los balcones de los apartamentos hay banderas del orgullo... También hay bares, bueno, bares hay en todas partes en realidad, ¿no?, lo dijo mientras le buscaba la mirada a Mateo.

—También hay discotecas de moda, tiendas de todo tipo, saunas, restaurantes, centros de estética, farmacias, librerías, *pub*...

Bueno, lo que busques, lo encontrás. Es un barrio caro para vivir. Hay que tener en cuenta que está en el centro de Madrid.

Cuando empiezan las celebraciones del Orgullo, la cantidad de gente se multiplica de forma increíble, y siempre te encontrás con gente de todas partes del mundo. ¡Es alucinante!

—Quiero ir, dijo ella.

Su marido la miró.

—Iré, agregó enseguida.

4 – Agustín

Agustín estaba en el medio de la nada y había escuchado, más de una

vez, que la mayoría de la gente que se quería ir a la capital, el primer freno con que se encontraban en Madrid, era el idioma.

Entonces se lo comentó a su pareja y un día fueron al Ayuntamiento para ver si había algún comunicado de prensa que los ayudara. No había nada.

En internet había mirado y tampoco encontró. La desilusión lo fue dominando y, poco a poco, fue haciéndose a la idea de que no lo lograría.

Una tarde templada en la que fueron a dar una vuelta por el centro, pasaron frente al colegio de las Hermanas de la Caridad Cristiana, Agustín entró.

Rubén, un poco retraído, lo siguió. Enseguida vio una oficina y no dudó en ingresar. Rubén, no se lo pensó y de inmediato le dio alcance.

El gallego ofició de traductor mientras la directora miraba con cierta curiosidad a Agustín. El salteño entendía poco de gallego. Casi nada.

No hacía mucho que vivía en esa Comunidad y, como pasaba todo el día en el tambo junto a Rubén, tampoco tenía la posibilidad de escuchar más el idioma.

Le dijeron que habría una vacante para fin de año, o sea para setiembre, pues la profesora de español se estaba por jubilar.

Pero la directora le dijo que los profesores a ese colegio, a pesar de que era privado, ingresaban solamente por concurso.

Si Agustín quería, podría ir de escucha lo que quedaba de año. Estaban en mayo y después vería si le convendría eso o no.

A continuación le pidieron un momento a la directora para hablar entre ellos, y ella no puso inconveniente. Quedaron en la entrada y hablaban en un cuchicheo.

—No sé qué hacer, fue lo primero que dijo Agustín.

—Agus, nosotros no tenemos que pagar alquiler ni hipoteca en la casa que estamos. Sólo pagamos la comida y nuestros gastos. Si esto es lo que tú quieres, adelante.

—¿Estás seguro?

Rubén asintió. Agustín quedó absorto hasta que le buscó la mirada.

—Está bien. Lo haré. Pero, en el verano, y siempre que pueda, te voy a ayudar en el tambo.

Al día siguiente se presentó en el colegio y, tal como lo esperaba, eran conchetos^[48] o estaban haciendo méritos para pertenecer a ese selecto grupo.

Con la única que habló el primer día fue con la profesora de español: era gallega y había viajado por distintas partes del mundo.

Entre los lugares que había visitado, estaban Guinea Ecuatorial, sus abuelos

eran de ahí; Argentina, unos tíos suyos aún vivían en La Plata. De México le habían atraído muchas cosas, entre ellas la gran ciudad del Distrito Federal.

Y por el Uruguay sentía un cariño especial ya que su hija mayor, casada con un fernandino, hacía diez años se había ido a vivir a Cabo Polonio.

Incluso la profesora fue una vez a Rocha y conoció un paraíso a pocos kilómetros de la gran urbe, y quedó enamorada de ese sitio.

La profesora se mostró dispuesta a ayudarlo desde el principio. Congeniaron de inmediato y a los pocos minutos fue como si se conocieran de toda la vida.

El uruguayo notó que ella, y la mayoría de los gallegos, eran más receptivos, observadores y atentos, y menos recelosos que los madrileños.

El domingo siguiente la suegra de Agustín insistió para que su hijo y su “amigo” fueran a almorzar, pues haría codillo gallego.

Llegaron a la casa de los padres de Rubén cerca de las doce del mediodía y descubrieron que también estaba invitada la hermana con su marido.

Ella estaba embarazada y, desde que vio a Agustín por primera vez, supo, en realidad, la relación que lo unía a su hermano.

Al uruguayo tampoco le cayó bien, aunque él prefirió hacer de tripas corazón. Cuando estaban sentados a la mesa, la hermana miró a Rubén y dijo de forma irónica:

—*Diga, Ru, Tati se recorda?*^[49]

Al hacer la pregunta Agustín ni se inmutó, no obstante, podía sentir la mirada provocadora de su cuñada sobre su rostro.

—*A filla de D. Romualdo?!*^[50] intervino la madre.

—*Si, ela mesma,*^[51] afirmó la hermana. *Olle que aínda está solteiro e no outro día que a coñecín. Ela di que sente a súa falta. ¿Que pensas? Vostede podería dar unha oportunidade, non?*^[52]

Rubén la miró fijamente y no dudó en decirle:

—*Ben, non. Eu estou ben e eu non estou interesado en cambiar nada do que eu teño agora para ela ou a ninguén.*^[53]

—*Pero Ru, non me diga que lle queda solteiro... Mira, eu estou a piques de darlles un neto para os nosos pais, non? Ben, tamén se pode facer o mesmo.*

—*Escoita-me unha cousa... Eu non coñezo ninguén interesado. Eu estou ben do xeito que son e é iso. Está claro?*

—*As persoas falan.*^[54]

Hizo una pausa y agregó mientras que los padres y el marido estaban atentos a las reacciones de cada uno de los hermanos.

—*As persoas din que... Ben, xa sabe como é mal concibidas persoas, non?*

—*O que a xente está dicindo nada sobre min?*

—*Ben... Ben, ten máis de trinta anos e agora, por casualidade, pasou a vivir con un "amigo". Vostede entende o que quero dicir, non?*^[55]

De pronto, como si la imagen de una pantalla se congelase, todo se paralizó y pareció que ni siquiera respirasen. El mutismo se hizo ensordecedor.

Luego las miradas comenzaron a rotar entre cada uno de los hermanos y Rubén no dejaba de mirar fijamente un punto en la pared.

Nadie en realidad se habría imaginado que algo así sucedería y Agustín se mordía agresivamente la lengua y los labios.

Después Rubén empezó a respirar profundamente y le buscó la vista. Ella se sintió incómoda y buscó el respaldo de su marido que no le hizo caso.

—*Fun vivir con Agustín porque el propio é o meu compañeiro!*^[56]

Las palabras calaron hondo en los presentes, como verdaderos puñales. La confesión tomó a todos por sorpresa.

La hermana, descompuesta por haber escuchado lo que tanto deseaba oír pero que pensó que nunca llegaría, clavó los ojos en el plato y se sintió derrotada.

Sin embargo, a los padres casi se les atragantó la comida. Cuando al fin lograron tragar, les buscaron la vista Rubén y a Agustín.

El mutismo estaba incomodando más de lo previsto y las palabras no querían aparecer. Agustín jugaba con la comida y, de vez en cuando, le buscaba la mirada a Rubén.

—*Como é o seu compañeiro, Rubén?*^[57], murmuró la madre.

—*Si, si é. Agustín e me fai dous anos que somos unha parella.*^[58] *Cal é o problema?!*

—*Pero Rúben, Como é o seu compañeiro? Como se non houbese mulleres da aldea...*

—*Nai, iso non é sobre se debe ou non as mulleres... Non Eu sempre amou os homes e Agustín atopou a persoa que quero compartir a vida con.*

—*Isto é unha vergoña!*^[59] dijo el padre con énfasis, mientras se levantaba de la mesa y tenía la comida a medio terminar.

Una vez que el padre desapareció de la cocina-comedor, Rubén le buscó la vista a su hermana y la atravesó con sus ojos como si tuviese el poder de hacerlo.

No era que estuviese enfadado con ella, pero no le gustó la actitud traidora que había tenido ni la forma que lo hizo.

Agustín se moría de ganas de hablar y no lo quiso hacer por respeto a su pareja. Rubén, de todas maneras, quiso herir a su hermana.

—*Eu creo que vai ser satisfeito.* ^[60]

Ella se mostró altiva, orgullosa y soberbia.

—*Pero coidado que o meu sobriño, que non Joaquinito deixar a súa cola como eu.* ^[61]

Al oír esto, empalideció como si le quitasen el aire, y el marido rotó la mirada de ella a su cuñado, pues había sido un golpe muy bajo.

—*Escoita, home. Coa súa irmá facer o que quere, pero non poñer o meu fillo no medio dos seus problemas,* ^[62] dijo el marido.

—*Diga a ela para aprender a respectar a privacidade dos outros.* ^[63]

En ese instante Rubén se dio cuenta que su madre regresaba, aunque no se había percatado de que se había levantado.

—*Como é papá, mamá?* ^[64]

Ella lo miró y él supo que las cosas no estaban bien.

—*Sinto moito, mamá.* ^[65]

Ella lo ignoró y Rubén emprendió camino hacia el *living*.

—*Non vaia!*, ^[66] dijo su madre.

Él se detuvo un segundo a escucharla y continuó su camino. Allí vio a su padre.

—*Non ten máis o meu fillo. Saia da miña casa e non volva nunca máis.*

^[67]

Rubén se sintió desfallecer y quedó ahí, de pie. Ese era el mayor temor que tenía en su vida, y ahora no sabía qué hacer. De repente, escuchó:

—*Ir. Ir Non ten nada que facer aquí. Non ten máis o meu fillo. Vostede é unha verdadeira vergoña.* ^[68]

Rubén agarró fuerzas y se detuvo a mitad de camino de la cocina. No quería que lo siguiesen castigando de esa manera. Agustín estaba de pie al lado de la puerta.

Su cuñada se acariciaba el vientre enfrascada en su mundo interior. Su marido jugaba con la comida y la suegra miraba hacia la salida.

Cuando Rubén apareció a los pocos minutos, todos lo miraron. Él actuó más rápido y salió de la casa veloz. Agustín lo siguió.

Rubén estaba llorando y no quiso que nadie, con la excepción de su pareja, lo viese llorar y una nueva etapa se cernía en su camino.

5 – Rafael

El seis de diciembre, un día excesivamente caluroso en Buenos Aires, el hijo de Esteban cumplió los dieciocho años de edad.

Rafael recordaba la fecha y ese día, precisamente, al ser festivo en España, habían quedado mirando una película en la tele.

Esteban estaba nervioso, aunque lo quiso disimular. Era un jueves, puente en su país adoptivo y había dispuesto dos copas.

A las doce de la noche de España sonó el celular del argentino y éste, al mirar quien llamaba, vio que decía llamada entrante.

Estaba en dudas si atenderlo o no, pues nunca había atendido una llamada así. Rafael sólo le echó un vistazo. Casi en un murmullo, Esteban dijo:

—Hola.

—¿Papá? ¿Sos vos?

Esteban, de pronto, se puso muy nervioso.

—¿Facu? ¿Qué hacés llamándome?

—¡Quería hablar con vos, viejo!

—Dame tú número que te llamo.

—¿Tenés para anotar?

Rafael le alcanzó una libreta y una lapicera^[69].

—Ahora sí, decime.

Esteban anotó su número y cortó la llamada. De repente, de un segundo para el otro, los nervios del entrerriano se dispararon.

Rafael sólo se limitó a mirarle discretamente de vez en cuando. El uruguayo, al darse cuenta que su pareja no llamaba, dijo:

—Pero llamalo de una vez por todas. Se va a cansar de esperar si seguís así.

—Sí. Tenés razón. Tenés razón, susurró.

Marcó el número mientras le temblaba hasta el aire que respiraba.

—Hola, Facu. ¿Qué tal? ¿Cómo andás?

—¡Papá, quiero conocerte!, dijo con énfasis Facundo. ¡Quiero hablar con vos mirándote a los ojos, por favor!

—Yo también.

—¡No te hacés idea de cómo te extraño, de todo lo que te vengo necesitando desde que ya no vivimos juntos! ¡Es una locura mi vida sin vos, papá!

A Esteban se le impregnaron los ojos, Rafael redujo el volumen del televisor, preparó otra copa y la dejó sobre la mesita ratona.

—¡Feliz cumple, Campeón! ¡Feliz cumple!

Al decirlo exteriorizó el sonido del llanto. Esto no estaba previsto y bebió un largo trago de su bebida.

—¡Me muero de ganas de darte un abrazo, Campeón! No te hacés idea de todo lo que he sufrido...

Por no tener noticias tuyas... Todos estos años... Ya dieciocho, Campeón. Decime, ¿cómo conseguiste mi número?

—El otro día conocí a la tía Silvia y me lo dio. Me sugirió que te llamase a esta hora...

—Nene, ¿dónde estás viviendo ahora?

—Estoy con mamá y la abuela, pero... yo quiero que me digas qué fue lo que pasó entre ustedes...

—Campeón, son tantas cosas que te quiero contar que... Que no sé si me va a dar la vida entera para contarte todo lo que pasó, lo que pasa...

¡No te hacés idea de la alegría que me das ahora mismo, Campeón! No... No te hacés idea, nene. Ojalá que te tuviese enfrente para abrazarte...

—Papá, lo único que tengo es la camiseta que me regalaste... Sí, es ésa que estás pensando. La que tiene escrito: *Sos mi Campeón*.

Te he necesitado tanto a lo largo de toda la vida... Mamá, cada día, está más amargada y la abuela parece que está quedando loca... Bueno, ésa ya viene así de fábrica.

Facundo resopló con fuerza y agregó:

—Papá, quiero ir a vivir con vos... Al menos por un tiempo. ¿Qué me decís?

—Nene, ¿querés venirte a España?

—Sí, viejo, sí. Quiero vivir ahí. Esa es la única manera para que mamá no me controle tan obsesivamente como lo viene haciendo desde siempre.

—Campeón, no hay problemas por eso, pero... Mirá, decime a qué hora te puedo llamar.

—A la hora que quieras. Ahora estoy todo el día rascándome las pelotas. No hago nada, papá. ¡Estoy tan desilusionado por todo que no sé qué hacer!

—¡Uf! Campeón, te llamo mañana de tarde, de tardecita, que va a ser la noche de acá. Va a ser mejor. Te quiero mucho. Cuidate, Campeón. Un beso grande.

—Chau, papá.

Esteban cortó la comunicación y quedó enfrascado en su mundo interior. La realidad se le estaba presentando así y no sabía qué hacer.

Los minutos fueron pasando deprisa sin que ninguno se dé cuenta y ahora Rafael ni Esteban seguían el hilo de la película.

De pronto el argentino bebió otro espléndido trago de su copa y le buscó la mirada a su pareja. Rafael se la correspondió y se quedaron mirando a los ojos.

—¿Ya escuchaste, no?, dijo Esteban.

Rafael asintió tenuemente.

—Pues... Es como te decía el otro día... Es mi hijo y...

De repente el silencio se instaló, aunque de fondo se oía levemente la película. A Esteban le costaba hablar y Rafael suspiró mientras paseó los ojos por el cuerpo de su pareja.

—Esteban, quiero que sepas una cosa.

El entrerriano, quedamente, como si lo hiciese a cámara lenta, le correspondió la mirada.

—Esteban, yo no soy padre. Creo que nunca lo voy a ser. Tampoco me preocupa esa posibilidad, pero... me pongo ahora en tu lugar y...

Y debés de estar jodido en ese lugar, ¿no? No te voy a decir que hagas o dejes de hacer determinadas cosas, no. Eso no vas a escuchar de mi boca.

Tampoco puedo ser tan egoísta e hijo de puta y pensar sólo en mí diciéndote que elijas entre tu hijo y yo. No. Eso tampoco te diré.

Lo que sí te voy a decir, es que si tu hijo se viene a vivir con nosotros, al menos desde un principio, vas a plantear la relación que mantenés conmigo.

Y, sobre todo quiero que no que cambies conmigo. Y que todo siga siendo, dentro de lo posible, a como es hasta ahora... ¿Me entendés lo que quiero decir?

Esteban quedó meditabundo hasta que empezó a asentir. Luego de varios minutos mutismo se puso de pie y fue al baño.

Allí se miró en el espejo y procuró ver el futuro inmediato y a medio plazo, pero no lo consiguió. Una lágrima se le cayó y él se apresuró a quitársela.

Rafael, dentro de lo que cabía, había sido racional, pero él era consciente de que ese pendejo podría dañar la relación que mantenía con su padre.

De todas maneras, no era su culpa y si la realidad se le presentaba de esa manera, no tenía más remedio que enfrentarla.

A continuación llegaron horas llenas de incertidumbre y más preguntas que

respuestas de lo que podrían tolerar, y se sintió desbordado.

Ninguno de los dos parecía estar a gusto en ningún sitio. Incluso, en más de un instante, dio la impresión que se estaban evitando.

Los dos estaban muy nerviosos y les dolía lo que tenían que enfrentar. Lo que más les pesaba, era el gran vacío que se creaba al mirar al frente.

El día siguiente no fue distinto al anterior. Los dos estaban decaídos y enfrascados en sus cavilaciones. De todas maneras Esteban, tal como había quedado, llamó a su hijo.

Rafael sabía que era cuestión de tiempo, quizás de días incluso, para que su hijastro se instalase en el apartamento.

La curiosidad del salteño crecía cada vez más por saber cómo era Facundo a nivel físico. Si su teoría era cierta, su estabilidad matrimonial podría fracturarse.

Sí, pero el hijo de Esteban heterosexual y venía de su Argentina natal, con ese acento porteño a voltearse todo lo que tuviera un agujero.

Tenía dieciocho años recién cumplidos y con la labia que caracteriza a los argentinos, al pendejo no se le haría difícil acostumbrarse a la nueva realidad que estaba a punto de enfrentar.

—Esteban era muy apuesto, elegante y con un carisma natural; entonces, ¿su hijo era un retrato a su padre en versión juvenil?

Rafael, ahora que con su familia tenía una relación más fluida, le comentó que un huésped estaba a punto de instalarse en su apartamento.

Su gente optó por ser prudente y no opinar. El hijo de su pareja ahora ocupaba cada espacio de sus pensamientos.

Esteban se dio cuenta de que Rafael estaba distraído, y casi no hablaba, aunque prefirió no decir nada ya que temía la respuesta.

Finalmente, después de dudar y dar tantas vueltas, el uruguayo le preguntó cómo reconocería a su hijo en el aeropuerto cuando viniese.

Esteban le contó que se pondría un cartel enorme alrededor del cuerpo que diría: soy Esteban, Campeón, tu padre.

También el entrerriano le comentó que ya le había enviado a su hijo la plata para el pasaporte. Rafael, como pudo, trató de mostrarse impasible ante las nuevas noticias.

Había cosas que Facundo no estaba haciendo bien y aunque los ojos de Esteban y Rafael dijese lo mismo, no exteriorizarían nada.

Por ejemplo, el joven le diría a su madre que se iría de su casa en el mismo momento en el que partiría hacia el aeropuerto de Ezeiza.

Lo haría de ésta manera porque, según él, si lo hacía con el tiempo suficiente, haría hasta lo imposible para que no viajase.

O sea que, durante esos días debía ser cuidadoso en su casa de Palermo y no llamar la atención como solía hacerlo en los últimos años.

Esteban le pidió a su hijo que hablase como adulto con su madre ya que ese sería un golpe muy bajo para la mujer que, a pesar de todo, había hecho todo por él.

Facundo sólo le dijo que pensaría en esa posibilidad, pero que no prometía nada porque su padre no era conecedor de todo lo que tuvo que pasar él a lo largo de su vida.

Una vez que el pasaporte ya estuviese entre sus manos, Esteban le giraría más efectivo para que no viniese con las manos vacías.

Y el pasaje se lo compraría su padre desde Madrid y Facundo sólo debía levantarlo en Buenos Aires. Rafael se asombró de que las cosas fuesen yendo tan rápidas.

Las dudas y la intriga por conocer a Facundo crecían a cada momento. Más de una vez Facundo había querido hablar por teléfono con él y el uruguayo interpuso miles de excusas para no hacerlo.

El salteño estaba seguro de que la presencia de Facundo en la vivienda traería problemas. Grandes problemas. No obstante, su imaginación quedó corta.

No sabía cómo, pero lo podría haber firmado con sangre y no haberse equivocado. Sin embargo, la realidad siempre supera la ficción.

1 – Ignacio

El recuerdo de Ignacio siempre estaba presente en cada una de las personas que habitaba en la mansión Schultz-Parker.

La madre no hacía más que culparse, una y otra vez, sin consuelo. En más de un momento creyó ver sus ojos inseguros que la buscaban.

Fue así que estuvo con psicólogos, psiquiatras y especialistas de distinto tipo, y se introdujo en sectas que nunca nadie hubiese pensado que ella acabaría ahí.

Las hermanas tampoco estaban bien aunque lo llevaban mejor. Ellas, inquietas por el posible futuro de su madre, trataron de encontrar una solución.

Fue así que le sugirieron para que hiciese un viaje a algún lugar exótico y la

madre, como siempre, se negó en rotundo.

Nada de lo que hiciese o pensase le devolvería la vida de su hijo, o sea que nada más tenía valor. Las hijas, ante estas respuestas, enmudecían.

Hoy en día, si ella hubiese aceptado a su hijo como gay, que era realmente su verdadera orientación sexual, era seguro que él estaría también en el mundo de los vivos pensaba constantemente.

Por casualidad Maribel dio con el Budismo y emprendió un viaje con el único objetivo de encontrar algo de consuelo por la pérdida de Nacho.

Ahí descubrió que el valor de la vida es distinto a como lo ve el mundo occidental, pero, de todas maneras, no dejaba de reclamarlo.

Era posible que Maribel perdiese la cordura, pues ahora estaba prácticamente en un punto de no retorno y ella no se ayudaba.

Su marido, o sea el padre de Ignacio, luego de la muerte de su fruto, se sumió en un mutismo como nunca antes había ocurrido.

Él también se culpaba. Se preguntaba si efectivamente un hombre podría amar a otra persona de su mismo sexo.

—No. No... No era lo que Dios quería y él estaba seguro de eso.

O sea que no podía ser verdad, pues el objetivo de la vida era el de la reproducción de la especie, no fomentar cosas antinaturales.

Y dos personas del mismo sexo no se podrían reproducir, por lo que, por más que se quisieran, iba contra las leyes de la naturaleza.

—Entonces, ¿cómo era posible que el Creador se equivocara tanto en algo tan importante como eso justo con su hijo?

Sin más, el *Todopoderoso* lo estaba castigando y fue por eso que primero lo dio un hijo desviado y luego se lo quitó de las manos en plena juventud.

—Esa era una de las cosas que nunca entendería, pues, ¿por qué Dios había permitido, a pesar de todo, que su hijo se reprodujese y dejase como descendencia a dos hermosos retoños?

Eran cosas contradictorias a las que no encontraba explicación. Y su juicio, a medida que pasaban los días, más se apagaba.

Macarena se puso una máscara y continuó adelante como pudo. Si ella se hundía sabía que nada más funcionaría en la casa.

Ella amaba sincera y desinteresadamente a Ignacio y lo extrañaba en cada cosa que hacía, dónde miraba, cuando dormía.

A pesar de sus particulares gustos sexuales, era una excelente persona y estaba segura de que hizo todo lo posible para amarla.

Nacho nunca la había juzgado ni la había hecho sentir inferior, como sí lo

hizo su madre, por sus orígenes humildes.

Macarena era joven aún, hermosa y no sólo se sentía vencida, sino que estaba a punto de hundirse y eso era algo que no se podría permitir.

Porque ella tenía dos hijos pequeños a los que adoraba y, por ellos, haría lo que fuera posible para salir adelante.

De hecho, los hijos, los primeros días y las primeras semanas, no dejaban de preguntar por su padre y nadie sabía darles una respuesta que callara sus reclamos.

Al fin ella optó por darles la respuesta que le daban cuando perdió a su abuelo, que se había ido al cielo y que él ahora vivía en cada una de las estrellas que brillaban a la noche.

Los niños, desde que empezaron a escuchar esto, esperaban ansiosos las noches y subsistían observando el firmamento.

Macarena, cuando miraba a los pequeños así, se sentía tan nula que se le desgarraba el corazón y cada parte de su alma que la dejaba paralizada, sin saber qué paso dar.

—¿Cómo era posible que su padre no hubiese pensado ni siquiera en lo que causaría en sus propios hijos? ¿Acaso no había sido egoísta al pensar sólo en sí mismo?

Eran muchas cosas las que le habían pasado a Ignacio y, sin duda, tuvo que vivir atormentado al lado de una familia, de una mujer que, si hubiese sido hombre, nada de eso habría pasado.

Los medios de comunicación se ensañaron con la familia Schultz-Parker. No había hora que no dijese algo que deprimiera a la familia.

Maribel prohibió que en la mansión se encendiese la televisión con los programas de chismeríos que no hacían más que escarbar sobre la herida.

Ella también se había retirado de la vida pública y, cuando iba al El Cementerio, se disfrazaba para pasar inadvertida.

Las noches eran interminables y los días se hacían largos, eternos, y ninguno de ellos tenía una verdadera razón de ser.

Las fotos que perduraban en la mansión siempre mostraban a Ignacio lleno de vida y sonriente. Nadie se imaginaba que todo acabaría de esa manera.

En una de las sesiones que Maribel tuvo con el psicólogo, encendió la alarma en el profesional quien trató de ser prudente.

—Todo acabó... Todo. Ahora, que he perdido a mi hijo, me he dado cuenta de que todo acabó.

—¿Qué es lo que quiere decir con eso, Maribel?

Ella volteó para mirarlo y no lo vio, ya que no estaban de frente; sólo observó su perfil anguloso y su abundante pelo cano.

—Que todo acabó. Que... Que a Nacho hay que hacerle compañía y, ¿quién mejor que su propia madre para hacérsela?

Yo... Yo soy la culpable de lo que me está pasando ahora mismo. Yo... ¡Yo soy la verdadera asesina de mi hijo! ¡Yo maté a mi propio hijo! ¡Fui yo misma!

Y al decir eso rompió en el llanto, el cual causaba pena, dolía verla de esa manera. Ella, que siempre había sido altanera y mordaz.

El psicólogo le alcanzó un vaso de agua y ella apenas mojó los labios. Cuando pareció que se controló, el silencio invadió la sala.

El psicólogo, de vez en cuando, se limitó a mirar el segundero del reloj que tenía frente a sí mismo, pero la mujer continuaba sumida en su mundo interior.

—Yo... Yo estoy tan cansada... De vivir... Estoy tan cansada de vivir, de todo lo que me ha pasado... Nunca... Nunca creí que podría perder a un hijo...

A mi hijo... Así... Ahora entiendo lo que le pasó a Zulema... Ahora entiendo lo que le pasó a María... Nada compensa la pérdida de un hijo. Nada...

Y otra vez el llanto se desató como un fuerte viento que anuncia una gran tormenta. De todas maneras, entre lágrimas, agregó:

—A diario voy a hablar con él en El Cementerio. Quiero que me perdone. Y, desde el mismo día en que se fue, no hago más que soñar con él. Hizo una pausa mientras suspiraba y clavó sus ojos en la pared.

—Es raro. Lo veo. Sé que es él. Le hablo... Le hablo, sí, pero me es indiferente. Solamente a veces se limita a mirarme.

Y no sé lo que significa esa mirada. No... No sé. Nunca le había visto esa mirada en vida. Nunca y... Y ahora, de repente, lo veo así. No sé por qué.

Nacho está tan solo en ese lugar. ¡Ay, Dios, Dios, Dios! ¡¿Por qué tuviste que quitármelo?! ¡¿Por qué?! No. No lo entiendo. No lo entiendo... Nunca lo entenderé.

Irónicamente, Fabricio, cada día que pasaba, se estaba pareciendo más a su padre, a Ignacio, era como ver a Nacho de niño otra vez.

La que primero notó el parecido, por supuesto, fue su abuela y, a partir de ése día, fue como si su alma volviera al cuerpo.

El pequeño en todo se parecía a Ignacio cuando tenía la misma edad. No dejaba de sorprender a los abuelos ni a las tías.

Sólo lo diferenciaba que a Fabricio le gustaba jugar con tierra y hacerle bromas pesadas a su hermana, quien siempre salía llorando.

El niño se parecía en el caminar, en la mirada pícaro, en los gestos estudiados, en la forma de comer, cuando callaba porque lo habían descubierto en sus andanzas...

A Maribel no le cabía duda, Dios le quitó un hijo, a su único hijo varón, y ahora le estaba concediendo un nieto con el que no cometería los mismos errores que cometió con Ignacio.

Sólo esperaba que Macarena no se lo llevase de la mansión, pues ella estaba dispuesta a todo con tal de que no se lo llevase.

Ahora no quería imponer su voluntad y estaba dispuesta a que Macarena

trajera a una pareja a vivir a la mansión con tal de no dejar de convivir con su nieto. Sin duda, todo estaba cambiando.

2 – Alan

Alan y el inglés, Michael, de vez cuando, hablaban en español y, otras veces, se comunicaban en inglés. Era una gran experiencia para los dos.

De esa manera cada uno practicaba el idioma del otro. Así, poco a poco, fueron conociendo las jergas y los modismos de cada lengua.

A Michael le encantaban los sudamericanos, tenía verdadera debilidad por ellos desde antes de tener uso de razón.

Además, había estado con un colombiano y, hasta la fecha, había sido el mejor amante con el que había salido.

Ahora, con un uruguayo que conoció en Madrid, se estaba enfrentando a otro mundo y, lo que vio hasta el momento, le gustó.

De igual modo el inglés suponía que todos los de América del Sur eran más apasionados que los europeos, sobre todo, los de su Reino Unido natal.

Desde la primera vez que intimaron hubo química. Las veces que se veían, más de una por semana, no eran necesariamente para acostarse, aunque el sexo ocupaba un papel importante.

Poco a poco se iban conociendo. Ninguno quiso acelerar nada ni poner barrera ante lo que pudiese llegar, simplemente se dejaron llevar.

Alan, como no quería oír determinadas respuestas, optó por no formular ese tipo de preguntas. Él no estaba seguro de que Michael le fuese fiel, aunque había empezado a apostar en grande por el inglés.

Contrariamente que con Alejo, con el británico y con su futuro hijo sí se veía en una relación a largo plazo y el español, cada vez más, se convertía más en parte del pasado.

Y, como no había motivos para comenzar con mentiras, optó por decirle toda la verdad. La sorpresa del inglés fue grande y nunca pensó que a él también le fuesen las mujeres.

Alan le aclaró que solamente había probado, y que luego de pensarlo y sentir todo lo que le había hecho sentir Michael, si debía elegir, ese sería quedarse con el inglés.

Michael, desde que era adolescente lo fascinó la idea de tener un hijo, o sea que, cuando Alan le contó que una amiga estaba gestando su hijo no dudó en hacerle montones de preguntas.

¡Estuvieron horas hablando de ese tema! Muchas cosas quiso saber el inglés. Alan aprovechó ese momento para decirle de dónde habían aparecido sus dudas de si era gay o bisexual.

El británico enseguida admiró a Alan por la valentía y el coraje que estaba poniendo con tal de conseguir su objetivo.

El rioplatense, al verlo tan receptivo y comprensivo, supo que ese hijo sería un buen aliado en caso de que ellos continuasen juntos.

Hacía siete semanas que Alejo había visto a Alan con Michael y no se lo podía sacar de su interior en ningún minuto.

El español, desde esa misma noche, le había empezado a enviar mensajes y, como vio que no le contestaba, optó por llamarlo.

Alan seguía sin dar señales de vida. Tampoco lo veía conectado en el MSN ni en el *Facebook*, ni en ninguna red social.

Alan prefirió ignorarlo por completo y no respondió ningún *e-mail*, ni mensaje del *facebook*, nada. Es más, ni los leyó.

Alejo era el que había elegido tomarse un tiempo y ahora Alan estaba con otra persona, por lo que el español pasó a ser parte de su pasado.

El madrileño, cuando decidió establecer distancia entre ellos, era consciente a lo que se exponía, por eso Alan no quiso ceder.

El uruguayo tampoco contestó ninguna llamada al celular con número oculto o que no tuviese registrado. Él sabía de quién se trataba.

El rioplatense no dudó en presentar a Michael a sus amigas: Pamela y Valeria que, enseguida que lo vieron, suspiraron profundamente, ya que el hombre no dejaba indiferente a nadie.

El inglés ya había escuchado a Alan cosas de las vidas de las chicas, por lo que las trató como si se conociesen desde siempre.

Ellas decían que era muy lindo y que hablaba como indio. Él, que entendía la conversación, optó por reírse despreocupadamente.

Las semanas enseguida se convirtieron en meses y los embarazos de las chicas iban bien. La vida de Alan había dado un giro drástico.

Valeria fue la que empezó con los vómitos y Pamela, casi de la noche a la

mañana, comenzó a devorarse todo lo que encontraba.

El uruguayo le recordó a lo que se exponía si seguía comiendo así. Pamela le dijo que siempre le había gustado comer y que, cuando naciese el niño, haría hasta lo imposible para recuperar su figura.

De todas formas no eran horas para pensar en cómo harían la dieta, sólo siguieron en el bar y cada una siguió bebiendo una *sprite* con sándwiches mixtos.

Desde que se acostaron con Alan y, sobre todo, cuando confirmaron los embarazos, ambas se alejaron del alcohol y del cigarrillo.

Ellas decían que, si su hijo quería que bebiese o fumase algo, que sean ellos mismos los que elijan hacerlo. Desde el comienzo querían hacer las cosas bien.

Las chicas, a pesar de que se morían de ganas de fumar y de ingerir alcohol, hasta que naciesen los bebés y dejarasen de dar de mamar, no lo harían.

A Alan la idea le encantó mientras que Michael no dejaba de asentir y admirar la fuerza de voluntad que estaban poniendo.

Cuando los vientres se abultaron dio la impresión de que ahora los días pasaban lenta y cansinamente, casi sin diferencia con el anterior.

Y Alejo, que no había desistido de su propósito, seguía insistiendo, sin encontrar solución. Dio la impresión que había perdido para siempre a Alan.

Una tarde de setiembre, donde aún hacía buen tiempo, Alejo iba caminando despreocupado por la Gran Vía, ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

De repente, a unos cincuenta metros, en la esquina con Fuencarral, vio que Alan despidió a su nueva pareja con un beso en los labios.

El español, que no salía de su asombro, de inmediato recordó cuando lo vio besarse en la plaza Chueca, y lo siguió con la vista hasta que desapareció.

El rioplatense se había quedado en el mismo lugar con el celular en la mano, pues estaba escribiendo un mensaje sin mirar a nada más que al teléfono móvil.

Alejo no dudó más y se le acercó. Alan ni se percató en su presencia y algunos transeúntes desviaban la vista entre uno y otro.

—Hola, dijo Alejo.

Alan miró y quedó pasmado, mirando a su ex-pareja.

—Hola, contestó.

Alan terminó de enviar el mensaje y guardó el aparato en el bolsillo.

—No me has contestado ninguno de los mensajes que te envié.

Alan hizo una mueca y negó con la cabeza.

—¿Tienes tiempo ahora? Me gustaría hablar contigo, agregó.

Al escucharlo, suspiró, miró a su alrededor y asintió. Ambos emprendieron camino por la Gran Vía y entraron en un bar de la calle Hortaleza.

Cuando estaban servidos, con las cervezas de por medio, sentados a la mesa, Alan le buscó la vista a su ex-pareja y éste le correspondió.

—¿Qué es lo que querés hablar conmigo?

—Creo... Creo que ya nos hemos tomado el tiempo suficiente tú y yo y...

Alan no dudó en suspirar, beber un generoso trago de cerveza, pasear los ojos indignados por el bar hasta suspenderlos en el español.

—No. El que se ha tomado el tiempo fuiste vos, no yo. Yo nunca quise tomarme ése tiempo, o sea que no hables en plural y... No. Separados estamos mejor.

—¡No me digas eso, Alan! Te echo de menos.

—¡Pues yo, no!

Cada uno se enfrascó en sí mismo y los segundos se transformaron en minutos de mutismo.

—Vos eras muy consciente a lo que nos exponíamos con la decisión que tomaste, ¿no? Pues ahora las cosas cambiaron.

Alejo lo miró rápidamente.

—¿Por qué?

—Porque ahora es tarde... Ahora no...

—Pero, ¿por qué? ¿Qué pasa?

Alan acabó la cerveza.

—Ahora estoy conociendo a alguien... Ahora estoy con otra persona y no me juzga ni me pone obstáculo porque voy a ser padre. Con él... las cosas son diferentes.

—¡Ése es un hijo de puta! , dijo Alejo entre dientes.

—¡No hables mal de quién no te corresponde!

—Ése es un hijo de puta, reiteró Alejo con la voz contenida.

—Va a ser mejor para los dos que lo dejemos acá. No me llames más. No me busques más. No me escribas más. Hacé como si ya hubiese muerto... Va a ser mejor para los dos. Ya vas a conocer a alguien que te haga olvidar todo por lo que pasamos juntos... pero conmigo no hay marcha atrás.

Alejo se había sumido tanto en sus pensamientos que, las últimas palabras, ni siquiera las escuchó. Alan pagó las cervezas y se fue deprisa sin mirar atrás.

Alejo tampoco volteó la vista. La realidad los estaba superando por todos

lados, y cada vez, estaban más separados uno del otro.

3 – Andrés

Andrés, su marido y su familia seguían recorriendo el país, al menos querían ir a las partes más emblemáticas de la nación.

Fue así que llegaron a Cabo Polonio, en Rocha, y Mateo, si con Punta del Este había alucinado, ahora sí que su fascinación era extrema.

Para empezar tuvieron que dejar el vehículo estacionado cerca de la ruta y, desde ahí, con lo que necesitaban, siguieron avanzando.

Primero los padres alquilaron una cabaña y, mientras tanto, Andrés y Mateo fueron directo a disfrutar del océano Atlántico.

El tano no se cansaba de contemplar ese paisaje de arenas que formaban las dunas, la arena blanca que esculpía el paisaje ni de disfrutar del silencio interrumpido por las olas.

No se veía nada alrededor más que las colinas, el Atlántico a un lado y, muy de vez en cuando, a lo lejos, algunas cabañas.

En el lugar no había electricidad, agua corriente, ni se permitía andar en vehículos de tracción a motor. La tranquilidad y el contacto con la naturaleza estaban garantizados.

El calor era agradable y la brisa que soplaba en la zona era como una verdadera caricia para los cuerpos casi desnudos.

Los chicos no dudaron darse más de un chapuzón y luego quedaron en el borde del agua, donde ésta venía, de vez en cuando, atraída por las olas.

—No me habías comentado de un lugar así cerca de tu piso.

—¿No? Se me habrá pasado.

Andrés echó un vistazo al horizonte y quedó nostálgico, pensando.

—Cuando era chico los veranos solíamos pasarlos acá. A mamá es el lugar que más le gusta del país y, como a nosotros también nos gusta, no había dudas a dónde venir cuando llegaban las vacaciones.

El uruguayo hizo una mueca cargada de melancolía y agregó:

—¿Te gusta?

—¡No sólo me gusta! ¡Este es un lugar perfecto para pasar el resto de la vida juntos!

Andrés, cuando lo escuchó, sonrió y echó una mirada a la lejanía.

—¿No te gusta la idea, Andy?

—No es que no me guste. Pero ya sabés lo de siempre... No podríamos sobrevivir acá. Eso lo tengo más claro que el agua.

Este lugar, a pesar de las prohibiciones que tiene, es turístico y, cada vez, lo va a seguir siendo más. En España hay buenos lugares para vivir.

Si lo que te apetece es cambiar de ambiente, no pienses para el lado de América Latina porque, sea como sea, si no venís con un buen capital y tenés algo propio, los precios están por las nubes...

Mi familia... Bueno, ya lo viste, ¿no? Ellos ya tienen asumido que yo vivo del otro lado del charco y ya saben que no regresaré...

Pero, en caso que hagas eso, Mateo, a tu vieja no le va a hacer ni pizca de gracia. Pensá en ella si querés tomar una decisión así.

Ambos quedaron reflexivos, con la vista en la lejanía. Cada uno se abstraía tanto en sí mismo que no escucharon los pasos que se aproximaron.

Cuando llegaron los padres y los hermanos de Andrés, enseguida supieron que algo había pasado, pues las expresiones de los chicos los delataban.

—¿De qué vive Rocha ahora?, dijo Andrés.

La madre se le acercó y enarcó las cejas.

—¿Qué querés decir con eso, Andy?

—Sí. ¿De qué vive Rocha?

—Y, básicamente, del turismo. ¿Por qué?

Mateo comenzó a asentir y a la madre no le faltaron los hilos para deducir la conversación que les habían dejado de tal manera.

—Vamos a comer algo, dijo el padre. Yo ya tengo hambre.

Y echó una mirada alrededor e iniciaron camino. Fueron a un restorán donde tuvieron que caminar como dos kilómetros para llegar.

No les importaba, pues mientras avanzaban, iban disfrutando del paisaje de ensueño que se les presentaba.

Cuando estuvieron servidos, Mateo y Andrés frente a frente, la hermana al lado de Andrés, los padres también de frente y el hermano, mirando a su hermana, empezaron a almorzar.

—Andy, yo sigo con la idea en la cabeza de conocer el barrio de Chueca, dijo la madre.

Andrés la miró.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Que no sea que, después de vieja, quieras probar otras cosas, comentó el padre.

—¡No seas pelotudo!

Sacudió la cabeza indignada y agregó:

—Es que, por más que intento, no puedo materializar la idea de que, en un país latino, haya un barrio gay y que uno pueda llevar una vida como le dé la gana sin que nadie lo señale ni nada.

Además, todas esas discos y garitos como dicen los gallegos... ¡Me muero de ganas de conocerlo! ¡No te hacés idea cuánto!

—Y, ¿en qué época te gustaría ir?

—Andy, una de las cosas que tengo pendiente en la vida, es pasar una navidad en el invierno...

Andrés no dudó en buscarle la vista a Mateo.

—Ustedes miren, lo más grande que conozco a nivel ciudad, es Buenos Aires...

—Mamá, Buenos Aires es el doble que Madrid...

—¡No me interrumpas! Por más que sea el doble, o más o menos, creo que no tiene punto de comparación, ¿o sí? ¡Ah, Dios! No sé... No sé...

Eso me pasa por no conocer España. ¡Tengo que ir a España! Tengo que conocer Europa y voy a empezar por Madrid.

El marido le buscó la vista, abrió la boca y ningún sonido exteriorizó. Andrés y Mateo quedaron cavilando y los hermanos no fueron ajenos a ese detalle.

Los días que estuvieron en Cabo Polonio fueron agradables e inolvidables. Varias vivencias quedarían gravadas para siempre en cada uno.

Cuando se está bien y a gusto en un sitio, y con gente querida, da la impresión de que el tiempo pasa velozmente y no nos damos cuenta de ello.

Ya era quince de enero y lo que había visto el europeo de Montevideo, en realidad, era poco. O sea que el día dieciséis, partieron rumbo a la capital y Andrés era el que hacía de guía turístico.

Lo llevó por la Ciudad Vieja de nuevo, donde ya no había tanta aglomeración de gente como cuando fue la primera vez, el veinticuatro de diciembre.

También por dos *shopping* ese mismo día dieciséis. En las siguientes jornadas estuvieron recorriendo, lentamente, la zona de Carrasco y todo lo que comprende la parte costera.

Asimismo fueron por la universidad, por el Centenario, por el resto de los *shopping*, por el Prado, por el parque Rodó donde ya habían estado, pues estaba cerca del apartamento de Andrés.

Luego, en el auto de los padres de Andrés, empezaron a recorrer la ciudad y sus alrededores, sin una ruta planificada, lo que les daba más libertad.

Fue así que se metieron en barrios y lugares en los que ninguno lo habría

hecho en otras condiciones, era otro tipo de experiencia.

Cuando pasaron por el cementerio del Norte, Mateo se sorprendió por su tamaño. Éste es el más grande del país y el segundo de América Latina, superado en el continente por el de la Chacarita, en Buenos Aires.

Mateo, cuando escuchaba algunos comentarios, no podía creerlo, pero el lugar que ocupaba el cementerio sí, era muy grande.

También pasaron por el Cilindro Municipal, por el Viaducto, por el puente de las Américas, por la avenida 8 de Octubre...

La avenida Italia y Bulevar Artigas la atravesaron de punta a punta. Más de una vez bajaron del vehículo para tomarse fotografías.

Ya era el veinticinco de enero y, esos días optaron por hacer playa, muy cerca de la vivienda de los padres de Andrés.

El tano estaba fascinado por el viaje que estaba teniendo junto a su marido, pues nunca se hubiese imaginado que el mismo sería ni la sombra de lo que estaba siendo.

Los padres y los hermanos resultaron encantadores. Era verdad que a uno de los hermanos sólo había visto tres veces, en Nochebuena, Nochevieja y en otra cena.

El italiano, desde que había llegado a la tierra natal de su pareja, hablaba con su madre y con su hermana una o dos veces por semana.

Enseguida que llegó le pasó el número de celular de su cuñada, donde fue ella quien se ofreció para que se comunicara con su gente.

La familia en Madrid se estaba entumeciendo por tanto frío que hacía en la capital española, mientras que él estaba en la playa tomando sol.

Se acercaba la fecha de la despedida y a pedido de Mateo, fueron por la avenida 18 de Julio a comprar *souvenirs* para su gente de España.

Cuando lo vieron, se dieron cuenta de que sería un cliente fácil, aunque optaron porque fuese Mateo el que eligiese lo que deseaba y Andrés regateaba el precio.

Mateo compró mates, pulseras, escudos y varias cosas hechas en cueros haciendo alusiones a símbolos patrios nacionales o al fútbol.

También compró, y Andrés no podía creer al punto que había llegado, en la sede oficial de la avenida 8 de Octubre, una camiseta de Nacional.

Agustín no dejaba de darle vueltas a lo que había pasado en la casa de sus suegros, pues eso no era lo planificado ni lo deseado por nadie.

Empero había ocurrido y había que enfrentarlo, pero ahora su pareja estaba hecho trizas y eso no era lo que se quería.

Rubén le había comentado los motivos y miedos por los que no le decía a su familia su orientación sexual, pues lo que se temía no era ni la sombra de lo que le estaba pasando.

En realidad, un impulso llevó al gallego a hablar de esa manera, pues su objetivo era hacer callar a su hermana la cual estaba impertinente.

El español, desde ese mismo día, estaba realmente hundido y no había nada que lo consolara. Incluso había perdido el apetito.

Las palabras de sus padres habían sido muy duras y directas. Y ante eso el salteño se sentía totalmente indefenso.

Agustín dudó en si ir a hablar con sus suegros, pues los mismos eran muy cerrados y no quería poner más obstáculos entre su pareja y sus suegros.

Optó, finalmente, por dejar que todo se calmara, para ver si ocurría el milagro de la reconciliación y así que puedan hablar civilizadamente.

Los días fueron pasando y ningún milagro se cristalizó. Y los días se convirtieron en semanas y ellas en meses. Agustín ahora sentía bronca por la actitud de su familia política.

El tambo no podía quedar sin personal en ninguna época del año, y los días que les correspondiesen por las vacaciones, los pasaron ahí.

Agosto fue un mes agradable en cuanto al clima, no llovió mucho y el calor que hacía en el sur de la península ahí no llegaba.

El veintiséis de agosto era el cumpleaños de Rubén y a él sólo le haría feliz una cosa: que sus padres le deseen el feliz cumpleaños como todos los años.

Rubén le había advertido a Agustín que ese día no quería que se hiciese nada.

El salteño, con el paso del tiempo, se fue dando cuenta de que su pareja era literal cuando hablaba.

Y, por más que le doliese, no haría nada. De todas maneras, en la casa siempre había botellas de bebidas alcohólicas, por lo que siempre se podría improvisar algo.

Llegó ese día del verano lentamente y Agustín, a la medianoche, le entregó el presente que le había comprado la semana anterior.

Rubén se lo agradeció en reiteradas oportunidades y notó que esa vez estaba más sensible, más cariñoso que lo habitual, y no dejaba de mirar su celular.

Le llegaron un par de mensajes de conocidos y algún amigo de Madrid y de

Galicia, pero no el mensaje que estaba deseando, mucho menos la llamada. Los dos debían madrugar, aunque el bajón que tenía Rubén no podía esperar. Agustín evitó hablar del tema e improvisó.

—Me voy a preparar un vodka, dijo Agustín. ¿Te hago uno?

Como no le contestó, lo miró y éste estaba asintiendo. Agustín le alcanzó su copa y regresó a la cama. Agustín trataba de no hacer ruidos innecesarios.

Los dos vestían calzoncillos y Rubén optó por acostarse sobre el pecho de su pareja, después de haber bebido un largo trago de vodka con limón.

El silencio era penetrante en la morada y Agustín quería respetar la quietud de su pareja, aunque le incomodase y le doliese el dolor ajeno.

Ambos estaban cansados, pero ninguno quería dormir. De vez en cuando, ambos bebían de sus copas como si fuesen máquinas.

De pronto, el rioplatense se dio cuenta de que el europeo estaba llorando y que no hizo nada para ocultarlo.

El salteño se limitó a limpiarle las lágrimas con los dedos y, de vez en cuando, el español se aferraba tanto a su pareja como si el mismo se fuese a ir, de un instante para el otro, y lo quisiera evitar.

No era el cumpleaños que quisiese nadie. El llanto no dejaba de salir y la debilidad y desesperación de cada uno crecían a pasos aumentados.

—Lo siento, murmuró Rubén.

Agustín le buscó la mirada y la misma seguía perdida. Rubén acabó la bebida y le preguntó a su pareja si se acabaría la suya.

Agustín se la alcanzó y también se la terminó. Volvió a acostarse sobre el pecho del salteño y el lamento, cada vez, se incrementaba más.

Rubén no dejaba de aferrarse a su pareja hasta que cerró los ojos y, por fin, se durmió. Agustín tardó un poco más en conciliar el sueño.

Sin embargo, el gallego, como todos los días, a las seis de la mañana se estaba levantando. No quiso desayunar y no tardó en empezar a trabajar.

El uruguayo se despertó después de la siete y se preocupó cuando no vio a Rubén en la cama. Se vistió y fue al establo. Allí lo vio.

Rubén no quería hablar aunque no se negó a ser abrazado por su pareja. Es más, parecía que agradecía la iniciativa de Agustín.

Ese veintiséis de agosto Rubén no pronunció casi palabras. Sólo se detuvo a picar algo de comida, porque ni se sentó a la mesa, y regresó al trabajo.

Hasta las nueve de la noche estuvo ocupado con tareas reales y otras inventadas. Quería, sobre todo, llenar el vacío que le estaba haciendo su familia.

Agustín estaba preocupado, aunque ya lo conocía lo suficiente y no quería revolver el pasado. O sea que no escarbó en la herida.

El rioplatense dejó de trabajar a las siete y media de la tarde, habitualmente lo hacía a las ocho, y cocinó con esmero para complacer al gallego.

Cuando Rubén se duchó y, al fin se sentó en el sofá, Agustín le sirvió los espaguetis con tuco que le había enseñado a hacer su madre.

Rubén comió y luego trajo una funda de latas de cervezas frías y se puso a beber junto a Agustín recostados en el sofá grande del *living*.

El europeo había puesto un CD de OBK y las latas de cervezas vacías, poco a poco, se fueron acumulando en un rincón del suelo.

El tiempo se disparó y no hablaron casi nada. Era como la una de la mañana cuando se retiraron a la alcoba y enseguida se durmieron.

Al día siguiente, el gallego seguía bastante cabizbajo y buscaba en todo momento estar solo. Agustín le concedió el espacio que deseaba.

Cuando el gallego revisó su celular, se topó con llamadas perdidas de conocidos y mensajes de texto y voz felicitándole por su cumpleaños, pero nada de su gente.

Rubén, cada vez más absorto, contestó cada mensaje y llamada, y no se dio cuenta que las lágrimas lo cegaban y Agustín lo miraba impotente.

Y se dijo que ahora sí; que la prueba estaba superada. Si para su familia no existía, ahora efectivamente actuaría así para ellos.

Empezaba una nueva etapa en su vida y el desafío estaba trazado. Agustín, una vez más, le dio la razón y le dijo que no decida nada en caliente.

El dos de setiembre de dos mil ocho Agustín tuvo que dar un examen de admisión en el colegio de las Hermanas de la Caridad Cristiana.

No le resultó difícil; su lengua natal es el español y era de lo que pretendía trabajar. Si entraba a trabajar ahí, no vería tanto a su pareja, aunque la relación se fortalecería más.

No quería perder al gallego. Ya había pasado por muchas cosas en la vida y ahora no le apetecía andar con uno y otro.

El salteño se dio cuenta de que con Rubén encontró a la persona que por tanto tiempo había buscado y pensó que no existía.

El gallego era cerrado y le costaba demostrar sus sentimientos, pero era una buena persona y ahora estaba enamorado de él.

A Agustín le gustaban muchas cosas del español, entre ellas, la inseguridad y temor que, de vez en cuando, lo acosaban.

Rubén era como un niño grande que necesitaba de cariño y Agustín estaba

dispuesto a darle protección y lo que hiciese falta para hacerlo feliz. Luego de su cumpleaños, al comprobar cómo era su familia realmente, se mostraba más frío respecto a algunas cosas y más demostrativo con el salteño. Como no miraban casi televisión, optaban más por escuchar música y hablar, que por hacer otra cosa, sin contar el trabajo, claro. Incluso ahora que el distanciamiento con la familia del gallego estaba firmado, se plantearon la posibilidad de cambiar de actividad laboral. Agustín fue práctico. Primero vería si le admitían en el colegio y luego vería qué harían. Pero no podían quedarse los dos sin trabajo. Rubén le dio la razón y los días seguían pasando. La rutina en el tambo era cegadora. Al europeo le gustaba el trabajo aunque el mismo era esclavizante. Nunca podía salir del tambo. De todas maneras pensó en qué otro trabajo podría trabajar en Galicia, sobre todo ahora que no tenía el nexo de su padre.

5 – Rafael

Facundo llegó a Madrid el jueves siete de febrero de dos mil ocho a las cinco de la tarde. Madrid se presentaba helado y el viento hacía disminuir más la sensación térmica. Rafael no quiso ir al aeropuerto alegando que debía ir a trabajar. Él quería, sobre todo, extender ese encuentro lo más que pudiese. Cuando regresó a la vivienda pasada la medianoche, Esteban y Facundo estaban sentados en el sillón grande del *living*. Esteban, en todo ese rato, le resumió su vida. Entre tantas cosas que expuso, le contó que Rafael era su marido. Para sorpresa del entrerriano, el joven lo tomó con una naturalidad extraordinaria y Esteban no quiso cuestionarse nada de lo que estaba pasando. Ya habría tiempo para conocerlo mejor, reflexionar sobre el diálogo y comprobar cada palabra que salía de la boca de su hijo. Rafael, cuando entró a la casa, se encontró con la mirada del hijo de su pareja, la cual le sobresaltó aunque Esteban estaba tan fascinado mirando a su retoño que no se dio cuenta de nada. Sobre la mesita ratona había latas de cervezas vacías, unos paquetitos de regalo sin abrir y el cenicero a rebosar de puchos.

Y lo que más temía Rafael, era que Facundo fuese un retrato a su padre, sólo que con veinte años menos y eso era lo que estaba reparando en el joven argentino.

La mirada de Facundo era fresca como la brisa, espontánea como los niños, y además había algo en su interior que no supo deducir.

Rafael descubrió que escondía algo aunque no quería sacar conclusiones apresuradas ni ser tan prejuicioso. El tiempo le daría todas las respuestas.

Esteban los presentó y Rafael, más por cortesía que por reales ganas, quedó un rato para compartir una cerveza con el huésped.

Facundo se parecía en todo a su padre y eso era lo que más turbó a Rafael. Esteban, por más que hubiese negado que ese hijo no fuese de él, la genética lo hubiese traicionado.

Facundo no dudó en darle un abrazo y un beso muy cerca de la boca y, una vez más, el salteño no quiso sacar conclusiones precipitadas.

A Esteban lo vio tan feliz como pocas veces lo había visto desde que estaban juntos. Ése era otro comienzo y habría que enfrentarlo.

Rafael sintió, más de una vez, la mirada de Facundo sobre sí, pero no quiso decir nada. Y Esteban seguía tan hechizado que en nada reparó.

A la una y cuarto de la mañana el cansancio venció a Rafael y, luego de disculparse, se fue a dormir. Esteban, junto a su hijo, siguió un rato más.

Había cosas que Facundo estaba ocultando y enmascarando y Esteban no quiso ver las evidencias ni profundizar nada.

Era mejor seguir ignorante a perder, otra vez, a su hijo. Facundo parecía disfrutar de la ingenuidad e inocencia de su padre.

A eso de las tres de la mañana Facundo se acostó en el dormitorio que estaba libre y Esteban se fue a la cama junto a Rafael.

El salteño hacía tiempo que había optado por dormir siempre con su pareja, levantando casi de inmediato de la boda el veto que él había impuesto.

La semana siguiente continuó estando helado y ventoso, y Esteban estaba observando la ciudad a través de la ventana hasta que sonó su celular.

Cuando miró el aparato vio que decía llamada entrante. Extrañado miró la pantalla hasta que atendió en la terraza.

Facundo se estaba duchando y no se enteró que en ese momento su madre estaba llamando a su padre. El desbarajuste del entrerriano fue grande.

Esteban ya había dado por hecho que su hijo lo había elegido a él ahora que era mayor de edad y que nada podría cambiar eso.

Ese no era el problema en realidad. Ella llamó para advertirle de cómo era,

verdaderamente, Facundo, el joven que se presentaba tan sensible.

En más de un instante Esteban estuvo a punto de cortar la comunicación, pues no le apetecía que su ex-mujer le siguiese diciendo todas esas locuras que se estaba inventando.

De igual modo las dudas ya estaban instaladas en su persona y eso no le gustaba nada. Había cosas que no estaban bien.

Era verdad que ellos no habían acabado bien y la ex-suegra se había encargado de corromper a todos los jueces y abogados que encontró con tal de alejar a Esteban de su hijo.

Pero para que ella le dijese tantas atrocidades había un abismo. También le explicó que no se hablaba con su hijo desde hacía un año, desde el día en el que Facundo quiso seducir a su pareja.

Su ex mujer le contó a Esteban que como ella pensó que era una patraña de su pareja, él optó por filmar a Facundo y darle la grabación a ella.

La verdad era más dura que mil mentiras: Facundo no sólo seducía a la pareja de su madre, sino que lo acosaba, realmente lo chantajeaba.

Facundo jugaba con todo el mundo con tal de conseguir sus objetivos, era, verdaderamente, maquiavélico. Siempre miraba por sí mismo.

Ella no sabía si Facundo era gay o, simple y llanamente, un personaje sin escrúpulos como no conoció a nadie antes.

La ex mujer de Esteban se enteró de que se había venido a España por una nota que dejó debajo de su almohada, ni siquiera tuvo el valor de decirlo en persona.

También le contó que más de una vez Facundo salía y volvía a los dos o tres días como pronto, a veces no daba señales de vida por tres semanas.

El joven hijo de Esteban ya había probado varios tipos de drogas y a su madre hacía años se le había escapado completamente de su control.

También la ex le pidió perdón a Esteban y le recalcó que, si él hubiese estado presente en la educación de Facundo, nada de eso habría pasado.

Sólo esperaba que, a su lado las cosas cambiasen para bien, porque peor no podrían ir, de eso estaba totalmente segura.

El desarreglo de Esteban fue tan grande que no sabía qué hacer, y ella quedó en enviarle un mensaje con su número de teléfono por si quería saber algo más.

El entrerriano, cuando regresó al *living*, vio que Facundo estaba ingresando en su alcoba solamente con la toalla que le envolvía la cintura.

Esteban no dijo nada. Él sabía que Rafael estaba ahí; si ese era su hijo, tal

cual le acababa de decir su ex-mujer, estaba dispuesto a renunciar a él.

Muchas dudas y miedos se instalaron en Esteban en los últimos minutos y esperaba que nada de lo que le hubiese contado su ex mujer fuese verdad.

Las confusiones y los problemas aún no habían empezado. Y no quería ver el alcance de nada en caso que algo fuese verdad.

No era la hora ni el lugar para que su hijo le hiciese nada. Esteban se acercó prudentemente al dormitorio y se puso a oír detrás de la puerta.

No se auscultaba nada y eso le preocupaba. Los minutos fueron pasando hasta que, luego que pareció una eternidad, notó cierta tensión.

—¡No! ¡No me rompas las pelotas!, dijo Rafael.

—¿Qué? ¿Vas a llamar a tu maridito? Si sé que te gusto y, lo que más te gusta, es esto..., escuchó la voz de Facundo, burlona.

—¡Si vos no te vas, el que se va soy yo!

—No me jodas, maricón. Dale una mamada como sé que te gusta...

Esteban, al percibir que su marido se paró, salió de inmediato de ahí, con la mayor rapidez y discreción que pudo y se sentó en el sofá grande del *living*.

A los pocos segundos apareció Rafael y se sentó al lado de su pareja. Estaba nervioso y le evitó la mirada a Rafael.

Esteban estaba entre la espada y la pared. Resultó que cuando creía que había recuperado a su hijo, también lo perdería.

La vida era muy injusta como para hacerle semejante barbaridad. A pesar de los nervios de los que fue presa, trató de ser objetivo y pensar con suficiente claridad.

Ahora se daba cuenta que a partir que Facundo vivía en el apartamento todo había cambiado en la vida del matrimonio.

También descubrió la tensión que se respiraba en cada rincón del inmueble y se preguntó por qué había sido tan ciego.

Asimismo percibió que Rafael ni Facundo estaban al tanto de lo que él podría descubrir. Ninguno dijo nada y todo pasó ante los ojos de Esteban como una revelación irrefutable.

Además descubrió que inconscientemente Esteban sí estuvo atento a cada cosa que hiciese, sobre todo, su hijo Facundo.

El pendejo siempre se mostraba risueño y alegre, como si estuviese realmente feliz y despreocupado por la vida y de todo.

Esteban deseó meditar cada cosa tranquilamente y quiso, por una vez en la vida, que los días pasasen velozmente.

A su hijo le gustaba exhibirse en calzoncillo. Cada vez que lo hacía,

observaba con discreción si los ojos de su marido se detenían en el paquete de su retoño.

Nunca lo sorprendió en nada y eso le llamó la atención más que si lo mirase cada vez que el joven estaba casi desnudo.

Como a Facundo le gustaba tanto andar en ropa interior, su padre más de una vez le dijo que se vistiese, que no le gustaba verlo así sin razón justificada.

Posteriormente Facundo empezó a vestir *jeans* y permanecía con el torso desnudo, y había empezado a tocarse, supuestamente sin querer, el abdomen y el paquete.

Esteban mientras estuvo tan enfrascado en sí mismo sentado en el sofá, se fue dando cuenta que cada palabra que le dijo su ex mujer caía por su propio peso.

Y también se dio cuenta que desde que Facundo estaba en Madrid, la vida sexual de la pareja había sido nula. El pánico empezó a manifestarse.

—Rafael estaba poco receptivo y Esteban parecía que se estuviese quedando impotente. ¿Cómo pudo haber sido tan ciego ante tantas evidencias?

Se confesó que fueron muchas cosas que se habían juntado y en ese escenario ya no cabían más personajes, mucho menos historias, y Esteban se dio cuenta que aún no había llegado la escena principal.

Una noche de sábado se pusieron a tomar cervezas aunque Esteban quería seguir comprobando cada cosa que se negaba a aceptar.

Y a cada minuto la realidad se le presentaba tan fría y transparente que se odió por haber sido tan ignorante e ingenuo.

—¿Cómo era posible que ése fuera su hijo? Si no fuese por el parecido físico el cual lo delataba, habría afirmado que esa persona no era su descendencia.

—¿Tenías novia allá, en Buenos Aires?, preguntó Esteban.

—Bueno, novia, novia, no. Tenía alguna amiguita y...

Facundo se abstraigo y Esteban aprovechó, una vez más, para mirarlo.

—¿Y qué?, insistió su padre.

—Bueno, nada, cosas de pendejos que a veces se hacen sin pensar. Supongo que vos habrás hecho tus cosas cuando tenías mi edad, ¿no?

—No, no sé. ¿A qué te referís?

Facundo quedó dislocado un instante aunque recuperó la compostura casi instantáneamente. Esteban estaba atento a cada movimiento y reacción de su hijo.

—Boludeces. Cosas de pendejos. ¡Qué más da!

—Si vos lo decís, dijo Esteban.

Facundo, por primera vez desde que lo volvió a ver su padre, se sentía incómodo. No era el diálogo que le hubiese gustado tener.

—¡La vida es una puta mierda!, dijo de pronto Facundo entre dientes. Hay veces que te hace hacer cada cosa que hasta uno se sorprende después que las hace.

Esteban enarcó las cejas y lo miró enérgicamente.

—No sé lo que me querés decir.

—No importa. La verdad es que no importa, dijo Facundo, resignado.

—¿Estás seguro que no importa, Facu?

El joven asintió brevemente. Esteban no le había apartado los ojos y su hijo se había sumido en su mundo interior.

2 – Alan

Los embarazos de las chicas seguían bien encaminados. Fue así que ahora ambas estaban a punto de dar a luz.

Los nervios de Alan crecían a un ritmo sin precedente y de a poco caía en la cuenta de que toda la estructura de su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Ni él sabría explicar todas las sensaciones que sentía. Era la primera vez en la vida que tendría a alguien directamente de su sangre a quien querer.

Las chicas estaban temerosas. Sonreían, hablaban y planificaban, pero Alan sabía que los nervios las estaban consumiendo.

A pesar de todo lo que venían comiendo no habían engordado exorbitantemente y ya estaban mirando distintas dietas a aplicar.

Con Michael seguía saliendo. Ahora no se veían tan asiduamente porque el inglés debía ocuparse también de la oficina de París lo que le restaba tiempo a Alan.

Hablaban a diario y no importaba en qué país estuviese el británico, siempre se comunicaban. Es decir que la relación, cada día, se fortalecía más.

Michael quiso presentarle a su familia y Alan dijo que esperase un tiempo. El inglés no lo tomó a mal, es más, le pareció prudente por parte del latino.

De vez en cuando Alejo le enviaba algún mensaje pidiéndole otra oportunidad aunque Alan de inmediato los suprimía de su mente.

Su ex le decía que estaba muy arrepentido con todo lo que había pasado y le decía que, lejos de Alan, la vida ya no tenía sentido.

Alan nunca le contestó nada ni le dio falsas esperanzas. Para el uruguayo Alejo era un capítulo plenamente cerrado.

Ahora, las únicas amigas de Alan, eran Valeria y Pamela. Y como el médico les dijo que debían caminar, los domingos de tarde iban al parque Retiro.

El hombre caminaba orgulloso entre las chicas, quienes no dejaban de reír. Alan no pasaba desapercibido, pero no le importaba.

En uno de los domingos en el que fueron a dar esa vuelta que tanto los distraía, vio a Alejo. No dijo nada y siguió como si nada extraordinario pasara.

El español estaba con otro chico aunque Alan procuró apartarlo de sus pensamientos lo más veloz de lo que fue capaz.

En uno de los cruces de miradas que se hacía con Pamela, vio que ella y Alejo se estaban mirando, mientras que el chico que estaba con él estaba confuso, fuera de lugar.

Alejo, sin pensar en nadie más que en sí mismo, se detuvo ante los tres. Su acompañante no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

Las chicas les buscaron la vista a Alan y él les dijo que lo esperasen un minuto en un banco que señaló, el cual estaba cerca.

De repente Alan había quedado serio; se había transformado tanto como si fuera otro hombre. Alejo se detuvo a poco más de un metro y le buscó la vista.

Ninguno de los dos esperaba ese encuentro y, si hubiese sido por el uruguayo, habría evitado el mismo. No quería hablar con Alejo.

La mirada del español estaba penetrante mientras que Alan se había puesto una máscara impenetrable que dejó fuera de lugar a su ex.

—Estás a punto de ser padre, rompió el silencio Alejo.

Alan asintió.

—Me gustaría que tú y yo eduquemos a ese niño, agregó.

Alan negó con la cabeza y pasaron varios segundos sin que mediaran palabras.

—Lo nuestro terminó. Se acabó. Vos hiciste tú vida y yo también estoy haciendo la mía. La vida es así.

—¡Tú no entiendes nada!, estalló Alejo. ¡Eso es lo que pasa!

Hizo una pausa y agregó con la voz contenida:

—¡Tú no entiendes nada! ¡Eso es lo que pasa! No puede ser...

—Fuiste vos el que tenía dudas y el que estableció la distancia. Pues ahora, como ya te he dicho, las cosas cambiaron. Yo estoy con otra persona con quien me siento bien.

—¿Lo quieres? ¡¿Lo quieres?! Dímelo mirándome a los ojos. ¡Dímelo!

—Alejo, se acabó. Se terminó. Y eso es lo que quiero que entiendas.

El europeo se mordió agresivamente los labios y miró turbado hacia los lados.

—Alejo, por favor, si nos llegamos a encontrar de nuevo en alguna parte, no me hables. Ignorame por completo como lo estaba haciendo yo. No me quiero cambiar de ciudad...

Alan lo dejó solo y se acercó a las chicas que estaban mirando la escena. El chico con el que estaba Alejo había desaparecido.

Cuando Alejo quedó solo, permaneció de pie, mirando hacia algún punto del agua, sin saber qué hacer. Los ojos se le habían humedecido.

Así permaneció un rato mientras los transeúntes no dejaban de mirarlo. A los minutos miró hacia el lugar donde dejó a su acompañante y descubrió que ya no estaba.

Resignado, decidió dar la vuelta por el parque, de esa manera le daría tiempo a Alan para que cambiase de sitio.

Alan y las chicas estaban caminando en sentido contrario. Ya habían andado suficiente ese día; subieron a un taxi y se fueron.

Los últimos días de la gestación Alan estaba quedándose en el apartamento de las chicas por cualquier cosa que pudiese pasar.

Alan, como no tenía la menor idea acerca de niños, había comprado dos libros para padres primerizos y los leyó más de una vez con verdadera devoción.

Los padres de Valeria no sabían nada de su hija; ni siquiera podrían imaginarse que su hija lesbiana estaba a punto de ser madre.

Desde que su padre la humilló y la corrió de su casa en Alemania, había perdido el contacto con ellos definitivamente.

Ella se acordaba de los números de celulares de sus padres y del fijo de su casa, aunque nunca se atrevió a llamar.

Sin embargo a ella le hubiese gustado mucho que su madre estuviese a su lado en ese momento tan especial de su vida.

Pamela tampoco quiso contarle a su familia que estaba embarazada. Cada vez que le preguntaban cuándo iría a Hoz de Jaca, su pueblo de Huesca, ponía una excusa u otra.

Y no les decía la verdad no porque le fuesen a hacer algún problema, sino porque no quería dar explicaciones a nadie.

Ése era un punto que la vulneraba y era el mayor temor que tenía Alan, pues a medida que avanzaba el embarazo, ella se iba aferrando con más ahínco al niño que crecía en su interior.

Pamela era una mujer de palabra y fue por eso que Alan había aceptado la propuesta y, a su vez, la contra propuesta.

El rioplatense también debió embarazar a su pareja, a Valeria, pero la española estaba muy aferrada al niño que estaba en su vientre, o sea el que se quedaría con Alan.

Bueno, el rioplatense esperaba la hora en que el niño fuese de él y en el que ella le cediese íntegramente la patria potestad.

Alan era consciente que iba a ser duro y como necesitaba ahorrar, hicieron un plan. Él dejaría la habitación de la calle Torrijos e iría a vivir con las chicas.

A ellas les pagaría el alquiler con la diferencia que ellas, con ese dinero, lo ahorrarían para cualquier contingencia.

Este panorama no sería definitivo, sino hasta que los niños tuviesen seis o siete meses, o hasta que aguantasen viviendo todos juntos.

Cuando le dijo a Haydee que abandonaría la habitación, ella se sorprendió bastante. Él sólo le dijo una parte de la verdad.

O sea le contó que estaba a punto de ser padre y quería estar más cerca de la madre de su hijo y, de esa manera, ahorrar algo de dinero.

Ella desconfiaba de cada palabra que salía de la boca de Alan; el muchacho era tan sorprendente que nadie terminaba de conocerlo.

—Si él mismo le había dicho que era gay, como que ahora, ¿iba a ser padre? El mundo estaba cambiando más rápido de lo que hubiese creído.

3 – Andrés

El día de la despedida, como era de esperar, fue cargado de llantos emocionantes, de abrazos interminables y palabras de aliento.

Mateo le había caído bien a su familia política, pero las vacaciones habían acabado y ya era hora de abandonar el verano del Hemisferio Sur.

Entre los dos trajeron muchas cosas del Uruguay para sus allegados, sin contar con los artículos que compraron para sí mismos.

La madre les puso en las valijas, dulce de leche, batones, alfajores,

mermelada de zapallo casera, ticholos y rapadura de Brasil...

Todo lo que consideró necesario para que la familia del marido de su hijo quedase con una buena imagen del viaje que habían tenido los chicos.

El italiano se iba con una buena imagen de la nación, por más que le hubiese gustado conocer el famoso Norte del país.

Se decían tantas cosas de esa región que quedó con la miel en los labios. No importaba, ya habría oportunidad de conocer el litoral.

Mateo no dejaba de pensar y, realmente, se daba cuenta del gran sacrificio que tenía que hacer Andrés para seguir su vida en España.

Según lo que había visto él, con su familia se llevaba bien. Había unión entre todos, compañerismo mutuo, respeto hacia cada uno y, sobre todo, amor.

Andrés nunca le había ocultado cómo era su relación con ellos y también le contó por todo lo que había pasado.

El montevideano le recalcó que eligió un país lejano al suyo para reorganizarse en su vida luego de una decepción amorosa.

Y como tenía veinte años, ahorros suficientes y contaba con el apoyo de su familia, podía darse el lujo de hacerlo con libertad.

El europeo se moría de ganas por abrazar fuertemente a su madre y a su hermana, y contarles cada cosa que había conocido.

Deseaba fervorosamente contarle cómo eran los sitios que habían visitado y cómo lo había seducido el Cabo Polonio.

Al fin llegó el abrazo que parecía que no tendría final con cada uno de los miembros de la familia, incluido sus cuñados que habían ido especialmente a despedirlos.

No pudieron seguir extendiendo la hora y continuaron avanzando. La familia trató de contener las emociones y no retenerlos más.

Andrés, esta vez, no era como la primera vez que se había ido, que lo hacía solo, sino que iba muy bien acompañado.

A su lado iba con un italiano que más de uno y de una deseaba por lo apuesto que era; y él quiso reafirmar que el europeo le pertenecía y lo agarró de la mano.

Se sentía a gusto en ese papel de maricón malvado, pero era la verdad, Mateo era su pareja y Andrés se sentía orgulloso de gritarlo a los cuatro vientos.

La familia no dejaba de mirarlos, quienes, a cada paso, se retiraban más. Para la familia sería dura también la ausencia de ellos.

Ellos sí que fueron sorprendidos, pues no esperaban a nadie para las fiestas de fin de año y, de un instante para el otro, ellos invadieron los espacios de

sus vidas.

— ¡Dios, Andrés realmente estaba bien y no era una fábula! Todos lo pudieron comprobar y no cabía ninguna duda.

Una vez que se sentaron en el avión, ninguno de los dos pudo evitar mirar hacia afuera, pero no se veía nada más que aviones.

Ninguno de los dos quiso hacer comentario. De pronto el avión encendió los motores y no tardó en emprender el vuelo.

Otra vez se iban al Viejo Mundo. Había que volver a la rutina de Madrid, pues, a pesar de todo, habían gastado menos de lo previsto.

Cuando dejaban el continente atrás para comenzar a atravesar el Atlántico, ninguno se sintió bien y una lluvia de malos pensamientos los visitó.

No había motivos para tener esa sensación, pero la misma había llegado de repente y les estaba trastornando excesivamente.

Ambos habían quedado pálidos y empezaron a pensar en las posibilidades que tendrían de sobrevivir si el vuelo tuviese algún percance.

Todo el mundo sabía que, en caso de accidente, las posibilidades de continuar eran remotas, por no decir absolutamente nulas.

No era la hora ni el lugar para pensar en eso, pero lo estaban haciendo. Intentaron dormir aunque todo esfuerzo se transformó en inútil.

Tampoco pudieron leer y la comida que les habían servido ni siquiera la probaron. Algo estaba pasando y ninguno de los dos sabía lo que era realmente.

Luego, como si estuviesen sincronizados, empezaron a desviar la mirada de las nubes hacia las aguas del Atlántico.

Era mágico, objetivamente, que el hombre hubiese podido construir un aparato que funcione tan bien como el avión.

Las nubes parecían trozos gigantes de algodón, mientras el agua del océano ahora parecía no tener principio ni fin.

Ninguno se había dado cuenta, pero algo habían logrado dormir. Una turbulencia fue la encargada de despertarlos y recién llevaban seis horas de vuelo.

Andrés ni Mateo sabían qué pasaba, pero los dos podrían haber firmado incluso con sangre que algo nada bueno había pasado, pasaba, o estaba a punto de suceder, y eso les recluía en el pánico.

Las horas pasaban lentamente hasta que, al fin, llegaron a Madrid y las ansias y los nervios aumentaron a una velocidad escalofriante.

La madre de Mateo y la hermana habían dicho que ese día librarían en el

trabajo, precisamente, para ir a esperarlos al aeropuerto.

La última vez que había hablado Mateo con su madre fue en el aeropuerto de Carrasco, donde su cuñada le permitió que llamase a su madre.

Ella estaba bien, realmente contenta por escuchar feliz a su hijo, ansiosa por verlo de nuevo y abrazarlo hasta que no le respondiesen los brazos.

Le había dicho que esa noche haría calzones para cenar y que se moría de ganas porque le contase sobre cada lugar de las fotos que había publicado en el *facebook*.

Sin embargo, cuando al fin llegaron al aeropuerto de Barajas en Madrid, se dieron cuenta de que nadie los esperaba.

Esto no solo les llamó la atención, sino que fue la gota que rebosó el vaso para acelerar la ansiedad que ya venían acumulando desde hacía varias horas.

Su hermana y su madre habían quedado en que les esperarían y en ellas Mateo y Andrés confiaban copiosamente.

—No había motivos para no confiar en las mujeres, pero, ¿qué estaba pasando? Eso no era lo que estaba planificado.

No era que le molestara, pero sabía que habría una razón de peso para que ninguna de las dos cumpliera con su palabra.

Mateo, luego que se acercó a un taxi, indiscutiblemente perturbado casi como un poseso, decidió llamar a su madre al teléfono móvil.

El celular le aparecía como que estaba apagado o fuera del área de cobertura.

Eso lo preocupó más todavía. Llamó a su hermana y le apareció lo mismo.

Eso no pintaba bien y el desbarajuste y aprensión de los dos crecía a una velocidad de vértigo. Ni siquiera se atrevían a mirarse entre ellos.

Subieron al taxi y en silencio fueron hasta el apartamento. El viaje se les hizo largo, efectivamente interminable.

Ninguno de los dos ya sabía cómo contener las ansias a las que estaban siendo sometidos y miles de cosas se les pasaban por la mente.

Cuando entraron al apartamento, el silencio los asaltó como un asesino al acecho. Era evidente que eran los únicos en el inmueble.

Todo estaba pulcro y ordenado. Y en la mesada^[70] de la cocina había albóndigas frías al lado de un cuenco con arroz.

Mateo llamó de nuevo a su madre y el celular seguía sin estar disponible. Y llamó a su hermana y seguía igual que antes.

—¿Qué estaba pasando? ¿Era una broma pesada? Pues si era así no tenía ni pizca de gracia. Al fin se sentaron en el sofá grande del *living*, confusos.

Ninguno de los dos le dio importancia al frío penetrante que estaba haciendo en Madrid ni en el inmueble de la calle Granada y Vigo.

La pareja estaba desabrigada y en el apartamento la calefacción estaba apagada; los nervios y el temor los tenían tan dominado que no repararon en la temperatura.

A los veinte minutos de estar sentados, sonó el celular de Mateo. Miró el aparato y el número que lo llamaba no lo tenía registrado.

—Sí, diga.

—Mateo, soy Donatella.

—¡Ah, hola! ¿Qué tal? ¿Qué pasó que nadie fue a esperarnos?

—Mateo...

Y al decir eso el silencio lo puso más nervioso, pues conocía a su hermana y siempre hablaba seguido, a menos que hubiese pasado algo grave, muy grave.

—Mateo, reiteró.

—¿Qué pasa, Donatella?

—Mateo, estoy en el Gregorio Marañón.

Y fue como si el cielo se le cayese encima. Él estaba seguro de que las cosas no estaban bien, pero nunca se le pasó por la cabeza un suceso así. Andrés sólo se limitó a mirarlo.

—Mateo, mamá ha tenido un accidente cuando iba al aeropuerto...

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Qué pasó?

—Mateo, tengo miedo.

Ante la inquietud y el cambio del italiano, Andrés se le acercó más, tratando de entender la situación y de escuchar algo la conversación.

4 – Agustín

En setiembre Agustín empezó a trabajar en el colegio de las Hermanas de la Caridad Cristiana y Rubén siguió en el tambo.

Al uruguayo tampoco le gustaba que su pareja trabajase ahí, ya que nunca podía tomarse un respiro, ningún día libre. Nada.

Lo primero que hicieron fue ver otro trabajo para el gallego. Era increíble la cantidad de contactos que tenía el suegro de Agustín, pero el viejo había sido determinante en su decisión y en sus palabras.

Galicia era una comunidad para vivir en familia, con el concepto clásico que conocemos. Las ciudades eran pequeñas comparadas con Madrid y, tarde o

temprano, todos terminaban conociéndose.

Al darse cuenta de eso, comprobó que el gallego había hecho mucho más esfuerzo de lo que hubiese creído en un principio.

La gente que conocía al gallego de toda la vida, no sabía su auténtica orientación sexual y ahora ambos estaban conviviendo en pareja.

Además, habían ido a Galicia porque el salteño era el que necesitaba un cambio radical en su vida, no el español.

El que se había sacrificado, verdaderamente, había sido Rubén, que en Madrid había encontrado su válvula de escape.

Ahora el salteño veía que no estaban en iguales condiciones y se sentía culpable por todo lo que se había generado.

Hacía meses que vivían en A Coruña y, con todo lo que estaban pasando en ese lugar, Agustín le estaba agarrando manías a esa Comunidad también.

De todas maneras, aunque no le dijese todo lo que pensaba y planificaba a su pareja, nunca dejó de buscar una solución.

A través de internet envió montones de currículum a lugares que buscaban un perfil profesional como el de Rubén, aunque nadie lo contactó.

Hasta ahora no había pasado nada como para que quisiese irse de ése lugar, aunque la duda ya estaba instaurada en su interior.

Ahora las cosas estaban cambiando, a pesar de que si fuese por el uruguayo, se hubiesen quedado en A Coruña tranquilamente.

Agustín hacía años había salido del armario y, dentro de lo que cabía, le gustaba, pero... no iba a sacrificar su pareja por los problemas que le estaba acarreado Galicia.

No obstante, el uruguayo se dio cuenta que el sexo se estaba convirtiendo en una especie de rutina automática y eso lo asustó.

En Madrid, muchas veces lo habían hecho en vestuarios, baños públicos, en un ascensor que atascaron y en el rellano de las escaleras.

¡Incluso llegaron a hacerlo en un portal de la misma calle Hortaleza donde varias personas los vieron!, pero ahora nada de eso hacían.

Esas locuras alimentaban mucho la pasión, pero en Galicia las cosas eran diferentes, muy diferentes, y aún eran demasiado jóvenes como para tener un problema así.

En el trabajo, como profesor, le iba bien, ágilmente aprendió el oficio y se sintió cómodo y, a su vez, extraño dando clases de su lengua natal.

No tardó en llegar la Navidad y fue otra fecha nostálgica y depresiva que se encargó de escarbar sobre cada sentimiento de la pareja.

De todas maneras, Rubén no la pasó tan mal como en su cumpleaños porque se había mentalizado para ese día, pero Agustín cayó en una especie de precipicio.

Una vez más el pasado y el futuro se juntaron desafiando y riéndose del presente y la pareja no tenía armas suficientes como para hacerle frente.

El veinticuatro de diciembre de dos mil ocho la tristeza que tenía el salteño era aguda y enseguida que habló con su familia ésta se multiplicó.

Rubén había ido al supermercado a comprar y cuando su pareja lo vio con bolsas donde se traslucían botellas, se dijo que no había muerto nadie, o sea que no había motivos para estar mal.

El subidón que tuvo fue tan grande que, en ese instante puso un CD de Ataque 77 y el ambiente de la casa cambió.

El español ya conocía a ese grupo de *rock and roll* y, con ellos de compañía, más cervezas con aperitivos que sirvieron, todo se hizo más llevadero.

A eso de las cuatro de la tarde se recostaron en el sofá grande del *living*; el día seguía presentándose frío, con llovizna y el viento estaba muy fuerte.

Al despertar la noche ya estaba instalada y la sensación de soledad no logró vencerlos ni, mucho menos, hundirlos.

Enseguida se ocuparon de la cena y siguieron bebiendo cerveza; hicieron pollo al horno con papás. El objetivo era hacer algo rápido, fácil y rico.

Lo que más les apetecía era quedarse recostados en el sofá, mirando hacia el fuego de la estufa, con la música de fondo.

Realmente no estaban celebrando nada. No había nada especial; esto lo hacían los días festivos o cuando llovía, donde sólo hacían las cosas imprescindibles del tambo.

Ninguno de los dos era católico ni se llevaba bien con la iglesia católica, aunque no era lo que les inculcaron a cada uno desde niño.

Desde muy jóvenes se dieron cuenta que la religión es una de las instituciones más corruptas del mundo que siempre se valió del nombre de Dios para cometer mil monstruosidades.

A lo largo de la tarde-noche fueron escuchando distintos grupos de música, la mayoría de ellos enérgicos hasta que tuvieron hambre y cenaron.

A continuación regresaron al sofá, esta vez a disfrutar de copas de vodka con limón, de ron con naranja y aceitunas de aperitivos.

Ya había pasado la medianoche, o sea que ya era el día veinticinco de diciembre y ninguno de los dos se había inmutado por la hora.

De repente, Agustín dijo, en un tono que al gallego le llamó la atención, a

pesar de la gran cantidad de alcohol que ya tenían en la sangre.

—Rubén, quiero que ahora, en el dos mil nueve, cambien algunas cosas...

El gallego, luego de meditar sus palabras, le buscó la vista.

—¿A qué te refieres?

—Rubén, el trabajo acá en el tambo te está matando... Vos no tenés tiempo para nada, ni para vos mismo, y ése no era mi objetivo cuando te propuse venir acá.

—No sé qué quieres decir.

—Rubén, yo quiero que vos estés bien y no puedo ni quiero sacrificar tu bienestar a cambio del mío.

—¿Me estás diciendo que deberíamos volver a Madrid?

—No exactamente. Creo que tendríamos que buscar un tercer lugar donde, sobre todo, el mundo gay esté más explotado... Acá no hay casi cosas referidas al ambiente...

—Si lo comparas con Madrid, ningún lugar de España le puede hacer competencia.

—Barcelona.

Y al decirlo hubo una pausa. Ambos siguieron bebiendo mientras reflexionaban sobre lo que acababan de decirse.

—Esto lo deberíamos hablar en otro momento.

—Yo creo que sí, Rubén.

El mutismo se instaló en el *living* interrumpido solamente por la música de fondo la cual era apenas un murmullo ahora.

—Rubén, de todas maneras, desde aquella vez en la casa de tus viejos...

Al empezar así, el gallego le buscó la mirada y su pareja lo miró vehementemente; sus ojos tenían un brillo especial, como si fuesen verdaderos rayos láseres que atravesaran al español.

—¿Por qué no intentás algún acercamiento con ellos? No sé. Ya pasaron varios meses. No te digo que las cosas vayan a salir bien, pero, al menos, creo que deberías intentarlo. ¿Qué te parece?

—Tú no conoces a papá. Él nunca permitiría que su hijo fuese maricón. Para él, eso es el peor castigo que le puede pasar.

—Rubén, te entiendo. Te entiendo y te comprendo, pero, le guste o no, vos estás en este mundo porque tu viejo lo quiso así.

Si él no hubiese querido, vos no habrías nacido. Y eso él lo afirmaba cuando

no tenía la menor idea de que eras gay. Quizás ahora las cosas cambiaron. Hizo una pausa y negó con la cabeza:

—La verdad es que no sé por qué me meto pero... Bueno, creo que deberías de tenerlo en cuenta, ¿no? ¿No te parece? Tampoco se pierde mucho con intentarlo.

—Papá siempre supo que soy gay aunque nunca lo quiso ver... No, tampoco hizo el intento ante lo que era tan evidente.

Y ahora que se lo admití abiertamente... Papá no me va a perdonar. Papá nunca me va a perdonar. Ya me dijo que estoy muerto para él.

—¡Pará, Rubén!, dijo Agustín indignado, él no tiene nada que perdonarte por ser o no gay y eso lo sabés bien. ¡Es tú vida, Rubén!

Vos con tú vida hacés lo que te da la gana. Nadie es dueño de nadie porque todos somos seres libres, pensantes y cada uno toma sus propias decisiones.

Además, este también es un país libre sexualmente hablando. Incluso los gay podemos casarnos y tener los mismos derechos que tienen los hetero...

Agustín resopló con fuerza, clavó los ojos en las llamas del fuego y agregó:

—No sé, yo creo que, al menos, deberías intentarlo. Y lo digo por tu bien. Sé que tu viejo es orgulloso y vos también...

Pero creo que no te cuesta mucho dar ese paso... Al menos intentalo una vez. Si ya sabés que tenés esa guerra perdida, al menos, no dejes de luchar.

Rubén se abstraigo en sí mismo y Agustín le concedió el sosiego que necesitaba para meditar lo que acababa de escuchar.

Las llamas del fuego dibujaban distintas formas y figuras a través de las penumbras, pues era la única luz que los iluminaba.

El español acabó su bebida y se recostó sobre el pecho de su pareja, quien no dudó en hacerle caricias en el pelo.

De pronto el gallego empezó a llorar y Agustín no dijo nada. Los minutos fueron pasando mientras el celular, sobre la mesita ratona, los observaba.

De repente el español agarró el teléfono móvil y lo quedó mirando, mientras volvió a recostarse sobre el rioplatense.

5 – Rafael

Hubo unos meses de calma donde no existieron llamados telefónicos, ni nada fuera de lugar, y una paz extraña en la vivienda del barrio el Pilar.

Ese día Rafael estaba desmesuradamente cansado por tantos días de madrugar

por lo que, sin pensar más nada, se acostó a echar la siesta.

Eran las cuatro de la tarde y aún le quedaban varias actividades para esa jornada y hacía varias semanas que venía doblando turno en el trabajo.

Facundo estaba mirando televisión en el *living* y Esteban había salido, pero no dijo el lugar ni a qué hora regresaba.

El entrerriano era consciente de que su marido estaba agotado y que tenía planificado acostarse un rato. Rafael no tardó en dormirse.

Mientras, Facundo esperó pacientemente varios minutos para entrar sigilosamente en su alcoba y detenerse a observarlo.

Hacía calor y el uruguayo vestía solamente calzoncillo, lo que no agarró por sorpresa al hijo de Esteban que lo miraba con deseo.

Sin embargo, el entrerriano estaba pensativo, enfrascado en sí mismo, merodeando por los alrededores de su propia vivienda.

No tenía claro lo que haría, pero algo debía de hacer cuanto antes. Día a día comprobaba lo que tanto le costaba reconocer.

Su hijo estaba lejos de ser el niño ingenuo y sacrificado como él mismo se presentaba ante todo el mundo, hacía años que había perdido la inocencia.

Habían pasado más de cuarenta minutos de haber salido de su inmueble cuando decidió volver de la forma más discreta que pudo.

Muy silenciosamente ingresó y descubrió que el televisor estaba encendido. Quedó un instante parado por si escuchaba algo.

Antes de retomar la marcha, se quitó el calzado y avanzó de tal forma que parecía que era una pluma, no hizo ningún ruido.

Enseguida se encontró con la puerta de su cuarto abierta y, de la forma más resuelta, ingresó por si se topaba con algo indebido.

Allí estaba su hijo el cual quedó pasmado, capturado completamente *in fraganti*, sin capacidad de improvisación y el rostro se le empezó a encender.

Facundo estaba masturbándose con las rodillas apoyadas en el suelo, a punto de tener contacto con los genitales del marido de su padre, que seguía dormido.

Esteban le hizo señas con el dedo índice en los labios para que conservara silencio y lo miró tan vivamente que parecía que su mirada lo calcinaba.

Luego le hizo una señal indicándole que saliera. Su hijo se puso de pie, se subió el *short*, pues estaba con el torso desnudo, y salió de la habitación.

Cuando Facundo estuvo fuera, Esteban de inmediato lo siguió, luego de haber cerrado la puerta de forma silenciosa.

Rafael, vencido por el cansancio y con el sueño pesado como tenía, no se

había enterado de nada porque continuaba durmiendo profundamente.

Facundo entró en el baño y su padre ingresó con él. El joven que no se esperaba tener la visita de su padre, se sentía bloqueado.

El entrerriano no le apartó la vista de encima en ningún instante y los segundos fueron pasando sin que Facundo levantase la vista.

Esteban estaba tan perturbado ante lo que estaba viviendo que también estaba inmobilizado y los latidos del corazón daban la impresión que eran la previa a un ataque de taquicardia.

—¿Qué pretendés?, dijo Esteban con la voz contenida.

Facundo no se atrevió a contestar nada.

—¿A qué estás jugando?, insistió.

Ninguna palabra se hizo oír de la boca de Facundo.

—¡Y mirame cuando te hablo!

Cuando Facundo lo miró, su padre continuó:

—Quiero dejarte las cosas muy claras. No sos un santo ni una víctima como te estás presentando para todo el mundo.

No. ¡Nada que ver! Sé bien cómo era tu vida en Buenos Aires y yo no me chupo el dedo. ¿Me entendés lo que te quiero decir?

Esteban sacudió la cabeza, iracundo, y siguió:

—Cuando vos ibas, yo ya había ido, vuelto y volvía a ir. O sea que no me engatuses porque no soy tu madre.

Si ella no te pudo poner límites, bueno... Sólo te quiero dejar claro una cosa. ¡Una cosa! Y no es una advertencia, no.

A Facundo le costaba mantener el contacto visual y Esteban no desistía.

—Es una promesa. ¿Te queda claro, pendejo de morondanga?

Los ojos del hombre parecían tener vida propia; aun así trataba de contenerse y mantener la calma y la compostura.

—Me llego a enterar de alguna queja de Rafa con que lo estás cargando o algo, no dudes de que soy yo mismo el que te manda a la mierda y me olvido para siempre que sos mi hijo.

Esteban suspiró profundamente y agregó:

—Tu madre ya me lo había advertido. Y no solo ella. No te creí capaz.

No... Dicen que una imagen vale más de mil palabras, ¿no?

Bueno, si llego ver algo raro en vos, desaparecés de nuestras vidas para siempre. Lo que acabás de hacer me gusta cero... ¿Qué pretendías?

Facundo empezó a temblar y dio la impresión que en cualquier momento fuese a llorar. Esteban no le hizo caso y lo dejó solo.

En la puerta estaba Rafael con una expresión de asombro que daba la impresión que lo poco que escuchó no le fue suficiente entender qué pasaba. Él se había puesto una bermuda, no dejaba de bostezar y, aunque lo intentaba, no lograba estar despabilado como solía estarlo.

Su marido apenas lo miró, no dijo nada y a grandes zancadas se acercó al *living*. Rafael lo siguió y se sentó a su lado.

Esteban quería tranquilizarse y empezó a respirar hondo. Rafael, cada vez menos entendía qué estaba ocurriendo.

El ambiente de toda la casa había quedado caldeado y, aparte del calor típico de julio, cada uno estaba con varios grados de más de los normales.

La mente de Facundo viajaba velozmente, pues se había dejado llevar por un impulso y nunca creyó que las cosas se pudiesen desviar tanto.

Eso no era lo previsto, ahora tenía de enemigo a su único aliado y todo el esquema y los planes se le habían alterado.

Al fin y al cabo él sólo quería acostarse con el marido de su padre ya que le parecía menos aberrante cumplir con sus propios deseos.

Lo que el joven argentino deseaba hacer efectivamente era acostarse una y mil veces con su propio padre, el gran amor de su vida.

Facundo era consciente de que algo debía de hacer a la mayor brevedad posible, pues con lo que ya había hecho era muy posible que lo invitasen a irse.

Él estaba entre la espada y la pared. No le podía decir la verdad, pero tampoco le podía, ni le quería mentir. Estaba en una encrucijada.

—Entonces, ¿por qué sentía aquello?

A esa altura del partido ya no sabía cómo reprimir todo lo que deseaba, lo que sinceramente Esteban le hacía sentir.

Cuando se acostó con el marido de su madre y luego lo extorsionó, fue un juego. Fue una prueba para saber si él sería capaz de seducir a un hombre como al marido de su madre.

Él sabía que la pareja de su madre era, por lo menos, bisexual, y no se hizo de rogar el muy hijo de puta que ni él se creía que era heterosexual.

Bueno, también lo había filmado más de una vez sin su conocimiento y esas cintas le dieron dinero. La vida es un negocio y Facundo no tenía por qué no beneficiarse.

En cambio, cuando vio a su padre por primera vez luego de la separación forzosa que su abuela propició, supo que él era el hombre de su vida.

Por lo general Facundo se definía bisexual, aunque el tema de las etiquetas y

de los nombres siempre lo trajo sin cuidado. Sin embargo sabía que el incesto no era bien visto en esta sociedad.

—¿Cómo haría, entonces, para cambiar sus deseos?

El mundo era demasiado cruel y muy cerrado para que su esquema de la vida encajase en el mismo. Ya no había ninguna salida.

Los minutos seguían pasando y Rafael y su marido permanecían en silencio sentados en el sofá grande del *living*.

El televisor continuaba encendido, aunque nadie le daba importancia. Se respiraba un clima tan tenso que hasta el aire parecía cortar.

Facundo no lo pensó más e hizo su aparición ante los hombres. Ninguno lo miró ni se inmutó ante su presencia.

De todas maneras, Facundo se sentó en uno de los sofás individuales frente a ellos y les buscó la mirada. Solamente Rafael lo miró.

—Tengo que hablar con ustedes, dijo.

Al decir esto el silencio se hizo atronador; Facundo había quitado el volumen del televisor y daba la impresión de que ni siquiera respiraban.

Pasados varios segundos, las miradas de padre e hijo se encontraron, mientras Rafael observaba el espectáculo sin saber qué hacer.

—Yo soy bisexual y...

Rafael le buscó la vista a su pareja y fue ignorado.

—Y he salido con más mujeres que con hombres en mi vida y... Y, desde que lo vi por primera vez -lo dijo señalando a Rafael- supe que me gustaba. Y me quería acostar con él.

—¿Pero qué mierda estás diciendo pendejo de mierda?!, dijo Esteban enfadadísimo.

Facundo se sobresaltó y Rafael, por inercia, detuvo a su marido para que no se levantara, aunque tampoco lo intentó.

—¿Qué?!, continuó el hombre ¿¿Ahora venís a mi propio apartamento a cargarme?! ¿¿Quién carajo te pensaste que sos pendejo de morondanga?!

La sangre le subió al rostro velozmente y tenía los ojos casi desencajados. Esteban, aunque seguía sentado, parecía amarrado a una camisa de fuerza.

Aún nadie se explica cómo no le dio una paliza en ese mismo instante. Había algo, a pesar de todo, que lo contenía.

Rafael también quedó consternado: objetivamente permaneció conmocionado, sin saber qué hacer, sin saber qué decir, ni siquiera dónde mirar.

Facundo sólo se limitaba a mirarlos de vez en cuando. Cuando vio que su

padre no diría nada en los próximos segundos, suspiró.

—Si me dejás hablar tranquilo, sin que te calientes, te cuento la verdad. Toda la verdad.

Esteban expulsó aire y le buscó la atención a su hijo.

—No me interrumpas, por favor, dijo Facundo.

Esteban sacudió la cabeza y Facundo siguió:

—Las cosas se dieron así. Yo pensaba que si me acostaba con Rafa se me iba a pasar lo que realmente me está pasando...

Otra vez Esteban se contuvo y sacudió la cabeza. Rafael desviaba la vista de uno al otro.

—¡Ah!, qué difícil se me hace contar esto... Pero... Bueno, desde que te vi por primera vez, -lo dice buscando la vista a su padre- supe... que vos sos el gran amor de mi vida...

Al confesar esto el aire hirió como puñales asesinos. Nadie dio crédito de lo que estaba escuchando. Aquello era más surrealista que el mundo de Dalí.

—Sé que no está bien, pero... No sé... Desde que tengo doce años, creo que antes, te veo en la foto que me regaló mamá y...

¡No te hacés idea de las cosas que... que... que hace años vengo sintiendo! No es un capricho. No es una enfermedad. Sólo...

Al joven se le humedecieron los ojos y empezó a gimotear. La consternación e incredulidad se habían impreso en cada célula de Esteban y Rafael.

—Sólo que estoy enamorado de vos, Esteban, al fin logró decir. Y ya no sé cómo seguir ocultando todo lo que me hacés sentir desde siempre y... Y... Bueno...

Sé que no es malo hablar del amor y más cuando se ama como yo te amo a vos, Esteban. Pero... Pero también sé que lo nuestro no puede ser.

Si pudiera cambiar las cosas. ¡Uf! Todo lo que siente este puto corazón pero... No puedo. Lo siento. De verdad, lo siento, Esteban.

Rafael y su marido se habían abstraído de la realidad como medida de protección. Ninguno podía creer que eso estuviese pasando realmente.

Facundo se limitó a echarles un fugaz vistazo hasta que, luego de varios minutos de indecisión, se retiró silenciosamente tratando de pasar desapercibido.

Alan, de la noche a la mañana, se halló viviendo con dos mujeres las cuales, además, estaban a punto de tener sus hijos. Su única familia sanguínea.

Al llegar el momento en que naciesen los niños, el primero que dio señales que llegaría a este mundo, fue el embarazo de Valeria, o sea el hijo con el que se quedarían las chicas.

El parto fue fácil y sin ningún contra tiempo. A las tres de la madrugada del catorce de julio de dos mil ocho, llegó Pau a este mundo.

El niño era grande, pesó más de cuatro kilos y medio y fue por parto natural. Nadie podía creer que el cuerpo de esa chica pudiese albergar a un niño tan grande.

Desde que nació Pau, madre e hijo estuvieron tres días en el Marañón y luego, cuando fueron al apartamento, cada espacio de la vivienda se llenó de vida.

Alan estaba muy emocionado cuando sostuvo al niño por vez primera. Él nunca pensó, hasta que estaba con Alejo, que ese momento se cristalizaría.

Su deseo lo veía demasiado lejos, verdaderamente inalcanzable. Fuese como fuese, era su hijo, por más que ese fuese el niño que se quedarían sus amigas.

El pequeño, al principio, no dejaba de llorar y cuando sus padres estaban decididos a llevarlo al médico, dejó de hacerlo.

El uruguayo veía a la criatura perfecta, una obra de arte donde no daba crédito de que el mismo hubiese sido engendrado aquella noche donde no necesitó alcoholizarse para estar con su madre.

Este es un mundo cambiante y nunca se sabe a cuántas cosas hay que atenerse. Y en Pau veía cuán vulnerables y dependientes podemos ser.

A las dos semanas de que su pareja, Valeria, fuese madre, el embarazo de Pamela llegó a término y el retraso tenía a todos ansiosos.

Pamela estaba preocupada y nerviosa. Y ella, aunque caminaba mucho como le sugirió el médico, el retoño no quería salir.

Ya le habían dicho que si el veintisiete de julio no nacía, al día siguiente a primera hora de la mañana le harían una cesárea.

Pamela también era primeriza y tenía miedo. Su familia y la gente que la conocía de toda la vida no sabían nada que estaba embarazada.

O sea que a las ocho y media del veintiocho de julio Pamela fue llevada a cirugía y allí le efectuaron la cesárea.

Fue todo rápido y, a pesar de que la niña, Martina, estaba un poco color lila,

con el paso de las horas se fue poniendo de color rosadito.

La pequeña nació sólo con un kilo y medio de peso y nadie se podía explicar por qué sucedía esto, pues esto no era lo que manifestaba la panza de su madre, la cual parecía que aún siguiera embarazada.

Al tiempo Alan se enteró de que ella no iba a las consultas del médico porque había leído en una revista que si los profesionales veían que el niño nacía con alguna anomalía, debía abortar.

Y como ella no quería interrumpir el embarazo, fue solamente a las primeras consultas y se guiaba por lo que le iban diciendo a Valeria y por internet.

Ni siquiera Valeria supo cómo encaminó la cesárea si no iba ni siquiera a las consultas, pero tampoco hubo contra tiempos.

La niña cabía en una sola mano y los médicos no dejaban que su madre ni nadie, al principio, la sostuviese. La vida de la pequeña era endeble.

Con Pamela, aunque se tuvo mucho cuidado, finalmente había perdido demasiada sangre y ahora estaba en observación.

Alan, con tantas cosas esperadas e imprevistos que se podrían haber evitado, se vio saturado que, últimamente sólo dormitaba cuando le permitía el entorno.

Ahora debía hacerse cargo de dos mujeres recién paridas, dos hijos recién nacidos, de sí mismo, de su trabajo y de Michael.

Al inglés le iba contando los acontecimientos a través del teléfono móvil y, antes de que Alan colapsase, regresó a Madrid y estuvo el mayor tiempo posible con el latino.

Dos semanas y media estuvieron sin verse porque Michael había ido al Reino Unido a cerrar negocios y luego también a Chicago a concretar transacciones que su padre había encaminado.

No sabía si era por orgullo o por qué, pero Alan nunca quiso aceptar ayuda económica del inglés, aunque lo necesitaba.

El británico insistió para que se fueran a vivir los dos juntos, con la niña con la que se quedaría Alan, Martina, pero el rioplatense le dijo el verdadero motivo por el que no aceptaba.

El trabajo de Michael a veces era flexible y ahora quería dar mayor importancia a la práctica del idioma español y, sobre todo, estar con su pareja.

Además ya estaba aprendiendo un nuevo lenguaje que nunca había tenido la oportunidad de efectuar: el de ser padre.

A Pamela le dieron el alta médica a las tres semanas de haber sido madre,

mientras que la niña tuvo que permanecer en incubadora hasta que adquirió un peso normal para su edad.

La mujer iba dos o tres veces al día al Marañón para saber la evolución de su hija, mientras que Alan iba antes de ir al trabajo y siempre estaban en contacto vía telefónica.

Michael iba casi a diario a la vivienda de las chicas donde también vivía Alan. Con ellas se llevaba bien y más de una vez pidió, por favor, para que le permitiesen cambiarle los pañales a alguno de los niños.

Las chicas, al igual que Alan, lo miraban extasiados, pues la rapidez con la que el inglés realizaba la tarea daba la impresión de que toda la vida se hubiese dedicado a eso.

Michael les decía que no. Que solo había leído algún que otro libro para padres primerizos, y mirado videos en internet.

El inglés era una caja de sorpresas y de eso no cabía ninguna duda a nadie. Alan, cuanto más lo conocía, más le gustaba.

Valeria había aumentado diecisiete kilos durante el embarazo y también los estaba perdiendo a una velocidad de vértigo.

Pau comía con un apetito que parecía que la consumía por completo. Mientras, Martina, poco a poco, iba ganando peso.

Pamela no sabía esperar aunque, en ese caso, no le quedó más remedio que aguardar. ¡Tres meses estuvo ingresada Martina en el Marañón!

Alan, cuando al fin le dieron el alta médica a su hija, estaba con Pamela y también quiso aferrarla en brazos y disfrutar del contacto de su hija largo tiempo.

Era tan grande la mezcla de emociones que estaba sintiendo el hombre que no se sabría decir cuál de todas predominaba más.

El apartamento estaba lleno de gente: de ser una vivienda para dos chicas que, además, eran pareja, ahora también había un niño de cada una y el padre de los chicos.

Esa cuestión se debía solucionar cuanto antes. De igual modo ya había hablado que Alan se quedaría ahí hasta que Martina tuviese seis o siete meses.

Ahora a la niña sólo se la alimentaba a mamadera, ya que la leche de Pamela no le era suficiente y fue la recomendación del médico.

Alan, cuando miraba a Pamela con Martina en brazos, la veía tan entregada a ella, que no se decidía a adelantar el día de la separación.

El inglés quería que cuanto antes se fuesen a vivir los tres juntos. Ahora el

londinense se había mudado a un apartamento de la avenida de la Ilustración el cual era más amplio.

El mismo estaba frente al parque de la Vaguada y estaba compuesto por dos amplios dormitorios, salón, cocina, dos baños y terraza abierta.

La terraza, decía, era para que la niña tuviese un espacio al aire libre para jugar. Y como era una planta doce, obtenían vistas privilegiadas desde toda la casa.

Poco a poco, Alan, su novio y Martina, empezaron a salir juntos, cada vez, por tiempos más prolongados. Fuera como fuera, era necesario que hiciesen eso.

Alejo hacía tiempo se había tranquilizado en cuanto a mensajes, llamadas y todo tipo de intento de acercamiento.

El español era parte del pasado y ya no significaba nada. Ahora a Alan no le cabía ninguna duda de que Michael era el hombre de su vida.

Era la primera vez que sentía cosas tan fuertes por una persona. Con el británico se complementaban bien que agradecía continuamente por haberlo conocido.

La vida, al final, estaba siendo generosa. Ahora no sólo tenía materializado su deseo más anhelado desde siempre, sino que, lo estaba compartiendo con un hombre que había aparecido en horas bajas.

La pareja solía llevar a la niña al parque Retiro y, la pequeña, al tener tan pocos meses de vida, y las personas que la llevaban eran jóvenes apuestos, no pasaban inadvertidos.

Martina no era de llorar. Tenía unos enormes ojos azules con los que constantemente exploraba todo lo que tenía a su alcance.

Tampoco era de sonreír y clavaba la mirada en lugares nuevos para ella. Cuando tenía hambre revolvía el bolso y nunca quiso el chupete. Desde pequeña estaba marcando su espacio.

3 – Andrés

El viaje larguísimo de atravesar el océano Atlántico, el cansancio acumulado, el miedo a la incertidumbre y el desbarajuste por lo que debían enfrentar la vida apresaron al italiano y al uruguayo.

Pocas horas antes la existencia les sonreía plenamente y ahora la madre de Mateo estaba con más de un pie fuera de este mundo.

—¡No podía ser tan cambiante, desconcertante e hija de puta esta vida! Ahora no les quedaba más remedio que esperar.

Los dos le habían donado sangre y la hermana no hacía más que llorar, y su llanto no hacía más que potenciar las emociones.

Finalmente Donatella se había dormido en un banco del hospital y tuvo sueños inquietantes que, cuando despertó, le costó saber que la realidad era distinta.

Inconscientemente el pasado volvía a repetirse para los hermanos italianos y ahora ambos recordaron que algo parecido había pasado con su padre.

Y claro que ninguno de los dos creyó que la historia se les fuese a repetir de esa manera. Era como si la vida se estuviese riendo de ellos.

Los minutos se transformaron en horas y éstas en días. A la rutina del trabajo había que volver aunque el médico les comunicó que en cualquier momento todo podría acabar.

Andrés avisó vía telefónica del motivo por el que no se presentaban y, por suerte en cada uno de los trabajos les dijeron que les mantuviesen informados de la evolución de la señora Regina.

La madrugada del tres de febrero de dos mil ocho Regina dejó de respirar definitivamente y el mundo de los chicos se derrumbó como un castillo de naipes.

La madre era joven y nadie aceptaba la realidad como ahora se estaba presentando. Fueron días duros los que tuvieron que enfrentar.

La conmoción por su partida, la impotencia de haber quedado todo a medias y la ausencia hubo que asimilarla de forma brusca.

Andrés, vencido y desbordado por todo, no se había dado cuenta, pero desde que regresó del Uruguay no había hablado con su familia.

Es más, ni siquiera había encendido su celular. Él no se había apartado de su marido en ningún instante y de pronto fue consiente de todo.

Su familia debería de estar preocupada por la falta de noticias de su parte. Cuando encendió el celular descubrió varias llamadas perdidas, entre ellas las de su familia.

El montevideano llamó a su gente y la voz de alegría con la que lo atendió su madre se disipó cuando escuchó el tono apagado de su hijo.

Andrés le dijo el motivo de su llamada y la madre no podía creer lo que le estaba contando. Era un golpe muy bajo.

Ella insistió para hablar con Mateo y Andrés se negó. De todas maneras le recalcó que en cuanto pudiese quería hablar con él.

Los días fueron pasando y nadie quería ni podía aceptar la verdad tal como se presentaba. Luego de semanas de estar conmocionado, casi sin hablar entre ellos mismos, Andrés tomó las riendas.

Se dijo que, por más que le dolía, la vida continúa y cada uno debía seguir adelante, porque eso es lo que hubiese querido Regina.

Andrés exigió a cada uno para que regresase a sus labores y que trate de llevar ese momento tan duro de la mejor manera posible.

Todos conocían y querían a Regina, ella era una mujer llena de energías, de alegría y por ella deberían levantar la cabeza, mirar al frente y seguir adelante.

Aunque cada uno retomó la rutina y la ausencia de Regina cada día dolía más, se fueron adiestrando a cómo eran las nuevas cosas.

Cada cosa que hacían, que pronunciaban, que dejaban de hacer o decir, absolutamente todo les recordaba a la italiana.

—Mateo se sentía incompleto: moría de ganas por tener, al menos, una conversación con su madre. ¡Nada más que una!

El viaje que había hecho con su marido había sido tan bueno, que sólo quería contarle en persona lo que había vivido.

Quería mostrarle cada fotografía y recordar ese momento de nuevo, quería hablarle de su familia política, del Uruguay que conoció.

Sólo eso pretendía el italiano y no tuvo la oportunidad de decir ni media palabra. No. Nada. Le costaba mucho aceptar que esa fuera la realidad.

Ellos habían venido llenos de vida, de energías renovadas y con un color de piel exquisito, pero nada de eso importaba ahora.

Los presentes habían quedado en el olvido. Las valijas, como tenían mayormente ropa de verano, las iban desarmando a medida que necesitaban algo.

La desaparición física de Regina había calado muy hondo en cada uno y, entre una cosa y otra, los meses se materializaron.

Cuando llegó el mes de mayo la primavera, al fin, se presentó con todo el rigor necesario. Sin planificar, acabaron de deshacer las valijas y aparecieron los regalos.

A Donatella le dieron los suyos y los que correspondían a su madre simplemente los dejaron sobre la mesita de luz.

Otra vez el pasado llegaba sin autorización y, aunque ya habían varios meses, el recuerdo estaba a flor de piel y la ausencia dolía.

A pesar del tiempo transcurrido, Mateo y su hermana continuaban teniendo

sueños vívidos y desagradables respecto a la pérdida de su madre.

El tiempo seguía pasando y, poco a poco, entre los tres fueron dando otro tipo de vida a la vivienda. Todos eran jóvenes y la música siempre ha sido una parte importante en cada uno.

De hecho, y a pesar de lo vivido, cada vez que Andrés escuchaba a Emmanuel, recordaba su historia con Sebastián.

Cada vez era menos lo que pensaba en él y, a pesar de la pérdida de su suegra que la quería como a una segunda madre, era afortunado.

Sea como sea, en su casa lo han aceptado desde siempre, y ahora estaba con un chico por el que muchas chicas y chicos se morían de ganas por estar con él.

De todas maneras, y eso que con el italiano se sentía pleno, deseaba algo más. Y no se daba cuenta de qué era verdaderamente.

Le daba vueltas a la cabeza y no encontraba solución. El rioplatense era consciente de que algo más necesitaba, aunque no sabía qué era.

Una tarde de domingo, a finales de mayo, fueron a dar una vuelta por el parque Retiro y la gran cantidad de gente que había era impresionante.

Y allí, en medio de la aglomeración, supo lo que les faltaba a sus vidas. No quiso comentarlo con nadie, aunque su marido y su cuñada se habían dado cuenta de que algo pasaba, y se lo preguntaron.

Andrés sólo se limitó a decir que era una locura la que estaba pensando y que, cuando la terminase de pensar, de analizar poniendo los pros y contras de cada punto, se lo diría.

Ellos se mostraron sorprendidos e insistieron, pero no lograron sacarle ninguna palabra más. Andrés tenía un brillo especial en la mirada y eso tampoco pasó desapercibido.

Él, con sólo imaginar su deseo cumplido, sonreía. La vida, de cumplírselo, le estaría sonriendo otra vez, y eso era lo que más deseaba.

Quizás, era el propio ser humano el necesitase de alguien más para proyectarse en el futuro y, cuanto más lo pensaba, más lo anhelaba.

En uno de los restaurantes del parque se sentaron a tomar una cerveza y, cuando los tres estaban servidos, Mateo y su hermana vieron que Andrés continuaba con ese brillo especial en la mirada.

Sin embargo, el latinoamericano sólo se limitaba a echar una mirada soñadora a sus aledaños y no podía ocultar la sonrisa.

—Andy, dime qué te pasa. ¿Por qué estás tan feliz ahora?

Tomó un trago de cerveza.

—Andy, no seas cabrón. Dime, ¿qué te pasa?

—Mateo, te juro que en cuanto ordene las ideas, te cuento. De verdad te lo digo. Mirá, olvidá éste momento para que yo ordene más rápido los pensamientos.

Mateo hizo una mueca mientras la hermana desviaba la atención de uno al otro.

—¿Este año qué haremos en agosto?, cambió el tema ella.

Mateo la miró.

—A mí no me apetece ir a ningún lado. Pero si tú quieres ir...

Ella asintió lentamente.

—Creo que me va a hacer bien cambiar un poco el aire de Madrid. No sé a dónde ir, pero sí... Me gustaría tomarme unos días para mí.

—Aún tienes tiempo para pensar dónde quieres ir.

Ella volvió a asentir.

—¿Ustedes no van a ir a ninguna parte?

Al escuchar la pregunta, se miraron, sonrieron y cada uno enarcó las cejas. La hermana no supo interpretar el mensaje.

4 - Agustín

El veinticinco de diciembre de dos mil ocho a la tarde, Rubén, a pesar de todo, fue a la casa de sus padres y ahí se convenció que no pertenecía a ese mundo.

La madre le abrió la puerta y, en vez de darle un fuerte y sonoro beso en la mejilla como solía hacerlo antes de que le confesara su orientación sexual, lo abrazó tan fuerte como si fuese la última vez que lo haría.

La madre le susurró al oído que él, sobre todas las cosas, era su hijo, y nada ni nadie podría cambiar eso, que el amor de una madre a un hijo era insuperable y ella era afortunada por tenerlo.

El hombre estaba tan sorprendido que su madre no lo dejó de abrazar hasta pasados cinco minutos, quizás muchos más.

Justo ése día estaba su hermana, con el bebé en brazos, al lado de su marido. Ella miraba a su hermano con aire provocador, con un claro gesto triunfal sobre él.

Rubén se preguntaba por qué había cambiado tanto. De chicos habían sido unidos, pero luego que se casó, la distancia entre ellos se hizo enorme. No podía entender lo que sucedía.

Las cavilaciones del gallego no le daban tregua y la hermana los miraba, de vez en cuando, mientras simulaba que le hablaba a su hijo.

El padre estaba en el baño, aunque Rubén no quiso preguntar nada acerca de él. No quería presionar las cosas.

De pronto la hermana le echó un detenido vistazo, como si el gallego fuese transparente, en el instante en el que su marido le dio la mano.

La hermana, más de una vez, escondía al bebé bajo la manta. Rubén sentía tanta bronca por su actitud que prefirió decir nada.

De repente algo cambió en el interior del hombre y buscando la atención de su marido le preguntó si realmente era el padre de su sobrino.

La reacción que obtuvo fue la que estaba buscando. Ella lo fulminó con la vista y él se la correspondió hasta hacerla sentir incómoda.

Rubén, para caldear más el ambiente, le preguntó a su cuñado si conocía el real pasado de su mujer, y éste le buscó la vista a ella.

—^[71]*Os dous sempre me gustou da homes e máis dunha vez, foi saber que eu con un pouco de bonito el sabía, como ela se sentía inferior, fixo o imposible para durmir con el. É iso aí. Esa é a miña irmá real. Somos moi parecidos. Non?*

La madre no escuchó nada porque había ido a la cocina por una tarta de turrón con almendras y nueces y, cuando llegó con la bandeja, coincidió con el regreso de su marido.

Cuando las miradas de padre e hijo se encontraron, parecía que se había detenido el tiempo. El resto de la familia aparentaba ser simples espectadores y el silencio se hizo aturdidor.

Rubén no supo descifrar lo que significaba la mirada de su padre, pues la misma no era como la que esperaba. Incluso le pareció que no era ruda.

—Rubén, murmuró su padre. *Eu quero falar.*^[72]

El gallego asintió levemente y su padre salió del *living*, mientras le hacía señas a su hijo para que lo acompañase.

La familia no daba crédito de lo que estaba ocurriendo, y aunque todos esperaban que ni le dirigiese la palabra o, si lo hacía, sería para expulsarlo. Nadie entendía nada.

El padre fue a su dormitorio y, luego que entró, esperó a que su hijo lo hiciese y cerró la puerta. El viejo le señaló una silla y el gallego se sentó.

Luego que lo hizo, el hombre mayor se sentó en el borde de la cama matrimonial, la cual estaba pulcramente hecha y no sabía cómo empezar la conversación.

Rubén, para ayudarlo, luego de unos segundos que se hicieron interminables, preguntó, mientras paseaba los ojos por la alcoba:

—*O que quere falar comigo, pai?*^[73]

El viejo reflexionó sobre la pregunta, una y otra vez, hasta que mansamente le buscó la mirada a su hijo y se quedaron explorando.

—*Ruben Ruben... ben, vostede sabe que está facendo, eu non me gusta nada. Deus di... A Biblia di que o home debe acabar coa súa vida cunha muller...*

—*Non se fala de moralizar ou calquera cousa que fags curas son os propios cigarros.*

—*Non me interrompa!*^[74]

El hombre mayor resopló y agregó:

—*Desde aquela época... Desde aquel tempo eu estaba a pensar moito sobre vostede. Eu falei coa súa nai moito. Eu non creo ... Non ... Eu realmente non creo que ía volver a esta casa sen ti granizo, pero ... Aquí está, non? E eu creo que eu estaba mal sobre vostede para que estea ben.*

—*Pai, non me leve a mal ou algo así, non! A homosexualidade non é unha enfermidade e que importa que eu escoller para compartir a vida, para que alguén, eu vou ser feliz?*^[75]

De pronto el mutismo se instaló en el dormitorio y Rubén se dio cuenta de que su padre tenía la mirada vidriosa. El padre sacudió la cabeza y dijo:

—*Eu non quero que Nicanor... que o seu fillo morreu nun accidente, e, de orgullo, nunca quixo aceptar o seu fillo por ser gay. Eu... eu son vello e Deus quixo darme un fillo investido, así, o que podo facer?*

Si, Deus perdoa, quen son eu para xulgar alguén sei que na miña mocidade, e despois tamén, eu fixen moitas cousas que eu lamento hoxe?^[76]

Rubén, con cada palabra que oía, estaba más tocado que antes. Ninguno de los dos era consciente realmente del diálogo que estaban teniendo.

—*Vostede sabe que non é o que a súa nai ou eu quería para ti, pero... por que é rapaz feliz... Dime, canto tempo estivo con el?*

—*Dous anos e medio. Un pouco máis.*^[77]

El viejo lo miró extrañado y largamente y Rubén no dejaba de asentir. Una vez más se hicieron una mutua radiografía visual.

Mientras, Agustín quedó a la espera de que su pareja le dé indicaciones en un

bar que estaba casi enfrente a la casa de sus suegros.

Ahora, los minutos se estaban convirtiendo en horas, el tiempo seguía pasando y el rioplatense no sabía si las cosas estaban saliendo bien o no.

Se imaginaba que muy mal no deberían de ir. De todas maneras, el salteño empezó a beber cerveza y en la última media hora estaba tomando más discretamente porque no quería emborracharse.

En ese instante le llegó un mensaje de Rubén, el cual le decía que fuese a la casa de sus padres. Ésa parte no estaba entre los planes.

O sea, pagó lo consumido y se dirigió a la casa de sus suegros. Allí golpeó la puerta y abrió la madre de su pareja, quien lo miró asombrada, al igual que su cuñada y el marido.

Enseguida apareció Rubén y le dijo que lo acompañe. El desarreglo de la madre y hermana de Rubén iba en aumento, pues eso era lo último que se habrían imaginado.

Todos en el *living* estaban intrigados acerca de lo que estaba sucediendo en el dormitorio principal y no les quedó más remedio que esperar.

El latinoamericano entró con cuidado en la morada. Las cervezas consumidas lo ayudaron a enfrentar mejor la situación.

El viejo, que estaba sentado en la cama, no dudó en ponerse de pie y tenderle la mano. Éste tampoco dudó en devolverle el saludo.

Rubén le señaló la silla que estaba él, el viejo regresó a la cama y el gallego se sentó en otra que acababa de arrimar. Esta vez no hubo preámbulos. El viejo no tardó en decir:

—*Agora estaba dicindo a meu fillo para ir con outro home non é o que Deus, o que un pai quere para o seu fillo, pero quen son eu para xulgar? Se vostede é o único co meu fillo e... Ben, é grande e eu non ía deixar este mundo sen paz co meu fillo...* ^[78]

Hizo una prolongada pausa y agregó:

—*Ben, eu creo que falar sobre iso outra hora... En, eu non sei.* ^[79]

Al viejo se le escapó una lágrima y Agustín le buscó la vista a su pareja, quien hizo una mueca. El viejo se paró y le dio un abrazo a su hijo. Murmuró:

—*Estou morrendo, Ruben. Sei que eu estou morrendo... Os médicos din que non, pero... Pero eu sei máis que eses idiotas que non fan outra cousa que mentiras.*

Eu quero... quero, cando eu morrer, non perda o noso nome, por favor. Por favor. É o que eu máis amo no mundo! Só podes manter o noso nome é en ti. Por favor, Ruben! Por favor! ^[80]

5 – Rafael

Esteban no quiso actuar por impulso, por lo que se tomó lo que quedaba de tarde y la noche para pensar.

Es más, enseguida de la conversación con su hijo, se fue del apartamento a la habitación de un hotel. Sólo le dijo a Rafael que no se preocupase porque estaría bien.

A partir de la charla, Rafael y Facundo no cruzaron palabra. Eran dos desconocidos donde buscaban, incluso, que sus miradas no se encontraran.

Cada uno se hizo un refuerzo^[81] o sándwich para comer. Luego se encerraron en sus respectivos dormitorios y ninguno llamó la atención de ninguna manera.

Facundo sabía que el sinceramiento con su padre le traería problemas, pero era lo que sentía, y no quería ni podía seguir ocultando lo que le provocaba ese hombre que era su propio padre.

A la noche, luego de su improvisada cena, llevó un par de botellas de cava a su dormitorio y se puso a beber. A pesar de todo no podía sacarse la imagen de Esteban.

Era consciente de que eso no estaba bien; Facundo no sólo era gay, sino que, en realidad, desde que empezó la etapa de su desarrollo, él miraba las fotos de su padre con otros ojos.

En esos momentos no supo decir qué le provocaba, y cuando lo vio en el aeropuerto, comprobó que ese hombre era con quien quería pasar el resto de su vida.

Luego que acabó la primera botella, se desnudó y, mientras observaba una foto en la que aparecía Esteban, comenzó a masturbarse, hasta eyacular.

Ya lo había hecho varias veces en ese apartamento, y con esa misma imagen de por medio, pero ahora se sentía diferente.

No sabía si era la culpa o qué, pero sentía que cada cosa, a cada instante, se ponía peor. Las lágrimas aparecieron y, aunque no las deseaba, no se quisieron ir.

Agarró la segunda botella y, esta vez, desde la misma, empezó a beber. El alcohol no lograba nublar sus penas o lo hacía a una velocidad menor de lo

que necesitaba.

Acabó la misma y, aunque no le entraba una gota más de alcohol, abrió la tercera en medio del llanto y la empezó a trincar.

La conciencia lo había abandonado y no se dio cuenta cuando se le cayó al suelo y quedó tendido sobre la cama.

Él estaba desnudo y ahora también borracho, con dos botellas vacías a su lado y una tercera se desparramaba sobre la morada.

Rafael estaba tan consternado que no salía de su aturdimiento. Él había escuchado en su tierra natal historias así, pero nunca pudo comprobar ninguna.

Siempre creyó que eran leyendas y nada más que eso en ciudades del Tercer Mundo. Y ahora resulta que lo comprobó por la boca del hijo de su marido.

A veces la gente le hacía ver la otra cara de la realidad: determinados enfermedades; que se tengan dos veces el mismo apellido, conductas inusuales entre miembros de una familia, (tía y sobrino, padre e hija, madre e hijo...)

Facundo era lindo, él, siendo argentino, con ese acento que lo delataba, extrovertido, con un cuerpo favorecido, unos ojos seductores y una sonrisa que derretía un témpano, podría obtener a quien se propusiera...

—Pero... ¿a su padre? ¿Era un capricho?

Si era un capricho se entendería mejor, pero de ahí a estar enamorado del hombre que puso el esperma para que él viniese al mundo era algo diferente.

Rafael se sintió culpable porque alentó a su marido para que trajera a su hijo.

Si no lo hubiese hecho, nada de eso habría pasado.

De todas maneras, en algún momento de la vida ellos se iban a conocer y, tarde o temprano, esto podría haber pasado.

El problema no es que sucediera, sino que ocurrió demasiado pronto y sin que nadie lo predijese de ninguna forma.

Rafael no se hubiese dado cuenta, o no lo hubiera creído, de no haberlo escuchado de boca de Facundo las palabras que, para su pareja, fueron como puñales asesinos.

El uruguayo pensaba que Facundo sólo se quería acostar con él por capricho. Todo habría adquirido otra perspectiva si hubiese sido así.

Y era consciente de que su marido no lo estaba pasando bien y que cuando regresara las cosas cambiarían para siempre.

Ahora, con lo que se sabía, los tres bajo el mismo techo no podrían convivir y un nuevo recomenzar se avecinaba para los tres.

Esteban estaba recostado en la cama de un hotel del centro. Sobre la mesita de luz había una botella de vodka cerrada y un vaso vacío.

Nunca en su vida se había sentido tan confuso y esto no se lo hubiese esperado ni siquiera en la broma más pesada.

—¿Por qué le estaba pasando eso? ¿Por qué? Si él no hacía más que pensar en su hijo, pero como padre, como el hombre que lo engendró.

El entrerriano pensaba en lo que puede provocar ese sentimiento, ese vínculo familiar que lo uniría de por vida. Nada más que eso.

—¿Por qué su hijo le dijo eso?

Si estaba durmiendo, ya era el momento de despertar de esa maldita pesadilla que le quitaba hasta el aliento. Esto no podría ser real.

Nada de lo ocurrido en las últimas horas podría ser real. Y observaba la botella con deseo y sabía que si la abría, no tendría la mente clara como la necesitaba.

Debería tomar una decisión. No sabía si hacer volver a su hijo a Buenos Aires, si desaparecer de su vida o qué, pero tenía que actuar.

Sin embargo, no tenía la menor idea del paso que debería dar a continuación. Eran muchas cosas las que se le ocurrían y, pasase lo que pasase, no dejaba de ser su hijo.

—De todas maneras, si con poco tiempo de conocerse ya se había atrevido a hacer semejante confesión, ¿qué más se podría esperar?

Que fuera gay era lo de menos, el mismo Esteban lo era. Que fuera bisexual y usara el sexo como arma, bueno, tampoco lo veía tan mal...

De pronto, no aguantó más y agarró su celular. Eran las dos y media de la madrugada y tenía los ojos hinchados y enrojecidos.

A pesar de todo no había bebido aún y había llorado mucho. Buscó un número en la agenda, le dio a la tecla de llamar y acercó el teléfono a su oreja.

—Hola, María.

Hubo una pausa del otro lado de la línea.

—Sí, ¿quién sos?, al fin dijo.

—Esteban...

De repente nadie se atrevió a agregar nada. En Buenos Aires eran las nueve y media de la noche del día anterior.

—Esteban, ¿qué hacés llamándome a mí? ¿Le pasó algo a Facundo?

—Bueno, en realidad, no. Sólo quiero que me hables de él.

—Como que, ¿querés que te hable de él?

—Sí, quiero que me hables de Facundo.

El hombre resopló discretamente tratando de ocultar los nervios que lo atosigaban.

—Que me cuentes cosas del guacho^[82]... no sé, sus gustos, anécdotas, recuerdos, deseos, distracciones, aficiones, todo lo que se te ocurra.

—Esteban, a pesar de todo, te conozco. ¿Qué está pasando? ¿Qué fue lo que hizo Facundo para que me preguntes eso?

—María, de verdad te lo digo, sólo quiero que me cuentes cosas de él... Lo necesito, por favor.

Del otro lado de la línea telefónica sólo se escuchaba la respiración.

—Bueno, Esteban. Desde los quince años, más o menos, empezó a cambiar... Creo que fue por esa época que empezó con los fasos, aunque creo que nunca llegó a ser adicto.

Eso fue lo de menos. Yo hacía un año que estaba con la pareja que tengo ahora y, como no creí lo que Facundo me decía, esperó un día en que yo tenía que salir temprano para actuar...

¡Uf! En ese tiempo mi pareja llegaba de madrugada de trabajar y se quedó durmiendo en la pieza. Hacía calor y él estaba muy cansado.

Estaba el aire encendido y, si mi pareja no dormía de calzoncillo, lo hacía desnudo. Facundo esperó a que yo saliese y se metió en mi cuarto.

Ese fue el comienzo. Incluso Facundo ya tenía instalada una cámara y se puso a practicarle sexo oral. Todavía no lo puedo creer...

Mi marido adormilado pensó que era yo y se dejó llevar. Cuando realmente tomó conciencia de lo que sucedía lo apartó violentamente... ¿Estás seguro que querés escuchar esto?

—Sí.

Hubo una pausa a través de la línea telefónica y ella siguió.

—Bueno, para esa altura Facundo tenía compinches de todo tipo y uno de los que conocía era experto en informática.

Y ese individuo se las arregló para que el enfado y *shock* de Juanjo pareciera que era parte de la excitación y... No sé cómo se lo montó... No sé por qué lo hizo...

Lo que sí sé, es que nunca más confié en él. Y como yo estaba dudando de todo, también puse cámaras en mi dormitorio sin que nadie lo supiese y ahí descubrí la verdad...

Por un largo minuto nadie dice nada.

—María... ¿y había... alguna foto a la cual le tuviese cariño?

—A pesar de lo que pasó entre vos y yo, nunca le negué quién eras. Le tenía especial cariño a la foto que te saqué en Punta, en la que estás de en la Playa de los Dedos.

Esteban quedó asintiendo y no se dio cuenta de que su ex-mujer lo llamaba:

—Esteban. ¿Esteban? ¿Esteban? ¿Estás ahí?

—¡Ah, sí! Perdoná, me distraje un momento.

—Esteban, ¿estás llamándome de Buenos Aires?

—No. No, estoy en Madrid y acá es de madrugada...

—¡A mí no me jodés, Esteban! Algo te pasó con Facundo...

—¿Por qué?

—Porque te conozco y conozco a Facundo.

2 – Alan

Alan se fue a vivir con Michael al inmueble que alquiló el inglés en barrio El Pilar. También se llevaron a la niña que era parte del plan.

Martina les cambió la vida por completo. Ellos debieron hacerse una agenda donde siempre se priorizaba a la pequeña.

Entre los dos, en medio de libros para padres primerizos y a golpes, fueron aprendiendo el oficio de la paternidad.

Valeria había tenido un bebé hermoso y éste, a medida que pasaba el tiempo, se iba poniendo más lindo y con Pamela, cada vez, se llevaba mejor.

Sin embargo, nada es para siempre y el final de la vida no tiene hora, edad ni estado de salud y fue lo que separó a las chicas.

Una noche de noviembre en la que el invierno se adelantó y había empezado a nevar como pocas veces en la capital española, fue la última vez que Valeria perteneció a este mundo.

El suelo estaba increíblemente resbaladizo y era casi imposible no deslizarse involuntariamente de un lado hacia el otro y, Valeria, que salía de trabajar a medianoche, encontró su final.

En un paso de cebra de Paseo de la Castellana, cerca de Nuevos Ministerios, al conductor de un auto no le dio tiempo a frenar y la embistió.

Los médicos forenses dijeron que, producto del impacto, murió en el acto. Fue un golpe grande para Pamela, para Alan, y para toda la gente que la quería.

Todo fue tan rápido y precipitado que hubo que reestructurar las vidas de

cada uno de la noche a la mañana.

Mientras se despedía a Valeria, Alan, quien hasta ese instante pensaba que la vida lo estaba premiando por lo que había sufrido a lo largo de su existencia, se dio cuenta de que nada era perfecto.

Que todo era una verdadera mierda y que, lo único realmente importante y valioso que tenía el ser humano, era la conciencia de saber que podía vivir y disfrutar del momento. Nada más.

Ahora que era padre, era más prudente en sus decisiones y en sus acciones. De todas maneras, no le gustaba quedarse con las ganas de hacer algo.

No hay que olvidar que los dos niños eran de Alan y que él tenía la de Pamela. Y tanto le daba si se quedaba con una u otro.

Él quería un hijo y le daba igual cuál de los dos. Por eso ofreció la que tenía, que había sido gestada por Pamela, para que ella estuviese con su hija, y que Alan se hiciese cargo del niño de Valeria, de Pau.

Pamela se negó. Le agradeció, vio la buena intención de su amigo, y le dijo que en el niño tendría una parte de Valeria viva para siempre.

Pamela criaría el hijo de Valeria como si fuese propio. La vida le había quitado a la persona que más quería, y ahora ella le daría todo ese amor al pequeño que quedó huérfano.

Michael, luego que pasaron unos meses de la desaparición física de Valeria, insistió para ir de paseo a Londres.

E insistió tanto porque ya le había dicho a su familia que tenía una hija con su pareja y que ahora estaban pensando en casarse.

De varios de los detalles y prisas Alan se enteró bastante tiempo después, cuando ya estaban en la capital británica.

El latino sabía que la familia de Michael era adinerada, lo que nunca pensó era que fuese de tanta, pero de tanta plata.

Alan nunca había visto tanta riqueza concentrada en un punto tan pequeño, como era el *hall* con el que se encontró en el apartamento de los padres del europeo.

En el tiempo que llevaban juntos cada uno aprovechó para practicar el idioma del otro y Alan pensó, justo cuando entró en la casa, que si hubiese practicado más no estaría tan nervioso.

Cuando llegaron el padre de Michael no estaba. El inglés no había avisado que iría y su padre había partido esa mañana a Chicago, ya que un negocio que lo seducía lo trasladó un par de días del archipiélago.

La madre de Michael era una veterana de poco más de cincuenta años, bien

conservada, con un encanto natural y casi sin maquillar.

A Alan le pareció una mujer hermosa, con una magia especial con la que irradiaba su personalidad por cada lugar que estuviese.

Llegaron a eso de las tres de la tarde con prisas para huir de la lluvia que se había desatado y la sensación térmica no era la mejor aliada.

El rioplatense llevaba la beba en brazos y Michael las valijas. El británico tenía llaves de la casa aunque no quiso usarlas.

Michael le dijo a su pareja que tocase el timbre. Enseguida abrió la puerta la empleada, quien ahogó un profundo suspiro al ver a Michael.

Era evidente que lo conocía de toda la vida, o de mucho tiempo atrás, por el abrazo efusivo que no se reprimió en darle.

A los pocos segundos apareció la madre, quien, al principio, quedó paralizada. Estaba siendo sorprendida y quería conservar la compostura.

A continuación el uruguayo vio como Michael desvió la vista de él a la niña y le volvía a buscar la atención a su madre.

La madre le dio un abrazo a su hijo, sin apartarle la mirada a Alan y a la pequeña, mientras la empleada quedó a un lado observando el panorama.

El latino, por un instante, se sintió desconcertado, casi fuera de lugar, pues se decían muchas cosas de los ingleses, entre ellas que eran fríos.

Sin embargo, enseguida se vio extrañado por un sonoro beso de su suegra y que le pedía a Martina para sujetarla en brazos.

Una vez que estuvo la niña en brazos de su abuela postiza, le buscó la vista a su hijo y luego a su yerno. La beba tenía los mismos ojos claros que su madre.

— *Why didn't you tell me you were coming? Your father is not here.*

— *I wanted to surprise you. Where is dad?*

— *He left this morning to Chicago to talk about a deal he is dealing with.*^[83]

Después la empleada llevó las valijas a una habitación y los tres se sentaron en los sofás de un *living* de estilo victoriano.

La suegra de Alan estaba encantada con su hija, a quien le hacía muecas de todo tipo y le sonreía, aunque la pequeña se mostraba imperturbable.

La misma mujer que abrió la puerta no tardó en servir el té y, para esa altura, intercambiaban palabras en inglés y en español.

Michael, en más de una ocasión, hizo de traductor, pero vio que el latino se defendía bien en su idioma natal. Esto no molestó a su suegra.

— *So you are from Uruguay. My husband and I are thinking of going*

there next Christmas. We are staying in Conrad hotel, in Punta del Este. ^[84]

Alan le buscó los ojos a su pareja y ese detalle no pasó desapercibido para la suegra. Luego de unos segundos, Alan dijo:

—Oh, really? I have never been in Punta. It is said to be a very nice place. ^[85]

—I have seen some pictures and videos of that place and it seems like a Paradise to me. But, you are from Montevideo, right? ^[86]

—Well, yeah... ^[87]

Madre e hijo se buscaron la vista y sonrieron mientras señalaban la beba la cual sólo desviaba la mirada de uno a la otra.

—Mum, what do you think about our daughter? ^[88] *She is really beautiful, isn't she?* ^[89]

—Actually, she is very beautiful! ^[90]

Le buscó la mirada a su hijo y preguntó:

—Why don't you come to live to London? ^[91]

—No mommy. I cannot change living in Madrid for living in London.

^[92]

—I know it, but you are from this city and at any moment you should come back here. ^[93]

—I don't think so mum. After being in Spain, I don't want to leave from it. I can come to visit you whenever you want, but don't ask me to come to live here because I cannot. ^[94]

—What's wrong with London, Michael?! ^[95]

—The temperature mum! The climate. We have been considering the fact of moving ourselves to another city, but from Spain as well. ^[96]

—And where are you going to go? ^[97]

—We have the intention of going to the South. Probably to Andalucía.

^[98]

—Andalucía is a lovely place! The times we were there, we left with a desire to stay... ^[99]

Miró al rioplatense y dijo:

—Tell me about your life, Alan. Since Michael met you he hasn't stopped talking about you. In fact, you have deeply marked my son's life. ^[100]

Alan bajó la mirada tratando de ocultar un sonrojo.

—I don't know what to tell you, madam. ^[101]

—Oh, please!, don't call me madam that seems like if I were a very old woman. Call me Ange. Now I know you and I like you...

I can say that you, as well as I am, are judged from being something you are not... Why don't we all go to spend Christmas in Punta del Este?^[102]

Alan reflexionó la propuesta hasta que le buscó la mirada a Michael y dijo en un murmullo:

—Pamela.

—*We cannot leave my daughter's mother alone in Spain. Now she is having a very special moment in her life and it wouldn't be advisable to do so.*^[103]

—*Michael, you know pretty well that I hate your excuses that have no value on me. If you want her to come with us, tell her and end with this.*^[104]

El desconcierto de Alan iba en aumento, pues no daba crédito de lo que estaba viviendo. Le parecía estar inmerso en una película.

—*We will to her firstly, then we will see...*^[105]

—*I hope those words do not transform into a rejection to my request. I would love to get to know your country, and it would love it even more if you could be the one that guides me through it.*^[106]

—*I hardly know that country.*^[107]

—*I suppose you know a little bit about it! About Montevideo, I have read that there is a lot of movement within La Ciudad Vieja and La Rambla. Furthermore, I have read that it is very hot there. I don't get along very well with the heat, especially if it is damp heat.*^[108]

3 – Andrés

Casi sin darse cuenta llegaron las vacaciones y Andrés y su marido ni se movieron de Madrid. Tampoco echaron de menos no hacerlo.

Los días fueron calurosos y secos como suelen serlo, y ellos más que a la piscina de barrio el Pilar o de Batán, no fueron.

Durante los días de las vacaciones, como un ritual, por la tarde y la noche, fueron por Chueca prácticamente a diario.

Hacía tiempo que no iban por la zona y, como nada era planificado, nunca sabían dónde irían. Entraban y salían de *pubs*, *discos-pub* y bares que nunca habían estado.

Nunca pasaban desapercibidos por lo atractivos que eran, la despreocupación con la que andaban y las continuas muestras de cariño en público que se hacían.

La gente los miraba con esa mezcla de envidia y admiración que se suele

sentir ante ese tipo de parejas, aunque ellos ni se enteraban.

Ya habían pasado muchos meses de la desaparición física de Regina y quisieron cambiar de vivienda como medida de defensa.

La hermana estaba a punto de irse a vivir con su pareja y los chicos querían algo más pequeño y económico, al menos, lo deseaban.

Sin embargo las cosas se aceleraron de forma vertiginosa e inesperada y, en octubre, cuando debían hacer fijo a Mateo en el trabajo, lo despidieron.

No era lo planificado ni lo anhelado, y eso nadie lo predijo. Entonces, casi no pensaron en los cambios que se avecinaban.

Andrés renunció a su trabajo y se fueron al sur, a Huelva. Los alquileres eran más baratos y el clima no se podía ni comparar con el de Madrid.

No conocían a nadie en la zona y se quedaron unos días en un motel mientras buscaban un sitio en el que asentarse.

No resultó fácil la búsqueda de vivienda, por lo que tuvieron que conformarse con lo que, más o menos, les cuadraba.

Era otoño y no había casi trabajo. La temporada ya estaba acabando, aunque tampoco se preocupaban demasiado por eso.

En noviembre Mateo encontró trabajo en un restorán mientras Andrés salía, día a día, a que le saliera algún empleo.

Cansado por la incertidumbre laboral ahora Andrés buscaba algo relacionado con lo que había estudiado, enfermería, pues eso le daría mayor estabilidad.

Recién en enero encontró trabajo en una clínica privada y, ahora sí, al tener un contrato laboral decente, empezó a encarar el futuro de otra forma.

A nivel personal no le había comentado nada a nadie lo que deseaba realmente, y en su fuero interno deseaba adoptar un hijo.

—El latinoamericano quería que la vida en pareja fuese con un objetivo en común y: ¿qué mejor objetivo que educar un hijo?

Se lo planteó a Mateo un domingo a la mañana, a eso de las once, donde aún no se habían levantado, lo que logró sorprender al europeo.

El italiano se mostró desconfiado y bastante asustado, y le pidió tiempo para pensar acerca de cualquier decisión que fuese a tomar.

Nunca había hablado acerca de un hijo con él, o sea que no sabía con lo que podría encontrarse. Y Mateo temía equivocarse en su decisión final.

A las dos semanas Mateo retomó el tema del hijo y le dijo que no, que no era el momento porque era una responsabilidad que debían asumir de por vida.

Le explicó que necesitaban otras cosas antes de pensar en la posibilidad de tener un hijo y que, quizás, en dos o tres años, las cosas cambiarían.

Mateo vio claramente como la ilusión de su marido se fugaba, pero él no podía engañarse en un asunto tan importante como con un retoño.

Andrés pasó días pensando por qué su marido no quería adoptar un hijo; para Andrés era lo más lógico del mundo y era un paso que aspiraba dar.

Y ahora se sentía desconcertado y trató de sobre llevar esos momentos de la mejor manera posible, aunque le era difícil.

Quizás, él mismo se había montado la película en su cabeza tan bien, donde no se permitía una negativa de parte de su marido.

Sin embargo, la familia del uruguayo apoyaba a Mateo y su desmán crecía indiscretamente, pues no le cabía en la cabeza por qué nadie estaba de acuerdo.

—Era como si el mundo se le estuviese viniendo en contra: ¿por qué nadie lo apoyaba? ¿Por qué nadie lo entendía?

Las semanas fueron pasando y ellas se convirtieron en meses, y Mateo comprobó que su marido estaba, cada vez, más alejado.

Incluso lo sintió desconfiado y veía que si no hablaba seria y llanamente con él su estabilidad matrimonial podría verse afectada.

El lugar elegido para charlar fue una terraza de la avenida del Océano, mirando hacia la costa, a fines del mes de abril.

No había casi gente a esa hora de la tarde, sobre todo porque era día laboral y Andrés no estaba avisado que el italiano tocaría el tema.

Pidieron cervezas y, cuando iban por la tercera ronda, Mateo suspiró profundamente, paseó sus ojos por su alrededor y los detuvo en Andrés.

—Andy, sé que desde que me has dicho la idea de adoptar un niño, estás cambiado.

Andrés ensombreció el semblante, le correspondió la vista y Mateo lo siguió mirando fijamente. El italiano hizo una pausa y agregó.

—Sí, de verdad lo digo, Andy. Estás cambiado desde ese momento y yo no soy tonto... No quiero que estemos distantes...

Creo que hay miles de cosas para disfrutar en la vida y aún somos jóvenes como para plantearnos la posibilidad de ser padres, ¿no?

Tenemos muchas cosas en el tintero aun... Pero Andy, ¿qué te parece si, en vez de ser padres adoptivos, somos padres de verdad?

El rioplatense, al escucharlo, no dudó en clavar otra vez sus ojos en él.

—No lo digo ahora, ya mismo, ¡no! No nos apresuremos. Como te acabo de decir, somos jóvenes aún y tenemos toda la vida por delante.

Pero esperemos un tiempo a tener un poco de dinero ahorrado, un piso

mayormente pagado y todas esas cosas que se necesitan para vivir más tranquilo...

Para esa altura el uruguayo no lo oía. Si con la adopción estaba ilusionado, ahora no cabía de tanto gozo que le producía la idea de ser padre biológico.

El tano, cuando se dio cuenta de que su pareja se había sumergido en un profundo diálogo interior, se dedicó a observarlo, mientras bebía cerveza.

Acabó su vaso y el de Andrés, y pidió más. Cuando Andrés volvió a mirar a Mateo, sus ojos se exploraron más allá de la piel.

Luego de unos minutos en los que parecía que se hubiese detenido el tiempo, el montevideano sonrió tímidamente.

—Es verdad, pero... ¿De verdad estarías dispuesto a ser padre de la manera tradicional?

—Te insisto. Nnnooo ahora. Dejemos pasar un tiempo, dos o tres años, quizás más, pero antes de adoptar un hijo, prefiero uno que tenga nuestra sangre...

—Pero, ¿cómo lo haríamos?

—No te precipites, Andy. Te acabo de decir que tenemos tiempo para pensarlo, ¿no? Pues bien. Hagamos las cosas bien, con calma.

Ya se nos va a ocurrir alguna solución. Tiempo al tiempo. De hecho, el tiempo es el que tiene todas las respuestas. O sea que espera.

Andrés no se aguantó más, se puso de pie y le dio un sonoro beso. El rioplatense siempre expuso sus emociones y sensaciones, y ahora se sentía feliz y así se le dejó claro a su pareja.

—Los nombres...

—Sí... Andy, con calma. Ahora disfrutemos de este momento que nos va venir bien a los dos.

Mateo sonrió y Andrés le devolvió la sonrisa.

—Ahora, para el montevideano se le presentaba otro problema: ¿con el esperma de cuál de los dos fecundarían el niño?

Bueno, ése sí era un problema. También podrían mezclar los espermatozoides. Algo de eso había escuchado, debía investigar de qué se trataba.

—Otra cosa: ¿sería por inseminación artificial o del modo clásico? ¡Oh, Dios, cuántas cosas habría que tener en cuenta!

Bueno, era mejor que respirase y se tranquilizase. Ahora no sólo le había dando la posibilidad de ser padre, sino que también de ser padre biológico.

Hasta hacía pocos meses nunca se había planteado esa opción, pero ahora lo veía tan cercano, tan tangible, que fue como una droga que le hubiesen dado.

Las ansias de Andrés podían más que su propia conciencia y buscó cada posibilidad que tenían vía Internet.

Sin embargo, en vez de encontrar las respuestas que tanto necesitaba, aparecían más y más preguntas. Era como una broma del destino.

Una noche de diciembre, cuando la navidad estaba a punto de llegar y el invierno estaba enardecido con la tierra española como pocas veces, parte del deseo original de Andrés comenzó a plasmarse.

Mateo regresó de su trabajo cansado y, mientras se quitaba la ropa, le buscó la vista a su pareja que estaba recostado en la cama.

—Creo que...

Andrés, por el tono que había usado el europeo, ya sabía que le diría algo importante y puso toda la atención en él.

—Creo que ya hemos encontrado la solución para ser padres.

Andrés trató de contenerse y empezó a respirar hondo.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Cómo?

—Bueno, hay una compi del curro que está embarazada y...

—¿No íbamos a ser padres biológicos?, lo interrumpió. No entiendo.

—Déjame hablar, Andy, te cuento todo y luego me dices qué te parece.

4 – Agustín

El año dos mil nueve fue lleno de desafíos para Agustín y Rubén. De hecho, ni ellos pensaban que se materializarían tantos cambios.

Luego de la reconciliación de Rubén con sus progenitores, él y su pareja recibieron el año en su casa de la infancia por deseo de sus padres.

Enseguida que la hermana se enteró que su hermano estaría presente, dijo que no iría porque había quedado con la familia de su marido.

Todos ya sabían cómo venía la mano, por lo que nadie quiso hacer ningún comentario. Al fin y al cabo, era ella la que estaba poniendo un muro.

De repente, el salteño se sentía fuera de lugar y descubrió que su pareja tampoco la estaba pasando bien por la especie de prueba que le estaba haciendo pasar.

Agustín se veía como un extraño sentado a la mesa junto a sus suegros,

sabiendo ellos el real papel que ocupaba en la vida de su hijo.

Al final salió todo bien y, aunque el viejo tenía terminantemente prohibido beber alcohol, hizo caso omiso.

Su vida se estaba terminando y no tendría otra oportunidad para hacerlo, o sea que se jugó el todo por el todo.

Su mujer era consciente de lo que estaba haciendo su marido, pero también sabía que su hombre tenía razón y no quiso estropear la fiesta.

Pasada la medianoche la lluvia arreciaba y el viento silbaba enfurecido. Cuando la lluvia disminuía, el viento aumentaba la velocidad.

Desde el interior de la vivienda pasaban por alto la situación atmosférica aunque, de vez en cuando, hacían silencio para escuchar la tormenta.

Para Rubén era un sueño hecho realidad estar con su pareja hombre, junto a sus padres, en una cena familiar tan importante.

Agustín se dio cuenta de parte de lo que estaba pensando el gallego y se sintió avergonzado y agradecido por ser parte de su sueño.

De vez en cuando el viejo los miraba y quedaba concentrado en ellos. La pareja de chicos prefirió ignorar esos detalles.

Sin embargo el ambiente se estaba volviendo apagado, muy monótono. No querían hablar de temas profundos, y el viejo incluyó a su yerno en la conversación.

—*Dígame, Agustín. Como o Nadal no seu país?*^[109]

Agustín ni lo dudó y dijo:

—*Quente!*^[110]

Todos rieron.

—*Si, realmente, é moi quente e alí, especialmente, celébrase na rúa. Sendo tan quente que fai unha morea de vida na rúa e é moi común nalgunhas partes, despois da cea e do regalo é para bailar.*

Ben, a danza é unha forma de dicir, porque a verdade a xente está á esquerda na entrada dos clubs que algo e, entón, vivir alí, vai á praia.^[111]

Hizo una pausa llena de nostalgia y agregó:

—*É diferente, si.*^[112]

—*E, se perder isto?*^[113], preguntó la madre.

—*Non é que sorpresa ou non... é que, por suposto, a vida estaba vivindo este estilo de vida e de súpeto... É coma se sempre viviron do inverno do Nadal de súpeto, comezar a vivir no verán.*^[114]

—*Pai, vostede sabe como eles nos chaman alí na súa terra?*^[115]

El viejo lo miró fijamente.

—Claro que si, galegos! Se nós, os galegos.^[116]

—Non, papá. Me entenda mal. En toda España, non importa o que parte de España que somos, somos chamados galegos.^[117]

El viejo quedó pensando.

—Había moitos galegos que deixaron durante a guerra e antes, e... E cando Franco foi a América do Sur E os destinos preferidos foron Chile, Arxentina, México e Uruguai.^[118]

—Debe ser por iso,^[119] agregó Rubén.

La noche siguió pasando de forma tranquila hasta que la pareja decidió regresar a su casa, aunque sus padres, por una cosa u otra, los retenían.

Rubén, cuando vivía con su familia, aunque fuesen las fiestas de fin de año, no estaba acostumbrado a quedarse más de las dos de la mañana.

Ahora ya eran las cuatro y media de la madrugada y el hombre mayor, aunque se estaba cayendo de sueño, se mantenía firme en su lugar.

Incluso los suegros de Agustín les dijeron para que se quedasen en el antiguo cuarto de Rubén, pero ambos se negaron.

El gallego era consciente de que su padre estaba haciendo un esfuerzo grande ante ese contexto y eso lo preocupó.

No le faltó unir muchos hilos para comprobar que el final estaba más cerca de lo que hubiese imaginado y trató de contener sus emociones.

Sin embargo, el dos de enero del nuevo año, a las siete de la mañana sonó el celular de Rubén. Él ya estaba levantado y Agustín lo estaba haciendo.

Ambos desconfiaron de que el aparato sonara tan temprano y cuando vio que era su hermana quien lo llamaba, supo que nada estaba bien.

—Ola^[120], dijo en un murmullo.

—Veña a casa. Papá non está ben.^[121]

Y enseguida ella cortó la llamada. Rubén quedó confuso y Agustín no le apartaba la vista. Miles de cosas pasaron por la mente del gallego y ninguna buena.

Afuera llovía fuerte y una sensación de vacío invadió al hombre como nunca antes. El salteño se acercó a su pareja y le buscó la atención.

—¿Qué pasa?

—Voy a casa. ¿Me acompañas?

—Dame unos minutos y salimos.

—Vale.

Cuando llegaron a la casa, la puerta de calle estaba entre abierta, por lo que Rubén y Agustín entraron sigilosos sin llamar.

En ese momento la madre estaba cabizbaja, tratando de mantener sus emociones a raya, en la cocina tomándose un té.

La hermana estaba a su lado con el niño en brazos y su marido miraba las noticias en la televisión como si nada de lo que sucediese le incumbiese.

Cuando la madre vio a su hijo, bajó la vista. Rubén, luego de echar un vistazo a cada uno, fue a la alcoba principal y su pareja lo siguió.

El viejo estaba con la mirada perdida acostado en la cama. Era como si toda la vida se le estuviese cayendo encima.

Rubén, sigilosamente, se sentó en el borde de la cama y le agarró las manos. En ese instante el anciano le buscó la vista a su hijo y sonrió.

Mirándose a los ojos permanecieron unos segundos. El joven español se negaba a aceptar las evidencias. De repente, su padre susurró:

—*Eu estou indo aínda... Agora eu vén, cando...* ^[122]

—*No diga iso, papá. Non diga iso...* ^[123]

—*Eu quero... quero un día ter un fillo, bebé. Eu non quero perder o noso nome coa xente, por favor. Un día... un fillo. Só un neno. Un fillo é a mellor cousa que pode dar a vida. Por favor... Por favor, me prometa.* ^[124]

Rubén le buscó la mirada a Agustín que estaba absorto de la realidad. Cuando las miradas se encontraron, Agustín asintió.

—*Ruben, pido só un fillo. Non diga que está indo para cortar a cara nin nada, pero... Por favor, non queremos que o noso nome termina con vostede!* ^[125]

A Rubén se le humedecieron rápidamente los ojos y sintió que, poco a poco, la presión de las manos de su padre era menor.

El hombre mayor, a los pocos segundos, cerró los ojos para siempre, y en la casa se potenció el clima lúgubre y un futuro incierto invadió a todos.

La lluvia se desató con fuerza y la brisa helada golpeó las ventanas de la casa como si confirmasen la muerte de una persona.

Desde el día en que el suegro de Agustín le pidió a su descendiente que tuviese un hijo, no podía sacarse esa idea de la cabeza.

La responsabilidad era muy grande y ahora era la segunda vez que se lo decía, y se lo había prometido a su padre en su lecho de muerte.

El gallego, en realidad, nunca se lo había planteado porque, básicamente, siempre supo que es gay y que acabaría su vida junto a otro hombre.

Rubén pasó semanas en un mutismo casi absoluto. Al principio Agustín lo atribuyó a que era parte del duelo, y ahora se empezó a preocupar.

Él se había dado cuenta que, desde que llegaron a Galicia, les habían pasado

muchas cosas que no estaban previstas.

Incluso ahora su suegro estaba muerto y su pareja estaba tan absorta y distante como nunca lo había visto. Nada estaba bien.

La madre, al principio, quedó viviendo sola en la casa que ahora se le hizo enorme y que compartió más de media vida con su marido.

Sin embargo, la hermana de Rubén se la llevó a vivir con ella ya que también vaticinaba lo que vendría y no estaba segura de cómo enfrentar ese escenario.

La suegra del salteño vivía hace años, en exclusiva por y para su marido. Y ahora que él ya no estaba físicamente, se sentía inútil, vacía, sin razón para vivir.

La hija no quiso percibir esos detalles y la colmó de atenciones. Pensó que de esa manera podría retrasar bastante su partida.

Ella, a pesar de que por una vez tuvo buenas intenciones, no hizo más que potenciar lo que la madre estaba maquinando.

O sea, la mujer mayor, cada vez, se sintió más inútil y vacía. A medida que pasaban los días más se convencía que no valía para nada.

La señora empezó a dejarse morir. Primero redujo las raciones de comidas hasta dejarlas en un mínimo imprescindible, o menos.

Luego comenzó a hablar con su marido y otras personas que ya no pertenecían a este mundo. Al menos eso fue lo que dedujo la hija.

Seguía haciendo frío y la lluvia no daba tregua como si fuesen lágrimas de impotencia y desesperanza, y sin acabar el segundo mes del año, las cosas se presentaban así.

A pesar de que los hermanos no se hablaban más que lo imprescindible para referirse a su madre, Rubén y Agustín iban a ver a su madre a la casa de la hermana.

Ella sólo se limitaba a abrirles la puerta. El gallego, que iba dos o tres veces por semana y los fines de semana, cada vez la veía peor.

A mediados de marzo la hermana fue a llevarle el desayuno, aunque sabía que sería inútil, y la encontró en un aparente sueño profundo.

Ella, desconfiada por naturaleza, la intentó despertar en más de una ocasión y no tuvo éxito. Ella no quería aceptar que la realidad se le presentara así.

Paradójicamente, ese era un día despejado y no hacía casi frío. Incluso ninguna nube lucía en el cielo gallego aunque el corazón de la mujer y su hermano estuviesen de luto.

Ahora los hermanos habían quedado solos, completa y absolutamente solos en esta vida, porque no se tenían ni siquiera a ellos mismos.

El salteño le estaba agarrando manía a la tierra gallega, puesto que su pareja no dejaba de perder a las personas más importantes de su vida.

Ya habían hecho varias locuras que, lo que pensaron a continuación, no fue una paranoia, sino una válvula de escape para lo que habían pasado.

Había que establecer otro comienzo. Esta vez no era un capricho, sino una situación de emergencia donde la supervivencia les hacía huir de esa parte norte de España.

5 – Rafael

Esteban nunca pensó que estaría en una realidad así y debió decidir algo que marcaría el resto de su vida para siempre.

No podía aceptar que su hijo estuviese enamorado de él mismo; tampoco tenerlo viviendo en su propia vivienda y, por si fuera poco, lo había dejado con su pareja.

Con todo lo que le habían dicho de Facundo, no sería raro que ya hubiese seducido a Rafael y, sea como sea, la carne es débil.

Miró el celular y éste seguía apagado. No era la hora de hacer nada y como medida tranquilizante vació el vaso de vodka que tenía a su lado.

La borrachera era importante a esa hora de la madrugada; a pesar de todo, no dejaba de pensar con determinado orden.

Se levantó, abrió la ventana del hotel y dejó que el aire frío lo atrapara. Fue mejor así. Debía hacer algo a la mayor brevedad posible y no se le ocurría nada.

Entonces, se acomodó la ropa y el pelo, y salió de la habitación como si estuviese siendo empujado por una fuerza invisible.

Eran las cuatro menos diez de la mañana y la ciudad estaba casi desierta. Dentro de pocas horas, esa misma parte de Madrid sería un hervidero de gente.

Cuatro y media llegó a su apartamento e ingresó sigilosamente, como si fuese un ladrón. Quería comprobar algo aunque no sabía qué.

Cuando accedió en su dormitorio, se detuvo porque encontró a Rafael durmiendo completamente vestido, ajeno a lo que sucedía alrededor.

Paseó los ojos por la estancia y detuvo un instante más la atención en la mesita de luz donde descansaban dos latas de cervezas vacías.

Cuando retomó la compostura, fue a la habitación que ocupaba su hijo. Ahí

estaba todo relativamente desordenado, no era el orden habitual.

El silencio de ahí lo hirió más de lo que podría asumir, respiró hondo y sus ojos se detuvieron en la cama donde había una carta.

Pasados varios minutos se sentó a su lado, sin atreverse a tocarla. Muchas cosas pasaban por su cabeza y ninguna lo tranquilizaba.

—¿Dónde estaría su hijo?

La carta debía de tener las respuestas que estaba necesitando. Cuando la sujetó le temblaban las manos como si fuesen hojas caducas.

Esteban, lo siento. Soy una vergüenza para vos y para todo el mundo. De verdad, lo siento mucho.

No sé qué puta voy a hacer de mi vida y te llamo por tu nombre, para que todo sea más llevadero. Para mí nunca serás la persona que me engendró, sino el gran amor de mi vida.

Desde que tengo uso de razón observo a diario la foto que me regaló mamá y aunque sé que esto es imposible, vos tampoco tenés la mente lo suficientemente abierta como lo soñé algún día.

Ahora me iré y desapareceré de tu vida como si nunca hubiese nacido. Será la decisión más acertada que haya tomado.

Ni siquiera intentes buscarme para evitar males mayores. Tampoco se lo digas a mamá si no querés responder las preguntas incómodas que te pueda hacer.

Voy a empezar de cero, en un sitio nuevo, donde no conozca nada, ni a nadie, sin un sope encima y sin nadie a quien poder recurrir.

Será mejor para los dos que actúe de esta manera. O sea tampoco te preocupes por mí porque, sea como sea, sé cuidarme.

Y aunque tengo dieciocho años, te puedo asegurar, Esteban, que tengo más vivencias que un hombre sexagenario.

Sé feliz con tu marido que sé que te quiere y yo también quiero lo mejor para vos, porque te merecés las felicidad que te pueda dar un buen amor.

Adiós.

Facundo.

PD No intentes buscarme de ninguna manera porque puede ser peor para los dos. Ya verás como el tiempo te da todas las respuestas que hoy necesitás.

Esteban, cuando terminó de leer la carta, miró a sus aledaños más trastornado que si no hubiese encontrado nada.

Luego, como si estuviese poseído, con prisa y torpeza empezó a revisar los cajones y el armario empotrado. Todo estaba vacío.

Enseguida se dio cuenta de que era tarde para todo. Luego recorrió el apartamento con la ilusión de encontrar algo más, y nada aparecía.

De pronto, como si escuchase algo desde lejos, en el pasillo quedó con la mirada suspendida en algún punto indeterminado, pero no sucedió nada.

Rafael salió del baño y se quedaron mirando fijamente a los ojos. Esteban no

dudó en acercarse a su pareja, lo abrazó y se desgarró en lágrimas. Lentamente, entraron al dormitorio y se sentaron en la cama. El entrerriano no dejaba de llorar y Rafael lo observaba compungido.

—Se ha ido. ¿Vos sabés algo?, al fin dijo Esteban.

Rafael negó con la cabeza.

—No sé en qué pude haberme equivocado tanto... ¡Cómo es posible que mi propio hijo, que la sangre de mi sangre...! No... No... No es posible.

—Es más común de lo que podés creer.

Esteban, al escucharlo, no dudó en buscarle la vista.

—Sí, así es, agregó Rafael. Yo, de hecho, conozco más de un caso. No sé si son reales o no, pero es lo que dicen las malas lenguas.

—¿De verdad?

—Sí. He escuchado de un padre con su hija. Hermanos de padre y madre. Abuelo y nieta. ¡Incluso escuché el caso de una madre con su hijo!

El argentino negó con la cabeza.

—No puede ser.

—Esteban, no es tu culpa. Yo, si hubiese estado en tu lugar, no sé qué hubiese hecho. No, no lo sé. Ya no es un niño. Es un pendejo que ha vivido a *full* y...

Y bueno, ¿qué te puedo decir? La vida sigue. La vida sigue igual. Y no te hagas la cabeza porque no es tu culpa.

—No es fácil.

—Sé que no es fácil. Pero tampoco podés estar machacándote como ahora. No vale la pena.

Rafael resopló con fuerza y agregó:

—¿Qué te parece si dormimos un rato y después, con la cabeza más descansada, pensamos qué hacer?

Esteban no dijo nada, se recostó en la cama y le hizo señas a su pareja para que también lo hiciera. A los pocos minutos el argentino se durmió.

Despertaron a las diez y cinco de la mañana. No habían dormido casi y el cansancio estaba presente en sus cuerpos, pero se levantaron.

Enseguida se dieron una ducha y Rafael hizo café. Sirvió en tazas grandes. Ninguno de los dos le puso azúcar ni pronunció palabra mientras lo bebía.

—Anoche soñé que se moría Facundo y...

—Eso es bueno, se apresuró a decir Rafael.

Esteban no dudó en buscarle la vista.

—Sí, eso es bueno. Mi abuela decía que cuando uno sueña que alguien

se muere, en realidad, se le está dando más vida, más salud a esa persona. Y ya sabés cómo eran las viejas de antes, ¿no? Mirá, esa es otra señal para que apartes ese tema de tu cabeza o que, por lo menos, lo intentes.

—No sé si podré.

—Todo se puede. Queriendo todo se puede.

Esteban bebió más café y los ojos enrojecidos y los hombros caídos le daban un aspecto tan vulnerable como irreconocible.

—Quiero... Quiero, aunque me duela, quitarme cada cosa que me recuerde a mi hijo... Al menos por un tiempo.

No estoy preparado para todo lo que está pasando ni puedo olvidar tan fácilmente. Y no sé si quiero volver a verlo en el futuro.

Rafael no le apartaba la vista.

—Sí, será mejor para todos. Así como apareció Facundo en mi vida, también desaparecerá.

—¿Qué querés decir?

—Rafa, vamos a mudarnos. Vamos a irnos de este apartamento. Tenemos que irnos a otro lugar cuanto antes.

Rafael no podía creer lo que estaba escuchando, sobre todo porque sabía del cariño que le tenía su pareja a ese inmueble.

—¿Dónde te gustaría vivir, Rafa?

El uruguayo, que fue sorprendido por la pregunta, dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—Barcelona.

Esteban quedó asintiendo hasta que murmuró:

—Barcelona... Barcelona... Barcelona...

A continuación dejó la taza sobre la mesa.

—Acompañame.

A los pocos minutos estaban caminando los dos lenta y parsimoniosamente por la avenida de la Ilustración donde no había casi peatones.

—Rafa, ¿cuánto hace que no ves a tu familia?

—Desde que vine.

—Ya es hora de que los veas, ¿no?

—No he ahorrado suficiente como para ir...

—¿Hasta cuándo, Rafa?

—¿Qué?

—¿Cómo qué?

El uruguayo meneó lentamente la cabeza.

—Además, yo quiero ir a las termas. Dale, nos quedamos en el Barceló.

—¡Ah, bueno, qué concheto!

—Y yo no quiero pasar inadvertido y, mucho menos, ante los yoruguas. Que me haya casado con uno ya dice mucho...

—Y yo con un argentino.

—O sea que estamos a mano.

Ambos sonrieron.

—De verdad te lo digo, Rafa, me gustaría conocer tu gente si es que me lo permitís, claro. Al fin y al cabo ellos saben que yo existo y qué papel ocupó en tu vida, ¿no?

—Sí, hace tiempo que se los dije.

El salteño le buscó la vista y preguntó:

—¿Qué termas te gustan más?

—Y a mí me gustan las del Arapey... Sobre todo porque ahí está el Barceló y le tengo cariño a ese hotel.

—Mirá que cambió de nombre...

—¡Ah!, no sabía eso. ¿Cómo se llama ahora?

—*Arapey Thermal Resort & Spa*.

—¿Qué nombre más concheto que tiene ahora!

—Estamos aprendiendo de ustedes.

—¿En serio?

—A mí siempre me gustaron más las del Daymán. Siempre iba en bici...

—¿En bici? ¿Y en qué parte de Salto vivías vos?

—Frente al Parque Solari.

—¡Estás loco! Por eso tenés tan buenas piernas. Valió la pena, ¿no?

—De joven se hacen cada cosa que después, cuando tenés unos años más, las recordás con mucho cariño.

—Pará, sos un pendejo todavía... ¡Bajá un cambiío^[126]!

El argentino sacudió la cabeza y dijo:

—Me acuerdo de cuando jugaba en Estudiantes... Pero a mí solamente me importaba el momento de las duchas. ¡Oh, Dios!

Ahí veía a todos los tipos en bolas y eso sí que era un verdadero deleite para los ojos. Siempre era el primero en entrar y el último en salir.

Esa es una de las ventajas que tenemos los gay porque eso, en el mundo hetero, no se da. ¡Qué tiempos aquellos!

—¡Qué maricón que eras!

—Y lo volvería a hacer...

Ambos rieron y continuaron avanzando, ajenos a todo y a cada par de ojos que, de vez en cuando los miraba, por la avenida de la Ilustración.

Epílogo

1 - Ignacio

Ignacio siguió viviendo en la piel de su hijo Fabricio y no sólo su abuela, Maribel, lo sentía, sino que todos los miembros de la familia Schultz-Parker vieron las semejanzas en el descendiente.

Maribel nunca dejó de condenarse por todo lo que había pasado con su hijo y se sentía culpable a cada instante por el suicidio.

Ahora Fabricio era como otro hijo para la mujer y cubría cada espacio de su vida, y se había convertido en la gran razón de su existencia.

Macarena, hasta el día de hoy, no tenía ninguna pareja. De vez en cuando se hacía con algún amante del interior del país.

De todas maneras era ella la que imponía las reglas de cada aparente relación. No estaba preparada para darse otra oportunidad afectiva.

Y eso que la suegra le dejó claro y en reiteradas ocasiones que cuando tuviese una pareja con quien quisiese convivir, que lo llevase a la mansión.

Lo único que le pidió encarecidamente Maribel fue que no la separe de sus nietos, sobre todo de Fabricio, porque sería peor que quitarle la vida.

2 - Alan

Alejo, en su afán por olvidar definitivamente a Alan, se había vuelto tan promiscuo que se convirtió en un desconocido para sí mismo.

Día a día lamentaba por haberle pedido un tiempo. Y se había enterado de que su hijo ya había nacido y que se había ido a vivir con el extranjero.

Sin embargo, aún conservaba alguna esperanza en el fondo de su corazón y a diario recorría cada posible lugar donde lo pudiese encontrar.

Pero nunca coincidió con él. La lección la estaba aprendiendo y él, entre la poca ilusión que le quedaba y el rechazo a sí mismo, estaba cambiando su forma de ser.

Alan, desde que conoció a Michael, hizo borrón y cuenta nueva y su ex,

Alejo, había quedado totalmente en el pasado.

Ahora se ocupaba de la hija que criaba junto a Michael. Y su otro hijo, Pau, el niño que dejó Valeria tras su muerte, seguía con su madre adoptiva, Pamela, y lo veía casi todos los días.

La experiencia de ser padre resultó ser más dura de lo esperado, pero no se arrepentía de lo que había hecho y decidido, ni del camino tomado.

Nunca había tenido una familia, nada de nada y ahora estaba consolidando un sueño el cual parecía imposible un tiempo atrás.

Pamela, desde que murió su pareja, no había querido encarar ninguna relación. Decía que no la necesitaba y que dudaba que algún día estuviese dispuesta a entregarse a otra chica.

3 - Andrés

Una compañera de trabajo de Mateo había quedado embarazada y no quería tener ese hijo, o, mejor dicho, no quería hacerse cargo.

Tampoco quería abortar porque estaba en contra de ello. A Mateo le vino como anillo al dedo, puesto que sería una adopción relativamente fácil.

De todas maneras seguía con la idea de tener un hijo propio. Ahora que tenía la posibilidad de obtener ese bebé que venía en camino, no podía desperdiciar la oportunidad.

Andrés, cuando se enteró, no estuvo demasiado de acuerdo, ya que se había hecho tanto a la idea de que sería un hijo propio que esto lo turbó.

De igual forma aceptó el reto. Fuese como fuese era un hijo y lo criarían desde su nacimiento. La experiencia con ese bebé alentaría, o no, el deseo de procrear algún hijo propio.

A veces Andrés se ponía a pensar en todo lo que había pasado desde que salió desde su tierra natal y todas las vivencias que había tenido.

Había vivido tanto que le parecía como si fuese el cuento de alguien lejano, pues no podía creer que todo le hubiese sucedido a sí mismo.

4 - Agustín

Agustín, luego de la muerte de sus suegros, para evitar que su pareja se

terminase de hundir, decidió dar otro giro importante a su vida.

El cambio fue brusco y atrás quedó el pasado, la desaparición física de sus suegros, la indiferencia de su cuñada y el aislamiento de Rubén.

Se instalaron en Huesca, casi en el límite francés, y allí empezaron de cero. El uruguayo eligió ese lugar porque era una provincia que ninguno de los dos podría asociar a alguien o a algo personal.

Era un nuevo comenzar y había que estar dispuesto a enfrentar el desafío. Rubén no mostró objeciones. Él estaba cansado del tambo y ése tipo de vida donde no tenía casi libertad.

Agustín se dio cuenta, con el paso del tiempo, de que el gallego era una persona difícil de enamorar, y que, una vez que se entregaba, era incondicional.

El latinoamericano tenía muchos planes con su pareja, pero esto requería, sobre todo, tiempo y dinero suficiente.

De momento no se preocuparía por más cosas, ya era suficiente con tener al gallego a su lado y seguir juntos, estando bien, a pesar de tantas cosas.

El español se había jugado por él, había apostado por sacar esa relación adelante y eso era algo que el salteño lo tenía presente en cada paso que daba. Aún le quedaban cosas por vivir, entre ellas ser padres como Rubén le prometió a su padre en su lecho de muerte.

De todas maneras, todavía eran jóvenes y, lo más importante de todo ya lo habían logrado: o sea tenerse a sí mismos.

La nieve en abundancia, el frío que calaba más allá de los huesos, los paisajes que eran verdaderas postales y todo ese entorno nuevo fueron alicientes adecuados para la pareja.

Rubén estaba con el rioplatense, éste con el gallego, y esto era lo verdaderamente importante para los dos: ambos se querían mutuamente y cada vez se fortalecía más la relación.

5 - Rafael

Después de meditar fríamente y releerse la carta que dejó Facundo varias veces, Esteban y Rafael aceleraron las cosas para irse de Madrid.

Primero vendieron el apartamento de la avenida de la Ilustración a menos del valor del mercado porque la urgencia les pisaba los talones.

Y así, de repente, casi de la noche a la mañana, huyendo del pasado reciente,

Rafael y su marido se fueron a vivir a Andalucía, a Málaga.

Era un cambio grande, aunque ninguno de los dos lo dudó. En Málaga compraron otra vivienda y a Rafael no le importó estar un tiempo sin trabajar.

De Facundo no supieron nada por una larga temporada aunque su huella quedó impregnada tanto como un tatuaje.

Luego Esteban supo que estaba bien, ya que su ex-mujer lo llamó y le contó que estaba viviendo con un alemán en alguna parte de Occidente.

El argentino le dijo que no quería saber detalles. Era conveniente que no hubiese ningún lugar específico para que asociasen al muchacho.

Ella le respondió que ya sabía lo que le estaba narrando acerca de Facundo; Esteban, de todas maneras, no quiso saber nada.

En diciembre de dos mil nueve la pareja fue a Salto, Uruguay, y Rafael presentó oficialmente a Esteban en familia.

La relación con su gente nunca fue íntima y ellos se lo siguieron tomando tan bien como siempre. Rafael fue el primer sorprendido.

La casa de los padres de Rafael era pequeña, aun así les ofrecieron alojamiento. Ambos agradecieron la atención, aunque prefirieron quedarse en un hotel.

En Salto los dos se comportaban como dos lugareños más, uno porque lo era, y el otro porque lo había elegido.

Rafael, una vez que pisó su tierra natal, se dio cuenta de cuánto extrañaba ese suelo que tanto había rechazado por distintos motivos.

Por un minuto quiso volver en el tiempo y en el espacio y de inmediato se dio cuenta de que eso era imposible y no supo qué sintió con mayor nostalgia.

De todas maneras las cosas no habían salido mal. Ahora estaba casado con un hombre que lo quería realmente y eso no era fácil hallar según sus propias experiencias.

En Andalucía la existencia fue mejor de lo esperado y no podía creer que la proximidad al Mediterráneo pudiera influir tanto en la calidad de vida.

-
- [1] Todos los colegios del Uruguay son privados y las escuelas son públicas.
- [2] Instituto Nacional del Menor. Actualmente llamado INAU, Instituto del niño y adolescente del Uruguay.
- [3] Sí, sin p.
- [4] Infusión de sabor amargo preparada con hojas de yerba mate.
- [5] Jerga: Chicos. El término se puede usar de forma cariñosa o despectiva.
- [6] Chándal.
- [7] Litera.
- [8] Bocados preparados con una masa de harina, agua, sal y grasa, sobada con los puños para que resulte masa tierna; se fríe en grasa de vaca.
- [9] Faldas.
- [10] Columpio.
- [11] Vaquero.
- [12] Jerga: Polla.
- [13] Jerga: Peso con las sílabas invertidas.
- [14] Jerga: La palabra hotel con las sílabas invertidas.
Hotel de alta rotatividad. Si están dentro de la ciudad los protege la misma infraestructura, de lo contrario un muro de unos dos metros de altura lo hace.
Uno llega, no importa si caminando o qué vehículo, toca el timbre y aparece un número. Ése significa la habitación asignada. Puede haber variación en este sistema.
Si vas en tu auto, en esa misma habitación hay *garage* que, al haber entrado, cerrás la puerta por dentro. Por el *garage* entrás a la habitación.
Si querés algo como forros, lubricantes, bebidas o algo por el estilo, lo pedís por teléfono que hay en la alcoba. Y, para pagar, pedís la cuenta por teléfono. Te la dan a través de una abertura que tiene la puerta y, para el cambio, es por el mismo sistema.
Cuando salís quedás encerrado. Cuando comprueban que no falta nada, abren la puerta. Además, la mayoría no son caros, dentro de lo que cabe, claro.
Algunos son de auténtico lujo con bañera con hidromasaje, decoraciones ambientadas al estilo de los romanos, de los griegos, de los egipcios, de los vikingos...
- [15] Camiseta.
- [16] Vehículo utilizado para la preparación y venta de emparedados, con diversos grados de elaboración, sean éstos fríos o calientes y bebidas, en la vía pública.
- [17] Estudio.
- [18] Jerga: Curro.
- [19] Autobús.
- [20] Oriundos del departamento de Maldonado.

- [21] Jerga: Chica.
- [22] Moreno.
- [23] Biberón.
- [24] Jerga: Sedujeron.
- [25] Camarero.
- [26] En la región del Río de la Plata, a todos los españoles, indistintamente de su lugar de origen, se les llama gallegos.
- [27] Jerga para referirse a los uruguayos.
- [28] En la región del Río de la Plata, a todos los italianos, indistintamente, se les llama tanos.
- [29] Mesita de noche.
- [30] Jerga: Gilipollas. Se usa para darle más énfasis al término boludo.
- [31] Jerga: Adolescente. Inmaduro. Niñado.
- [32] Nevera.
- [33] Jerga: Trasero.
- [34] Calcetines.
- [35] Maletas.
- [36] Cazadoras.
- [37] Jerga: Taxista.
- [38] Jerga: Gilipollés.
- [39] Sujetador.
- [40] Finiquito.
- [♦] Es decisión del Autor establecer todos los diálogos de forma directa para que la lectura sea más fluida.

[41] —Papá, ¿sigue en pie la propuesta del tambo?

—Claro que sí, Rubén. Yo hablé con José Antonio y me dijo que el puesto es tuyo. Ahora también se fue Jesús y necesitan también a alguien para que viva ahí. Parece mentira, pero ahora nadie quiere vivir en el campo. Como si el campo fuera algo malo. ¡Estos jóvenes de ahora, no tienen ningún respeto por la tierra ni por nada!

—Quiero ir a hablar con José Antonio.

—¿Ahora vas a ir? Espera a que pare un poco la lluvia.

[42] —Pero quédense esta noche aquí. No creo que hoy esté José Antonio. De todas maneras, él sabe que ustedes llegarían la semana que viene.

[43] —Y tú, ¿de dónde eres? Desde que has llegado no has pronunciado palabra en esta casa.

[44] —Soy del Uruguay.

—¡Ah!, de allá, hay muchos gallegos por aquellas tierras, ¿no?

[45] —Sí.

[46] Hielera.

[47] Conjunto de pueblos amerindios que habitaban en los territorios del actual Uruguay, de las actuales provincias argentinas de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, y en el actual Estado brasileño de Río Grande del Sur.

[48] Jerga: Pijos.

[49] — Dime, Ru, ¿te acuerdas de Tati?

[50] — ¡¿La hija de don Romualdo?!

[51] — Sí, ella misma.

[52] — Mira que sigue soltera y, el otro día me la encontré. Dice que te echa mucho de menos. ¿Qué te parece? Podrías darle una oportunidad, ¿no?

[53] — Pues no. Estoy bien así como estoy y no me interesa cambiar nada de lo que tengo ahora por ella ni por nadie.

[54] — Pero Ru, no me digas que te vas a quedar soltero... Mira que yo estoy a punto de darles un nieto a nuestros padres, ¿no? Pues tú también podrías hacer lo mismo.

— Escúchame una cosa... No me interesa conocer a nadie. Yo estoy bien así como estoy y se acabó. ¿Está claro?

— La gente habla.

[55] — La gente dice... Bueno, tú ya sabes cómo es de mal pensada ésta gente, ¿no?

— ¡¿Qué mierda dice la gente de mí?!

— Pues... Pues, ya tienes más de treinta años y ahora, por causalidad, te fuiste a vivir con un "amigo". ¿Me entiendes lo que te quiero decir, no?

[56] — ¡Yo me fui a vivir con Agustín porque él sí es mi pareja!

[57] — ¿Cómo que él es tu pareja, Rubén?

[58] — Sí, así es. Agustín y yo hace dos años que somos pareja.

[59] — ¡¿Cuál es el problema?!

— Pero Rubén, ¿cómo que él es tu pareja? Como si no hubiera mujeres en el pueblo...

— Mamá, esto no se trata que haya o no mujeres... No. Siempre me han gustado los hombres y en Agustín encontré la persona con quien quiero compartir la vida.

— ¡¡¡Esto es una vergüenza!!!

[60] — Supongo que estarás conforme.

[61] — Pero ten cuidado que mi sobrinito, que Joaquinito, no te salga maricón como yo.

[62] — Escucha, tío. Con tu hermana haz lo que quieras, pero no metas a mi hijo en el medio de sus problemas

[63] — Dile que aprenda a respetar la vida privada de los demás.

[64] — ¿Cómo está papá, mamá?

[65] — Lo siento, mami.

[66] — ¡No vayas!

[67] — Tú has dejado de ser mi hijo. Vete de mi casa y no vuelvas nunca más.

[68] — Vete. Vete. Tú no tienes nada que hacer aquí. Tú has dejado de ser mi hijo. Eres una

verdadera vergüenza.

[69] Bolígrafo.

[70] Encimera.

[71]—A los dos siempre nos gustaron los hombres y, más de una vez, ella sabiendo que yo estaba con algún guapo que conocía, como ella se sentía inferior, hacía hasta lo imposible para acostarse con él. Así es ella. Ésa es mi verdadera hermanita. Nos parecemos mucho, ¿no?

[72]—Quiero que hablemos.

[73]—¿De qué quieres hablar conmigo, papá?

[74]—Rubén... Rubén, bien sabes que eso que estás haciendo no me gusta nada de nada. Dios dice... La biblia dice que el hombre debe de acabar su vida con una mujer...

—No me hables de moralismos ni nada de eso, que los curas son más maricones que los propios maricones.

—¡No me interrumpas!

[75]—Desde aquella vez... Desde aquella vez estuve pensando mucho en ti. Con tu madre lo hablé mucho. No creí... No... De verdad, no creí que fueras a volver a esta casa sin que te llamásemos, pero... Aquí estás, ¿no? Y creo que me equivoqué contigo por eso eres así.

—Papá, tú no te equivocaste conmigo ni nada de eso, ¡no! La homosexualidad no es una enfermedad y, ¿qué importa con quién yo elija compartir la vida si, con ese alguien, yo voy a ser feliz?

[76]—No quiero que me pase lo de Nicanor... que se murió su hijo en un accidente y él, por orgullo, nunca quiso aceptar a su hijo por ser homosexual. Yo... Yo ya estoy viejo y si Dios quiso darme un hijo invertido, bueno, ¿qué puedo hacer?

Sí Dios perdona, ¿quién soy yo para juzgar a alguien si sé que en mi juventud, y después también, hice muchas cosas de las cuales hoy me arrepiento?

[77]—Bien sabes que no es lo que tu madre o yo hubiésemos querido para ti, pero... Si con ése muchacho tú eres feliz... Dime, ¿cuánto hace que estás con él?

—Dos años y medio. Un poco más.

[78]—Ya le estuve diciendo a mi hijo que estar con otro hombre no es lo que Dios, lo que un padre quiere para su hijo, pero, ¿quién soy yo para juzgar? Si tú eres el que está con mi hijo y... Y bueno, ustedes son grandes y no quisiera irme de este mundo sin hacer las paces con mi hijo...

[79]—Bueno, supongo que ustedes hablarán de éste tema en otro momento... Em, no lo sé.

[80]—Me estoy muriendo, Rubén. Sé que me estoy muriendo... Los médicos dicen que no, pero... Pero yo me conozco más que esos gilipollas que no hacen más que mentirme.

Quiero que... Quiero que, que cuando me muera, nuestro apellido no se pierda, por favor. Por favor. ¡Es lo que más quiero en el mundo! Eres el único que puede evitar que nuestro apellido se acabe en ti. ¡Por favor, Rubén! ¡Por favor!

[81]Bocata.

[82]Jerga: Niño. El término se puede usar de forma cariñosa o despectiva.

[83]—¿Por qué no me has dicho que venías? Tú padre no está.

—Quería darte una sorpresa. ¿Dónde está papá?

—Esta mañana partió para Chicago. Quiere ver un negocio que se trae entre manos.

[84]—O sea que eres del Uruguay. Mi marido y yo tenemos pensado ir en las navidades para allá. Pasaremos en el hotel Conrad, en Punta del Este.

[85] —Punta del Este, sí. No conozco Punta... Dicen que es muy lindo.

[86] —¡Yo estuve mirando fotos y videos y me parece que es un paraíso! Pero tú eres de Montevideo, ¿no?

[87] —Sí... Bueno, sí...

[88] —Mamá, ¿qué te parece nuestra hija?

[89] —Es muy hermosa, ¿no?

[90] —¡Es muy, pero muy hermosa!

[91] —¿Por qué no se vienen a vivir a Londres?

[92] —No, mami. No me puedes cambiar Madrid por Londres...

[93] —Sí, pero tú eres de aquí. Y en algún momento vas a tener que volver.

[94] —No, mami. Después de conocer España, yo no me quiero ir de ahí. Te vengo a visitar, sí, pero no me pidas que venga a vivir de nuevo aquí porque no puedo...

[95] —¡Ah, Michael!, ¿qué tiene de malo Londres?

[96] —¡El clima, mami! El clima. Creo que con Alan estamos pensando de cambiar de ciudad, sí, pero siempre dentro de España.

[97] —Y, ¿a dónde piensan ir?

[98] — Al Sur. Es muy posible que para la parte andaluza.

[99] —¡Andalucía es muy bonita! Las veces que hemos estado ahí siempre nos hemos quedado con ganas de más.

[100] —Cuéntame de tu vida, Alan. Michael, desde que te conoció, cada vez que habla con nosotros, no hace más que contar cosas de ti. Has calado hondo en la vida de mi hijo.

[101] —Y no sé qué le puedo contar, señora.

[102] —¡Ah, no me llames señora! Llámame Ange. El señora me hace muy vieja. Ahora que te conozco y me caes bien... Sé que a nosotros nos tienen por lo que no somos, pero... Pero ahora, y de verdad se los digo, ¿por qué no vamos todos juntos a Punta del Este a pasar las navidades?

[103] —Mami, no podemos dejar a la madre de la niña sola en España. Ella está pasando por un momento muy especial en su vida y no es nada recomendable que la dejemos sola.

[104] —Michael, bien sabes que no me gusta que me pongas excusas que no tienen validez en mí. Si es para que ella venga con nosotros, que venga con nosotros y se acabó.

[105] —Lo hablamos primero con ella y luego vemos.

[106] —Que esas palabras no se transformen en una negativa. Me gustaría conocer tu país y, si tú me haces de guía que eres local, mucho mejor.

[107] —No conozco casi por allá.

[108] —Supongo que algo conocerás. No lo sé. De Montevideo he leído que hay mucha vida en la Ciudad Vieja y en La Rambla. Y que hace mucho calor. ¡Ay!, no me llevo muy bien con el calor y, mucho menos, si es húmedo.

[109] —Cuéntame, Agustín. ¿Cómo es la Navidad en tu país?

[110] —¡Calurosa!

[111] —Sí, de verdad, es muy calurosa y allá, sobre todo, se celebra en la calle. Al ser tan

caluroso se hace mucha vida en la calle y es bastante común en algunas partes que, después de la cena y del brindis se vaya a bailar.

Bueno, bailar es una forma de decir, porque en realidad la gente se queda en la entrada de las discotecas tomando algo y después, directo de ahí, se van a la playa.

[112]—Es diferente, sí.

[113]—Y, ¿echas de menos eso?

[114]—No es que extrañe o no... Es que, claro, toda la vida estuve viviendo ese estilo de vida y, de repente... Es como que ustedes que siempre han vivido navidades de invierno, de repente, las empiecen a vivir en el verano.

[115]—Papá, ¿sabes cómo nos llaman a nosotros allá, en su tierra?

[116]—Claro que lo sé, ¡gallegos! Si somos gallegos.

[117]—No, papá. No me has entendido. A todos los españoles, no importa de qué parte de España seamos, nos llaman gallegos.

[118]—Hubo muchos gallegos que se fueron durante la guerra y, antes, y... Y cuando estaba Franco para Sur América. Y los destinos favoritos eran Chile, Argentina, México y Uruguay.

[119]—Debe de ser por eso.

[120]—Hola.

[121]—Vente para casa. Papá no está bien.

[122]—Me estoy yendo... Ya me está llegando la hora...

[123]—No digas eso, papá. No digas eso...

[124]—Quiero que... Quiero que, algún día tengas un hijo, nene. No quiero que nuestro apellido se pierda con nosotros, por favor. Algún día... Un hijo. Sólo un hijo. Un hijo es lo más lindo que te puede dar la vida. Por favor... Por favor, prométemelo.

[125]—Rubén, sólo un hijo te pido. No te digo que vayas a cortar con ese muchacho ni nada de eso, pero... ¡Por favor, no quiero que nuestro apellido acabe contigo!

[126] Jerga: Tranquilízate.